





DISCURSOS

LEIDOS

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

QUE HA CELEBRADO DESDE 1847

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO SEGUNDO.



MADRID,
IMPRENTA NACIONAL.
1860.



DISCURSO

DEL SR. D. RAFAEL MARÍA BARALT.

Señores : Mi veneracion á la Academia Española data de los primeros años de mi existencia, y vive unida en mí á los recuerdos de aquella edad en que el ánimo y la inteligencia reciben, á modo de tierra vírgen, la semilla de los afectos que difícilmente se borran, de las pasiones que tarde se apagan, y de las ideas que jamás se olvidan. Al pisar el umbral de las escuelas, niño aún, aprendí los elementos que forman la basa de toda educacion literaria en los libros con que promueve la comun enseñanza esta docta corporacion. Creció en mí con el tiempo, y consiguiente mejora en los estudios, el respeto debido á las fructuosas tareas de su instituto: jóven, pensé muchas veces con emulacion generosa, aunque humilde, en la gloria de sus miembros; y ya en la edad madura, cuando con los tristes años adquirimos el aún más triste privilegio de ver y juzgar las cosas y los hombres á la sola luz de la razon, que los despoja de colores y prestigios engañosos; examinando lo que ha hecho, y comprendiendo lo que puede hacer, la reconocí por primer Cuerpo literario de la nacion, junta selecta de sus más claros ingenios, conservadora de la lengua, maestra de la ju-

ventud, seguro asilo reservado al ejercicio libre y plácido de la inteligencia en medio de la agitacion intrincada y tumultuosa de la sociedad de nuestros tiempos.

Considerad, pues, Señores, cuántos y cuán varios deben ser los afectos que me agitan al verme pública y solemnemente recibido en Cuerpo tan ilustre como de mí reverenciado: yo, que me humillaba ante su nombre sin haber concebido nunca la atrevida esperanza de pertenecerle; yo, que con nada puedo justificar, ni áun á mis propios ojos, tamaña honra, si ya no fuese con el ardentísimo amor que he profesado siempre á la lengua y letras pátrias, pues no merece recordarse uno que otro oscuro y pobre fruto que he logrado de su cultivo en las treguas de reposo que me dieran las vicisitudes de una vida condenada á todo género de azares y conflictos.

Como quiera, menester sería que, insensible á los estímulos de una noble ambicion, tuviese en poco el buen concepto de las gentes; y no sintiese ninguno de los encendidos anhelos que dan calor al alma y vida al espíritu, para que no experimentase un involuntario movimiento de gozo, y áun de orgullo, el hombre á quien favoreceis con distincion que la vida más gloriosamente empleada en el sublime culto de las Musas aceptaria agradecida, como último premio y corona de sus triunfos. ¿Por qué disimularlo? Siento ese gozo en lo íntimo del corazon, y él da de mi gratitud á la Academia más alto, más elocuente testimonio que pudieran ofrecerle nunca mis palabras.

Y cumplido ya, Señores, el deber que me imponia el agradecimiento, es llegado el caso de satisfacer la deuda, no ménos sagrada, que vuestra bondad me ha hecho contraer con mi predecesor, el marqués de Valdegámas. Cuando semejante obligacion no estuviese autorizada por justos respetos, todavía, con permiso de la Academia, me la habria yo impuesto en la ocasion presente para rendir al que la muerte acaba de arrebatarnos á

deshora, con duelo de propios y de extraños, el homenaje de respeto y honor que merece su memoria. Mengua nuestra sería que la culta Francia, maestra excelente del buen gusto y juez idóneo de toda clase de merecimientos, hubiese esparcido lágrimas y palmas sobre la tumba de nuestro ilustre conciudadano, y que nosotros contempláscmos esa tumba, herencia de la pátria, con ojos distraidos y secos, sellado el lábio y mudo el corazon.

Así, la piadosa costumbre de las corporaciones sábias, con la cual, al paso que honran á sus individuos finados, cumplen con lo que exige su propio decoro, y realzan la dignidad y lustre de las letras; la necesidad de una manifestacion solemne de dolor que corresponda y sirva de eco al dolor del público; el patriotismo, la justicia, nuestros mismos recuerdos, que parece evocan la sombra de nuestro célebre compatriota en este recinto donde algun dia resonó entre aplausos su elocuente y poderosa voz; todo me obliga á hablar, siquiera sea de paso y con enojosa brevedad, de las altas prendas que hicieron de él uno de los más gallardos escritores de esta nuestra España, escasa ahora en ventura, pero rica siempre en valor, y tan á la continua fecunda en grandes ingenios como en virtudes magnánimas y heróicas.

Arduo es el designio. Acaso tambien extemporáneo; pues no para todos los hombres dignos de nota empieza la posteridad en el sepulcro. Los que han manejado altos negocios en el mundo, ó escrito sobre doctrinas y sistemas opinables, han menester jueces remotos, que no contemporáneos, en atencion á que sólo el tiempo suele dar á las censuras ó á los elogios la exactitud, templanza é imparcialidad que los abonan. Mas ya que no me es dado excusar el empeño, abriré la senda que, mejor que nosotros, recorrerán los venideros, y lo haré desobligado de toda aficion ajena del amor á la verdad, poniendo

el hombre y sus obras al peso de mi libre conciencia, sin más temor que el que me inspira mi pequeñez, desigual por todo extremo á la grandeza del asunto.

No todas las lenguas permiten que el carácter individual de los que las aplican á la literatura se refleje en sus escritos; pero, á no dudarlo, es la nuestra (á lo ménos entre las neo-latinas) la que por su riqueza, flexible contextura y maravillosa variedad de locuciones y giros, concede más ensanche y libre movimiento al ingenio, prestándose, digámoslo así, como masa tierna y suave, á recibir todas las formas que quiera imprimirle cada espíritu. Por lo cual, respecto á nuestros escritores, más quizá que respecto de los de ninguna otra nacion moderna, se puede en rigor decir: *el estilo es el hombre.*

No pretendo, Señores, que las obras del marqués de Valdegámas estén exentas de faltas literarias, ni mucho ménos que deban servir de acabado y preferente modelo de pureza y buen gusto á los que deseen cultivar con provecho nuestro idioma; pero, en mi sentir, ninguno de nuestros prosistas, ya antiguo, ya moderno, logró nunca estampar más hondamente que él, en sus discursos y en sus escritos, el sello de aquella predisposicion ó índole nativa que constituye la invencion y la originalidad en la elocuencia. De tal modo, que ya hablando, ya escribiendo, y ya se preparase con el estudio y la meditacion, ya improvisase, siempre es el mismo; siempre es, y por extremo, diferente de los demas; siempre, en sus errores ó en sus aciertos, con sus lunares ó con sus bellezas, no sólo tiene fisonomía propia y peculiar, sino que esta fisonomía, merced al predominio de las mociones espontáneas del ánimo, retrata al vivo la rica naturaleza de su corazon y de su alma. Nunca se pintó nádie á sí mismo, en producciones del ingenio literario, con tanta verdad como él en las suyas. Hablaba como escribia; escribia como hablaba; y de forma hablaba y escribia que, sobre ser

único y solo en el lenguaje y estilo, la reforma de estos habria sido empresa superior á su propia voluntad y fuerzas, á lo ménos en la época de los primeros arrebatos de su ardorosa fantasía.

Hay, pues, analogía, ó mejor diré, identidad del carácter de nuestro autor con su estilo; y como éste, cualesquiera que sean los asuntos, es invariable en la estructura y las formas, no vacilo en afirmar que el marqués de Valdegámas poseia la cualidad sobresaliente de los grandes ingenios, á saber: la unidad que ilumina y explica sus obras; que permite estudiarlas siempre á una misma luz y bajo un mismo aspecto; que pone de manifiesto la clave del hombre moral é intelectual; que descubre, en fin, el principio y móvil supremo de su espíritu.

Demas de que, sean cuales fueren las materias en que un grande y poderoso entendimiento se ejercite, siempre aparece dominado por cierta facultad particular que viene á ser como un instinto que le mueve, y que ayuda á discernirle. La política en sus más altas relaciones con la historia, y la historia y la política explicadas por el dogma católico, fueron el asunto predilecto de los estudios y meditaciones del marqués de Valdegámas; el blanco á que, cuándo involuntariamente, cuándo de propósito, dirigia sin descanso ni vagar sus pensamientos, puesta la mira en penetrar el destino de las naciones, en descubrir el principio y fin del hombre y de la humanidad, y en demostrar la perfecta concordancia que ha tenido, tiene y tendrá la vida de la humanidad y del hombre con la ley revelada, que es regla y providencia de todo cuanto existe. ¡Arcanos insondables que ha puesto Dios entre lo conocido y lo ignorado, entre lo finito y lo infinito, como otras tantas lindes eternamente inaccesibles á nuestra impotente curiosidad y vana ciencia!

Casi todos los escritos de nuestro malogrado académico, ó por lo ménos los de más excelencia, confirman cuanto acabo de

decir; y puesto que cualquiera de ellos podria servir al intento de analizar su estilo y la índole de su ingenio, todavía quiero para el caso elegir el que á todos los resume y comprende: el *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo:* obra esta de la edad madura del autor, así como la última, la más lata y más detenidamente elaborada de las suyas, y donde con más brio y lozanía se ostentan, se desenvuelven y batallan sus teorías, luce su talento, brilla su diccion y resalta el singular contraste de dulzura en el carácter y de dominacion en el espíritu que distingue, entre las conocidas, su elocucion fogosa y levantada.

En este libro, destinado á examinar las más abstrusas cuestiones religiosas, morales, sociales y políticas; que discute y da por resueltos los más hondos problemas humanos, y que quiere explicar dogmáticamente muchos misterios divinos; en este libro, por más de un concepto singular y extraordinario, no aparece, sin embargo, asomo siquiera de duda, rastro alguno de vacilacion ó de incertidumbre en la mente ni en la frase del escritor. La creencia es firme, incontrastable el ánimo, absoluta la afirmacion, imperioso el lenguaje. El hombre á quien muchos y fuertes vínculos de todo género ligaban á un partido político determinado, rompe con él, combate sus principios, y le moteja de erróneo, infecundo y corruptor. El amigo de la sabiduría, admirador y discípulo de los grandes pensadores que en todos tiempos han ensanchado el dominio de la inteligencia, despues de haber aprendido *á tener en poco á todos los filósofos y á todas las filosofías*, avanza un paso más, y niega rotundamente la verdad de sus sistemas. El que años ántes, sentado en una cátedra famosa de esta corte, se esforzaba en demostrar que la fuente de la soberanía y del derecho es la razon, no se contenta ahora con repeler la facultad de juzgar, sino que reputa perniciosa la facultad de discutir. La controversia, segun pode-

mos deducir de sus palabras, es una ilusion intelectual, una luz engañosa que, ora quema, ora ofusca, pero jamás ilumina. Si hemos de asentir á su fallo, la libertad es siempre cómplice de la heregía, y la independencia humana no más que el triste privilegio de dudar, negar y destruir, ocasionando natural y fatalmente el triunfo del error y del pecado en este mundo. ¿Qué más? La razon de por sí es incompetente para todo: para juzgar del bien y del mal, de lo verdadero y de lo falso; para conocer su propio orígen y naturaleza; para definir su marcha y desenvolvimiento, su accion en la vida de la humanidad, su ministerio en la historia. La razon, que á sí misma se busca para estudiarse y conocerse, sólo puede llegar con sus vanos esfuerzos al escepticismo y á la nada. El bien, finalmente, no es posible sino por medio de la accion sobrenatural de la Providencia; ni es dado concebir el progreso más que como resultado necesario de la sumision pasiva y absoluta del elemento humano al elemento divino, y no de otra manera.

Aseveraciones son estas ante las cuales hubiera retrocedido lleno de espanto un espíritu comun; pero el de nuestro esforzado controversista las fué deduciendo una á una, con dialéctica inflexible y admirable impasibilidad, del principio en que estriba su sistema: principio que se reduce á hacer de la teología el fundamento, la clave y punto de partida de todas las ideas generales relativas á la constitucion de la sociedad y á las instuciones y gobierno de los pueblos. Así, toda cuestion, ya social, ya política, lleva en sí, visible ó latente, una cuestion teológica; en tales términos que no es posible establecer ningun sistema, tocante á aquellos puntos, sin referirle, bien implícita, bien explícitamente, á un sistema, á una teoría, á una nocion cualquiera de Dios en su esencia y atributos. De donde se deduce que la teología es la ciencia de las ciencias, la que todo lo abarca y comprende; de suerte que, cuanto se ha escrito hasta

ahora con nombre, sin duda usurpado, de ciencia política y social, queda reducido á la humilde categoría de *combinaciones arbitrarias del entendimiento humano.*

Una doctrina que incluye la ciencia en el dogma; que todo lo somete y rinde sin condiciones al principio de autoridad religiosa y política; que aniquila la libertad, y en que el hombre aparece absorbido por la inmensidad de Dios, ¿se diferencia en algo del quietismo y del fatalismo? La solucion que da el *Ensayo* al problema del libre albedrío, problema que ha atormentado el entendimiento de los más insignes pensadores de todos los tiempos; problema que comprende en estrechísimo enlace los no ménos importantes de la vida propia de la conciencia, de la moralidad de las acciones, de la responsabilidad del ser humano, de las penas y recompensas, del merecimiento y la expiacion, de la justicia, del deber, del derecho: la solucion, digo, que ha dado el *Ensayo* á este inmenso y temeroso problema, ¿por ventura es la misma que ya le dieron los Padres de la Iglesia en la esfera de la verdad católica, la que le han dado los filósofos en el campo de la metafísica, la que le da la humanidad misma en el teatro de la historia? Ese libro, ¿no invalida cuanto en el trascurso de los siglos ha adelantado el espíritu humano en materia de ciencias morales y políticas? ¿No presupone el trastorno, imposible para Dios mismo, de la naturaleza, sucesion y ordenamiento de los hechos consumados? ¿No recusa todo progreso en el camino de la civilizacion, toda mejora en la condicion del hombre, y tambien la eficacia intrínseca de las instituciones en el gobierno del individuo y de la sociedad? ¿No hace flaquear los fundamentos de la verdad, y destruye los elementos de la certidumbre? ¿No conduce como por la mano á la duda universal? Sus inexorables y aterradoras afirmaciones, ¿no vienen, por desgracia, á dar el mismo resultado que la negacion absoluta: negacion de la actividad moral é in-

telectual del hombre: negacion de la unidad orgánica de la familia humana: negacion de la filosofía: negacion, en fin, de la justicia, de la esperanza y de la Providencia?

Otros, lanzando un rayo de luz á estas tinieblas para aclarar tamaño cúmulo de dudas, decidirán si las teorías del *Ensayo* concuerdan ó no con la análisis de las facultades del hombre, con la conciencia del género humano, con el espíritu del Evangelio, con los anales de la iglesia católica ortodoxa, y con los intereses de la religion; los cuales, en realidad, siempre han salido lastimados y maltrechos de todo profano consorcio con ideas de temporal exaltacion y predominio.

Por fortuna la Academia ni es asamblea política ni concilio, y no hay para qué me entrometa yo á discutir en su seno las encumbradas y misteriosas cuestiones que suscita el *Ensayo*. Mas aunque para vosotros, Señores, en cuanto corporacion, no sea el mundo una liza, sino un espectáculo, todavía me habeis de permitir que emita mi opinion acerca de las novedades que aspira á introducir en él la doctrina del señor marques de Valdegámas.

Y así diré, que cuando este gran dialéctico llega de deduccion en deduccion al gobierno teocrático, ó sea al gobierno directo y personal de Dios ejercido por medio de sus ministros delegados los sacerdotes y los reyes absolutos; y cuando, á mayor abundamiento, aconseja que se escojan para el régimen y direccion de las cosas humanas de entre los sábios á los teólogos, y de entre los teólogos á los místicos y contemplativos, obedece á las inspiraciones de una escuela extranjera, y olvida ó desprecia la historia y las tradiciones nacionales, y el temple del carácter español.

¿Por qué lo callaria yo aquí donde se pueden decir útiles verdades; aquí donde hay hombres capaces de escucharlas y apreciarlas todas? Ni la teocracia ni el absolutismo son plantas

indígenas del suelo generoso de nuestra patria. El gobierno de los godos, si no era completamente teocrático, daba una grande importancia á este elemento. Mezcla absurda de los principios más opuestos entre sí; alternativamente eclesiástico ó militar; siempre tiránico, murió dejando unido para siempre su recuerdo al de la dura cuanto merecida expiacion de Guadalete. Exótico como ese bastardo sistema, el absolutismo, de procedencia austriaca, nació, para daño y mengua nuestra, en el sangriento campo de Villalar. Española sí, de puro y limpio orígen español, hija legítima y gloriosa del genio nacional, es la guerra épica de ocho siglos que remató en los muros de Granada. Española sí, es la guerra, toda ella heróica, á que dió memorable principio el Dos de Mayo.

Ni cabe imaginar un país más fecundo que el nuestro en alternadas y opuestas enseñanzas de libertad y despotismo. Donde quiera que la historia registra un hecho memorable, una gran reforma, una mejora útil, una institucion generosa, vemos, ó la accion libre del pueblo, ó la mano paternal de un rey que sabe y quiere acomodarse al carácter de los súbditos. Donde quiera que, por el contrario, hallamos una perturbacion, una iniquidad, una tiranía; allí, indagando causas y rastreando orígenes, tenemos que reconocer la fuerza mayor de un monarca mal aconsejado, que, con ofensa y desdoro del genio nacional, ingiere violentamente en el gobierno patrio instituciones extranjeras.

La defensa y conservacion del patronato y demas regalías de la corona ha sido uno de los principios fundamentales del derecho público de España desde Fernando é Isabel hasta Cárlos III; y fué constante anhelo de este buen príncipe hacerle triunfar de una vez para siempre en sus Estados. Fieles á esta causa han sido nuestros más ilustres reyes, y cuantos varones han tenido entre nosotros excelencia en letras divinas y huma-

nas, en piedad, en patriotismo, en el ordenado y justo ministerio de la república, desde Jiménez de Cisnéros hasta Campománes, desde Melchor Cano hasta el venerable Palafox, desde Hurtado de Mendoza hasta Jovellános: nuestros más insignes jurisconsultos, nuestros más profundos teólogos, nuestros más hábiles ministros.

¿Cómo podia ser de otra manera? El absolutismo y la teocracia ni son españoles ni cristianos; cuanto más que, si bien se mira, España no ha sido en lo antiguo otra cosa que un conjunto de reinos ó provincias libres formadas por la naturaleza, constituidas por las primeras razas pobladoras, caracterizadas por lenguas y costumbres várias, y sostenidas por leyes y fueros privativos: gobernáronlas reyes, es verdad; pero eran administradas por comunidades, ayuntamientos y concejos: aunólas, es verdad, la religion; pero sólo cortas porciones del territorio nacional fueron políticamente regidas por la Iglesia.

Mas no importa: cualquiera que sea la parte de verdad, ya relativa ya absoluta, ya racional ya histórica, contenida en el sistema del señor marqués de Valdegámas; y sea cual fuere el juicio que se forme tocante á la posibilidad y conveniencia de aplicarle á la gobernacion de príncipes y pueblos, siempre, y por muchos conceptos, será para nosotros el *Ensayo* un libro de gran curiosidad é importancia.

Como libro de controversia, nos lleva á los últimos términos de una doctrina que, más ó ménos atemperada por la inconsecuencia, ó dulcificada por cobardes concesiones, han sostenido en el vecino reino, con no comun aprobacion y mucho estrépito, algunos hombres entendidos: con lo cual advierte, áun á los ménos avisados, del espíritu y tendencia de su escuela.

En el flujo y reflujo incesante de ideas que trabaja á nuestro siglo, y en una época en que todas las producciones del entendimiento, cualesquiera que sean sus formas, ejercen imperio

en la opinion; los escritos que despiertan la inteligencia moviéndola á pensar y excitándola á discurrir sobre asuntos de comun provecho, son útiles por igual á las costumbres y á las letras. Discurre y falla el *Ensayo*, y al discurrir y fallar nos enseña á descoger las alas de la meditacion filosófica en los inconmensurables espacios de su dominio. ¡Caso tan raro como cierto! El libro que declara impotente la razon, es él mismo un testimonio elocuentísimo de su fecundidad y de su fuerza; y maravilla ver cómo, al paso que condena la discusion, nos ofrece en todas sus páginas una prueba más, sobre las infinitas que ya existen, de que sin el público debate que avigora, depura y dirige á buen término el razonamiento, carecerian de sancion la verdad, de correctivo el error, de luz y vida el mundo.

En suma, considerado el *Ensayo* sólo con relacion á la persona del autor, bien se puede decir que el libro es el hombre: porque allí vive éste, respira y habla: allí se nos viene á los ojos con su manera propia de escribir y de pensar; allí se difunde con ímpetu libre rompiendo todo linaje de compuertas. El libro es él, todo él: con sus grandes defectos, con sus grandes cualidades: siempre grande.

Un ingenioso escritor español ha dicho del marqués de Valdegámas, que habia en él mucho de poeta y mucho de filósofo; y que lo que tenia de filósofo le sobraba y estorbaba para ser poeta, así como lo que tenia de poeta le sobraba y estorbaba para ser filósofo.

¿Son por ventura incompatibles, segun esto, las dotes de ingenio que piden la poesía y la filosofía?

Tan léjos estoy de creerlo así, que tengo por cierta la opinion contraria; pues, á lo que entiendo, ni todo es pura inspiracion en el poeta, ni todo pura abstraccion en el filósofo. El uno, sin ejercicio viril del entendimiento, sin meditacion, sin razonada observacion de las cosas y los hombres, sin filosofía,

sólo conseguirá comunicar un soplo de efímera vida á las creaciones fantásticas de la imaginacion desordenada, de la pasion sin regla, del pensamiento sin ley; ó bien, circunscrito á la imitacion servil de la naturaleza, idólatra de lo sensual y lo plástico, nunca abrirá al entendimiento los horizontes infinitos del espíritu, ni comprenderá siquiera la casta y luminosa serenidad que eternamente resplandece en las obras del arte verdadero. Por lo tocante al filósofo, si no tiene imaginacion que le haga sensible á las escenas de la naturaleza y del mundo, ni intuicion de la belleza ideal, ni entusiasmo, ni poesía, ¿qué otra cosa será jamás sino un forjador de estériles quimeras, destituido de elevacion y de elocuencia? No se comprende que Dios conceda sus más ricos dones para que se neutralicen ó se excluyan. Más me inclino á pensar que de tarde en tarde favorece con ellos á algunas inteligencias privilegiadas, para que puedan vislumbrar en armonioso conjunto la belleza y la verdad de sus divinas obras.

Y es lo cierto que el autor del *Ensayo* poseia y ejercitaba con igual maestría las dos fuerzas ó facultades extremas de la mente: es á saber, el razonamiento y la imaginativa; y que por un raro privilegio, concedido tan sólo á los ingenios vigorosos y fecundos, veia instantáneamente y de lleno las cuestiones, descifrando lo que tienen de particular ó general, de relativo ó absoluto, de necesario ó contingente.

Si no contaba su inteligencia entre las que abarcan muchas ideas distintas, ó para compararlas, ó para someterlas á síntesis profundas; si, esclavo de su propio entendimiento, no veia casi siempre más que un sólo lado de las cosas, ó un sólo órden de conceptos, acreditándose así ménos que de libre pensador de insigne lógico, poseia no obstante aquel género de capacidad que concibe y desenvuelve todas las aplicaciones de un principio ó de un sistema. Asienta una premisa, y nádie le aven-

tija, que ántes bien excede á todos en sacar de ella el caudal completo de sus precisas consecuencias; y como no tiene miedo de sí mismo, ni del mundo, ni de lo que á su juicio es la verdad, arrostra con todo; no ceja ante las apariencias de la paradoja, ni transige con sus adversarios, ni da treguas á los sistemas que impugna, ni pone la consideracion y mira en otra cosa que en sacar triunfantes del combate sus leales convicciones.

Afirma con resolucion y niega con imperio, porque se llama campeon del dogma, y el dogma no se manifiesta sino por medio de afirmaciones ó negaciones magistrales y absolutas. Su dialéctica acosa á sus contrarios, y los encierra en un círculo de fuego; y con todo, no empece en ella lo inflamado á lo exacto, lo vehemente á lo sutil, lo valiente y grandioso á lo templado y galante. Más dado á la acometida que aficionado á la defensa, es consumado, como todos los grandes tácticos intelectuales, en el arte mañero de atraer á su propio campo al enemigo, obligándole á aceptar sus armas y estrategia.

Versado en letras sagradas y profanas, distingue y caracteriza con tino y admirable sagacidad las religiones y los sistemas filosóficos, las escuelas y los maestros, las ideas y las tradiciones, las cosas y los hombres, las circunstancias transitorias, y el rico, variado y complejo carácter de los tiempos. Apoyado en el principio que sirve de fundamento á su doctrina, y puestos los ojos en el cielo, levanta el tono hasta donde remonta el pensamiento; y vuela este, majestuoso y sereno, de los últimos efectos á las primeras causas, de lo temporal á lo eterno, de lo conocido á lo desconocido, del hombre á Dios, *penetrando* (como él mismo dice bella y pintorescamente de Vico) *en las misteriosas fuentes del rio de la humanidad, escondidas mas allá de los inciertos albores de la historia y de las ráfagas de luz intermitentes y engañosas de la fábula.*

Estas son las cualidades de filósofo que brillan en el señor

marqués de Valdegámas; y cierto, en la aplicacion que ha hecho de ellas, no le reputo inferior á los maestros de la escuela neo-católica francesa.

Ni fué ménos bien abastado por la suerte en dotes de poeta, como lo testifican, al par que sus escritos, sus discursos; que pues todo talento brota como de fuente viva, de gérmenes innatos, en él lo eran el espíritu religioso; el amor á las verdades morales; el gusto á lo sobrenatural y maravilloso; la pronta y lúcida percepcion de lo bello; la facultad eminentísima de generalizar las ideas, y de idealizar los objetos y las afecciones; la propension irresistible á los contrastes; y aquella fina sensibilidad que, si tal vez somete indefenso al hombre á la influencia de impresiones peregrinas, movibles y caprichosas, le da en cambio el calor de alma y la vivacidad de pensamiento, que son, para las obras del arte, lo que para las flores el sol, la tierra, el cielo.

Pues bien: el libro á cuya formacion concurrieron tales y tantos elementos, no peca porque su autor los haya empleado de manera que unos á otros se embaracen, desautoricen ni desluzcan.

Si consideramos el fondo de la obra, veremos no ser esta más que un nuevo, aunque elocuentísimo alegato, en el proceso que de tiempo inmemorial, sin término, sin juez y sin esperanza de sentencia, sigue la razon consigo misma, con Dios y con el mundo. Porque si en este proceso es presuntuosa la razon que se califica de infalible, la que se tiene por incompetente para conocer y fallar, es absurda y cae en contradiccion cuando conoce y falla. Si en él se apela al dogma, la Iglesia, como su única y legítima guardadora, declara, define y no discute. Tratado han de teología, filosofía y política cristiana, entre otros varones eminentes, San Pablo, San Agustin, San Clemente de Alejandría, San Ireneo, San Anselmo y Santo Tomás de Aquino, denominado con razon el Ángel de las Escuelas; pero, ¿qué ojos

de hombre verán nunca más ni mejor que vieron en materias religiosas, eclesiásticas, y áun literarias, los de aquellas águilas divinas, demoledoras del mundo antiguo y columnas fortísimas del nuevo? ¿Quién, en asuntos de fe, se atreverá á creer donde ellos dudaron, á dudar donde ellos creyeron, á afirmar ó á negar donde ellos negaron ó afirmaron? Y si apartamos respetuosamente la cuestion del dogma y de sus interpretaciones ortodoxas, para trasladarla al campo en donde luchan sin descanso las memorias de lo pasado con los presentimientos de lo futuro, ¿quién posee el secreto de Dios? ¿quién puede antever y señalar el rumbo que desde el principio de los tiempos ha señalado su dedo omnipotente al viaje, atribulado y azaroso si, pero tambien espléndido y sublime, del hombre y de la humanidad sobre la tierra?

No busquemos, pues, explicaciones sutiles ni recónditas para efectos que las tienen fáciles y llanas en la naturaleza misma de su asunto. Interpretar la doctrina católica; someter al raciocinio los misterios de la religion para inquirir los designios de Dios, y declarar por medio de la nuestra limitada su sabiduría infinita; penetrar en el recinto de la fe poniendo forzosamente la planta sobre la imborrable huella que dejaron en su suelo los grandes maestros de la ciencia cristiana; querer construir de raíz el edificio de lo presente y de lo futuro con los escombros de lo pasado; y tremolando la bandera de la tradicion, pretender que el género humano se ampare de su sombra, y que retrocedan las corrientes de la civilizacion á sus orígenes, era empresa sobrehumana que únicamente un grande ingenio podia concebir, y cuya sola traza es un prodigio: salvo que llevarla á cumplido remate y término dichoso, rayará siempre en lo imposible.

Fuélo, en mi sentir, para él: mas no sería justo que quedase por su cuenta lo que debe mayormente atribuirse á la

materia de su escrito. Constreñido por esta y por su propósito á filosofar sobre misterios y dogmas religiosos, dió á la religion cierta forma y lenguaje de filosofía, y á la filosofía un cierto término de misticismo dogmático: con lo que hubo de privar á la una de su sencilla majestad, y atavió á la otra con arreos que desdicen de la sobria y severa diccion que le conviene. Demas de esto, cuando el entendimiento humano se empeña en explicar lo que se tiene en opinion de inexplicable, ó lo es de suyo, semejan sus esfuerzos á una como gimnástica del espíritu de que resulta vencida siempre la lógica natural de la verdad por la dialéctica artificiosa de la fantasía. Nada parece entónces cierto. Piérdese la confianza; ocupa en el ánimo la duda el lugar de la creencia; toma aspecto de paradoja la verdad, de sofisma el razonamiento, de oropel y pompa vana la bizarría del estilo; hasta que, cansado el lector ó el oyente, acaba por considerar la controversia como un puro conjunto de especulaciones aéreas forjadas por la mente perdida en los campos sin límites del amor estático, ó de las cavilaciones metafísicas.

Tal como este es el juicio que han formado algunos del *Ensayo*; sin duda por no advertir que el libro parece pequeño sólo porque Dios y la religion son inefablemente grandes: con lo cual una vez más se nos demuestra que el espíritu escudriñador de las altas cosas divinas es siempre y por todo extremo limitado, al paso que el corazon que se abre entero á su amor y reverencia es infinito.

Y así y todo, algo muy provechoso, elevado y excelente debe contener una obra que ha obtenido de nacionales y extranjeros muestras tan relevantes como insólitas de aplauso, y que ha sido parte para que se inscriba el nombre de su autor en el registro que conserva el de los inmortales defensores de la fe cristiana.

Gloria esta, Señores, á todas luces merecida, pues tiene el

Ensayo, entre otros méritos, el de ser una noble, pura y desinteresada inspiracion de conciencia: no un libro de vanidad ni granjería. Atormentado por una persuasion vacilante que á tiempo dormia, á tiempo despertando amenazaba (género de persuasion que es el mayor de los tormentos morales), nuestro ilustre compatriota buscó y halló reposo para el alma atribulada refugiándose en el impenetrable asilo del santuario. Del mismo modo que Pascal, vió que la duda es estéril, y creyó: comenzó por rendir culto á la razon, y paró en echar por tierra no sólo el ara y el templo, sino el ídolo. No se conformaba su espíritu inflexible con los partidos que transijen; ni con las opiniones que contemporizan; ni con los sistemas que se forman á retazos, como vil ataracea, de principios diferentes entre sí: y repudió el eclecticismo, que ántes habia sido su escuela filosófica y su doctrina predilecta de gobierno. Estudió la sociedad, meditó las revoluciones, vió el uso que hacian los hombres de la libertad y del entendimiento; y persuadido de que el mal y el error acaban siempre por sobreponerse al bien y á la verdad, pidió al régimen absoluto su dominio y á la sola divina religion su egida salvadora.

¿Dónde están, pues, la veleidad é inconsecuencia de opiniones que se atribuyen al marqués de Valdegámas? El *Ensayo*, á buena fe, era, y tenia que ser, el término preciso de su carrera filosófica; bien así como fueron jornadas de este viaje intelectual todos sus escritos y discursos anteriores. Y en hecho de verdad, para ciertos espíritus sutiles y curiosos no hay puerto donde se remedien de las tristezas y zozobras de la duda, si no es el de la religion; atento que, desesperando la mente de penetrar lo incomprensible, halla que el dogma, á la ventaja de explicarlo todo, une la de domar el entendimiento con la fe, sosegar el corazon con la esperanza, y alumbrar el alma con la llama en que, segun la poética expresion de Malon de Chayde,

se enciende y no se quema; arde y no se consume, apúrase y no se gasta.

Nótese, además, que muchos graves motivos debian inducir al marqués de Valdegámas, cuando no á profesar, á aparentar la mal entendida consecuencia que consiste en sostener siempre lo que un tiempo se creyó, y ya no se cree (donosa manera de virtud, muy al uso); y ello sin más que irse tras el hilo de la gente por el camino de sus primeras opiniones.

Solicitábanle, con efecto, á hacerlo así, la medra y crédito que esas opiniones le habian granjeado, el aliciente poderoso del aplauso de sus antiguos amigos, la ventaja de probar en libre estadio las fuerzas del espíritu entregado á sí mismo, la influencia del siglo, el ejemplo de varones doctos, los halagos del mundo, la traidora sonrisa de la popularidad.

Y, ¿qué hizo? Lo que no todos (y con paz sea dicho) harán siempre en igual caso: escuchar y seguir la voz de su conciencia dejando la via ancha y descampada de la ambicion vulgar por la angosta y ágria del legítimo merecimiento: dar suelta á la índole de su ingenio, á la naturaleza de su carácter, al temple de la sangre: romper con mano valerosa sus viejas ligaduras. En esta nueva senda debian salirle al encuentro la envidia y la maledicencia para denostarle; las preocupaciones y el orgullo de las escuelas contendientes para hacer mofa y escarnio de su entendimiento; los amigos, convertidos en enemigos, para quebrantar su corazon. Él lo sabia; y sin embargo publicó el *Ensayo.* ¡Nueva recomendacion de una obra que ya califican y ennoblecen otras prendas; pues considerada bajo el aspecto en que ahora se nos muestra, no es solamente un libro, sino (lo que es más para Dios, y debe serlo para los hombres) una buena accion, y un rasgo de heroismo!

Pero en la rica naturaleza moral é intelectual de Don Juan Donoso Cortés cabian, sin estorbarse ni dañarse unas á otras,

todas las excelencias del corazon y del espíritu; pues es bien sabido que entre las dotes de pensador católico, de filósofo cristiano, de dialéctico profundo al par que ágil en la lucha, sobresalian las de hábil profesor, las de orador bizarro, las de escritor elocuentísimo.

Qué tan viva, impetuosa y perspícua fuese su manera de producirse y de explicar en cátedra, pueden decirlo todos aquellos que oyeron y admiraron en el Ateneo de esta corte sus lecciones de *Derecho político*.

Y cuán poderosa para agitar el ánimo y arrastrar la fantasía su elocucion en la tribuna parlamentaria, se infiere de sus discursos, cuyas cláusulas, aunque muertas por faltarles el sonido de la voz, el gesto, el ademan y la mirada, producen leidas efectos casi iguales á los que ya hicieron pronunciadas. Y nosotros mismos podemos testificarlo: nosotros que oimos esos discursos animados con el calor y la vida que les comunicaba el orador arrebatado de sus propias emociones, no ménos que con la vida y el calor que momentáneamente les daba, entusiasmado, el auditorio.

Ni del singular imperio que ejercia en el ánimo de sus oyentes el marqués de Valdegámas hemos menester más prueba que la que nos ofrece una de las últimas oraciones pronunciadas por él en el Congreso de los Diputados. La prueba á que aludo vale por muchas: es perentoria además; y voy á referirla porque, sobre hacer al caso, puedo dar fe de ella como testigo presencial.

Tratábase el 30 de Enero del año 1850 la que hoy llamamos *cuestion de presupuestos*: muy interesante, sin duda, cuando es en realidad asunto que se discute; muy ociosa cuando hecho que se confirma, ó autorizacion que se da; y siempre, y de todos modos, desapacible y nada amena. Apelando, sin embargo, D. Juan Donoso Cortés á sus métodos favoritos de razo-

namiento, colocó el debate en el terreno elevado y general de los intereses materiales contrapuestos á las ideas morales, y arrancando de aquí llegó de un vuelo, con su facilidad acostumbrada, al corazon de la más sublime política teológica. Con decir que su discurso, en pormenores y en conjunto, es el gérmen, rudimento y clave del *Ensayo*, y que este se encuentra por lo tanto virtualmente contenido en él, dicho se está: lo primero, que era en cierto modo ajeno del negocio que se discutia, é impropio del lugar donde se pronunciaba: lo segundo, que heria de muerte los principios políticos que profesaba, tanto la mayoría de aquella asamblea como el cuerpo de Ministros: y lo tercero, que ello todo colocaba al orador en una situacion embarazosa y flaca por extremo.

Ni hay que pensar que los espectadores estuviesen mejor dispuestos que los legisladores á escuchar con benevolencia al orador; pues nádie ignora que la parte del público aficionada á las sesiones de Córtes, ejerce por su mano en las tribunas una especie de justicia libre y popular, más á menudo hostil que favorable á los actores del drama político del dia.

Pues bien: delante del Congreso fué entónces condenado, sin piedad ni remision, el gobierno constitucional por el hombre que un año ántes, y en aquel mismo sitio, habia dicho de semejante gobierno: *Que no era en casi todas partes sino la armazon de un esqueleto sin vida: gobierno de mayorías légitimas vencidas siempre por minorías turbulentas, de ministros responsables que de nada responden, de reyes inviolables siempre violados.* Y el Congreso aplaudió.

Y las tribunas oyeron entónces las más rigorosas y elocuentes invectivas que jamás han lanzado humanos lábios á las revoluciones y la democracia; y las tribunas (por lo comun democráticas y revolucionarias) aplaudieron. Y cediendo á un impulso irresistible aplaudimos todos: los incrédulos y los creyentes, los

vacilantes y los firmes, los pobres de espíritu y los orgullosos, los ignorantes y los sábios: todos, todos; si no convencidos ni persuadidos, penetrados de admiracion al talento de aquel varon singular, y del respeto que infunde aún á los entendimientos más escépticos la natural altivez y el desenfado de una conviccion profunda.

Los aplausos que arrancan los discursos, decia más tarde el marqués de Valdegámas, *no son triunfos, porque se dirigen al artista, no al cristiano.* Pero dado caso que asintiésemos sin reserva á esta opinion, más piadosa que exacta, todavía ocurre y conviene preguntar cuál era el secreto del arte divino que se enseñoreaba de nosotros hasta el punto de hacernos insensibles á todo ménos al encanto misterioso con que nos atraia y dominaba.

Prescindiendo, pues, de los elogios interesados provenientes de la pasajera infatuacion de las banderías, y del gárrulo y verboso aclamar de los periódicos de secta, lo que cumple á mi propósito es inquirir las causas propias y genuinas de la elocuencia del marqués de Valdegámas: causas personales unas, nacionales otras, universales las más; cuáles de ciencia, de filosofía, de religion; cuáles, en fin, de estilo y arte.

Descollaba entre las primeras cierta dulce simpatía que inspiraba el orador, por aquel tiempo, á la generalidad de sus oyentes: á sus antiguos conmilitones políticos, porque las ideas que sustentaba en órden á reaccion religiosa, se ajustaban á maravilla con las que ellos profesaban, y profesan, en materias de Estado: á sus adversarios ultra-liberales, porque estos se gozaban en los inflamados anatemas que enderezaba á los partidos mistos: á los campeones del derecho divino de los reyes, porque defendia con insólita vehemencia su doctrina. Los que le amábamos sin abundar en su sentido, veíamos en el orador al hombre; y las personas extrañas á la política se pagaban tan

sólo del ingenio, posponiendo las doctrinas á la elocuencia, y la solidez de las pruebas y del juicio á la delicada y vistosa filigrana de voces con que vestia los pensamientos.

No hago mencion de sus enemigos, porque, si á la sazon los tenia, ó se ocultaban, ó hablaban por lo bajo. Fuera de que, ni entónces ni nunca mereció aborrecimiento el hombre á quien, en lo privado y en lo público, dió la pureza del corazon frutos de buena vida. Levantado por la religion sobre todo lo que le rodeaba, ya por aquellos dias se habia desamparado totalmente á sí mismo, y estaba en lo más alto del entendimiento cuidando sólo de escuchar la voz de la conciencia y del deber. Manso y pacífico, se hallaba incapacitado de gobernar, porque, como decia en su discurso de 4 de Enero de 849, *no habria podido hacerlo sin poner en guerra su razon contra su instinto.* Naturaleza de todo en todo intelectual y afectiva, no tenia fuerza sino para pensar y amar, y carecia de la que han menester los políticos para obrar y aborrecer. La irritable presuncion de poetas y literatos, bien conocida en todos tiempos, y verdadera plaga popular en este que alcanzamos, no fué llevada por él ni al trato íntimo, ni á los negocios de la república, ni á las discusiones de la ciencia. Era sincera su humildad, por más que á algunos pareciese altisonante y fastuosa; lo cual procedia de que tomaba todo en él las formas de su estilo: ni seré yo quien le moteje de haber tenido tal cual vez el orgullo de la virtud, viendo cuán medrada y vanidosa se anda hoy la ostentacion del vicio. *Cuando mis dias estén contados*, exclamaba en el citado discurso, *bajaré al sepulcro sin el amarguísimo y para mí insoportable dolor de haber hecho mal á un hombre.* Y, ¿cuántos son, pregunto yo, los llamados á vivir y morir con tan sublime confianza en medio de las tempestades de la sociedad moderna?

Por otra parte, en la memorable ocasion á que me refiero

se presentaba el marqués de Valdegámas al exámen de los doctos bajo un punto de vista tan interesante como nuevo. Hasta allí habia sido periodista, publicista, poeta, literato; pero ni era tenido generalmente por filósofo, ni el movimiento especulativo de sus ideas significaba otra cosa más que la historia de su afan generoso por alcanzar la certidumbre, y por esclarecer los siempre recónditos arcanos del destino del hombre y de los pueblos. En los discursos de 849 y 850 aparece por la vez primera el futuro autor del *Ensayo* en posesion de una antorcha, dueño de un sistema; y esta final trasformacion de su inteligencia, aunque prevista y esperada, porque era lógica, sorprende y cautiva á los hombres capaces de comprender cuánto tiene de heróica la tenacidad del espíritu que, ansioso de luz y de verdad, busca la una y la otra sin descanso, y á costa de los mayores sacrificios.

Pero hay más. Cuando el marqués de Valdegámas sostenia la superioridad de las ideas religiosas, morales y políticas sobre los intereses materiales; cuando buscaba el fundamento de la buena gobernacion de las naciones en los elementos que constituyen la esencia necesaria y perpetua de las sociedades humanas; cuando preferia el deber y la abnegacion á la licencia, y á la grosera satisfaccion de los apetitos sensuales; cuando defendia la fe contra la incredulidad, y condenaba la indiferencia; cuando decia que toda verdadera civilizacion procede del cristianismo, y debe contar con él para subsistir y mejorarse; cuando señalaba como eficaz remedio para los males de la enferma sociedad la regeneracion moral y religiosa de los pueblos, ¿cómo no aplicar el oido al acento armonioso y varonil que proclamaba semejantes verdades en un lenguaje digno de ellas, y con la autoridad que comunica al espíritu un convencimiento incontrastable?

Aplicamos, en efecto, Señores, y debimos aplicar todos el

oido y el alma á aquel acento, porque él heria en nuestros corazones la fibra siempre sonora de las creencias religiosas: una de las pocas que, correspondiendo á la trama de nuestro carácter nacional, subsiste sin notable deterioro, no gastada aún por las estériles luchas en que casi todos los elementos de nuestra vida interior se han consumido. Así que, descartando de la doctrina teológica y política de los discursos lo que hay en ella extremado y contrario á nuestro instinto, lo demas es español por lo que tiene de católico: europeo, universal, porque afianza los intereses vitales y más caros de la sociedad humana sobre el eterno pedestal del cristianismo.

Esta es la única religion conservadora al par que progresiva; y sin embargo, la fe huida de las almas, el materialismo triunfante, y la execrable profanacion de las cosas sacrosantas, forman el grave mal que hoy pesa sobre todo: hombres, pueblos, sociedad, gobernacion, costumbres, artes y literatura. De donde infiero que habria ingratitud en no reconocer y estimar lo que, siguiendo rumbos más ortodoxos que Chateaubriand, ha tentado D. Juan Donoso Cortés para rehabilitar la religion de nuestros padres, ménos en el concepto de bella que en el de verdadera; ántes que bajo el punto de vista del arte, bajo el de la moral y el dogma; y lo mucho que por consecuencia ha hecho para restituir al cristianismo su austero carácter, y la divina autoridad que pone límites morales á toda autoridad humana, coto á los desmanes del poder, freno y correctivo á las tiranías y liviandades de pueblos y monarcas.

Y hé aquí explicados los vítores que dieron en España á los discursos gentes de varias y áun opuestas opiniones. ¿Diré tambien del alborozo con que les salieron al encuentro, así las cortes de Europa como el clero ultramontano en todas partes? Debemos convenir en que no podia ser ni más natural ni más oportuno ese alborozo.

Porque era D. Juan Donoso Cortés, si no el primero ni el mejor, el más elocuente publicista de la escuela neo-católica que rige, y de cada vez más avigora, la reaccion política que hoy se nota en los Estádos. Al modo que en 1790 condenaba el irlandés Burke la primera revolucion democrática francesa; al modo que el saboyano De Maistre escarnecia esa misma revolucion con el epíteto injurioso de satánica, así condenó él la revolucion de 848, y así la escarneció; y así tambien, midiendo la profundidad del abismo que ella ha abierto á nuestras plantas, le lanzó deliberadamente en son de reto el anatema provocador de sus doctrinas, y el dardo acerado de sus atrevidas cuanto originales conjeturas.

Tan austero como el dogmatista saboyano, y tan enérgico como el orador irlandés, nuestro apasionado defensor de la tradicion de la Edad Média, abomina cuanto conduzca á alterarla. Ni se contenta con reprobar las demasías de los hombres, la natural ceguedad de los bandos, la confusion inevitable de los hechos, sino que, negando toda legitimidad á los hechos, todo derecho á los bandos, toda autoridad á los hombres, recusa el principio generador de los movimientos populares, y afirma que están destinados por las inexorables leyes de la lógica á agitarse, sin provecho ni descanso, en un círculo inflexible de contradicciones y catástrofes.

Y no se detiene aquí; pues convencido de que nos hallamos en los tiempos apocalípticos, y de que el fin del mundo está cercano, anuncia que la libertad ha muerto *sin esperanza de resurreccion, ni al tercer dia como Cristo, ni al tercer año, ni al tercer siglo*; que el tremendo problema de la gobernacion humana está en pié, sin que sepan ni puedan resolverle las naciones ni los sábios; que la pavorosa esfinge revolucionaria está delante de nuestros ojos esperando en vano un Edipo descifrador de su enigma; que la civilizacion y el mundo retroceden; que todos

los caminos, hasta los más opuestos, conducen á la perdicion; y que la humanidad camina con pasos rapidísimos á constituir el despotismo más gigantesco y asolador de que hay memoria. Que el mundo se halla colocado entre el socialismo y el catolicismo, y por lo tanto, segun él, entre la negacion y la afirmacion; entre la muerte y la vida, entre el infierno y el cielo; esto protesta. Y sostiene, por conclusion, que en semejante estado de cosas el único refugio de la sociedad amenazada es la teocracia católica, como la sola institucion que da escudo á los súbditos contra la tiranía de los reyes, y á los reyes contra la rebelion de los súbditos.

No lo extrañemos. Procedia en parte todo ello del hondo terror que la revolucion de 848 habia producido en el ánimo, harto sensible, del marqués de Valdegámas; y en parte del terror general que, á modo de epidemia, cundió entónces por Europa. Cierto, cuanto mayor habia sido el peligro pasado, tanto era mayor la urgencia de aparejarle remedio para lo presente y lo futuro; y pues todo estaba amenazado, todo debia, á la ley divina y humana, defenderse. Y, ¡oh cuán terrible es en ocasiones la necesidad de la propia defensa! Y, ¡qué elocuente el terror cuando deja expedito el uso del entendimiento y de la lengua! Provocada la fe por la incredulidad absoluta, se irrita, y opone la tiranía á la anarquía: esto es, un abismo á otro abismo. Los gobiernos, al exceso de la libertad, contraponen el de la fuerza; y la fuerza, como de costumbre, siembra agravios y recoge sangre, sin poder nunca establecer otra paz sino la transitoria del miedo, ni más silencio que el del rencor que guarda sus iras. La razon libre amontona teorías, y en realidad sólo atesora quimeras; pero, feliz é inocente sobre todos, la imaginacion se exalta, siéntase en la trípode sagrada y profetiza.

Mas sea lo que fuere del concepto que entónces se formase,

y hoy se forme de semejantes profecías, es lo cierto que debian conmover vivamente al auditorio: lo uno, porque descubrian la agitacion del orador, y ponian de manifiesto el hondo surco que habian trazado en su ánimo los grandes sucesos coetáneos: lo otro, porque esos mismos sucesos daban extendido campo y ancha salida á las efusiones y conjeturas del espíritu con los pavorosos espectáculos de tronos caidos; de pueblos conjurados, domados por el pronto á hierro y fuego, indóciles al yugo, siempre dispuestos á romperle; de guerras sangrientas, ya civiles, ya sociales; de desolaciones terribles; de furores que, haciendo desesperar de la salud del género humano, movian, cuando no á dudar de la Providencia, á tener por seguro el fin del mundo.

Y ahora, Señores, para dejar enumeradas las causas principales del gusto con que fueron escuchados y hoy producen leidos los discursos del marqués de Valdegámas, sólo me resta hablar de su estilo y de la índole de su oratoria: dos cosas estas que, en puridad, no son más que una; pues, como ya he dicho, en nada diferia su manera de orar de la de hablar, y eran ambas idénticas á la que tenia de escribir en todo género de asuntos.

Por mucho entran en sus obras las ideas: pero por mucho tambien el estilo; y uno y otras fueron de gran novedad en nuestra España. Más que todo el estilo, ó mejor dicho, la lengua de nuestro insigne compatriota: lengua que, con ser la general, tomaba en sus escritos y oraciones caractéres no conocidos ántes, y venia á ser uno como instrumento peregrino cuyas vibraciones resonaban agradablemente en oidos por extremo sensibles á la pompa de la diccion, y al ritmo y cadencia de la frase. Fondo y forma le salvarán, pues, de la comun suerte reservada á improvisadores y controversistas, casi siempre sepultados en el polvo de los tiempos que animaron con su espíritu, y llenaron estrepitosa aunque pasajeramente con su nombre.

Tanto como sus doctrinas teológicas y políticas de las ideas corrientes en España tocante á las relaciones de la Iglesia con el Estado, se apartan su lenguaje y estilo de la elocucion de los autores nacionales de más nota, antiguos y modernos. Y no porque en lo más mínimo desestimase los eternos modelos de nuestra lengua, ni porque no estuviese repastado en la lectura y asidua contemplacion de todos ellos; sino porque su manera de pensar requeria una manera análoga de expresarse, y ambas tenian por fuerza que ser profundamente originales.

Es su elocuencia más bien dialéctica que retórica, imperativa que insinuante, dogmática que persuasiva. Destinada á la controversia de cuestiones intrincadas y espinosas, tiene por precision la inflexible cuanto ingrata rigidez del método, el despotismo severo del axioma, las ventajas al par que los inconvenientes de las conclusiones absolutas; por manera que tanto sus escritos como sus discursos tienen forma, estructura y sabor de disertaciones ó tésis académicas.

Acaso se note en algunos de ellos más ergotismo que verdadera lógica, más escolasticismo que verdadera dialéctica, ménos propiedad en los pensamientos que aparato artificiosamente científico en la forma; pero en cambio sobresale en el juicio y paralelo de los hombres, en el cotejo de los sistemas, en la contraposicion de los objetos, y sobre todo en el arte maravilloso de reducir á una sola palabra profunda, exacta, expresiva, todo un mundo de ideas, todo un órden de hechos y conceptos.

Visto á la luz de las reglas más generales, su estilo, en cuanto parlamentario, es harto sutil; en cuanto polémico, demasiado abundante y florido, lleno de metáforas, antítesis, y toda clase de tropos y figuras; pero, ¿por ventura no es la imaginacion una facultad indispensable en los hombres destinados á formar juicio de los grandes espectáculos y acaecimientos del mundo, y á deducir de ellos reglas de conducta para lo pre-

sente, y documentos de útil enseñanza para lo futuro? ¿Podrian, careciendo de imaginativa, recibir las vivas impresiones físicas y morales que son el orígen y fundamento del vigor de sus análisis, de la ingeniosidad de sus interpretaciones, de la trascendencia de sus miras, de su elocucion pintoresca, ardiente y animada?

Preponderan en el marqués de Valdegámas la audacia del espíritu sobre la del ánimo, la fuerza de argumentacion sobre la de raciocinio, la sensibilidad de la fantasía sobre la sensibilidad del corazon; y es más sistemático que político, filósofo de abstraccion más que de observacion, y hombre de generalidades teóricas ántes que versado y práctico en negocios de gobierno.

No hay que buscar, pues, en sus escritos ni en sus discursos asuntos concretos de hacienda, razon de Estado, ó economía política; porque ó no existen, ó están encadenados á una cuestion abstracta tocante á los principios de la ciencia respectiva. Por donde se ve que el instinto y el gusto le mueven de comun acuerdo á correr tras la significacion universal de las cosas, y las leyes generales de los hechos.

No hay tampoco variedad en sus entonaciones: esto es, el gracioso modo que alterna entre lo sencillo y familiar, y lo ataviado y pomposo; que pasa sin esfuerzo de un objeto á otro; que esmalta el discurso, como la naturaleza el campo, de luces y colores diferentes.

Puesta siempre la mira en un fin, grandioso sí, pero demasiado rígido por una parte, y por otra harto superior á nuestra pobre condicion humana, parece que no tiene ojos para ver el mundo. Desdeña humanar su alta razon acomodándola al modo comun de sentir, y al gusto de las gentes ingenuas y sencillas; y no parece sino que tiene á ménos persuadir impresionando el ánimo, excitando la sensibilidad, y moviendo las pasiones. Pocas veces habla al corazon como amigo: siempre al espíritu como

déspota; á la razon con los preceptos; á la imaginacion con el brillo de las figuras oratorias. No quiere insinuarse, sino imperar; más veces se indigna que se enternece: nunca se sonrie: nunca llora.

Ni le pidais ímpetus del corazon, desahogos del alma henchida de dulces emociones, arranques de entrañables afectos, inopinadas y vehementes explosiones de entusiasmo; ni los felices raptos que, sacando fuera de sí al escritor ó al orador, estrechan la distancia que media entre su corazon y los corazones de sus oyentes ó de sus lectores, y á todos los junta en uno para hacerles palpitar bajo el peso de unas mismas emociones.

Él no se distrae, ni se abandona á los azares y aventuras de la improvisacion, ni se olvida un instante de sí mismo. Armado de punta en blanco, firme en los estribos, y sentado á plomo sobre su buen corcel de batalla, parte derecho como un dardo, y sólo presenta á la vista y á los golpes de sus enemigos asombrados, hierro en la lanza, hierro en la armadura.

Y está siempre encerrado en su idea y su principio como lo estaban en sus castillos feudales los antiguos señores; sin que nada les faltase ni estorbase: ni el aire, ni el terreno, ni las armas, ni la confianza en su brazo, ni la malquerencia de sus iguales, ni los derechos del rey, ni la rebelion de los vasallos.

Muchas son las veces en que discurre como doctor y habla como sofista: la verdad está en la idea, y la expresion es falsa: nunca esclavo del concepto, lo es muchas veces del aparato ostentoso con que se le ofrecia la forma. Esto dice de D. Juan Donoso Cortés uno de sus más hábiles panegiristas; y prueba que en las producciones del orador y escritor español el estilo daña en ocasiones al pensamiento, y el artista literario al sábio y al filósofo. ¡Ojalá no se viese tambien en ellas sacrificado con frecuencia el buen gusto á cierta dialéctica prolija que apura hasta las heces

los asuntos! ¡Ojalá que ménos impaciente y arrebatado tuviese siempre el buen acuerdo de esperar el númen, sin conjurarle á deshora con violencia!

Aunque, á decir verdad, muchos defectos de método y estilo son en él obra, ántes que de malos instintos literarios, de las circunstancias del tiempo en que escribió, y del objeto que al escribir se proponia. Moléjanle, por ejemplo, de haber querido dar á la religion aparato filosófico; y no se tiene en cuenta que nuestro siglo, razonador y polémico por excelencia, pide á toda obra especulativa semblanza y forma de sistema. ¡Qué no habla al corazon! Pero ciertamente no es fácil en la época que atravesamos hablar á corazones corroidos por la lepra de la sensualidad, y que no se mueven sino á impulsos de la avaricia ó del miedo: ruines y viles una y otro.

Hablaba y escribia D. Juan Donoso Cortés no para levantar figura, sino para cumplir una obligacion; y si bien pudo equivocarse acerca de la naturaleza de semejante obligacion, la forma de ella (que es de lo que aquí se trata) es adecuada á su propósito. Un hombre de su carácter público no podia ser ascético sin dar que reir; y con las ideas que tenia sobre la dignidad de la religion no debia tratar de esta bajo el punto de vista poético que ha convertido el cristianismo en una especie de mitología profana para el uso de cierta literatura empalagosa y llorona de estos tiempos. Conque para ser original en el camino ya trillado, de la filosofía teológica, tenia que poseerse enteramente del espíritu dogmático, y sentar plaza entre los campeones rigorosos é inflexibles de la Iglesia militante.

Y hé aquí por qué en el tumulto que forman las pasiones y la oscilante anarquía de las ideas coetáneas, emplea con preferencia al del halago el resorte del terror; por qué su elocuencia no adula las pasiones, ni se anima con súbitos destellos de encendida ternura; por qué cuando quiere anunciar al mundo

desventuras y catástrofes prefiere su voz, á los tonos humanos del lenguaje, el acento sobrenatural de los profetas.

Por lo demas, el estilo de su declamacion ó de su escritura, si no es llano, corriente ni sencillo, tiene en cambio gravedad, solemnidad y grandeza. La frase es simétrica y monótona, rígida y de inflexible estructura; pero tambien ámplia, cadenciosa, y de rico y variado colorido. Medita sin esfuerzo, narra con claridad, y redarguye con lucidez. Tiene definiciones admirables, é ilumina frecuentemente las oscuras abstracciones de la metafísica con ráfagas de luz maravillosas. Todo crece y se desenvuelve en su elocucion de un modo pintoresco: una simple palabra hasta convertirse en premisa, la premisa en postulado, el postulado en axioma; y nada es más curioso que ver este fecundado por su ingenio, trasformarse al fin en un sistema de infinitas partes, á manera de como se trasforma en árbol ramoso y corpulento la semilla confiada á buena tierra.

Hay notas falsas y duras en su armonía, carencia de amenidad y dulce modo, sobrada ostentacion de pedagogia dogmatizante, algun hipo por causar sorpresa y admiracion, prodigalidad de epítetos fastuosos, exceso de adorno y colorido; pero abunda en locuciones felices, en máximas notables por el sentido y la novedad de la expresion, en períodos valientes y pomposos, profundos pensamientos, dichos breves y agudos, ímpetus de ingenio rapidísimos, sublimes.

En fin, su estilo no es científico ni didascálico como el espíritu del siglo; ni tiene la tersura y precision que requiere la filosofía; ni posee la deleitosa naturalidad que avalora la grande y genuina prosa española: pero es un estilo propio y original; y cuando acaece que se acomoda y ajusta bien á la materia que discute ó al pensamiento que desea inculcar, á ninguno es dado ser más elocuente. Entónces conceptos y voces, frases é ideas se desenvuelven en perfecta armonía, y se ligan y suceden unas

á otras como las olas de un majestuoso rio de hondo cauce y levantadas riberas: con rumor dulce al oido; con movimiento grato á la vista; trasparentes, sosegadas, luminosas.

Razon tenia yo, pues, cuando al principio de este discurso decia que las obras de D. Juan Donoso-Cortés no deben, en mi sentir á lo ménos, ser propuestas por dechado á los que deseen cultivar con provecho nuestro idioma. Desatinado sería, en efecto, aconsejar el estudio de un lenguaje y estilo que, sobre apartarse gran trecho de las formas características de la lengua española, son de tal manera espontáneos y propios suyos, que repugnan toda plausible imitacion. Así, lo que en el autor del *Ensayo* merece disculpa y hasta elogio, porque es natural, en cualquiera otro que no posea sus relevantes facultades parecerá y será siempre insustancial palabrería, lucubracion artificiosa, retórica vana y pedantesca. No puede ser que se reduzcan á reglas las excepciones, y el marqués de Valdegámas es ejemplar señero en nuestra historia literaria; lo cual conviene inculcar tanto más cuanto que no son pocos los que, teniendo gran concepto de sí mismos, creen reproducir las bellezas de forma en que abunda aquel escritor, cuando en realidad no hacen más que copiar sin tino ni discernimiento los lunares que le afean.

Y el mal es grave, porque los pretensos imitadores de don Juan Donoso Cortés pertenecen á la escuela, no insignificante, de los que so color de ilustrar y enriquecer el habla miserablemente, la profanan y empobrecen. ¡Cosa rara! Para autorizar tamaño desafuero invocan la filosofía, ¡como si de ella pudiese carecer la lengua formada con tan alta razon como peregrino ingenio de las más bellas lenguas de la tierra! ¡Y se arrogan el título de reformadores y de originales porque, envileciendo y descoyuntando el idioma, truecan de buen grado su inimitable soltura, gracia y lozanía por la pobre sintáxis y pueriles afeites de idiomas extranjeros!

Permitidme, Señores, que entre con tal motivo en algunas consideraciones que acaso no carezcan de oportunidad. Prometo no separarme gran cosa del asunto principal de este discurso.

Del nuevo culteranismo que la escuela á que aludo intenta popularizar, diráse lo ménos aplicándole lo que escribió el docto Capmany del estilo empleado por Quevedo en el *Marco Bruto*. «Usa, dice, de oraciones demasiadamente concisas y dislocadas, sembradas de frases simétricas, ó por correlacion de voces, ó por contraste de su significado, en que descubre con un género de empeño su artificio y esmero, con lo cual viene á formar un estilo emblemático, preñado de máximas y advertimientos redundantes, que era el decir grave y culto de los escritores de aquel tiempo cuando querian filosofar ó politiquear.»

Los caractéres principales de semejante estilo son, efectivamente, la antítesis, la copia excesiva de figuras retóricas, la intemperancia de conceptos explicativos de la idea fundamental, la verbosidad disertante propia tan sólo del sofisma, y la molesta descripcion de toda cosa en tierra, en mar y cielo. En una palabra, es el estilo exuberante, amplificador y parafrástico por excelencia.

Nádie espere de él ningun género de sobriedad ni templanza. Unas veces, esclavo de la frase, dará palabras por ideas, ruído por armonía; y se le verá, artífice de la diccion, cincelarla y pulirla como un lapidario los diamantes. Otras, por el contrario, sacrificando la forma al pensamiento, violará la gramática, y en lenguaje exótico é inaudito hará proezas contraponiendo y adelgazando necedades para ver de dar cuerpo al vacío.

Cuando no deslumbra con el perpetuo centelleo de antítesis peinadas y galanas, que así cansan el oido como fatigan la inteligencia haciéndola caminar, sin posible descanso, de sorpresa

en sorpresa, y de estallido en estallido; cuando esto, digo, no sucede, acontece estar, miéntras leemos ó escuchamos, con el alma anhelante, pensando si de un momento á otro, el que vemos andar y voltear por los aires en la maroma de aquel estilo temerario, dará consigo en tierra.

Anatómico y naturalista implacable, todo lo ha de describir, ó mejor dicho, todo lo ha de disecar por fibras y partículas: lo que vemos, lo que no vemos, lo que imagina, lo que no se puede imaginar. Diríase que no tiene alma, segun es de frio y seco; y no conmueve, porque todo en él viene á ser artificial, ficticio y presuntuoso. Fascínanle el brillo y el colorido, y no cuida si por acaso el brillo es oropel, y mezcla abigarrada el colorido. Puede ser rico y sublime en ocasiones; pero la insensata comezon de ser grande á todas horas le obliga á sacar de quicio el temple y tono de la expresion, que se descubre siempre puesta en alto, calzado el coturno, retumbante, fastidiosa.

Tal es la afectacion, tal el compasamiento que hay en todo; tan de mal se le hace á este malhadado estilo ser corriente, claro y llano; y tanto codicia lo sutil y conceptuoso, que dudamos muchas veces si está el vicio en la diccion, ó si en el hombre que la emplea: esto es, en el corazon, que no siente; en el entendimiento, que no profundiza; en el espíritu, que no cree; en la fantasía, que para hacerse admirar á toda costa aparenta la fe, juega con las creencias, inventa prestigios, imagina (que no siente) los afectos; con lo cual nada más consiguen prosistas y poetas que ser afirmativos y dogmáticos sin autoridad, razonadores sin lógica, religiosos sin devocion, sensibles sin ternura, abundantes y huecos sin precision ni profundidad, facundos sin elocuencia.

Sería proceder en infinito analizar gramaticalmente el lenguaje que corresponde al estilo de la nueva escuela. Sentencioso éste, tiene por necesidad que ser aquél clausulado y compuesto

de frases simétricas que se proporcionan unas á otras con exactitud cuasi matemática: lenguaje de ecuaciones y fórmulas, no tan fecundo, que digamos, como el álgebra; pero de cierto tan áspero y desapacible como ella. Añadamos á estos defectos, el de desechar por embarazosos ó superfluos muchos giros, locuciones y modos de decir castizos; y comprenderemos cómo logra semejante lenguaje privar al idioma de la libre construccion que es una de sus más preciosas galas y excelencias, por cuanto le hace el ménos tímido y uniforme de todos los vulgares.

Ahora bien: una alteracion sensible en el habla proviene siempre de una alteracion correspondiente y análoga en las fuerzas, condiciones y demas elementos del pueblo cuya es; porque el habla no sólo es el espejo donde se reflejan todos los movimientos exteriores é interiores de la sociedad, sino tambien uno como cuerpo vivo y orgánico que desde luego se los apropia, y en seguida los reproduce dándoles la forma y confirmacion especial de la palabra.

Y como por ley invariable que liga al individuo con la comunidad, unas con otras las naciones, y á estas con el género humano en cuanto principio y centro supremo de unidad, ningun grande impulso desaparece del teatro del mundo sin dejar huella, ora visible, ora latente de su accion; hoy experimentamos nosotros en todas las esferas de la vida nacional la influencia de revoluciones que en un principio rompieron en oposicion y lucha abierta únicamente con los antiguos elementos religiosos y políticos de Europa; pero que despues conmovieron en su raíz la base comun de la lengua y la literatura alterando de varios modos el sentido de las voces, introduciendo otras nuevas, y relegando al olvido gran caudal de las antiguas.

Hay, á no dudarlo, sentido y legitimidad, pero tambien mezcla de males y de bienes, en la influencia que ejerce sóbre la lengua y literatura el espíritu del siglo.

Objeto propio, y por cierto interesantísimo, de una disertacion académica, sería apreciar con rigorosa exactitud la índole, manera y extension de semejante influencia, para conocer la ley que sigue, y hasta qué punto debemos, ó ladearnos á su imperio, ó rechazarle. Yo habré de contentarme con decir, en términos generales, que la revolucion moderna obra sobre la frase estimando mucho más la relacion lógica de esta con el pensamiento, que su estructura y corte artístico y galano: sobre el discurso, prefiriendo el fondo á la forma; sobre la lengua, ensanchándola para hacerla capaz de expresar el mayor número posible de relaciones y conceptos; sobre el arte, libertándole de los andadores de la rutina, y abriéndole de par en par todas las puertas de la naturaleza, del mundo y de las ciencias; en fin, sobre la universalidad de las cosas, proclamando la libertad de exámen, el predominio de la razon, y la conveniencia del espíritu inquisitivo y analítico.

Tal es el derecho de la revolucion; pero al modo que toda luz una sombra, y todo efecto una causa, presupone todo derecho un deber correlativo; y deberes y derechos envuelven en sí una ley que ordena y hace fructuoso su ejercicio.

Esta ley, ó digámosla pacto de concordia y alianza entre lo antiguo y lo moderno, deberia estar reducida (por autoridad competente) á fórmulas precisas en obras elementales que desgraciadamente no existen: por ejemplo, una historia de la lengua y la literatura comparadas; un tratado del arte de escribir, en que se cotejase el lenguaje actual con el de otros siglos; un diccionario general del idioma desde los tiempos de su formacion hasta el presente; una gramática analítica; y por último, un diccionario de sinónimos, sin cuyo auxilio es tan imposible conocer los primores y modificaciones del lenguaje, como dar principios fijos á la propiedad y correccion de idioma alguno.

Y miéntras los elementos que dejo enumerados no concur-

ran, de acuerdo con la crítica, á hacer fecunda la reforma literaria y filológica, entregada esta á sí misma, sin freno que la contenga, sin autoridad que la ilustre, sin regla que la guie, nos llevará respecto de la lengua al caos; respecto de la literatura á la desordenada imitacion de todas las formas extranjeras, menospreciadas y olvidadas las indígenas; y respecto del arte, en general, á la inmolacion de la fantasía por la dialéctica, y por cierto espíritu de análisis, útil sin duda, pero demasiadamente mezquino y sutilizador en ocasiones.

Y así vemos que la trasformacion á que propende la lengua, en vez de maduro y sazonado fruto de un sistema, va pareciendo aborto de un desórden; y más que con los pacíficos caractéres del plan y de la regla, se nos presenta con los signos alarmantes de la confusion y la anarquía: indefectible dolencia esta, y grave pesadumbre de las épocas de transicion, en que la sociedad oscila sin punto de apoyo visible, movida á todos vientos por corrientes irregulares de hechos y de ideas peregrinas; de ensayos fallidos; de sistemas, doctrinas y opiniones que buscan la norma general del equilibrio y del reposo caminando á tiento y con angustia, entre la sombra de lo pasado, el enigma de lo presente, y el misterio, insondable al parecer, de lo futuro.

Porque no puede ser último y provechoso fin de la reforma literaria que notamos, la mezcla absurda de los tonos, colores y barbarismos más discordantes entre sí, y más opuestos al buen gusto, que es el supremo conocedor y juzgador de la belleza; ni que hablemos en privado el lenguaje de la sencillez y la moderacion, cuando en público nos entregamos sin reparo á todo género de profanaciones del corazon y del espíritu; ni que escribamos para no ser entendidos; ni que en tortuosa y desmañada frase, á fuerza de rebuscar la novedad en el concepto y la expresion, sólo lleguemos á la falsedad del pensamiento y del estilo.

Nunca apetecemos más libertad que cuando hay mayor desórden; ni más hablamos de teorías y de originalidad que cuando toda pauta reguladora desaparece, y las fuentes de la invencion se van secando: que así como el corazon gastado busca una pasajera sensibilidad en las más violentas emociones, del mismo modo el entendimiento pervertido pide una remisa luz de inspiracion á la licencia.

Y en literatura la licencia es perversion, porque propaga como mala simiente las vocaciones facticias, y arma el brazo de los ingenios de segundo órden que las profesan con el hacha de cierto estilo mecánico, á cuyos traidores golpes muere el arte.

En vano se dirá que cada época literaria, como distinta de las anteriores, há menester una manera tambien distinta de expresarse. Porque cuando, dócil instrumento de la inteligencia, puede una lengua manifestar en modo bello y formas adecuadas las más finas y abstrusas operaciones de la mente, los más eficaces y variados afectos del ánimo, y las infinitas impresiones del cuerpo y del espíritu; semejante lengua ha llegado á toda la perfeccion de que son susceptibles las cosas humanas; y nada más necesita en la sucesion de los tiempos sino aumentar su caudal siguiendo los progresos de la civilizacion, y rejuvenecerse en las fuentes vivas de su propia historia.

Es el arte un compuesto de forma y fondo, ó si decimos, de cuerpo y alma, al cual no es ménos necesaria la inteligencia que piensa, que la voz que dice lo pensado. Ni pura materia, ni puro afecto, ni puro espíritu, sino muestra y símbolo de nuestra triple naturaleza corporal, moral é intelectual, es el resultado de la concordancia de todas las facultades humanas, y tiene por órgano indispensable la palabra hablada ó escrita: esto es, la lengua.

Háblase de preferir el fondo á la forma; y no se advierte

que de cualquier manera que se separen estas dos cosas, enlazadas por la naturaleza con indisoluble parentesco, se llega por diferente camino, pero siempre con toda seguridad, á la barbarie. Si las ideas se hallan forzosamente encarnadas en la forma y es esta lo primero que, al modo de los objetos materiales, hiere los sentidos, ¿cómo degradando la una elevareis la otra? ¿cómo separareis el signo del pensamiento, ó el pensamiento del signo? Por cierto, en su perfecta armonía estriban la belleza de las artes, el triunfo del ingenio, y los verdaderos goces literarios.

En cuanto adorno del espíritu requiere, sin duda, la elocuencia una correlativa y comun madurez en las demas artes; y como medio de accion y persuasion necesita de la violencia de las pasiones, de la influencia de grandes intereses, ora populares, ora individuales: pero ni en estos aspectos, ni en ningun otro bajo el cual se la quiera considerar, puede ni debe jamás eximirse de la obediencia á los principios y reglas literarias; porque ellas no han venido á ser tales por la sola autoridad de Aristóteles ni Horacio, sino por la autoridad soberana de la naturaleza, que es el tipo invariable y eterno de lo bello.

Libres somos para elegir las formas que nos plazcan; pero cuanto mayor sea la libertad, tanto así conviene más que el escritor y el orador se penetren de la idea estricta y rigorosa de las propiedades técnicas del arte, bien como de sus condiciones de dignidad y fines útiles. No hay estilo absoluto y determinado, es verdad; atento que cada prosista y cada poeta tiene el suyo, que le distingue entre todos, y es como el emblema de su personalidad y su carácter: pero si el estilo libre distingue y caracteriza al escritor y al orador, la frase caracteriza y distingue al idioma; por manera que para ser á un mismo tiempo original y nacional, es preciso hablar, ó escribir, con estilo propio sí, pero en el lenguaje de la pátria.

Y ni ahora ni nunca ha venido él estrecho á los ingenios; que ántes bien ningun ingenio, por grande que haya sido, le ha agotado. No hay más rico venero; no hay terreno más fertil y abundoso. Léjos de servir de rémora al entendimiento, él le sostiene é ilumina, le fortifica y colora. Pródigo de sus tesoros, para todos tiene sonidos, matices, luces y armonías infinitas. Á todos los tamaños se ordena y proporciona con flexibilidad maravillosa: fuerte en lo grande, templado en lo mediano, gracioso en lo pequeño. Órgano de numerosos registros, pulsado por mano ejercitada y docta, imita todas las voces del cielo y de la tierra. Atleta y gimnástico consumado, es apto para toda lucha, y puede hacer sin romperse toda suerte de pruebas de habilidad y fortaleza. Con él hablaron dignamente á Dios y de Dios los maestros de nuestra elocuencia sagrada: con él tocaron y conmovieron todas las fibras humanas los escritores del siglo de oro de la literatura nacional.

Cuando posteriormente perdió esta mucho de su índole nativa para convertirse, de original y libre, en imitadora servil de una literatura exótica, todavía fué bella la lengua española en manos de los que repudiaban el espíritu español; y hoy que abierta como plaza desmantelada á las invasiones de fuera, está turbia con la mezcla de giros y palabras extrañas, todavía adquiere singular encanto en la pluma de los que saben fundir juntas las nuevas y las antiguas riquezas en el crisol del talento y del buen gusto.

Cobrado han las naciones nuevo carácter, y áun aspecto nuevo, con el desenvolvimiento sucesivo de las ciencias y artes útiles; hánse complicado los intereses públicos y privados; el dominio de las almas ha pasado á ideas de extraña novedad, modificadas ó destronadas las antiguas; y un ruído insólito é inaudito, compuesto de todos los ruidos humanos, llena hoy en el mundo hasta los ámbitos de pueblos que ántes

ni siquiera oian el rumor de sus propios pasos en la tierra que pisaban dormidos, ó medrosos. Así España; y sin embargo, tal es la pasmosa riqueza de su lengua que, sin salir de sí misma, puede esta dar cuenta y razon de esas ideas, intereses, artes y ciencias no conocidas de nuestros padres; y tambien de ese ruido temeroso á cuyo solo anuncio habrian sin duda temblado sus entorpecidos aunque grandes corazones.

Y en prueba de ello haced memoria, entre otros nombres afamados, del de uno y otro Moratin, uno y otro Iriarte, Meléndez, Cienfuégos, Jovellános y Capmany. No están ni pueden ser olvidados los de Clemencin y Navarrete, Reinoso y Lista, Larra y Toreno. Con diccion que recuerda la de Rioja, y nervio igual al de Herrera, cantó Gallego la hazaña de Madrid en versos tan grandes como ella: héroe de la poesía que inmortalizaba á los héroes de la guerra, nada más hizo, sin embargo, que ser fiel á la lengua al modo que fueron ellos fieles á la pátria. Frias, tan sencillo como culto, dechado de nobles y patricios, si bien ménos correcto y enérgico que aquel modelo insuperable de buen gusto, fué, siguiéndole de cerca, un gran poeta. Heredia, Plácido y Olmedo, astros del cielo americano, supieron ser vates indígenas con el acento de la metrópoli. Y nunca ha servido de embarazo ni estorbo el idioma de los Argensolas, de Luis de Leon, Calderon y Lope de Vega, al príncipe de nuestros líricos modernos; que en efecto, Quintana, no siempre esmerado, aunque español siempre, sabe dar con no igualada maestría en ese idioma laureles á la libertad, castigo á la tiranía, gloria á la virtud, corona á la belleza.

Demas de que, en el seno de esta benemérita corporacion, y fuera de ella en la capital y en las provincias, veo notables ingenios, ya justamente gloriosos muchos de ellos, que cultivando con piadoso respeto el habla genuina de nuestros mayores, logran hacerla digno intérprete de la musa cómica, trágica y

dramática, en el teatro; de las santas leyes é instituciones nacionales, en el foro y en las Córtes; de los hechos pasados, en la historia; de la antigua sabiduría, en las colecciones bibliográficas; de los fueros del arte, en la tribuna de la crítica; de la política, en la prensa periódica; y en suma, de los altísimos fines de la religion, en el púlpito. ¡Mágico poder y augusta consagracion de la palabra! ¡Empleo propio de la más noble, rica y armoniosa de las lenguas vivas! ¡Feliz augurio de una próxima y fecunda regeneracion de nuestras letras!

Por fortuna el medio de acelerarla es asequible, pues consiste en estudiar la antigüedad pagana para todo lo relativo á la expresion de los pensamientos, y á la sobriedad en el lenguaje: en poseer la literatura de las naciones modernas, no para imitarla en lo que es propio y característico de ellas, sino para aumentar nuestro caudal de instruccion y de doctrina: en conservar la pureza de las formas naturales del idioma pátrio, y las tradiciones del gusto en el estilo, hábitos y modos de ser y existir del ingenio nacional: y en la meditacion incesante de los buenos modelos; porque estos, á la ventaja de nutrirnos con su sávia, reunen la de encender la inteligencia y darle alas para que se remonte al tipo ideal de gracia y de belleza que constituye la divina verdad y perfeccion del arte.

Con esto, y reservando la invencion y las reformas para los asuntos, las ideas principales, y las infinitas aplicaciones coetáneas de las Humanidades en sus relaciones con la vida actual de la nacion, tendremos una literatura nueva sin necesidad de formar una nueva lengua; y lengua y literatura se renovarán sin cambiar de naturaleza, se perfeccionarán sin corromperse, tendrán originalidad sin ser extravagantes. Fuera de que no existe ningun otro medio de cortar eficazmente los vuelos al flamante gongorismo que nos invade; el cual, hijo de la extrema licencia como el otro lo fué de la extrema sujecion del en-

tendimiento, concuerda con él en los vicios capitales de prodigar las palabras bárbaras y espurias; de adulterar los conceptos para variar los modos de expresarlos; y de singularizar las cosas más comunes dándoles un aire de falsa grandeza, y cierta engañosa apariencia de juventud y bizarría.

Si el espíritu moderno tiene, como creo, un sentido exacto y susceptible de aplicacion á la vida real, el problema que cada pueblo de por sí debe resolver consiste en apropiarse la civilizacion universal sin salir de su propio carácter y límites morales: más claro, en ser cosmopolita sin dejar de ser indígena y patriota. Una lengua artificial aplicada á la literatura de todos los pueblos es, en efecto, una ilusion tan absurda y desvariada como la de una poesía general de convencion. Poesía y lengua de tal especie contradicen la eterna ley que, sin menoscabo de la unidad del género humano, une con lazo indisoluble los idiomas y las razas á los climas y á la configuracion de los lugares: ni, á ser posibles, darian otro resultado que el de destruir por siempre la energía intelectual de las naciones.

De aquí la necesidad de contar con lo pasado para las reformas de lo presente; porque en política como en religion, en religion como en costumbres, en costumbres como en artes y literatura, la sociedad que se despoja de las antiguas formas pierde su natural fisonomía, renuncia á su carácter, se priva de la más sólida garantía de independencia, y dificulta todo progreso fecundo y estable en la carrera de su civilizacion y vida nacional. Familia sin memorias ni recuerdos, borra sus fastos, mancilla sus blasones, y se entrega sin prevision ni recaudo á las azarosas experiencias de lo desconocido y contingente. La tradicion, por el contrario, es nervio al par que nobleza de las naciones; porque, al modo que una fortaleza murada y guarnecida, mantiene el órden interior, conserva el legítimo dominio, é impide que poderes extraños, violentos

é invasores penetren de sobresalto y mano poderosa en el país.

Salvo que para ser útil entiendo yo que debe la tradicion acoger en su seno de buen grado los verdaderos y sanos adelantamientos de la civilizacion humana; que el culto intolerante y fanático de lo pasado, encerrando el espíritu y la accion del pueblo en un círculo de ideas y de movimientos estrechísimo, termina siempre por envilecerle y degradarle. Lo pasado es la semilla, no el fruto del árbol de la ciencia: y como hasta ahora ninguna generacion ha poseido la verdad, el trabajo del hombre es inquirirla, con el sudor de su frente, y bajo la direccion de la Providencia, en el trascurso de los siglos. Detenerse en el camino, tanto vale como negarse á llevar la carga impuesta por Dios á nuestra vida, en la cual nada se alcanza sin dolor, esfuerzo ni pelea.

La sensata tradicion que nada legítimo excluye: la tradicion liberal y generosa que únicamente rechaza lo que perturba y desconcierta: la tradicion que liga con cadenas de oro y flores lo pasado á lo presente, y lo presente á lo porvenir: en suma, la tradicion civilizadora y expansiva, y por lo tanto cristiana, es la sola que este docto Cuerpo está encargado de conservar. ¡Objeto nobilísimo de su instituto que satisface una necesidad real y durable de la nacion; y explica cómo, de cada vez más amada y respetada, ha podido subsistir y prosperar la Academia Española en medio de las ruinas con que, desde su creacion hasta el dia, han sembrado la tierra en derredor de su recinto venerando la injuria de los tiempos y la venenosa acritud de las pasiones!

Y aquí se nos ofrece un nuevo motivo de lamentar la pérdida del Sr. marqués de Valdegámas; porque hácia los últimos años de su vida, decaida la arrogancia de los primeros, se proponia hacer una reforma fundamental en su elocucion, to-

mando por modelos á nuestros grandes escritores místicos; y él era hombre capaz, como pocos, de llevar á cabo la difícil empresa de fijar en la revuelta edad presente el lenguaje y estilo, por medio de la estrecha concordia del espíritu moderno con el de nuestras antiguas tradiciones literarias. Deplorable, pues, en todos conceptos, lo es con especialidad su muerte por haber privado á la ACADEMIA de un poderoso auxiliar, y al noble idioma castellano de un cultivador inteligente.

Y áun por eso, Señores, ahora que ya toco al término de este discurso, sobrecógeme, más vivo que nunca, un temor que desde el principio de él me ha acompañado. ¿Habré sido completa y absolutamente justo, así en la censura como en el elogio de las obras y cualidades del Sr. marqués de Valdegámas? ¿Habré rasgado fuera de sazon y tiempo el velo misterioso con que no cubre por lo comun la poesía sino las imágenes brillantes de los que han bajado hace mucho al sepulcro? ¿No habré profanado las dos cosas más respetables de la tierra: la muerte y la gloria? Juzgar á D. Juan Donoso Cortés es empresa muy superior á mis fuerzas: lo reconozco y confieso. Tampoco tengo reparo en declarar que he vacilado mucho ántes de acometerla, que he temblado muchas veces al ejecutarla, y que no creo haberla concluido felizmente: pero tambien aseguro que desde el principio hasta el fin de este empeño, á que imprescindibles deberes me han sometido, el norte de mis pasos ha sido la verdad, y mi único móvil la conciencia.

Y, ¿quién, por otra parte, se habria atrevido á ser impío en presencia de una tumba á la que ni amigos ni enemigos, ni pecadores ni justos, pueden acercarse sin profundísimo respeto?

Vosotros habeis oido hablar de la muerte del Sr. marqués de Valdegámas, y acaso hayais meditado en ella alguna vez. Yo la tengo constantemente delante de los ojos del espíritu

como un espectáculo maravilloso, y lleno de superiores enseñanzas.

Convertido á la fe *por un misterio de ternura*, como él mismo dice, hallábase nuestro insigne español próximo á retirarse del mundo para hablar á sólas con Dios y con su conciencia, y preparándose á las obras y pruebas que debian abrirle ancho camino á la mansion serena de la gloria y la inmortalidad.

El cristiano especulativo se habia trasformado en cristiano práctico: no para adorarse á sí mismo en el orgullo insensato de una devocion farisáica, sino para desasirse de lo criado, y poder libremente entender en lo divino.

Reconcentróse entónces toda su vida en lo interior con grande intensidad; y murió devorado por el espíritu, como Pascal, como Bálmes, como otros muchos hombres de alma enérgica á quienes han consumido prematuramente el fuego de la meditacion y los trabajos del estudio.

Murió dejándonos un admirable documento en la historia de sus últimos instantes: sencilla y tierna historia que parece una página arrancada de algun antiguo libro del tiempo de los mártires y santos.

Incienso, pues, de buenas obras, y no estériles gemidos, es lo que debemos llevar en homenaje á su gloriosa tumba; pues miéntras nosotros continuamos abrasados en hambre y sed inextinguible de mezquinas vanidades, está él en paraje donde se gozan los bienes verdaderos para siempre, sin límite, ni fin.

Él sabe hoy en qué consiste la sabiduría: conoce sus errores y los nuestros; y despojado de todo humano orgullo, nos perdonará que no hayamos acertado á comprender sus doctrinas; ó que, comprendiéndolas, no hayamos tenido voluntad ni suficiente vocacion para seguirlas.

Mas de mí sé deciros, Señores, que miéntras el cielo me

conserve la facultad de admirar y amar con íntima y pura alegría del alma el talento y la virtud de mis semejantes á todos y á mí mismo el primero, propondré el ejemplo de D. Juan Donoso Cortés como digno de imitarse en la vida y en la muerte; y á todos, y á mí mismo el primero, diré siempre: «dichoso quien así viva: infinitamente más dichoso aún quien así muera.»

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL EXCMO. SR. D. JOAQUIN FRANCISCO PACHECO.

Señores: En la solemnidad que hoy reune á la Academia Española, y despues del brillante y filosófico discurso que acabais de escuchar, cualquiera de sus individuos podria contestarlo dignamente, inspirado por el asunto, y sostenido en él por su juicio y su inteligencia: yo solo, á virtud de muy especiales circunstancias, temo y vacilo en este encargo, agitado por mi memoria, conmovido por mi corazon.

Hace, Señores, treinta años,—como que era en Octubre de 1823,—que entraban dos jóvenes, casi dos niños, de catorce á quince de edad, por las puertas de la Universidad de Sevilla. Arrojábalos al uno y al otro en aquel asilo la tormenta política, que habia bramado y bramaba en nuestro horizonte, y que con un conocimiento certero descargaba preferentemente sus rayos en los que habian tocado apénas los umbrales del mundo. Aquél venia de Salamanca, donde su imaginacion precoz diera larga muestra de un infantil liberalismo: éste venia de Córdoba, donde, con más modesto continente, tambien se habia hecho notar entre los partidarios de las instituciones constitucionales. Aquél y éste, siguiendo el ejemplo de padres amados y venerados, y llevando en sus entrañas el no-

ble sentimiento que se indigna de toda opresion, que repele toda tiranía, habíanse agrupado con viva fe y con espíritu ardiente en derredor de la nueva idea que iluminaba la sociedad española, abriendo á ella sus inocentes ánimos, acariciándola en sus sencillos corazones, dilatándola y predicándola en sus poco reflexivas, en sus tal vez imprudentes palabras.—Por eso los amagaba, cuando no los hiriese, la reaccion: por eso tenian que huir de los lugares en que habian comenzado sus estudios: por eso iban á oscurecerse y á confundirse en aquel mayor y más inextricable espacio, donde nádie se ocuparia de seguro en sus antecedentes, donde nádie inquiriria sus aspiraciones ilusorias, sus vagos deseos, sus imposibles, quiméricos propósitos.

La concurrencia á unas propias clases; la analogía de situacion instintivamente adivinada; la posesion de unos mismos principios y gustos, á la par que de diversos caractéres, que quizá se completaban entre sí, los enlazó con una amistad íntima, de aquellas que sólo inicia la juventud, pero que duran por toda la existencia, como el perfume de una flor que jamás se agosta. Juntos vivieron, juntos se formaron, en aquella ciudad de nobles y artísticos recuerdos: juntos procuraron inquirir las ciencias del derecho y de la razon: juntos abrieron sus almas á la viva luz de la belleza: juntos, sin abdicarlas nunca, modificaron tambien sus ilusiones de niños, cual lo exigia el discernimiento de la edad, que se adelanta en madurez con las pruebas de la sujecion, y con los quebrantos del infortunio.

Si posteriormente, el oleaje social y el huracan de las pasiones políticas los echó por rumbos diversos, más bien que contrarios, la memoria de aquellos tiempos dichosos fué siempre un nudo indisoluble, que entrambos llevaron con placer, sintiéndolo eterno en sus corazones. Hoy lo ha sellado, lo ha san-

tificado la tumba..!—Comprended, Señores, cómo no puede el que sobrevive fijar sus ojos en el que murió sin que se le arrasen en lágrimas: comprended cómo no puede juzgarle con la fria impasibilidad de una crítica indiferente: comprended cómo—agradeciendo á nuestro digno Director que le haya dispensado esta honra, y encargádole la última palabra que aquí se ha de pronunciar respecto al amigo de su niñez,—duda en el momento de pronunciarla, y casi se arrepiente de un deseo, para el que no habia contado con las flaquezas de su fraternal cariño. Mayor serenidad, mayor imparcialidad de ideas reclamaba este acto: disculpadme, Señores, si no alcanzo la una, si no me es dado remontarme á la otra.

Afortunadamente, el discurso de nuestro nuevo compañero es tan completo y tan acabado; califícanse en él con tal exactitud las concepciones del filósofo, y las dotes de expresion y forma del escritor á quien reemplaza; enúncianse con tan atinado juicio las ideas que todo entendimiento recto debe deducir del análisis de sus obras, que yo no tendria nada que rectificar ni que añadir si quisiera seguirle en su estimable trabajo, y me veria en la precision de hacer variantes sobre lo dicho, con el grave riesgo, que siempre amenaza á los de rebusca, de parecer forzados y premiosos, en comparacion de los espontáneos y naturales.

Prefiero, Señores, fijar por algunos momentos mi vista en la persona del querido Académico á quien lloramos; señalar algunas circunstancias, poco conocidas, de su sensibilidad, de su carácter, y áun de su talento propio; y encontrar en ellas el gérmen y la explicacion de las que resaltan en sus escritos, ora de continuo como inagotables raudales de luz, ora tambien de tiempo en tiempo como golpes de sombra que los contrastan y los anublan.

No tengo que hablar ni de la fuerza de comprension, ni de

la facultad generalizadora, que desde niño le distinguieran. Está viva en la memoria de todos la elevacion de sus pensamientos, y la grandilocuente sonoridad de sus palabras. Si alguna aspiracion crítica puede levantarse hasta él acerca de ese punto, sólo ha de consistir en aquella propia elevacion y sonoridad constantes, que, despojadas de más suaves tintas ó de tonos más apacibles, fatigan al cabo con su permanente tension á ménos poderosos entendimientos. Tambien la luz que contempla el águila en las purísimas claridades del espacio, cansa y deslumbra á los que, careciendo de su fuerza, la recibimos de lleno en nuestros débiles ojos.

Mas á esa facultad de generalizar, á esa necesidad de remontarse siempre y para todo hasta los principios, por una síntesis que no descansaba sino en lo simple y lo absoluto, uníase en nuestro sócio el exquisito don de sentir con extremada viveza, pero no con duracion ni constancia, y uníase tambien un carácter tímido, que contrastaba hasta no más con la reconocida audacia de su talento. Si por la inteligencia era gigante, era asimismo mujer por la sensibilidad, y era niño por el corazon. Dios le habia hecho de ese modo; no permitiendo quizá sus inescrutables juicios que se acumulen y completen todo género de grandezas, en este sér miserable que ha condenado á la imperfeccion y á la incertidumbre.

Pues bien, Señores: en ese conjunto que os acabo de indicar de diferentes y encontradas dotes; en esa reunion de discordes cualidades, que pocos han podido conocer mejor que el que os habla, está la clave segura para comprender y juzgar con acierto á la persona en quien nos ocupamos, como tambien lo estuvo el destino de su vida, y la sucesiva generacion de sus siempre grandes, de sus siempre sorprendentes ideas. El mundo que no poseyó esa clave, ha podido algunas veces pararse ante ellas con duda ó con asombro: para los que la tuvimos, cono-

ciendo al hombre, nada más fácil que seguirle en su marcha, nada más sencillo que comprenderle como era, y áun casi predecir cómo habia de ser en cada momento.

Dedícase en los primeros años de su juventud al cultivo de las letras humanas: oye con ardor los consejos del insigne patriarca de nuestra literatura, prez y gloria de esta Academia: explica en el Instituto de Cáceres: lucha en el memorable concurso del Cerco de Zamora; arroja en fin á la luz pública varios cantos, que se escapan de su alma, ora con motivos de júbilo, ora en instantes de dolor. Y ya desde entónces, con la leche de la enseñanza en los lábios, comienza á lucir esa distinguida individualidad que debia acompañarle hasta el sepulcro. Lo grandilocuente de la expresion, lo atrevido, lo absoluto, lo exagerado de la idea, son sus reconocidos caractéres. Ni espereis de él el depurado gusto, que significa serenidad y prudencia; ni espereis la moderacion, que se deriva de la duda, ó de la templanza. Es un retoño del antiguo genio cordobés el que nace y se ostenta al mundo, con su valentía, con su desenfado, con su negligencia tradicional: es otro Lucano, que prepara una nueva Farsalia, escribiendo la tragedia de Padilla: es otro Góngora, no despeñado aún en sus delirios, sino desenvolviendo las tendencias de Herrera, el gran imaginador; pero un Góngora quizá más inflexible y ménos variado que el autor célebre de Angélica y Medoro, capaz de sobrepujarle en sus Canciones, incapaz de seguirle en sus Romances.

De haber permanecido por algun tiempo las instituciones de 1830; de no abrirse á la juventud el nuevo estadio que de allí á poco se le franqueó, llamándola á las cuestiones públicas, puede tenerse por seguro que el cantor de la Duquesa de Frias hubiera llegado á ser muy luego un jefe de escuela en nuestra república literaria. Su independencia, por no decir su desden hácia los ajenos juicios, la fuerza creadora de su rica imagina-

cion, el atrevimiento de su pintoresca palabra, lo fascinador y dominante en la cadena de su discurso; todo acredita la exactitud con que concebimos y enunciamos esta idea. Habria sido un bien ó un mal; no necesitamos discutirlo ahora. Pero siempre es necesario rendir homenaje al talento que despunta con tal elevacion; y reconocer cuánto se distinguen y sobresalen entre la muchedumbre de escritores los que arrastran á las generaciones sucesivas por cualquier inusitado sendero, siquiera no sea ni el más desembarazado y espacioso, ni el que más rectamente dirija al templo de la inmortalidad y de la gloria.

Entre tanto, Señores, cambia segun dejamos indicado la situacion de las cosas públicas: reemplazá 1833 á 1830; y quien se anunciaba hasta allí como poeta ó como disertador literario, levántase de repente como político, como estadista, como filósofo, de la más importante y trascendente de las filosofías todas.

Pero observad de qué manera se levanta, y con qué condiciones se presenta al mundo: observad cuál sigue su camino, al parecer tortuoso y vario, en realidad idéntico consigo propio como impelido por una misma fuerza, como producto necesario de una sola causa.

No me refiero, Señores, al estilo ni á la forma. Reconoce todo el mundo que no hay en estos otra variacion sino la que exige la naturaleza de los asuntos tratados, y el desenvolvimiento que imprime la edad áun en las cualidades más consistentes. Siempre igual grandeza de imágenes; siempre igual sonoridad de periodos; siempre idéntico lujo de generalizacion; siempre la carencia absoluta de tonos modestos, en que descanse el ánimo, y que den fuerzas para admirar nuevamente otros nuevos arranques de fantasía.

No es esto de lo que quiero hablar. Entro más en el fondo de las cosas, y descubro y contemplo la unidad á que me he referido en la extraña combinacion que cité ántes; cual resulta

de ese talento que tan alto concibe, de esa sensibilidad que se afecta tan viva y pasajeramente á la vez, y de esa condicion tímida y flaca, efecto quizá de la dolencia física que le llevó á la tumba, y que es posible le trabajase desde sus primeros años. Hé aquí, Señores, á mi juicio, lo que nos explica su vida toda: hé aquí lo que nos da el secreto de sus variaciones aparentes, reivindicando y reconstruyendo la unidad, que en pocos ha sido tan verdadera y tan constante.

Fijad si no vuestros ojos en el publicista de 1833, en el profesor de 1836, en el negociador de 1841. Las ideas son diversas, son contrarias en cada cual de estas épocas; no hay que ponerlo en duda, porque ántes de todo es el derecho de la verdad. Las ideas son diversas; y sin embargo, en cada caso son las que comprende el escritor con la más sincera buena fe, son las que concibe destinadas para labrar la felicidad del mundo. ¿Sabeis por qué sucede así? ¿Quereis conocer el motivo que le coloca, con tan pequeños intervalos, en tan diferentes puntos de vista? ¿La razon de aparecer aquí liberal ardoroso, allí liberal doctrinario, despues apénas liberal?

Pues depende, Señores, de que en 1833 acaba de presenciar los desafueros del poder absoluto y la procaz conducta de los voluntarios realistas; de que en 1836 ha visto de cerca el movimiento revolucionario de las provincias, con su aterrador carácter; de que en 1840 por último, ante los pronunciamientos de Setiembre y la Regencia militar, cree reconocer estéril y baldía la Constitucion moderada, que tres años antes hicimos ó aceptamos todos. Es liberal, ardiente liberal, primero, porque el liberalismo es el refugio contra los excesos de la monarquía pura; es en seguida doctrinario, porque la soberanía de la razon le proteje contra las saturnales de la demagogia: se lanza finalmente en la reaccion monárquica, porque juzga vilipendiada y abatida la autoridad, y porque entiende que sólo siendo fuerte

y legítima es como salva á las sociedades de vaivenes y trastornos.—Hubo, pues, en todos los casos para conmoverle, para decidirle, un peligro que hirió su fantasía. Temió se apasionó, y se lanzó consiguientemente en un nuevo refugio; generalizó sobre un órden de ideas, y tuvo en poco, cuando no suprimiese las que le atenuaban ó modificaban. Y puesto ya en esos caminos, y olvidado de antiguas impresiones que le habian empujado á otros, su talento extraordinario encontró siempre grandes imágenes y expresiones sonoras, que llenaron el espíritu de los oyentes como habian llenado el suyo, y que abrumaron, cuando no convencieran á los que le escuchaban, con su reconocida, innegable majestad. Es lo cierto que faltaba en su carácter un contrapeso de energía, como de duracion y de constancia en los sentimientos de su ánimo; y que al considerar en cada ocurrencia los últimos aspectos de la causa pública, se eclipsaban ó desvanecian en él las propias consideraciones que en época anterior tenian ocupado su juicio:—de ahí la facilidad para inclinarse á todos los extremos, y la exageracion al adoptar todas las doctrinas, huyendo en cada caso de la idea que le ofende, ó del peligro que le amenaza.

Y esto mismo sucede despues, Señores, cuando al tomar mayor y más resuelto vuelo, da la espalda á las cosas terrenas, maldice de la política liberal y de la humana filosofía, y quiere elevarse, á la sombra y amparo de la religion, hasta los más altos principios de lo verdadero y de lo absoluto.

Habia sido testigo en 1847 del prolongado acabamiento, de la agonía admirable, de la santa muerte de uno de sus hermanos, jóven modesto y sencillo, humilde de corazon, dechado de todo género de privadas virtudes. Aquella dulce serenidad, aquella inefable resignacion, aquel tránsito visible y misterioso de los padecimientos del mundo á las dulzuras de una eternidad feliz, le hirieron y conmovieron vivamente, sojuzgando su criterio, y

arrebatando su inteligencia. Aparecióle notorio lo fútil de las especulaciones humanas; vió la derrota de los sentimientos del orgullo postrados por el Cristianismo inocente y sincero. Admiró su alma necesitada como siempre de entusiasmo: animóse su debilidad, necesitada como siempre de apoyo: despertóse y exaltóse su fe, que no renegada nunca desde niño, dormitaba como en tantos otros dormita, al halagüeño arrullo de los intereses y doctrinas de la tierra.

Mas entrado en esa via, su naturaleza le llevaba á ser fervoroso cristiano, como habia sido liberal ardiente, resuelto doctrinario, decidido reformista. Nunca le habia de consentir su genial índole el hacer nada á medias, ni el proceder con vulgar templanza. Como pedia las Córtes, tronando contra la diplomacia extranjera en 1833; como se atrincheraba con las teorías racionalistas en 1836; como pugnaba por una Regencia dinástica en 1841, y por una Senaduría Real en 1845; así tenia que arrojarse ahora en los estudios teológicos, y embeber su alma en los arrobamientos del misticismo: emulando á Bossuet y á Sta. Teresa, cual emulara ántes á los políticos profanos de más nota; y hablando tan dignamente de las cosas santas como hablara de las terrenales en su profesorado y en su apostolado de los intereses del mundo.

Coincidia esto, Señores con los acontecimientos de 1848. Y bástame citar esa fecha, para que se conciba todo lo que debió influir en el alma del nuevo y apasionado cristiano. No busqueis otra explicacion del último período de su existencia; no la busqueis, particularmente del célebre escrito que ha llevado por toda Europa su nombre, y que ha sido principal materia del discurso á que debo responder en estos momentos.

Desde los sombrios terrores de 1793, y desde las vergonzosas orgías de 1797, no ha habido una época más fatalmente ominosa á la libertad que ese tristísimo año de 1848. Desbor-

dado y triunfante por donde quiera el espíritu que se engalanaba con sus mentidos arréos, todo lo conmovió, todo lo amenazó subvertir en nuestro antiguo continente, no habiendo institucion, por sagrada que fuera, que no vacilase ante el horrible cataclismo. Poder, sociedad, familia, á todo atentó en su vertigo: el estremecimiento fué universal; el gemido de desesperacion se escuchó tan pavoroso como profundo en las entrañas del género humano.

Es un gran milagro, Señores, es la prueba más concluyente de lo perdurable de la libertad política el no haberla visto sucumbir para siempre, tras de aquellos delirios; el considerarla incólume en los ánimos, vencedora de sus propios desmanes, levantando su martirizada y laureada cabeza, entre el crugir de las armas y los despiadados alaridos de la reaccion. Verdad es que se halla cubierta con un velo en las márgenes del Sena; pero luce en las del Mosa y en las del Tajo; pero se levanta espléndida y llena de porvenir en las cimas de los Alpes; pero vive sobre todo con una vida inextinguible en la afortunada region donde tuvo su cuna para los estados modernos, de donde procedió el último siglo entre los pliegues de la filosofía, y de donde procederá otras mil veces, si fuere necesario, en el aliento de la razon, y en el multiforme vehículo de la actividad que nos devora.

Mas no podia esperarse de ningun modo que este milagro de la entereza y del buen sentido alcanzaran á nuestro amado compañero. En la situacion de ánimo en que se encontraba por entónces, 1848 tenia que cortar definitivamente el débil lazo que áun podia unirle con las doctrinas del liberalismo racional. Como hombre de gobierno, habia de invocar la dictadura: como filósofo, habia de refugiarse del sistema del libre exámen en el de la obediencia pasiva, y del de la exencion del pensamiento en el de la infalibilidad del poder monárquico.

Estoy muy léjos, Señores, de censurar que contraponiendo aquel insigne escritor lo que es de institucion divina á las que parecen invenciones humanas, ensalce á lo primero sobre lo segundo, y vuelva sus ojos al cielo, asustado y hastiado de los azares y decepciones de la tierra. Yo tambien humillo mi frente en presencia de lo eterno y lo inefable; y no le comparo con criminal audacia lo que siendo humano, es perecedero como tal. Mas, ¿era por ventura necesaria semejante contraposicion? ¿Era ésta tampoco legítima? ¿Debíanse señalar como puntos que se excluyeran, que se repelieran, en que la sublimacion del uno fuese la caida y condenacion del otro, el cristianismo, el liberalismo, y el socialismo?

Aquí está, en nuestro modo de sentir el notable yerro del autor y de la obra: yerro que no lo deja de ser por los magníficos accidentes de ideas y de formas con que se le reviste; yerro, que nace como todos los de la persona de quien hablamos, en esa vivísima sensibilidad que le ofusca sobre las más antiguas concepciones, y en esa generalizacion extremada, por la que prescinde ó descarta á veces muy importantes elementos, dignos de ser apreciados y considerados. Estimó al liberalismo un accidente de nuestra edad, no mirando sino á su forma: olvidó que su esencia es de todos los tiempos, de todas las sociedades, necesaria miéntras ellas subsistan, ingénita en la humana naturaleza; y el resultado fué el de empequeñecerle y rebajarle, para ensalzar á lo que sin ese recurso era por sí propio tan digno y tan sublime.

Un estudio más sereno y de consiguiente más imparcial, un análisis más acabado de la índole y de la historia del hombre, hubiera impedido semejante error, y hecho perfecta y fecunda aquella síntesis que no lo es. Valdria sin duda el cristiano tanto como vale ahora; y el ciudadano y el filósofo no estarian expuestos á las censuras que pueden alcanzarles. Porque el filósofo ha-

bria considerado anchas y subsistentes las bases del liberalismo; y el ciudadano habria tambien descansado en ellas con satisfaccion, como quien descansa en su indudable y legítimo derecho.

No quiero, Señores, que se me crea por mi palabra. Reconozco mi deber de justificar los pensamientos que emito; y espero de vuestra benevolencia que me permitais intentarlo, tan brevemente como es forzoso en esta contestacion.

Pongamos nuestra vista en toda sociedad humana: interroguemos con sencillez y sin prevenciones á su historia: demandemos á los siglos lo que pueden enseñarnos, acerca de la cuestion que nos ocupa. Y la historia y los siglos nos responderán que no hubo jamás sociedad alguna, en donde no existan y hayan existido dos órdenes de instituciones, que acreditan dos órdenes de ideas. Son unas las que constituyen el verdadero poder; las que ordenan y regulan su accion; las que, por medio de la disciplina y la obediencia social, consagran y afirman la tranquilidad pública. Son otras, las que constituyen garantías contra los desmanes y abusos de esa autoridad ya creada; ora rodeándola de útiles resistencias, ora levantando distintos y parciales poderes, que sirvan de contraste á sus actos, para que no se ejerzan con holgura en perjuicio de los individuos ni de la propia nacion. Y si bien tales instituciones no están de ordinario materialmente separadas entre sí, es seguro que el entendimiento las distingue, y las estima y las señala como son, dobles y diversas. La autoridad y la garantía, la disciplina y el exámen, el mandato y la discusion, el poder y sus limitaciones; todo ello constituye esos dos órdenes paralelos y de una relacion necesaria, en la esencia de los diversos estados del mundo. El Autor Supremo los dotó á la vez con lo uno y con lo otro; y nuestra observacion tendrá que reconocerlo, sin duda, en cualesquiera de ellos donde se fije, y que haga objeto de sus imparciales investigaciones.

Los ha habido, ciertamente, los hay, los habrá, en tanto que el hombre durare, en que las ideas correspondientes á cada série sobrepujen á las de la série contraria, y parezca que las absorben, ó por lo ménos que las eclipsan. Lo conocemos y lo declaramos, sin dificultad de ningun género. En las cosas que no son simples, la perfeccion y ponderacion exacta es más bien un deseo, que no un hecho positivo y real. Los principios individuales y garantizadores se han sobrepuesto á veces á los de disciplina y autoridad, embarazando y destruyendo la gobernacion; como los principios de autoridad y de disciplina tambien se han sobrepuesto, y casi han ahogado, otras, á los contrarios que los enfrenaban. Mas á pesar de lo uno y de lo otro, ni estos ni aquellos han podido jamás desaparecer completamente. Nuestra naturaleza humana, libre á un tiempo y disciplinable, racional y necesitada de órden y direccion, hace absolutamente precisa la coexistencia de esos dos linajes de instituciones. Y decimos más: que en donde quiera que con poco acuerdo se ha querido acabar con uno de los dos, allí, ó la usurpacion afortunada del poder por una mano firme, ó el soplo de las revueltas, por quienes no tenian otro medio de gestionar sus intereses ó de expresar sus voluntades, han venido á dar una nueva canonizacion á los principios que vamos proclamando, y á acreditar repetida y constantemente que es imposible la sociedad humana sin una autoridad que la gobierne, y sin una garantía que la defienda.

Pues bien: esas instituciones, esas ideas de garantía, tan indispensables en su fundamento, aunque várias y mudables en su forma, aunque susceptibles de ménos y de más, de restriccion y de desarrollo, al compas de las diversas sociedades, esas son las que en el lenguaje usual de nuestros dias constituyen la base del presente *liberalismo.* A ellas, á su proclamacion y sostenimiento, á la doctrina que las desenvuelve y las propug-

na, que las justifica con amor, que las dilata con valentía, que lucha por su consagracion y su triunfo contra aquellos que las comprimen ó las niegan; á eso es á lo que damos este nombre que tan equivocada como dolorosamente se buscó, para ofrecerlo por antagonismo de la escuela cristiana, deducida de la Santa Religion, reguladora de nuestras creencias y nuestra moral.

Vése, pues, notorio el yerro, como lo veníamos señalando de más arriba. La contraposicion se fundaba en suponer al liberalismo accidental, moderno, transitorio; y acaba de hallarse por las anteriores consideraciones que es no sólo en su esencia antiguo, sino necesario; que si cambian y se corrompen sus formas, su natural índole dura y permanece inalterable, revistiéndose de las que son acomodadas á la contemporánea situacion de los pueblos. Sin duda ninguna, es más alta y más fecunda, como más celestial, la Religion: son más puros y más universales sus beneficios: áun sin tener por objeto directo las cosas terrenas, trajo al mundo una más santa libertad, no conocida de nuestros antepasados, y que forma hoy parte de la herencia que poseen ó reivindican las naciones. Pero si ella es una nueva garantía de la dignidad humana, y la ofenden los que quieren constituirla en mero instrumento de gobernacion, ¿por qué ha de presentársela como antítesis de las que son tambien garantías naturales y justas, y se ha de maltratar y abofetear á estas, para levantar y celebrar sobre su deshonra lo qué no necesita de facticios y deleznables pedestales? No olvidemos nunca, Señores, que sólo en lo comprensivo y en lo armónico se encuentra la verdad; y que buscarla en lo exclusivo y en lo simple, cerrando los ojos para no ver lo que nos ofende ó nos estorba, no es glorificar la verdad misma, sino iludirse á sí propio, y navegar al cabo en un océano de brillantes errores.

Por lo demas, si esta base de la obra á que aludimos nos parece exagerada y áun falsa, todo lo que en ella no procede de

ese dato especial encanta á la imaginacion, y satisface al ánimo con su inmejorable acabamiento. Y áun eso mismo en que no se puede convenir, ¡cuánto no seduce ó abruma, ya que no convenza ni demuestre! ¡Qué de grandeza, Señores, en las ideas! ¡Qué de bellezas varoniles, qué de perfeccion en las formas! El pensador y el hablista tocan ya á la cúspide de lo que pueden ser en tiempo alguno. No se habia ostentado más grande Tertuliano, combatiendo á los antiguos heresiarcas: no habia aparecido más severamente bello Bossuet, en sus vigorosas refutaciones del moderno protestantismo.

Dios, cuyos inefables, supremos arcanos, confunden y burlan nuestra miseria, cortó de repente cuando ménos podia esperarse, esa lumbrera de nuestro siglo, esa prez de nuestra nacion. Dios derramó una gran lástima en el espíritu de cuantos le estimaban, que eran todos los que le conocian: una gran amargura, un dolor inacabable, en el corazon de los que le habíamos amado con nobles y sinceros afectos. Acatando su juicio, bendiciendo su nombre, la sociedad entera ha echado coronas sobre aquella tumba, y nosotros la hemos regado con nuestras lágrimas. Tambien la Academia paga gustosa este tributo á quien se honró llevando el nombre de su sócio; á quien la honró, reflejando en ella los rayos de gloria que le circundaron, y que hoy coronan su recuerdo.

Mas cumplido tan piadoso deber, arrojados el último lauro y la última flor sobre ese sepulcro, es obligacion mia tornar los ojos á lo que ya tengo delante, y consagrar algunas palabras á la eleccion que hemos hecho, y al nuevo compañero que por primera vez se sienta entre nosotros. No podrán ser muchas; que el ánimo desfallece cuando se ha ocupado en objetos tan dignos, y falta la atencion para las cosas literarias, despues que se la lleva á lo más alto, á lo más sublime que puede llenar el entendimiento humano; Dios y la libertad.

Era estrecho, era apremiante el compromiso en que la muerte del marqués de Valdegámas ponia á la Academia Española: al llenar su desocupado asiento, necesitábase hacerlo con dignidad, para que no recayese la vergüenza de una humillante comparacion, ni en los que sin cordura lo adjudicaran, ni en el que osase sin títulos invadirlo. Es este, Señores, uno de los bienes que dispensan á tales Cuerpos los hombres de primera línea: no sólo los enaltecen y los decoran en tanto que viven, sino que los custodian con su sombra, despues de fallecidos, defendiéndolos de intrusiones que pudieran amenguarlos.

Ahora bien: si la Academia ha cumplido con su obligacion, si desempeña el forzoso deber en que su buena suerte la colocaba, dígalo el discurso que acabais de escuchar, tan superiormente pensado, escrito con tanta pureza, con tan agradable estilo, en tan correcto y escogido lenguaje. Quien sabe juzgar así al ilustre compañero que la Providencia nos arrebata, bien tiene hechas sus pruebas para reemplazarle, bien se puede sentar con segura, aunque modesta frente, donde se sentaba aquel, en medio de nuestra noble corporacion.

Pero no es esto tan sólo. Sin hablar de otros títulos que distinguen al nuevo Académico, sin analizar escritos de muy diversa índole que le ha debido nuestra literatura, sus apuntes históricos, sus controversias políticas, sus poesías tan sentidas como delicadas; me es imposible, Señores, no recordar la empresa de su filosófico Diccionario, que ha merecido tiempo hace nuestra más cumplida aprobacion, y que la España inteligente aguarda con viva impaciencia. Y, ¿cómo no la habíamos de aprobar y estimular nosotros, y cómo no habíamos de rodearla de todo el interés que verdaderamente merece, cuando la primera idea de semejante obra nació en esta casa misma, y se enunció más de cincuenta años hace, en un acto análogo al que celebramos hoy?

Permítame la Academia un recuerdo, que hace tan natural y tan oportuno la recepcion de este dia.—Verificábase otra en Octubre de 1799; y el sócio que en aquellos momentos era admitido por nuestros predecesores, el gran escritor, el gran poeta, el insigne ciudadano, D. Nicasio Alvárez de Cienfuegos, disertaba sobre el carácter y los destinos de la noble y hermosa lengua á cuyo estudio nos consagramos todos. Y despues de haber discurrido acerca de este tema con la elevacion de pensamientos que le era tan comun, decia del modo siguiente, dirigiéndose á la Academia misma, que de seguro debió contestarle con aplauso tan sincero como universal.—«La lengua castellana, que es sin disputa una de las más ricas, de las más libres, de las más grandilocuentes, y de las más melodiosas entre todas las modernas, está bajo tu sombra paternal, esperando que tus cuidados la habiliten para llevar al supremo grado las ciencias entre los españoles. Tú que tanto has trabajado para darle un vocabulario, y que no cesas ni cesarás hasta que se le perfecciones, encerrando en él todas nuestras voces, giros, frases, locuciones antiguas y modernas; tú acometerás despues la grande empresa de formar un diccionario metódico, en que las palabras ocupen su lugar, no segun el órden alfabético, sino segun el de las ideas, que es el órden de la naturaleza. Allí veremos con la historia de cada signo la de cada pensamiento por él representado, y por consiguiente la historia del entendimiento entre nosotros. Allí, subiendo al orígen de cada voz, explicarás su sentido propio y primitivo, y derivarás de éste los sentidos secundarios y trasladados; y determinando la diferencia que hay entre las palabras llamadas sinónimas, probarás que cada signo representa una idea diferente, ó una modificacion diferente de la misma idea. Allí, fijando el número y el valor de las terminaciones y el de las preposiciones y adverbios iniciales, presentarás los verdaderos radicales de nuestra lengua, enseñando por este

camino el modo de formar voces nuevas, para que las ciencias no se valgan en adelante de nomenclaturas ininteligibles y absurdas... »

No necesitamos copiar más. Vuestra inteligencia hubiera creido oir, oyendo estas palabras, el prospecto de ese diccionario etimológico á que ántes me referia, y que, con una audacia de las más justificadas y honrosas, tiene emprendido nuestro nuevo compañero, al son de los elogios de la España entera.

¡Cosa singular, Señores! Un gran poeta, á fines de la centuria pasada, entrevé en su lozana imaginacion esa obra colosal, y la propone á la Academia para corona de las suyas. Pasan años y años, guerras, trastornos, revoluciones; el infeliz Cienfuegos va á morir desterrado en Francia, donde todavía yacen sus cenizas: su discurso, cubierto de polvo, queda tambien en olvido en los estantes de la Academia. Y medio siglo despues, otro escritor, que no vivia cuando se pronunció el vaticinio, que no tenia del mismo la menor noticia, concibe el propio pensamiento; lo enuncia con palabras idénticas, recibe por él las felicitaciones de este Cuerpo literario, y viene, en fin, á sentarse hoy entre nosotros, donde le podrá llevar á término con más facilidad y más perfeccion, valiéndose de los tesoros que ha acumulado el estudio, ayudándose eficazmente con la suma de luces congregadas en este recinto.

¡Así se cumplen los faustos destinos de la Academia! Sus individuos pasamos, arrastrados en la perdurable corriente de las cosas humanas; pero la idea, pero la ciencia, pero el arte, emanacion de la Divinidad, vive inextinguible, renace si por un momento se eclipsa, y progresa sin cesar en los inconmensurables límites de lo verdadero y de lo bello. Todas las altezas concurren á ese propósito: todas las capacidades llevan para formarlo su tributo al tesoro general. El genio, su grandeza que admiramos: el talento y la crítica, su laboriosidad que bendecimos: el

don profético, su intuicion de lo que ha de venir en tiempos más felices. Hasta la modesta medianía, que siempre tiene algun lugar en estos Cuerpos, hasta los que la personificamos más sencilla y humildemente, todos contribuimos por nuestra parte á la obra comun, siquiera no hagamos otra cosa que consagrar á tan distinguidos ingenios el elogio que merecen, y rodear con la aureola de la gloria unos nombres que son nuestro ornato y nuestro orgullo.

DISCURSO

DEL SR. D. AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

Señores: Preséntome hoy confuso ante la Real Academia Española, habiendo aspirado ayer audaz á los grandes honores. Pero bien podria yo decir, con el antiguo poeta, que

El mismo espíritu ardiente
Que me impulsó á la batalla,
Me redujo á no acaballa;
Cobarde fui, de valiente.

Acobárdame reconocer en esta solemne hora la escasez de propios merecimientos y el exceso de vuestra benignidad. Y me llena de tristeza el alma venir á ocupar entre vosotros un puesto vacío por la muerte, para el cual sin duda me disteis vuestros sufragios, imaginando en mí, con error generoso, las dotes y prendas que atesoró mi malogrado padre, de quien fuisteis alguno maestro, y no pocos discretos apreciadores de su dominio en la lengua castellana. Perdonad á la gratitud de un hijo este recuerdo, y que pierda por él la ocasion de prorumpir, siguiendo loables prácticas, en elogios de mi antecesor el digno académico D. Jerónimo de la Escosura, amigo y compañero de los Melendez, Gallegos y Listas, militar y empleado celoso, docto en idiomas, recomendable escritor y fino amante

de nuestra inmortal española Talía. Pero si dejo á fortunados críticos la dulce tarea de apreciar con tino los frutos de la edad presente, y ceñir á nuestros ingenios coronas merecidas, no extrañeis verme volver hácia otra edad los ojos, pagando una deuda que contraje al pretender el favor de la Academia, sin más títulos que mi constancia en restituir á su pureza primitiva las obras de D. Francisco de Quevedo.

Él jamás quiso apropiarse ajenas galas; él se mostró censor inflexible de los escritores mendigos, que, hipócritas de estudios, piden á la envidia y al trabajo de otros espíritus vigorosos lo que la naturaleza y el arte negaron al suyo. ¿Cómo, á vivir hoy, dejaria de alzar su potente voz contra la que, de cien años á esta parte, proclama hijos de su prodigiosa inventiva y de su entendimiento clarísimo los poemas de un ignorado vate del siglo XVI, despojando á su dueño de gloriosos laureles para darlos á quien no los necesita? Séame lícito, Señores, interpretar los deseos del moralista español; logre acercarme yo á este santuario del bien decir, no desamparado y solo, sino en compañía de uno de los más excelentes dechados y maestros; y como no pueda traer conmigo cosa más digna, permitidme que os presente á aquel por quien

Humíllense las cumbres del Parnaso
Al divino Francisco de la Torre,
Celebrado del mismo Garcilaso,
A cuyo lado dignamente corre;

segun con más gala que exactitud histórica, allá cantó el Fénix de los ingenios.

Francisco de la Torre va á ser, pues, objeto de mi discurso. Y como todavía confundan su estilo con el del señor de la Torre de Juan Abad célebres literatos, y como áun sostengan que este y aquel poeta no fueron sugetos distintos, sino una misma persona; y todavía no quieran reconocer en la diccion

de entrambos diversa índole, y caractéres que pregonan dos siglos muy diferentes, corte, Señores, vuestro inapelable fallo la contienda, y en mi pequeñez quépame la gloria de estimularos á ello. No se trata de una mera investigacion crítico-histórica solamente, ajena al parecer de este sitio: enlázase á exquisitas cuestiones de lenguaje; el cual tiene tambien su historia, y es de vosotros fijarla. Pero, ¿á qué me canso en justificar el tema que he elegido? ¿A qué auditorio dejaron de interesar pormenores secretos y curiosos de la vida íntima de un escritor insigne, y cuánto nos hace conocer al hombre, burlado siempre y quejoso de la fortuna?

Algunos entendimientos ligeros y aficionados á lo paradójico y peregrino, afirman no haberse compuesto las obras que se llaman de Francisco de la Torre casual y sucesivamente, segun los erráticos movimientos del corazon del poeta, sino con un deliberado propósito literario; á fe mia harto pueril y extravagante. Es, segun ellos, este ramillete de lozanas flores una travesura más del ingenioso autor de *El alguacil alguacilado.* Herida de muerte la hermosa habla castellana por la salvaje presuncion de los sectarios de Góngora, Quevedo quiso atajar el mal, dándoles en rostro con poesías nunca publicadas, antiguas y modernas, que fuesen modelos de claridad, elegancia y cultura. Encuentra, de los modernos, las de Fr. Luis de Leon; mas desgraciadamente ningunas del siglo XV capaces de competir con las de Garcilaso, y por ello se ve en el duro trance de fingirlas; bien que tomando muy sutiles precauciones para que en ningun tiempo se descubriese tamaña superchería. Pero, ¿cómo al fin, Señores Académicos, se hizo manifiesta? ¿Cómo en una hora fué evidente lo que en más de ciento veinte años ni siquiera habia sospechado nádie? No hallando en tales rasgos líricos, ni en escritores coetáneos, datos de la vida del autor, de su patria, de su profesion, amigos, y tiempo en que pudo florecer.

Hé aquí, junto con la absurda suposicion de ser unos mismos el gusto, inventiva y carácter de La Torre y Quevedo, la única prueba que ofrecen los mantenedores de tan inverosímil conjetura. Yo, sin embargo, descubro en estos versos todas esas importantísimas noticias biográficas, y su confirmacion en algun escritor antiguo y en papeles de aquella era.

Ni un instante se detuvo Francisco de la Torre en declararnos su patria; la dice en la primera página del libro, en la primera composicion, en la primera estrofa:

Vos, à quien la fortuna dulce espira,
Títiro mio, la gloriosa llama
Cantando,—vuestro Tajo y *mi Jarama*
Parais al son de vuestra hermosa lira.

Nació, pues, en un lugar de la ribera del Jarama; y esto, y el sobrenombre del inspirado cantor, desde luego eran indicios para suponerle de Torre-laguna, donde vino á la luz del dia el gran Cardenal Jimenez de Cisneros, y donde yace el poeta Juan de Mena. De allí, segun costumbre de aquella edad, pudieron él ó sus mayores tomar apellido, como del pueblo de su naturaleza le tomaron el Ennio español Antonio de Lebrija, el autor de la *Propaladia*, tantas familias y no ménos afamados escritores.

Y, ¿por qué tiempo hubo de florecer para las musas nuestro ignorado vate? Por aquellos de guerreras hazañas, que domaron en Africa, en el Rosellon, Flándes é Italia el fiero cuello de turcos, alemanes y franceses; en aquellas cuatro décadas que tienen principio al ser en Bolonia coronado emperador Cárlos V por mano del Pontífice, ostentan despues las gloriosas palmas de San Quintin, Gravelinas y el Peñon de la Gomera, y terminan con los inmarcesibles laureles de Lepanto. Llenaba entónces el nombre español toda la tierra, y entre el furioso estrépito de las armas, nuestros capitanes la cubrian de

alcázares y templos, admiracion de las futuras generaciones; las artes y las letras rivalizaban con el siglo de Octaviano; y al aparecer al otro lado del mar un nuevo mundo, el antiguo renacia con los brios y alientos de su mayor grandeza. Pero, ¡cosa extraña! las musas niegan entónces su voz á los bélicos triunfos, y con la lira de Tibulo y Virgilio cantan el inocente sosiego de la vida campestre, recordando la envidiable felicidad de la Arcadia. Pastores, que no guerreros, se complace en fantasear Garcilaso; y Francisco de la Torre, soldado tambien y poeta, imagina con envidiable pincel los siglos de oro, quejoso de vivir en los de hierro; bien que no tuvieron aquellos dicha comparable á la de poseer la gentil criatura por quien el vate suspira:

Salve, sagrada edad; salve, dichoso
Tiempo, no conocido
Deste nuestro, alabado por glorioso,
Pero no apetecido.
Si la beldad idolatrada que amo,
Como yo conocieras,
La Arabia sacra, en flor, en humo y ramo
Ardiendo, le ofrecieras.
Salve, sacra beldad, cuya divina
Deidad hace dichosa
Nuestra infamada era, en quien destina
Cielo luz tan hermosa.

Ved aquí patente la gloriosa época de Cárlos V y Felipe II, de los españoles *admirada, pero no apetecida*; y ved cómo, áun en este rasgo, se descubre el apasionado pecho de La Torre: amar fué su destino, su ocupacion única, su solo pensamiento.

Extremo de pasion y ternura, desde la primera niñez vióse cautivo en las redes de amor, poniendo los ojos y toda el alma en un soberano imposible de sin par nobleza y gallardía. La ilustre doncella era natural del mismo ó de no muy lejano

pueblo del de La Torre, segun parece de las endechas que comienzan:

Fílis, rigurosa
Sobre cuantas cria
La ribera fria
De Jarama hermosa.

Y, ¿quién sabe si aquellos dos seres, de condicion desigual, nacieron á la vida el uno cerca del otro, y en la inocente libertad de la infancia unieron sus corazones, soñando dichas que nunca habian de verse logradas? El desvalido mancebo quiso igualarse con su señora y merecerla, ganando en las lides el oro y los blasones que le habia negado la fortuna. Abierto para el valor estaba el palenque en Italia; y ardoroso corrió Francisco á Lombardía, militando en las banderas imperiales. Allí supo alcanzar la victoria como soldado, y allí el favor de las musas como poeta. Pero las amenas campiñas que riegan el Po y el Tesino, y en cuyas fortalezas se detuvo de guarnicion largo tiempo, ni le hacian olvidar de su amada ausente, ni ménos de los caros rios de su patria; antes bien desataba en ellas el estro y la memoria para recordarlos, acongojado por el recelo, tristeza, inquietud y deseo. Así habla de sus proezas militares, de sus grandes sacrificios y padecimientos amorosos:

¡Cuántos montes y rios,
Cuánta agua y cuánta tierra
Me esconden unos ojos soberanos,
Que de los tristes mios
Levantaron la guerra,
Por quien triunfaron mis vencidas manos!
¡Cuántos respetos vanos,
Cuántos inconvenientes
De bienes mal seguidos
Me tienen escondidos
Los luceros del cielo transparentes!

Pasaron los años, y el aventurero volvió al suelo natal cuando habia hecho su ordinario oficio la ausencia. Aquella Fílis tan amada, era ya en la corte imperial de Toledo mujer de otro hombre, rico, pero anciano; rival, pero bienhechor un dia del desvalido mozo. La gratitud sella sus labios para la injuria, y apenas les deja exclamar, reparando en una viuda tortolilla:

La rigurosa mano que me aparta,
Como á ti de tu bien, á mí del mio,
Cargada va de triunfos y vitorias:
Sábelo el monte y rio
Que está cansada y harta
De marchitar en flor mis dulces glorias.
Por ella está cubierto
De turbias nubes cielo que vi abierto
En la fuerza mayor de mi fortuna.

Mas, ¿quién reprime el ímpetu de la antigua pasion, encendida en la soledad y silencio, y alentada con dulces esperanzas engañosas? Nada hay que pueda extinguirla; y nuevo Petrarca, Francisco de la Torre, con igual entusiasmo que libre, adora en ajenos brazos á su ingrato dueño, y viva y muerta la celebra prodigio de gracias y hermosura. Todo al poeta recuerda entónces su pasado bien y su dolor presente: una tórtola solitaria, dos enamorados pajarillos, un árbol de su pompa desnudo, una fresca y lozana hiedra, abrazada á seco y añoso tronco, son para él otros tantos emblemas de su estado, y ocasion de lamentar propias desventuras en melancólicas endechas. Huye en vano la corte y se destierra de la presencia de su dama; todos los años logra verla durante la estacion calurosa en el alegre esparcimiento de la aldea. ¿Cómo no saludar con vehementísimo deseo los apacibles dias en que se rinde el orbe al imperio de amor? El aura primaveral

De la nevada y llana
Frente del levantado monte arroja
La cabellera cana
Del viejo invierno, y moja
El nuevo fruto en esperanza y hoja.
El regalado aliento
Del bullicioso céfiro, encerrado
En las hojas, el viento
Enriquece y el prado,
Este de flor, y aquel de olor sagrado.
Todo brota, y extiende
Ramas; hojas y flores, nardo y rosa;
La vid enlaza y prende
El olmo, y la hermosa
Hiedra sube tras ella presurosa.
¡Yo, triste! El cielo quiere
Que yerto invierno ocupe el alma mia,
Y que si rayo viere
De aquella luz del dia,
Furioso sea, y no como solia.
Renueva, Filis, esta
Esperanza marchita, que la helada
Aura de tu respuesta
Tiene desalentada.
Vén, primavera; vén, mi flor amada.

Lamentándose no pocas veces de las persecuciones, destierros é infortunios que le atrajo su pasion amorosa, jáctase de que la porfía de los hados no alcanzaba á destruirle; consiguiendo sólo hacer en él una prueba de la firmeza más constante y pura que mereció deidad humana. ¿Sería por aventura este mismo tenaz empeño ocasion de que violentamente pereciese la dama; suceso infeliz que llora el poeta en una de sus más inspiradas canciones, en la segunda del libro segundo? Aquella cierva de sin igual hermosura, cuyo nevado pecho atravesó fieramente airada mano; aquel dulce compañero suyo, herido tambien en la inmediata selva, aquellos dos felicísimos amantes que vagaban incautos, acompañados de sí mismos en la encantada soledad de las riberas del Tajo; aquellas asechanzas de un

astuto montero, que los viene siguiendo por los desiertos campos; aquel martirio de amor, triunfo glorioso, corona y premio de dos finas almas: y en fin, aquellas palabras tan significativas,

Cancion, fábula un tiempo, y caso agora,

encierran sin duda una misteriosa tragedia de honor y de venganza. Y no se me oponga ser ajenas al cantor tamañas desventuras: porque de ellas entónces habria sacado útil leccion para la advertencia y escarmiento propios, segun acostumbró en las demas composiciones.

Puesto que ya en las de Francisco de la Torre vemos seguras noticias de su patria, profesion y tiempo en que pudo florecer, y lo que es más aún, de lances muy curiosos de su vida,—séanos lícito conjeturar qué amigos trató, y desvanecer así el último de los cuatro argumentos negativos, único apoyo de la extravagante opinion que intento combatir.

Si tenemos en cuenta el pomposo atavío greco-romano con que las antiguas musas de Sicilia y Pádua renacieron en el siglo XVI; si reparamos cuán fiel y escrupulosamente quisieron imitarlas y superarlas, primero Sannázzaro en su *Arcadia* y églogas piscatorias, y despues Garcilaso, La Torre, Figueroa, Valbuena, Galvez de Montalvo, Cervántes y Lope de Vega; y finalmente, si traemos á la memoria que áun los capitanes y palaciegos de Carlos V y Felipe II gustaban de imaginarse árcades, preciando los rústicos sayos á costa del brocado y la malla,—veremos en los Tírsis, Damones y Montanos de nuestro autor, no fantásticos y supuestos confidentes, sino reales y verdaderos amigos suyos. ¿Quién ignora que de Garcilaso lo fueron positivamente Albanio y Nemoroso? ¿Quién olvida que entre los poetas de aquel tiempo se conocia por Meliso al grave D. Diego Hurtado de Mendoza; por Artidoro, á Rey de Artieda;

por Lauso, á Luis Barahona de Soto; por Arcileo, á D. Alonso de Ercilla? Montano era el poético sobrenombre de D. Juan de Mendoza y Luna, segundo marqués de Montesclaros; Damon se decia el famoso Pedro Laínez, que falleció de pagador, siguiendo la corte de Valladolid, año de 1605; y Tirsi, el divino Francisco de Figueroa, natural de Alcalá de Henares, donde tal vez en 1536 nació para ornamento y lauro de las musas españolas. Pues, Señores, á estos tres últimos sospecho yo que tuvo por amigos y camaradas Francisco de la Torre.

¿Con qué ternura, como si fuese algo mayor en edad, suele advertir de los peligros á Tirsi, y con él comunica sus glorias y sus pesares? La Torre y Figueroa nacen en pueblos comarcanos; son unos mismos su profesion, inclinaciones, estudios y gustos; y corren igual fortuna en sus amores. Ambos encarecidamente celebran las orillas del Tajo; uno y otro á la toledana Fílis, milagro de alteza y hermosura; uno y otro se precian del amistoso afecto de Montano y Damon, suspiran ausentes, desdeñados ó mal correspondidos. Los dos, al volver de las italianas regiones, encuentran mujer de otro á la que ciegamente idolatraban; este llora á Fílis cubierta de crueles heridas; aquel viéndola partir para Italia. Entrambos prueban en sus versos que es amor enfermedad lastimosa de la razon, locura, ó méritos para ella. ¿Qué más? Ya de asiento en el suelo natal, obsequiado de los sábios maestros complutenses, y recibiendo incesantes aplausos de sus compatriotas, Figueroa procedió con tal reserva en cuanto á los sucesos de su vida, que de ella nádie le pudo oir jamás circunstancia ninguna. Sus versos, y su memoria tal vez hubieran perecido á no venir afortunadamente los borradores á manos del señor de Pozuelo, y despues á las del cronista Luis Tribaldos, que en Lisboa los dió á la estampa, año de 1626, tres ántes que intentase hacer lo mismo Quevedo con los de Francisco de la Torre, que les

son tan parecidos en asunto, índole, forma, y hasta en la de pasar á dominio del público (1).

La Torre y Figueroa fueron en Italia soldados y estudiantes, y allí, tomando ora la pluma, ora la espada, y señalándose en todo género de erudicion y buenas letras, adquirieron aquella suavidad de expresiones, fluidez, amenidad y pureza de estilo, y sonoras y elegantes frases, con que significaban la admirable dulzura de sus afectos. Mílites en la escuela de Garcilaso, imitando, copiando y compitiendo el buen gusto de la antigüedad griega y romana, supieron sacar provecho de los viajes y marciales excursiones para levantar á su mayor grandeza las letras de su patria, trayéndole, al volver, los sazonados frutos de su aplicacion é ingenio. ¿Qué extraño, Señores, que ambos Franciscos mereciesen de sus contemporáneos el renombre de divinos?

Dos noticias más creo, por último, descubrir en los versos de nuestro poeta: que retirado á las márgenes del Duero, en edad avanzada, ni áun podia olvidar su pasion: y que hubo de morir sacerdote. Deduzco lo primero de aquella trova en que dice, hablando con el rio:

Tú solo te duele
De mi suerte amarga,

(1) En una de las elegantes epístolas del zaragozano Juan Verzosa (Palermo, 1575), dirigida á Figueroa, se habla de cierto Francisco Patricio, fino amigo de entrambos. ¿Puedo yo, buscando en todas partes á La Torre, omitir semejante noticia?

Francisco dic Patricio: contraria ne vis
Laxet amicitiæ, quæ strinxit vincula nostræ;
Et si opus, exora. Sic, quando Virginis almæ
Urbs tibi Compluto natali charior erit,
Intra Senenses vigeat concordia muros.

Además, por rara coincidencia se ve poco despues otra epístola dedicada *Ad Fernandum Torrem.*

Que una vida larga
No hay quien la consuele;
Ya que el cielo ordena
Que apartado viva,
El alma cautiva,
Y el cuerpo en cadena.

Hácenme sospechar lo segundo tantos literatos y guerreros como entónces ascendieron al sacerdocio; y que por ello La Torre hubo de poner al frente de su libro tales palabras: «Con frenesí escribí esto; ahora se me escandaliza el ánimo.»

Pero sea lo que quiera, indudable parece que hácia los años de 1593, en que pudiera contar sesenta, le hubo de conocer el monstruo de la naturaleza, Lope de Vega Carpio, á la sazon que servia la plaza de secretario del duque de Alba en la capital de sus estados, y visitaba los pueblecillos que bañan Tórmes y Duero. Entónces apreció el entendimiento clarísimo del anciano, y treinta y siete años adelante celebró su memoria en el *Laurel de Apolo*, entre los ingenios que ilustraron las escuelas de Salamanca (1).

Muerto y al instante olvidado Francisco de la Torre, vinieron sus papeles á poder de un ilustre caballero lusitano, que, por su inclinacion natural á la poesía, por su buen gusto y amor á las ciencias, tuvo el renombre de Sábio. Don Juan de Almeida, pues (que así se llamaba), señor de Couto de Avintes, é hijo de uno de los consejeros de Felipe II, apreció como discreto el

(1) En Alba de Tórmes, á 29 de Octubre de 1593, y en Enero del año siguiente, firmó Lope sus dos comedias, *El favor agradecido*, y *El maestro de danzar:* de aquella hace mencion el baron de Schuack, *Geschichte der dramatischen Literatur und kunst in Spanien;* mas el autógrafo de la segunda pertenece al erudito D. Cayetano Alberto de la Barrera.

Los señores Davila, Ruiz y Madrazo, en su *Reseña histórica de la universidad de Salamanca* (impresa en la misma ciudad, por Morán, año de 1849) incluyen á Francisco de la Torre, como bachiller de aquel emporio literario, en l catálogo de hombres célebres que produjo.

valor de tales rimas, comunicólas presuroso con el Brocense en la universidad de Salamanca, y alentado por él, se decidió á que corrieran de molde. No obstante, medroso de verlas sin ornamento de algun moderno escritor, hubo de suplicar al docto maestro Sanchez que las autorizase con traducciones suyas, unidas á otras de Alonso de Espinosa, Fr. Luis de Leon y el propio Almeida, varones todos unidos por estrecha amistad. Aprobó el tomo D. Alonso de Ercilla; dió licencia para la impresion el Consejo Real; pero, ¡desdichada suerte de flores tan generosas! de nuevo padecieron extravío. Por fin las halló Don Francisco de Quevedo Villegas, en tiempo y lugar donde no habia del autor noticia alguna (1). Estimólas oro purísimo; y en el verano de 1629, no creyendo obsequiar mejor al yerno del favorito de Felipe IV, le dedicó el precioso ramillete, pequeño en volúmen, pero de inestimable valor, intitulado: *Obras del bachiller Francisco de la Torre;* las cuales áun todavía no se vulgarizaron hasta el año de 1631 (2).

En la dedicatoria y advertencia á los que leyeren, dijo nuestro caballero, con palabras de verdad y ánimo sencillo, cómo hubo de rescatar aquellas trovas; y no omitió señas ni pormenor ninguno del códice manuscrito. La aseveracion del bizarro editor confirmaron sin reticencias los aprobantes y cen-

(1) «Hallé estos poemas por buena dicha mia, y para grande gloria de España, en poder de un librero, que me los vendió con desprecio. Estaban aprobados por D. Alonso de Ercilla, y rubricados del Consejo para la imprenta, y en cinco partes borrado el nombre del autor, con tanto cuidado, que se añadió humo á la tinta. Mas los propios borrones, entónces piadosos, con las señas parlaron el nombre de Francisco de la Torre.» (—Quevedo, en la dedicatoria al yerno del conde-duque de Olivares.)

(2) Obras del bachiller Francisco de la Torre. *Dalas a la impression Don Francisco de Queuedo Villegas Cauallero de la Orden de Santiago.—Ilvstralas con el nõbre, y la protecciõ del Excelentissimo Señor Ramiro Felipe de Guzman, Duque de Medina de las Torres, Marqués de Toral &c.—Con privilegio. En Madrid en la imprenta del Reyno, Año de M.DC.XXXI.—A costa de Domingo Gonçalez, mercader de libros.*

sores; y (repárese bien) por medio del suyo puso fuera de disputa el Real Consejo de Castilla que habia ya mucho ántes examinado los versos el cantor de la *Araucana*.

Desgraciadamente el señor de Juan Abad deslució su trabajo, cediendo, por una cortesana atencion, al sentir del conde de Añover, que ni llenaba ni podia llenar de convencimiento su buen juicio. ¡Error increible! Con el buen Alfonso de la Torre, bachiller y coplero en los tiempos del rey D. Juan el Segundo, coetáneo de Juan de Mena, y autor de la *Vision deleitable*, confundió al asendereado Francisco de la Torre. Perdonemos que dormite una vez siquiera quien tantas, aparentando que dormia, estuvo despierto felicísimamente.

Sin embargo, Señores, sus contemporáneos no se lo perdonaron. Y aquí teneis un solemne testimonio histórico de la existencia real y verdadera del gran poeta clásico, testimonio que saca airosas todas mis conjeturas.

Por el yerro de confundir el estilo de dos siglos tan opuestos, y por ignorar que siguió La Torre inmediatamente á Garcilaso, y fué de Lope de Vega conocido, — á los pocos meses de muerto el Fénix de los ingenios, y á los cinco años de impresas las rimas, vió Quevedo mortificado su amor propio con una acerba censura de Manuel de Faría y Sousa, caballero de la casa real, en su comentario á las *Lusiadas de Luis de Camoens*.

Permitidme que textuales os refiera sus palabras; advirtién-

El *privilegio*, á favor de Quevedo, está expedido en 14 de Marzo de 1630; la *fe de erratas* es de 4 de Octubre de 1631; la *tasa* de 7 del propio mes. Por el ordinario *aprobó* el libro D. Lorenzo van der Hammen y Leon, en 17 de Setiembre de 629; por el Consejo de Castilla, el maestro José de Valdivielso, capellan de honor del Ser. Sr. Infante y Cardenal de España, en 2 de Octubre del año siguiente. No tiene fecha la *dedicatoria* de Quevedo; á que sigue una juiciosa advertencia, del mismo, *A los que leerán*.

16 fojas de principios, y 136 de texto, en 16.°; estando desde la 104 equivocada la foliacion. Llega la signatura de aquellos hasta ¶¶ 4; la de los pliegos del texto alcanza á la R. 4.

doos que las imitaciones que de La Torre piensa hallar Faría son casuales y trivialísimas coincidencias. Dice así:

«De algunos fué imitado Camoens, siendo los principales D. Alonso de Ercilla, Lope de Vega y Francisco de la Torre; no el llamado bachiller con este apellido en el *Cancionero general*, como con notable engaño se dejó creer D. Francisco de Quevedo; pues *consta que fué conocido de Lope de Vega.* Y quien tuviere conocimiento de los estilos de las edades, verá fácilmente, leyendo unas y otras obras, que las del Bachiller son de aquel tiempo, y las de Francisco de la Torre deste, portándose cada uno conforme al que le cupo en suerte.» En otra parte vuelve á repetir: «Con el alto, dulce y feliz Garcilaso compite Francisco de la Torre, *que se le siguió*, como consta de mejores diligencias que la de quien, con lastimosa omision de la buena diligencia, le llama Bachiller de la Torre, que vivió en los tiempos de Garci-Sanchez, siendo Francisco de la Torre, que vivió en los de D. Alonso de Ercilla, sin bachillería; dejándose creer que se pudo hablar de aquel modo en tiempo de Garci-Sanchez, que realmente era cosa bastante á extinguir las más récias cataratas (1).»

Esto escribió Faría en marzo de 1636; Quevedo no tuvo qué replicar. ¡Oh! Si al tiempo de adquirir el libro precisamente, por causa del Dr. Juan Perez de Montalban, no hubiese roto vínculos cariñosísimos con Lope de Vega, ¡cuántas inestimables noticias habrian enriquecido esta publicacion interesante! El gran dramático, dejándole en su error, limitóse á censurarlo de palabra en academias y corrillos; bien que de público procuró cantar y anunciar en el *Laurel de Apolo* el precioso hallazgo de las castizas y elegantes poesías de La Torre:

(1) *Lusiadas de Luis de Camoens, comentadas por Manuel de Faria y Sousa,* Madrid, por Juan Sanchez, 1639. Véanse las páginas 75 y 135.

Mas ya Febo socorre
Su lira, que llevaba, como á Orfeo
La suya el Estrimon, esta el Leteo;
Porque puedan las musas castellanas
Salir hermosas sin teñir las canas.

Pero ni entónces ni en más de ciento veinte años despues, amigos y adversarios, apologistas y detractores del señor de Juan Abad, nádie puso lenguas en que fuesen tales versos más antiguos que el editor, ni en que éste hubiese prestado á las letras mayor servicio que el mismo que deben á Luis Tribaldos de Toledo por las canciones del divino Figueroa (1).

Pues á deshora, ved aquí en 1753, un hombre de mérito indisputable, D. Luis José Velazquez, marqués de Valdeflores, sosteniendo ser Quevedo el verdadero autor de aquellas excelentes obras (2). Recordó, sin paridad de causa, el ejemplar del dominicano Fr. Jerónimo Bermudez, cuyas tragedias se publicaron á nombre del fingido Antonio de Silva; y la travesura de Lope, rebozado en el disfraz de Burguillos: como si en el primer caso no fuera el seudónimo indispensable por el hábito religioso del trágico; y en el segundo, para que las bizarrías de *La Gatomaquia* y los galanteos á la señora Juana no causasen escándalo autorizados por un varon septuagenario y sacerdote. Y advertid que el ingenioso innovador malagueño des-

(1) En el libelo indigno que vulgarizaron los enemigos de Quevedo en 1635 con título de *Tribunal de la justa venganza*, no sólo hacen relacion de cuanto habia dado á la estampa el satírico, sino de obras suyas no publicadas hasta el siglo presente. Excuso afirmar que ni allí ni en otros papeles de igual índole hay nada que pueda referirse á estos poemas.

(2) Poesias que publicó D. Francisco de Quevedo Villegas, *Cavallero del Orden de Santiago, Señor de la Torre de Juan Abad, Con el nombre del Bachiller Francisco de la Torre.—Añadese en esta segunda edicion un discurso, en que se descubre ser el verdadero Autor el mismo D. Francisco de Quevedo; por D. Luis Joseph Velazquez, Cavallero del Orden de Santiago, de la Academia Real de la Historia.—Con Privilegio: En Madrid, en la Imprenta de Musica de D. Eugenio Bieco, Calle del Desengaño. Año de* 1753.

Dedicatoria del librero al marqués de la Ensenada. *Censura* de D. Ignacio de

entendíase completamente de la diferencia de los casos: diferencia que resulta mayor todavía, recordando que Bermudez no se opuso á que por su propio nombre le llamara un amigo en cierto soneto impreso al frente de las tragedias; y que idéntica circunstancia se echa de ver en las rimas de Burguillos, donde unas décimas de Salcedo Coronel, estampadas al principio del libro, publican ser éste parto feliz de la pluma de Lope de Vega. ¿Sucede lo mismo en la coleccion de La Torre? De ningun modo.—Velazquez pensó avalorar sus imaginaciones con tal cual analogía en poemas de La Torre y Quevedo, cuando en su índole desemejan como el dia y la noche, lo negro y lo blanco, una bizarrísima dama de veinticinco alfileres y una mocetona del burco, con pañolon de seda medio caido, arrastrando por barrizales. Y olvidó que al autor antiguo pertenece aquel hermoso verso:

Dióme el cielo dolor, y dióme vida,

con que empieza (colocándolo así desventajosamente) el caballero santiaguista un soneto. Y no reparó que la égloga del clásico intitulada *Galatea* (cosa muy de considerar) sirvió de guia y fundamento, en plan, giros y frase, á la cancion del pastor Crisóstomo, que se reputa la más inspirada del *Quijote*.

Tampoco hallan los secuaces del marqués de Valdeflores

Luzan, calificando de «muy fundadas las conjeturas con que se restituye esta obra» á su verdadero autor; 21 de Febrero. *Licencia* del ordinario, á 27. *Aprobacion* (por el Consejo) de D. Agustin de Montiano y Luyando, secretario de la Cámara de Gracia y Justicia y Estado de Castilla, y director perpetuo de la Real Academia de la Historia; 18 de Noviembre de 1752. *Privilegio* del Rey, en 30 del expresado mes. *Fe de erratas*, á 17 de Marzo de 1753; *tasa*, diez dias adelante. Sigue un *Prólogo*; y despues, en 20 páginas, el *Discurso*.

Hasta la 170 se halla fielmente reimpreso el ejemplar de 1631, en la parte de texto. Despues van las aprobaciones, dedicatoria y advertencia preliminar de la misma edicion. Y acaba el libro con las seis composiciones poéticas del bachiller Alfonso de la Torre que se hallan en el *Cancionero*.

16 fojas de principios, 96 de texto, en 4.°; hasta la signatura Dd. 2.

otro ningun Francisco de la Torre, sino el señor de La Torre de Juan Abad. Sin embargo, dos más recuerdo yo, con los que vienen á ser cuatro nada ménos; contemporáneo el uno del poeta bucólico, el otro del satírico. Fué aquel un discreto secretario del obispo de Verona, en la misma ciudad nacido, amante de la castellana lengua y apasionado de las musas, que debió á los hijos de Aldo figurar en la coleccion intitulada: *Lettere volgari di diversi nobilissimi huomini*; Venecia, 1548. Residia el último en Aragon, mediado el siglo XVII; su patria, Tortosa; escritor dramático, gongorino y culto, de quien se leen graciosos epigramas y una traduccion de las *Agudezas de Juan Owen*. Y, ¡cuántos otros olvidados ingenios haya quizá en nuestro Parnaso del propio nombre y apellido!

Aceptaron por moneda corriente la ingeniosa cavilacion de Velazquez, llevados de la novedad, Luzán, Montiano y Luyando, y Lopez Sedano, y áun hoy la siguen varios críticos españoles y extranjeros. Parééceles que de no haberse publicado en 1631 la aprobacion de Ercilla y la primera licencia del Consejo, se infiere ser todo ficcion é impostura. Que no existió La Torre, cuando no le citan los que en verso y prosa hicieron largo catálogo de nuestros ingenios. Desprecian y tuercen el testimonio de Lope de Vega, porque erró, suponiendo que el mérito de La Torre habia merecido encomios de Garcilaso (1).

(1) «Celebrado del mismo Garcilaso,
A cuyo lado dignamente corre.

«Adviértase la equivocacion que padeció aquí Lope de Vega, cuando dice que el Bachiller de La Torre fué celebrado del mismo Garcilaso, no habiéndolo sido sino de Boscán: pues entre las obras de Garcilaso no hay memoria de tal bachiller.»

Así en la página III de su *Discurso* el marqués de Valdeflores. Sin embargo, en este pasaje no se acordó Lope de Vega del bachiller y rimador Alonso de la Torre, sino del soldado y poeta Francisco, de quien acababan de parecer las obras; aun cuando bien pudo trascordarse, y caer en otro diferente anacronismo, aturdido con la fama de los elogios de Boscán, que engañaron á Quevedo, y ponderaba en todas partes el conde de Añover.

No hallan rastros en las obras del para ellos fabuloso cantor, que indiquen circunstancias de su vida, ni tampoco en documentos de los siglos pasados. Y entienden que rebozándose con un discreto seudónimo, descubria el señor de Juan Abad ser tales versos parto de su juventud, cuyos extravíos y desórdenes amorosos no quiso dejar autorizados con su nombre á los tiempos venideros. ¡Cuánta inexactitud! ¡Cuánta ligereza! ¡Qué absurdo!

¿Poner reparo en suscribir este libro el autor de los *Sueños?* ¿De tan inocentes versos escandalizarse quien á la sazon imprimia otros llenos de malicia y ponzoña? ¿Tan mirlado el hombre que durante su última enfermedad retocaba y coleccionaba las picantes letrillas, los desenfadados romances, la *Sátira del matrimonio,* y casi todas las seis primeras musas castellanas (1)? Muerto Quevedo, revisarlas, pulirlas y darlas á la prensa, fué grato empeño de su apasionado y confidente Don Jusepe Antonio Gonzalez de Salas, hermano suyo en Apolo, y á cuya correccion y censura sometió siempre cuanto en materia poética escribia. Pues, ¿cómo tan reservado tambien aquel que para reunir todo lo de su amigo desentraña los romanceros, cancioneros, fiestas y antologías, en todo el siglo publicados, y ni por descuido cita las *Obras de Francisco de la Torre?*

Más todavía: en el mismo prólogo de ellas estampó nuestro Juvenal castellano insigne prueba de la verdad que defiendo. ¿Es creible jamás que tan egrégio varon se aventurase á pasar

Pero si La Torre hubiera realmente alcanzado los tiempos y la amistad de Garcilaso, no haria fuerza tampoco la dificultad que opone Velazquez, por ser muchas las canciones que del príncipe de los poetas castellanos se han perdido, segun afirma con muy curiosos pormenores el prólogo de la rarísima edicion de sus obras, hecha en Lisboa por Pedro Craesbeeck, año de 1626, en 16.º, y dirigida por el Dr. Luis Brizeño de Córdoba.

(1) Así aparece de las últimas cartas á su amigo D. Francisco de Oviedo, que muy pronto verán la luz pública en el tomo II de la edicion estereotípica, puesta á mi cuidado.

por impudente sobre necio, afirmando en la advertencia preliminar «que el doctísimo y elegantísimo Fernando de Herrera siguió por maestro y ejemplo á Francisco de la Torre, imitando su diccion, y tomando sus frasis y voces, de modo que no son semejantes, sino uno;» y añadir que «le fué ejemplar en todo lo bello y galante, mas no en las voces que se leen con ceño en el vate andaluz?» Sin duda el marqués de Valdeflores dejó de reparar en este eficaz argumento, por haber anticipado su juicio y puesto en olvido la sinceridad desenvuelta, el genio y costumbres del gran político y filósofo cristiano.

En nada se parecen ni la vida ni los escritos de La Torre y Quevedo.

Quevedo no tuvo su cuna orillas del Jarama, sino del Manzanares (1); fué político, nunca soldado; tocóle un tiempo, no de victorias y grandezas, sino de corrupcion, miserias y reveses; vivió con pena mirando crecer la heregía, altivo y afirmado el holandés, orgulloso el galo, satisfecha Venecia, y envilecida su patria. Quevedo no pudo nunca llamar *glorioso, aunque no apetecido*, á su siglo, cuando clamó desde su primera juventud que *aquella edad desvariaba y que el mundo estaba caduco*. Mora casi siempre La Torre en aldeas y castillos, léjos de las grandes ciudades, en íntimo trato con la naturaleza; Quevedo no respira otro ambiente que el mortífero de las córtes y palacios. Es filósofo cristiano y teólogo éste; aquel, poeta imitador constante de la forma y sentimientos gentílicos. El uno pertenece al renacimiento greco-romano, quilatado por la idealidad caballeresca y por la frase robusta, llena de juventud y esplendor; el otro á la decadencia del buen gusto y del lenguaje, repentinamente agotado y envejecido por la afectacion y

(1) Mas ya soy sombra sólo de aquel hombre
Que nació en Manzanares,
Para Cisne del Tajo y del Henares.

soberbia. Quevedo, en fin, no podia estimar seudónimo discreto el de Francisco de la Torre (que entre nosotros no vale señor de tal villa, sino de ella natural y oriundo), cuando usaba de nombres más significativos, como *licenciado Cisca* y *Aldrobando Anatema Cantacuzano.*

Hay más, Señores Académicos: faltábale á su corazon sávia para esos tiernos y delicados matices de un platonismo exquisitamente pulcro, de una pasion toda espíritu, de un fuego alimentado de sí propio. El que desde su niñez, huérfano y adinerado, se aficionó al trato de mujeres corrompidas, conociendo ántes el deleite que el amor, é invirtiendo así el órden de la naturaleza, habia de tener en más las záfias campesinas que las Beatrices y Lauras, habia de clamar en las cortijadas y breñales:

Las mujeres desta tierra
Tienen muy poco artificio,
Mas son de lo que las otras
Y me saben á lo mismo.
Las caras saben á caras,
Los besos saben á hocicos,
Que besar labios con cera
Es besar un hombre cirios.
Buenas son estas sayazas
Y estas faldas de silicio;
De plata son estas breñas,
De brocado estos pellicos.

El que así materializaba sus afectos, era incapaz de exprimirlos con aquella delicadeza que La Torre, y de recordar, como él, los favores de su dama en frase honesta y estilo recatado.

Pero, Señores, ¿á qué fatigo vuestra atencion? Si faltaran todas esas pruebas y datos, y existiesen únicamente las obras de uno y otro ingenio, ¿quién habia de confundir los versos de la decadencia con los del siglo de oro? En el XVI cegó los ojos el vivísimo resplandor de la gloria para no reparar en la podre-

dumbre y lodazales de las humanas pasiones; mas nada hubo que luego no los hiciese patentes, durante el imperio de los favoritos y ambiciosos. Entónces se despierta la sátira, triunfa la maledicencia, cunde el libelo; y no se estudia, como ántes, á Virgilio y Teócrito, sino á Juvenal y Lucano. Los modelos clásicos de la civilizacion latina fueron alimento de nuestra edad de oro; de la siguiente, los filósofos y poetas de la decadencia romana.

Barajad las poesías del mal llamado bachiller con las de su camarada Figueroa, y os costará ímprobo trabajo distinguirlas y conocer su dueño. Mezcladlas con las más tiernas y graves de Quevedo, y podréis volver á juntar las de éste con facilidad mayor que en un tablero de ajedrez los revueltos peones. En la composicion más petrarquista, en la más tersa y pulcra habrá de venderle un rasgo de agudeza é ingenio, un concepto sutil, discreteos, retruécanos, equívocos y áun á veces resabios de culteranismo; en vano conoce el mal y le huye; la atmósfera que respira está envenenada, y el escritor universal adolece, sin saberlo, de todos los defectos de su siglo.

La Torre personifica el suyo á maravilla; influido por el clasicismo elegante de los italianos é imitándolos, nunca deja de ser original y español, siempre aventaja á sus maestros en la melancolía dulce y encantadora que distingue la grave poesía castellana. El dolor de ellos es palabrero y ruidoso; pero el de nuestro vate (si no tan bien expresado como en las *Odas á la barquilla*, de Lope, y en los cantares elegíacos de Garcilaso y Rioja) estímese mucho más hondo, más vivo, lleno de resignacion desesperada, envuelto en el secreto y misterio. La lira de Orfeo repetia, abandonada, ecos dulcísimos; si de los sauces cuelga La Torre su caramillo, el poeta

llora, y él suspira[1]

Hasta aquí, para mis conjeturas, no me he valido sino de los datos que estaban en dominio del público. Pero, ¿qué diríais, Señores Académicos, si las confirmasen á maravilla documentos fehacientes, que en Madrid mismo tenemos á la mano? ¿Qué diríais si entre los papeles de la universidad Complutense, hoy custodiados en el archivo de la Central, viéseis, como acabo de ver yo, el nombre de *Francisco de la Torre, natural de Tordelaguna*, entre los colegiales de San Isidoro y San Eugenio, que por los años de 1554 y 1555 fatigaban en el estudio de los autores clásicos, tanto historiadores como oradores y poetas, latinos y griegos? Sin cursar filosofía ni poderse ufanar con título de bachiller, hizo la primer matrícula de cánones á los veintidos años de su edad, en el siguiente de 1556. Ya de aquí en otro ningun registro aparece su nombre. ¿Acaso porque fué entónces cuando el enamorado mozo abandonó el suelo natal, y abrazó la profesion de las armas, y codició encontrar la fortuna ó la muerte en la guerra (1)?

Dejemos que el tiempo y la casualidad completen estos descubrimientos, mostrándonos los hechos del poeta en Italia y su vida ulterior en España; y ahora ponga yo término, en obsequio vuestro, á tan desaliñado discurso.

(1) Debo á la obsecuente amistad del Sr. D. Manuel de Goicoechea, distinguido paleógrafo y profesor de la escuela de Diplomática, el ver (al tiempo mismo de entrar en prensa este pliego) documentalmente confirmadas mis conjeturas. Hé aquí lo que arrojan los antiguos cuadernos originales de Alcalá, habiendo registrado con atencion todos los libros desde el año 1530 á 1569.

«1554.—*Matricula Vniuersitatis ꝟ coelegij complutensis Anno a Natiuitate dni millmo quingmo quinquagmo quarto incipiendo a Die Sancti Luce Eiusdem anni Rector D. Magister Petrus Sanchez.*

(foja 30.) *Colegi sante sidori mediocrum. octobris* 1554.

(dia) 26, diego de llinam de tor de laguna—tº (Toledo)—20 (años.)
26, juan bautista de almonacir idem—16,
26, andres del poço idem—20
26, franco de la torre ydem—21»

Pero, ántes de concluir, ¿deberé, Señores, por ventura detenerme á indicar los pequeños lunares que deslustran estas inspiraciones poéticas, así como los méritos que las avaloran? ¿Habré de señalarlos ante vosotros, amaestrados custodios de la frase castiza, y defensores insignes de su pureza y nitidez? ¿Cúmpleme indagar por qué causa, en un siglo en que los petrarquistas italianos, capitaneados por el Bembo, rendian ciego culto á la forma, nimiamente cuidadosos de pulir el giro, la sentencia; de observar la exacta medida y armonía de los versos hasta caer en afectados, Francisco de la Torre, inspirándose en los grandes modelos de Italia, y copiando otros de segundo órden, como Benedetto Varchi y Angelo de Constanzo, peca tantas veces contra la forma? Esto fuera en mí atrevimiento indisculpable, cuando la aventajada pluma de un ilustre académico recientemente arrebatado á la vida, con peregrino arte deslindó aquellos descuidos y bellezas. Quintana vuelve su personalidad en 1808 y en 1830, al lírico desconocido; desprecia los áun hoy erradamente acreditados sueños de Velazquez; proclama que para ello no se necesita más sino conocer, segun sus diferentes edades, los estilos de nuestra poesía; y, ¡admirable acierto! coloca á La Torre próximo á Fray Luis de Leon y á Garcilaso.

«1555.—*Rector D. Ages.*
(foja 4) *Collegij sancti Evgenij maiorum.* 1555 *as°. diçienbre.*
23 franco de la torre de tordelaguna t° 21 »

1556.—*Rector D. magister Sanchez.*
(foja 62 y 63 vuelta.) *Canoniste* 1556 *deze* (diciembre).
13 franco de la torre de tordelaguna t° 22. »

Dos estudiantes más de esta familia se hallan en tales registros:
Hernando de la Torre, de Tordelaguna, seguia las humanidades en el colegio de San Isidoro, por los años de 1548, 49 y 50, contando diez y ocho de edad.
Y de quince *Juan de la Torre* era terminista ó sumulista, en 1566.

¡Cómo le deleitan estos, en su opinion, frutos de los más opimos que rindió aquella era de excelentes varones! Las rimas (dice el autor del *Pelayo*) «todas pastoriles; sus imágenes, sus pensamientos y su estilo no desdicen nunca de este carácter, y guardan la propiedad más rigorosa con él. Sus dotes más eminentes son la sencillez de la expresion, la viveza y ternura de los afectos, la lozanía y amenidad risueña de la fantasía. Ningun poeta castellano ha sabido, como él, sacar de los objetos campestres tantos sentimientos tiernos y melancólicos. Las imitaciones de los antiguos, en que estas poesías abundan, están refundidas tan naturalmente en su carácter y estilo, que se identifican enteramente con él. Lástima que á la pureza de su lenguaje no añadiese mayor cuidado en la elegancia, que á veces padece por expresiones y voces triviales y prosáicas. Y lástima grande que falte á sus églogas variedad, conocimiento del arte del diálogo, oposicion y contraste entre las situaciones de los interlocutores. El poeta que pinta y siente con tanta delicadeza y fuego cuando habla por sí mismo, no acierta á hacer hablar á los otros, y se pierde en descripciones uniformes y prolijas, que al fin cansan y fastidian.» Las palabras del autorizado crítico no consienten que las reemplacen otras.

Pero, Señores, ¿qué vale encontrar dureza en tal verso, prosaismo y pesadez en cual otro, descuido en pequeños accidentes, como llamar ardoroso al cierzo y helado al austro; violencia en esta figura, ú oscuridad en aquella rebuscada estrofa? ¡Cuántos raudales de armonía, para despuntar la rígida censura; cuánta claridad, para desvanecer tan débiles sombras! Él es quien allana los caminos al puro, al sencillo, al tierno, al religioso Fr. Luis de Leon, su compañero en Alcalá de Henares y en Salamanca, á fin de que llegue á ser por excelencia el poeta castellano. Él quien, en mi sentir, educa y amaestra á Figueroa, cifrando todas sus complacencias en este, que mira como

discípulo, como amigo, como hijo. En él halla Fernando de Herrera su más cuidadosa lima; en él Cervántes la traza de un admirable canto elegíaco; bellezas que emular Mira de Améscua; y luz y guia todos los preclaros vates que le siguieron. ¡Dichoso quien en el templo de la fama se asienta al par de Garcilaso y Leon, de Tasso y Ariosto; al lado de Rafael y Miguel Angel, de Juanes y Siloe, de Vives y Granada; entre los héroes escogidos que triunfaron en el Garellano y Pavía, en las lagunas de Méjico y en los mares de Oriente! Mas, ¡ay, cuán equivocadamente le aclamo venturoso! Infelicísimo, diré quien, siéndolo en vida, es aún más infortunado todavía despues de muerto, cuando en tela de juicio se le ponen los dulces hijos de su ingenio soberano.

¡Ojalá, Señores Académicos, esta disputada inmortal guirnalda de áureas flores perteneciese á Quevedo! Gozo ninguno hubiera comparable con el mio, á estarme reservado á mí afirmarla en sus sienes; á mí, que años y años vivo con el Luciano español, y le siento á mi mesa, y velo por él, y le soy deudor (grato me es confesarlo) de la honra que en este sitio recibo, y con que vosotros aprisionais mi alma en inmensa gratitud. Él es mi fiel amigo, él otro padre cariñoso; para él ambiciono todos los aplausos y coronas; pero la verdad y la justicia, hijas del cielo, me imponen el sacrificio de volver á Francisco de la Torre lo que es suyo. ¿Qué digo sacrificio? La gloria de Quevedo permanece intacta. Brillar sin competencia no es mérito; á los grandes ingenios otros tan grandes los hacen mayores; á veces los completan; nunca les son embarazo, sino compañía.

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS.

Señores: Con ser artificio comun en los oradores el ponderar lo desventajoso de su posicion, para avalorar más su desempeño, debo yo, en homenaje de verdad, decir que á ningun otro que á mí pudierais haber elegido más obligado á juzgar con imparcialidad vuestra conducta, y á participar de la gratitud del que con ella habeis favorecido. Ausente de la Academia y de la patria por efecto de vicisitudes que quiero olvidar, ni áun pude contribuir con mi humilde sufragio á la eleccion de que hoy juzga el público. Testigo soy, que no abogado; juez, y no parte. Pero, ¿de quién habeis de temer vosotros residencia, cuando el discurso mismo que acabamos de oir os disculpa, si disculpa merecieran, y no encomio, vuestros votos?

Encomio, sí, que cuando estas corporaciones apartan la vista de las escenas políticas, que á cada uno de sus individuos conmueven y no van á ornar con sus laureles el triunfo de los poderosos, ni á aumentar con sus aplausos el ruido de los mal contentos,—cumplen con un alto deber moral, que merece, por lo ménos, consideracion y respeto. Y cuando ni áun así satisfechas, llegan á buscar en su retiro al sábio, laborioso y modesto,

para interrumpir quizá la hora de su desgracia con el testimonio del público afecto, alcanzan para sí propias la estimacion y alabanza, no ya meramente de los doctos, sino de todos los bien nacidos.

Así, Señores Académicos, habeis obrado cuando para dar sucesor á uno de vuestros compañeros, aficionado al arte dramática y distinguido en la ciencia histórica, nombrásteis á uno de los correctos autores de la *Ricahembra*, al concienzudo y clásico biógrafo de Quevedo: á D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.

Si es vuestro deber, como lo publica vuestro lema, *limpiar* el habla y la literatura patrias de las corruptelas que el transcurso del tiempo introduce; *fijar* el uso y el estilo de cada voz, de cada género y de cada época; *dar esplendor*, en fin, á escritores y á escuelas, ¿cuál nombramiento mejor pudiérais haber hecho que éste, que coloca entre vosotros al diligente crítico que, eligiendo por héroe de sus investigaciones á Quevedo, ha limpiado cuidadosamente su historia personal y literaria de las manchas con que la incuria de dos siglos y la corrupcion del gusto las habian afeado; ha fijado de un modo indeleble el límite entre los hechos y los escritos que le pertenecian, y los que le atribuyeron primero la calumnia, luego la lisonja, últimamente la ignorancia; y viene hoy, en fin, á dar clarísimo esplendor á la dudosa existencia de uno de nuestros más clásicos maestros, el llamado bachiller Francisco de la Torre.

El Sr. Fernandez-Guerra, pues, no recibe de vosotros carta de ciudadanía en la república de las letras; á ella pertenece, en ella vive con gloria, ha mucho tiempo; ni siquiera ingresa, por vuestros sufragios, en el noble gremio á que perteneceis, y que él largo tiempo ha ilustrado con aplicacion incansable y con crítica bien intencionada. El hombre que, como yo os he dicho, y él acaba de demostrar, *limpia*, *fija* y *da esplendor* á

dos tan insignes maestros, como son el autor de la *Bucólica del Tajo* y el señor de La Torre de Juan Abad, recibe de vosotros título, y no oficio, de académico.

Y aquí, Señores, es tiempo de que os diga cómo no habiendo tenido parte en vuestro fallo, la tomo, y muy grande, en el agradecimiento que ha inspirado. Criado yo bajo el mismo techo que el Sr. Guerra, el cual desde Granada, su patria, vino á recibir educacion en el colegio de humanidades del Sr. Garriga; dirigido yo por los mismos maestros, de los cuales alguno se sienta entre nosotros; inclinado á los mismos estudios, aficionado por una rara coincidencia á los propios modelos; yo, que no he alcanzado su mérito, me hago solidario de su gratitud. Y áun de buen grado sería intérprete de sus afectos, si él, con prevencion más discreta, no hubiera buscado en el siglo de oro de nuestros poetas, para que le sirva de patrono, un personaje nuevo, ó al ménos desconocido, y con todo famosísimo, con cuyo trato íntimo el Sr. Guerra puede envanecerse, presentándolo luego ya sin disfraz á vosotros y á los amantes todos de la literatura y de la verdad.

Hablo, Señores, del pobre soldado de Italia, confundido hasta hoy con el hidalgo escolar de Alcalá; del buen sacerdote de Torrelaguna, tenido por el cortesano licencioso del Buen-Retiro; del compañero de Figueroa, suplantado por el comensal de Osuna; del alumno, digámoslo así, de Garcilaso, tomado por el rival de Góngora; de Francisco de la Torre, en fin, identificado malamente con D. Francisco de Quevedo Villegas.

Motivo de meditacion es este muy grande, que sean menester exquisitas averignaciones biográficas, análisis críticos profundos, datos aquí y allí penosamente recogidos, estudio, habilidad, ciencia, perseverancia, para derribar el monstruoso edificio que fácilmente levanta, ya un inconsiderado celo, ya una irreflexiva aseveracion, áun en daño y mengua de la ver-

dad de los hechos, de la razon histórica y del más comun sentido. ¿Qué lepra es la impostura, áun en materias literarias, que tan fácilmente se inocula y propaga, y con tanta dificultad se corrige y destruye?

Cómo el confundir á la Torre con Quevedo se oponga á la verdad de los hechos, no hay para qué me esfuerce en encarecerlo; el nuevo académico ha caracterizado de tal modo las personas de uno y de otro, que no queda sombra de duda. Un argumento, sin embargo, ha apuntado como de paso, al cual me permitireis dar mayor ensanche, ya porque es á mi ver, el más concluyente, ya porque traerá ante nosotros un testigo de mayor excepcion: testigo en verdad de humilde clase, de escasa fortuna, de vida no irreprensible, lisiado y pobre; pero de un nombre tal, que en este sitio no cede el puesto á emperadores ni á santos, y que las naciones todas nos envidian más que la antigua posesion de dos mundos; llámase comunmente Miguel de Cervántes Saavedra.

El manco de Lepanto dió á su amada el nombre de *Galatea*, el mismo que adoptó La Torre en su égloga VI. El autor del *Quijote* introduce en el cap. XIV, parte I de aquel inimitable libro, una cancion tan parecida á la égloga citada, que no puede ocultar el parentesco.

En una y otra un pastor quiere darse muerte, desesperado y celoso por los desdenes de su amada;

Ya que quieres que muera desamado

(dice el uno),

Ya que quieres, señora, que yo muera
(Injusto premio de mi fe crecida),
Oye mi dolorosa voz postrera,
Que, junta con el ánimo cansado,
Sale perdiendo la doliente vida.

Y clama el otro:

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente,
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.

Luego uno y otro amador se dan por satisfechos con alguna ligera muestra de compasion en sus amadas, y dicen á porfía; el uno:

Si tu beldad del cielo soberano
De mi grave dolor enternecida,
Sin el desden altivo se mostrara,
¿Qué gloria más eterna y más cumplida?

Y el otro:

Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas;
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.

En fin, ambos evocan deidades gentílicas para que les hagan el funeral acompañamiento, como era uso entre aquellos eruditos pastores que Petrarca y Tasso dieron á conocer á Boscán y Figueroa. Dice la Torre:

Vos, diosas de las aguas cristalinas,
Sereno cielo, noche tenebrosa,
Marinos dioses, reino sacrosanto,
Hécate de las sombras espantosa,
Deidades sacrosantas y divinas,
Que estais atentas á mi grave llanto,.....

Y Cervántes:

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo,
Tántalo con su sed; Sísifo venga

Con el peso terrible de su canto,
Ticio traiga su buitre, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.

Toda esta procesion, Señores, pára, sin embargo, en diverso punto, y aquí la diferencia. La Torre no la hace llegar más que hasta la melancolía del bello siglo de Garcilaso, y dice (volviendo á los últimos versos):

Deidades sacrosantas y divinas,
Que estais atentas á mi grave llanto,
Venza ya mi quebranto
La rigurosa ira
De aquella que os inspira
Al contrario sujeto que procuro,
Por affigir mi desdichada suerte;
Que si me haceis seguro
Que gusta de mi muerte
Y que en su deseada gracia muero,
Dichoso yo que alcanzo lo que quiero.

Cervántes hace durar más este extraño y mitológico entierro, hasta que los personajes que evoca alcanzan los nebulosos tiempos del culteranismo, y dice:

Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen á mi pecho; y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas,
Al cuerpo á quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil deidades y mil mostros
Lleven el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.

Así se deduce claramente la prioridad de la égloga de La Torre, áun cuando no la persuadiesen más poderosamente la mayor perfeccion que dió Cervántes á su obra, el plan mejor

combinado, más condensado argumento, catástrofe más patética, estrofas uniformes y más pulidas; todo, en fin, ménos el estilo y el gusto, que más dependen del siglo que de la pluma, y que ya en Cervántes se aleja de la naturalidad de los petrarquistas, y presagia la afectacion de los gongorinos.

Ni podia ser de otra manera: no tán fácilmente, ni á saltos, adelanta la civilizacion, ni se quiebra tan aína la magnífica uniformidad con que marchan por un mismo camino y al mismo compas el poder y la lengua, los hombres y los escritos de una propia nacion, dando así claridad y vigor á la que al principio llamé razon histórica.

No temais, Señores, que me extienda aquí en inoportunas y sabidas consideraciones para recordar lo que el habla y la literatura patrias pudieron conservar de la latina; cuánto la impusieron con su conquista los árabes; cómo la engalanaron con flores naturales Alonso X en medio de sus desventuras, y Juan II al son de sus fiestas; de qué manera, en fin, la regalaron atavíos extraños los trovadores aragoneses, trayendo del Oriente sus fábulas, y de Provenza sus juegos.

Cosas son estas para los más sabidas, para otros indiferentes, para todos enojosas; son como las probanzas de nobleza ó como los árboles genealógicos de la musa española. Pero dejadme que os la presente ya zagala, siguiendo en Italia la suerte de un guerrero de Calatrava, galanteada á orillas del Tesino por el tierno Garcilaso de la Vega; jóven y esbelta, inocente y alegre. ¡Cuán bellas son sus formas; recuerdan las ideales creaciones del arte antiguo; cuán sin afeite es su atavío, cuán tierna su voz! Ella se complace en la vida del campo, y áun eso sólo para buscar el amor y la alegría; párase á coger flores, que son su único adorno; á hablar de amor, que es su sola pasion; á imitar al cantor de Laura, que es su mejor modelo.

Así la conocieron y la amaron Figueroa y Montemayor, Bos-

cán y Gil Polo, Mendoza y Leon; ingenios dichosos, que pudieron admirar juntas la virginal belleza de la musa castellana y la juvenil pujanza del poder español.

El último de los citados, Fr. Luis de Leon, abarca en sí solo todo aquel brillante período de nuestra literatura y de nuestra historia.

Él pudo decir á la poesía castellana, hablándola el mismo lenguaje con que en su adolescencia la enamoraban Jorge Manrique y Santillana:

Ay, por Dios, señora bella,
Mirad por vos, mientras dura
Esta flor graciosa y pura,
Que el no gozalla es perdella.
Y pues no ménos discreta
Y perfeta
Sois que bella y desdeñosa,
Mirad que ninguna cosa
Hay que á Amor no esté sujeta.

Fray Luis tambien parece que dirige al poder conquistador de los españoles, hermano del númen impetuoso, que ya rayaba en la virilidad, aquel magnífico apóstrofe que lo retrata:

Acude, acorre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No dés paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

Y este exceso de vida y de fuerza; este ardor que no se satisface en las campestres escenas ni en los pastoriles coloquios, sino que ansía las batallas y da cima á colosales empresas; este corazon, que no siente el amor con ternura, sino con arrebato, que abunda más en palabras que en sentimientos, impetuoso, grandiloco, halla un intérprete fiel en el cantor de Lepanto y de Eliodora, Fernando de Herrera. Él fija ya el dialecto poético,

encumbra la entonacion lírica, no atiende á los latinos para estudiarlos como alumnos, sino para imitarlos como émulo. Leon, en mi entender, guia y acompaña nuestra poesía durante toda su mocedad; Herrera la retrata cuando ha llegado á la fuerza de la juventud: el uno la recuerda adolescente, la deja manceba; el otro la saluda y la enriquece ya matrona.

Así la alcanzó Lope de Vega; y disfrutando largamente de todos sus tesoros, no correspondió (doloroso es decirlo) á sus favores; llevó á todos los géneros el númen de España, bien así como se extendia su poder á todas las partes de la tierra, sin aprovecharse, con todo, de ninguna. Llamábase entónces con propiedad el rey de Castilla monarca de dos mundos, y Lope de Vega, Fénix de los ingenios; era en aquel tiempo la poesía, como la civilizacion española, galana, caballeresca, osada, rica, aunque poco prevenida; algo jactanciosa, pero en todas partes dominante. ¡Bella y malograda edad aquella, cuyas consecuencias dolorosas áun no han cesado!

Pero si la ternura y sencillez acompañaron la adolescencia de nuestra musa, si el arrebato y la grandiosidad la guiaron en su juventud (que todo ello viene á ser un período), si la galantería, la fecundidad, el descuido caracterizan sus mejores años,—ved cómo ya la reflexion, la mesura, la experiencia, el órden indican su madurez.

Cuando en cada uno de los autores citados, ó en otros sus contemporáneos, halleis reminiscencias de tiempos pasados ó preludios del estilo de épocas siguientes, pensad que en el engrane de los conocimientos como de las generaciones, no hay solucion de continuidad; entre año y año, entre estilo y estilo no hay entreactos ó barreras que los deslinden. Pero abarcada en conjunto la fisonomía de cada edad, ¿quién no distingue la niñez de la juventud y ésta de la madurez?

Aquella misma poesía, sencilla con Garcilaso, impetuosa

con Herrera, pródiga con Lope, se presenta ahora artificiosamente ataviada, se mueve con lenta majestad, y economiza sus caudales acompañada de los dos Argensolas. Ántes, inocente zagala, gozó en el campo oyendo

El dulce lamentar de los pastores.

Luego, cual atrevida cazadora, acompañó al denuedo español, que la decia:

aunque mi altiva frente
No se muestra á la tuya semejante;
Mas tengo amor y fuerza y osadía,
Y tengo parecer de hombre valiente;
Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante.

Hoy si se retira al campo, es sólo para alabar en los simétricos y artificiosos pensiles de Araujuez

Las fuentes cristalinas que subiendo
Contra su curso y natural costumbre,
Están los claros aires dividiendo.

En otra edad una flor, una guirnalda eran todo el atavío de aquella poesía

dulce y sabrosa
Más que la fruta del cercado ajeno,
Más blanca que la leche, y más hermosa
Que el prado por abril de flores lleno.

Luego se ofrece á nuestro entusiasmo, desnudo el brazo que vibra la lanza, cubierto el fornido pecho con el peplo antiguo, y ceñida la cabellera con el laurel de Lepanto, bien así como la victoria de un arco triunfal. Hoy se presenta ya en los saraos ataviada y compuesta con ricos aderezos y telas de brocado, ostentacion de su riqueza más que de su hermosura; obra exquisita de artífices doctos, más bien que presente de inspirados amadores. En medio de la sociedad cortesana, cortesanamente

crítica (copio á Quintana) «las costumbres de las mujeres perdidas, que seducen y corrompen la juventud, devoran los patrimonios y destruyen la paz de las familias; hace la censura, no sólo de los diferentes estados, sino tambien de los modos de conseguirlos; y demuestra los peligros de la ambicion, y en lo que vienen á parar sus ilusiones.»

Ved aquí, Señores, los caractéres de la musa en su edad madura: descontentadiza, no entusiasta; filosófica, no enamorada; abunda en sentencias más que en arrebatos, porque la guia la luz del desengaño, y no el fuego de la pasion. Acomodado á la inspiracion es el instrumento de que se vale; aquel acento que resonó en la dulce avena de Garcilaso, que atronó en la trompa de Herrera, ahora suena severo y mesurado en la lira de los Argensolas. El primero jugaba con las fáciles silvas, el segundo inventaba las estancias rotundas, estos últimos andan al compas de los inflexibles tercetos. Allá en un tiempo el estilo era natural y florido, luego grandilocuente y figurado, ahora ya compuesto y sentencioso. ¿Es otra acaso la historia del poder español tan pujante y bello á orillas del Po y del Tessino con Cárlos I y Garcilaso, tan heróico y sublime en las aguas de Lepanto con Felipe II y Herrera, tan devoto y ceremonioso, tan melancólico y preso con Felipe III en los jardines de la Isla, y con Argensola en los tercetos?

Pero, ¿no veis, Señores, en este humor desabrido, en esta frialdad glacial, en este porte mesurado anuncios ya de la vejez? ¡Ay! que no son anuncios solamente, sino señales infalibles. Sucede á las letras como á las dinastías, como á las personas, que cuando despiertan pensando que la vejez llama á su umbral, la encuentran sentada á la cabecera. Pensamos que nos la regala un pintor en el retrato, un menestral en el corte del vestido; y es que la hemos comprado nosotros con la frente que ha encanecido, con el talle que se ha desformado.

No hay remedio, la zagala vírgen y pura de Garcilaso y de Figueroa ha envejecido; la musa impetuosa de Leon y de Herrera se ha debilitado; la dama riquísima de Lope ha malgastado sus tesoros; la matrona severa de los Argensolas no puede con afeites encubrir sus arrugas. El buen tiempo pasó, todo es inútil: en vano Rioja la quiere arrancar del aire nocivo de la corte, su despedida será el gemido del desengaño; en vano la llevará al campo; allí no cantará más que ruinas, y las flores mismas no la inspirarán sino pensamientos filosóficos y tristes. Verá una rosa, y exclamará:

Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mústia tu nacimiento ó muerte llora.

Y en otra parte:

¿Cuál mayor dicha tuya

(dice á la arrebolera)

Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?
No es más el luengo curso de los años
Que un espacioso número de daños.

Tiene razon, daños para la monarquía como para la literatura, para los versos como para las flores. Pero lo que es peor, con la edad ha acontecido á la musa como á las mujeres hermosas, los defectillos interesantes se han tornado achaques dolorosos, y las inclinaciones vicios. Era nuestra poesía sonora y se hace ampulosa, era festiva y se vuelve chocarrera, era discreta y se torna culta, era pensadora y se convierte en pedante. ¿Qué importa que hombres como Góngora y Quevedo, de robustas fuerzas, de vista de lince, de ágiles movimientos, y en fin, hasta de pura intencion, la quieran dar la mano? ¿Qué prestará la juventud del lazarillo, si la pobre anciana está dé-

bil y ciega, y casi tullida, y lo que es peor, depravada? En ninguna parte se conoce más la caducidad de la musa castellana que en las juveniles poesías de Quevedo.

Allí, si se imita á los clásicos, no es con el respeto de alumno, ni con la emulacion de rival, sino con la afectacion de pedagogo; si se pintan los objetos de la naturaleza, los árboles, las fuentes, no es con la sencillez juvenil y amable de Garcilaso, que enamora, ni con la calma varonil de Fr. Luis, que consuela; es con un espíritu desengañado y mordaz que arranca la risa, con una tendencia senil, filosófica y amarga, que desconsuela. Garcilaso es jóven y pinta, Fr. Luis es varon y goza, Quevedo es viejo y analiza y diseca y dogmatiza.

Pues, ¿qué os diré de las bellezas de otro órden; qué de los sentimientos morales; qué de la gloria humana, la cual Garcilaso mereció con una vida denodada y con una muerte heróica, pero que no nombró jamás en sus canciones? ¿De la gloria que enalteció en bíblicos tonos Herrera, que despreció en santo arrobamiento el Maestro Leon, y que el autor del *Gran Tacaño* arrastra por el lodo? ¿Qué os diré de la política, no llamada hasta entónces á intervenir en nuestro Parnaso, y á cuyo servicio puso Quevedo todas las nueve musas, su ciencia y su imaginacion, el cielo y el infierno? ¿Qué os diré, en fin, del amor, ese sentimiento inocente en Garcilaso, puro en Herrera, caballeresco en Lope, frio en Argensola, material, sensual, casi crapuloso en Quevedo?

Tal es, sin embargo, Señores, el hombre que hizo á las letras españolas el singular beneficio de publicar por primera vez las poesías de Francisco de La Torre. Generosamente le fué pagado este favor, alguno ha llevado la gratitud hasta ceder en beneficio de Quevedo la fama toda, el nombre mismo del poeta de quien fué editor.

En este curioso litigio, que pende, Señores, ante vosotros

más há de un siglo, habeis oido á dos ilustres académicos pleitear en pro de las opuestas partes: D. Luis José Velázquez demandando para Quevedo la honra de las poesías que publicó; D. Aureliano Fernandez-Guerra defendiendo como de oficio á Francisco de La Torre, casi juzgado hasta ahora en rebeldía, porque no se le habia hecho comparecer, y que hoy, merced á la diligencia de su patrono, os declara en sonoros versos cuál fué su patria, su estado, su carrera y hasta sus relaciones y afectos.

No me pregunteis mi dictámen; porque á mí no me toca el oficio de ponente, sino el de relator. Yo os he retratado breve, quizá groseramente, pero con veracidad indisputable, á nuestra poesía lírica en todas sus edades; delante de vosotros, como piezas aducidas al juicio, teneis las obras de La Torre y las de Quevedo. Ved esas flores campestres áun olorosas, esas bien tejidas guirnaldas áun frescas, ese estilo sencillo y cándido como la vestidura de una doncella, y decid en cuál edad ha podido ataviarse así la musa castellana; si es en la degradada época en que, dando la mano á Quevedo, recorria los lupanares, penetraba en las cárceles, hablaba con retruécanos y antítesis rebuscadas, y derramaba por do quiera el veneno de su corazon, corrompido á la vez y desengañado.

Si ni aquellas noticias biográficas descubiertas por el señor Guerra, y abonadas por el mismo Cervántes, os satisfacen; si la razon histórica que yo he procurado exponer no os convence, haced, en fin, comparecer á ambos autores, que áun vivos están en sus obras. Celebrad con ellas una especie de careo, y la verdad quedará patente, y la causa fallada por el sentido comun, que es á la vez inocente y justiciero, indocto é inspirado, niño y profeta como Daniel. Demandad á ambos contendientes, La Torre y Quevedo, la descripcion del sitio en que presenciaron los arrebatos de amor de la casta poesía; y bien que uno y otro nombren (más entendidos que los viejos de la escritura)

las mismas plantas y las mismas fuentes, todavía el color será tán diverso, las señas tan contradictorias, que fácilmente aparecerá la impostura. La Torre, pintando la hiedra os dirá:

Viva yo siempre ansí con tan ceñido
Lazo, Filis, contigo, como aquesta
Hiedra inmortal, en esta encina puesta,
Que le enreda su tronco envejecido.
Mira allí un olmo seco, y un florido
Junto á la fuente, que una vid le presta
Hermosura y valor; ¡y tú dispuesta,
A perseguirme, pónesme en olvido!
Por tí, cruel, olvido mi ganado,
Y le dejo sin guarda del ardiente
Lobo cruel (ganado que tú amaste).
Un cabritillo deste coronado
Monte vi yo llevar; lloré, y presente
A mi dolor, soberbia, te gozaste!

¿Cabe mayor naturalidad en el lenguaje, mayor sencillez, y por decirlo así, mayor inocencia en las imágenes? Pues veamos ahora cómo Quevedo describe la misma planta, la propia escena, iguales sentimientos.

Esta hiedra anudada que camina,
Y en verde laberinto comprehende
La estatura del álamo, que ofende
(Pues cuando le acaricia, le arruïna),
Si es abrazo ó prision no determina
La vista, que al frondoso halago atiende;
El tronco sólo si es favor entiende,
O cárcel, que le esconde y que le inclina.
¡Ay, Lisi! Quién me viere enriquecido
Con alta adoracion de tu hermosura,
Y de tan nobles penas asistido,
Pregunte á mi pasion y á mi ventura;
Y sabrá que es prision de mi sentido
Lo que juzga blason de mi locura.

Aquel verde laberinto, aquella estatura del alamo, aquel halago frondoso, y los retruécanos, y los conceptos, y la inten-

cion misma filosófica, ¿no os parecen, Señores, el colorete con que en vano se quiere imitar la frescura de la juventud?

Pues oid ahora cómo describe La Torre un sitio campestre:

Esta es, Tirsis, la fuente do solia
Contemplar su beldad mi Filis bella;
Este el prado gentil, Tirsis, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñia.
Aquí, Tírsis, la vi cuando salia
Dando la luz de una y otra estrella;
Allí, Tirsis, me vido; y tras aquella
Haya se me escondió, y ansi la via.
En esta cueva deste monte amado
Me dió la mano, y me ciñó la frente
De verde hiedra y de violetas tiernas.
Al prado, y haya, y cueva, y monte, y fuente,
Y al cielo desparciendo olor sagrado,
Rindo de tanto bien gracias eternas.

Dado qué estos versos sean traducidos del italiano, su lenguaje, Señores, ¿no os parece tan natural y sencillo como el murmullo mismo de la fuente que describe? Pues escuchad ahora el de Quevedo:

Esta fuente me habla, mas no entiendo
Su lenguaje ni sé lo que razona,
Sé que habla de amor y que blasona
De verme, à su pesar, por Flori ardiendo.
Mi llanto, con que crece, bien le entiendo,
Pues mi dolor y mi pasion pregona,
Mis lágrimas el prado las corona,
Vase con ellas el cristal riendo.
Poco mi corazon debe á mis ojos,
Pues que dan agua al agua, y se la niegan
Al fuego que consume mis despojos.
Si no lo ven, porque llorando ciegan,
Oigan lo que no ven, à mis enojos;
Déjanme arder, y al agua misma anegan.

¡Pobre agua, diremos nosotros, pasada por tales alambi-

ques; pobre fuente, tan bien retratada por La Torre, y cuyo lenguaje dice Quevedo que no entiende; y tiene razon!

Pero si la diferencia de lugar no os prueba, Señores, la coartada, pedid á ambos poetas señas de tiempo, y la vereis mejor; pues dado que uno y otro os hablen del verano, harto notareis que entre una estacion y otra media un siglo de intervalo.

Comparad la bella descripcion de La Torre, de que se ha hecho cargo el nuevo académico, con la que apuntaremos de Quevedo, y no os quedará sombra de duda.

En el verano dice La Torre:

El regalado aliento
Del bullicioso céfiro, encerrado
En las hojas, el viento
Enriquece y el prado,
Este de flor y aquel de olor sagrado.
Todo brota y extiende
Ramas, hojas y flores, nardo y rosa;
La vid enlaza y prende
El olmo, y la hermosa
Hiedra sube tras ella presurosa.

Y Quevedo describe la misma estacion en los siguientes versos:

Ya la insana Canícula, labrando
Llamas, cuece las mieses, y en hervores
De frenética luz los labradores
Ven á Procion los campos abrasando;
El piélago, encendido, está exhalando
Al sol humos en traje de vapores;
Y en el cuerpo la sangre y los humores
Discurren sediciosos, fulminando.

Basta, Señores; estos ladridos de llamas, estos hervores de luz, estos humos exhalados en traje de vapores, ¿qué os parecerán, contrapuestos al regalado aliento del céfiro, encerrado en las hojas, y á la estacion benigna, á cuyo influjo todo brota y extiende ramos, hojas y flores, nardo y rosas?

¿Qué valdrá, en contra de esto, la malicia con que se han rebuscado versos iguales en uno y otro autor? Valdrá, sí, pero para probar lo contrario de lo que se pretende.

Si La Torre, compadeciéndose de una cierva herida, concluye una estrofa diciendo á la desventurada (1):

> Dióte el cielo dolor y dióte vida;

y de este verso se apodera Quevedo para comenzar un soneto, lleno de alambicados conceptos (2), se deducirá sólo la pureza del original, la corrupcion de la copia, la prioridad del petrarquista, la posterioridad del gongorino; la diferencia, no la identidad de ambos.

¿Qué valdrán unas cuantas estrofas, rebuscadas acá y allá como piedrecillas de canteras distintas, y acomodadas luego á guisa de mosáico, pero que así y todo braman de verse juntas, y testifican la diversidad de su orígen? Velazquez adereza de este modo una que llama cancion; cuyo primer verso, de Quevedo,

> Pues quitas, primavera, al año el ceño,

contiene ya una marca de conceptismo y una paronomásia, que no hallarán sus semejantes en todo el libro de La Torre. Este, en cambio, reclama contra su disector con tan naturales quejidos, cual nunca usó el insigne poeta madrileño. No parece sino que es La Torre quien le dice á Velázquez:

> ¿Quién sentirá mi pena
> Si quien es causa della me condena?

No hará tal la Academia; antes bien, fundada en datos biográficos claros, guiada por razones históricas irrecusables, apoyada en fin sólidamente en el veredicto del sentido comun, fallará que Quevedo no fué, no pudo, no debió ser el buen Francisco

(1) Cancion I.
(2) El XVIII, de la musa IV.

de La Torre. No lo fué, porque sus hechos son diversos; no lo pudo ser, porque no alcanza el hombre á apartarse así del siglo y de la sociedad en que vive y de la atmósfera en que respira; no debió, en fin, serlo, porque, áun dado caso que ese poder casi divino alcanzase Quevedo, con usar de él hubiera faltado al primer deber del hombre de letras, más aún, á la sagrada mision (como ahora se dice), al *quid divinum* del poeta; esto es, al don de influir con sus obras en el modo de pensar, de hablar y de obrar de sus contemporáneos.

Y, ¿para qué, Señores, el anacronismo que se pretende? Quevedo, con sus equívocos, con sus antítesis, con sus conceptos, con su estilo, en fin, hablaba el lenguaje de todos, todos le entendian, todos le admiraban, do quiera penetraba, do quiera influia. Él solo con sus jácaras y sus agudezas ejercia en aquel tiempo el ministerio confiado hoy al periodismo de la oposicion; él solo manejaba con facilidad y con éxito la palanca que hoy mueve con dificultad la prensa toda. Compró su oficio con desengaños y persecuciones; por ejercerlo fué condenado (segun él dice) más aún que á *morir;* esto es, *á morirse.* Conquistó con tormentos la palma del martirio; ¿quereis que la trueque por un ramillete de flores silvestres? ¿No os parece, Señores, que fuera en él cobardía, y no erudicion, el cambiar el látigo de Juvenal por el caramillo de Garcilaso? No lo hizo; y segun el dicho del inolvidable académico D. José Muso, siguió en ello *su vocacion poética, que tambien viene de Dios.* No lo hizo; porque presintió instintivamente el consejo que Quintana daba á los poetas:

Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que os ceñís la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.

Canto enérgico: fuélo tanto el de Quevedo, que sonó desde los calabozos hasta los alcázares; que inquietó á los opresores,

solazó á los oprimidos, y se grabó en la memoria de todos, grandes y pequeños, propios y extraños. Canto valiente: y tanto, que desenmascaró todos los vicios, combatió todas las tiranías; y esto, Señores, marchando á través de persecuciones, y abrumado de años y enfermedades, *con una fuerza, una audacia y una singularidad que sorprenden* al cantor mismo de Trafalgar y de la imprenta.

Así considerado Quevedo, confesadme que La Torre queda á gran distancia.

Pero al llegar á este punto, permitidme que, sorprendido por los nombres que se han escapado de mi pluma, haga al público confidente de mis sensaciones. ¡Quintana y Muso, La Torre y Quevedo!

Quintana: el crítico concienzudo, el inspirado poeta, cuyo puesto áun está vacante en este recinto, y quedará vacío en la posteridad; pero cuya memoria, unida á los grandes acontecimientos contemporáneos de nuestra patria, vive en todos los ánimos. Muso: el sábio profundísimo, el laborioso académico, el inolvidable erudito, á quien echamos ménos casi en todas las sesiones, pero cuyo nombre oyen quizás muchos por la primera vez. Quevedo: el filósofo que respetan los ancianos, el poeta que aman los jóvenes, el político que consultan los repúblicos, el sábio que conocen todos como si viviera entre nosotros. Francisco de la Torre: cuya existencia misma ha sido hasta hoy un problema. Todos ellos me mueven á remontarme hácia el orígen de esa misteriosa corriente con que la fortuna arrastra el nombre y las obras de los ingenios, salvando unas, dejando sumergirse á otras. ¿De qué manera, me pregunto á mí mismo, ha llegado hasta nosotros la fama de Macías, venerado de los amantes desgraciados, sin que sus obras se salven para servir á su culto de reliquias? ¿De qué modo, por el contrario, el poema del Cid eterniza los hechos del Aquiles castellano, dejando

perderse en el olvido el nombre del Homero que rudamente como pudo lo inmortalizó? Y áun de más arriba, ¿cómo el poeta legislador Horacio, en un mismo verso une la fama de Virgilio y de Vario, y la posteridad salva de las llamas y recibe casi íntegras las obras del uno, á su pesar, miéntras pregunta dudosa si pertenece al otro una desencajada docena de hexámetros?

¿Será, Señores, que hay en el órden moral, al par que en la naturaleza, rios caudalosos que, como el Tajo, llevan su corriente entre el fragor de las cascadas, entre el aroma de los jardines, entre la majestad de los montes, el bullicio de las ciudades y la riqueza de los campos; y otros, como el Guadiana, tan modestos, que ocultan su caudal, sin dejar más indicios de su curso que la feracidad de las llanuras por donde calladamente se deslizan? En tal caso, Señores, los cuerpos científicos obran cuerdamente siguiendo el bien dirigido ímpetu de la fama; pero proceden con igual justicia y con mayor generosidad apartando la arena del olvido, cavando la tierra y la broza que acarrean el tiempo y la envidia, para sacar á luz esos caudales que inútil y oscuramente se perdieran.

¿Será que el culto de las letras, como el de la religion, tiene por una parte pontífices que lo ejercen y predican en medio de las turbas, al ruido de los órganos, entre el humo de los inciensos; y por otra, solitarios y anacoretas, que en el yermo del estudio, con la penitencia de un trabajo incesante elevan un corazon puro y consumen una vida preciosa? Entónces estas asambleas, á su vez obran como fieles, contribuyendo á la pompa del culto, dando incienso y doblando la rodilla ante los apóstoles de la civilizacion; pero proceden como casi inspiradas, cuando atravesando el desierto de la ingratitud, van á coronar á estos ungidos de la ciencia, á estos mártires de la laboriosidad; y los presentan por ellas laureados á la veneracion pública,

como hoy hace con Francisco de La Torre y con D. Aureliano Fernandez-Guerra la Real Academia Española.

Voy á concluir, Señores; pero no sin rogar á esta elevada Corporacion que, al terminar en el corriente año sus tareas, defina ya de un modo documental é inapelable la contienda presente. Ni callaré sin exhortar al nuevo académico á que continúe con ánimo su carrera: estímulos deben ser para él más poderosos que mi voz, la justicia con que ha recompensado sus afanes el primer Cuerpo literario de España, la benevolencia con que el público le ha oido, la oportunidad, en fin, con que la Providencia ha puesto en sus manos testimonios irrecusables de la verdad que queria probar. Y hablo, Señores, de la Providencia, porque yo veo que su inmensidad rige el órden físico como el órden moral. Ella preside al eterno giro de innumerables astros, como al escondido movimiento de una modesta violeta: ella guia á los inventores que, cual Colon y Newton, modifican el modo de ser de la humanidad; y á aquellos que dilucidan un punto imperceptible de la historia ó de la literatura. Basta á alcanzar su soberano auxilio el no vendarse los ojos con un orgulloso escepticismo, sino seguir con intencion sana el camino de la verdad.

Y vosotros, Señores, en fin, recibid el testimonio de mi gratitud por la indulgencia con que me habeis oido, contribuyendo con vuestro tácito asentimiento á la solemnidad de un fallo que, no la Academia, sino la historia, la razon y el sentido comun tienen dictado. Pero si al salir de este juicio, como de ordinario acontece, quereis investigar el móvil que ha impelido á cada uno de los contendientes, permitidme que os dé la clave para descubrirlo.

Nos apasionamos de los escritores y poetas como de actores que son en la gran comedia del mundo, y cada cual gusta de arrojar al suyo favorito un ramo de las flores que tiene á mano.

Si alguno puede en esto llevar ventaja á los demas, es Quevedo, por la popularidad misma de su nombre; y así es que no hay sujeto decidor y bromista que no le atribuya parte de las agudezas y anécdotas anónimas que pasan por más chistosas; ni se halla erudito aficionado á investigaciones curiosas que no le busque ó le entrevea en conspiraciones é intrigas de aquellos enmarañados tiempos. Pues bien; algo de esto acontece á tres de sus más ilustres apasionados. Tarsia, su primer biógrafo, refiriendo una desgracia que en no sé qué funcion ecuestre aconteció á no sé cuál ginete que calzaba las espuelas con que fué amortajado el satírico, atribuye á éste, á Quevedo, Señores, olor de santidad y acaso don de milagros..... Es que Tarsia escribia en el tiempo de las canonizaciones y de los prodigios. Hoy corren otros vientos: vivimos en el siglo de los diccionarios biográficos y de los libros estereotípicos, y el Sr. Fernandez-Guerra ha ofrecido al Luciano español una vida veraz y una edicion correcta. Velázquez, entre uno y otro, vivió en tiempo de la invasion de los escépticos, cuando se disputaba á los autores sus obras, á los héroes sus hazañas, á Dios mismo sus atributos. En medio de este universal saqueo halló caidas, y sin dueño conocido, una zampoña pastoril y una corona de mirtos; y de ellas hizo presente al asendereado señor de la Torre de Juan Abad. No culpeis, Señores, á Velázquez. ¿Qué mucho que tomase el nombre de Francisco de la Torre por un disfraz, en época en que el Cid Ruiz-Diaz pasaba por un mito, y la religion misma por un sistema planetario?

DISCURSO

DEL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

Señores: Cuando solicité entrar en este noble y glorioso recinto para tomar parte en vuestras provechosas tareas, no me asaltó ni un solo momento la temeraria y orgullosa creencia de que fuesen mis escasos merecimientos proporcionados al alto honor á que aspiraba. Cultivador oscuro, si bien afanoso y perseverante, de la lengua y de las letras españolas, dispuesto siempre á lamentar la invasion continua en nuestro bello idioma de palabras y locuciones de exótico orígen, que empañan su lustre y desnaturalizan su esencia, no podia yo desconocer la alta importancia de este Cuerpo, centro de autoridad indispensable para poner freno á los extravíos de escritores de liviana conciencia, y esclarecido guardador de las formas genuinas y acendradas del habla magnífica de nuestros padres. Pero en esta solemne ocasion, al verme entre vosotros llamado por vuestros bondadosos sufragios, al recordar los timbres de gloria que os franquearon estos ilustres umbrales, veo con más claridad, y siento en mi alma con más intenso agradecimiento todo el alcance del señalado favor que vuestra indulgencia me ha dispensado; á mí que carezco de títulos bastantes para que

esta honra sea hoy, como suele ser, el galardon debido á los afanes del filólogo y á los aciertos del hablista.

El asunto del discurso que, cumpliendo loables prácticas de esta sábia institucion, he de pronunciar ante vosotros, se presenta naturalmente al considerar que, por un azar abrumador al par que lisonjero, vengo á ocupar, no á llenar, el inmenso vacío que ha dejado en este recinto la universalmente deplorada pérdida del ilustre Quintana. Quien, como yo, ve colocado su asiento de Académico sobre el sepulcro de un gran poeta; quien trae aquí un nombre silencioso y olvidado, para reemplazar en los anales de la Academia á uno de esos nombres que llevan tras sí el rumor de la gloria, faltaria á la justicia, faltaria á elevados y nobles miramientos, si en este acto no se ocupase con preferencia en rendir á su antecesor el tributo de admiracion que á los grandes escritores se debe. Quintana, pues, será el asunto de mi discurso; Quintana, el inspirado escritor que, evocando con pindárico acento las antiguas glorias de la patria, nos ha infundido, en nuestros años juveniles, elevacion al pensamiento, robusto temple al corazon, y dado al ánimo luminoso y varonil recreo. Así lograré que de mí aparteis vuestros ojos, fijándolos únicamente en la aureola de gloria que circunda el nombre del poeta.

Pero ya adivinais, Señores, que no voy á encerrar inconsideradamente el homenaje de admiracion que debemos tributarle, en el exiguo y compasado molde de un elogio académico. La crítica moderna, más libre y filosófica, y al mismo tiempo más natural y, por decirlo así, más sincera, consiente apénas un género de literatura tan fastuoso y tan artificial. Es en balde buscar la expresion sencilla y pura de los afectos y de las ideas, la imparcialidad elevada, la grandeza moral, la admiracion franca y persuasiva, cuando el alma se siente comprimida por las caprichosas condiciones de una estética falsa y

ceremoniosa. Escribir con propósito prévio y deliberado de encomiar á todo trance, equivale á decir al criterio humano: «vuela con las alas del entusiasmo; pero sujétalas primero con »las cadenas de la retórica.»

Para juzgar con tino, para aplaudir con la efusion de un sentimiento fogoso y verdadero, es necesario poder seguir libre y desembarazadamente todas las tendencias del alma, todos los giros del ingenio, todos los vaivenes del pensamiento. El gusto moderno rechaza la literatura de los *panegíricos*, porque es una literatura bastarda y convencional, que busca el entusiasmo en la pompa de la frase, y no en la expresion sencilla de los sentimientos del corazon. Vosotros, Señores Académicos, sabeis en qué ha venido á parar aquella calorosa admiracion que despertaron en el siglo último los célebres elogios de Thomas. Con el énfasis de las palabras y el aparato facticio de las imágenes y de las ideas, ahogaba este escritor las prendas de alta ley que habia en su entendimiento; y ahora que han cambiado los impulsos de la vida moral y literaria de aquellos tiempos, y pasado con ellos los motivos de éxito efímero que tanto alucinan y extravian, se han deshojado las coronas triunfales de Thomas. Su entusiasmo, más que eco del alma, parece elaboracion del artificio: su vehemencia, vaga y ampulosa, no conmueve el ánimo ni enardece la fantasía. Los *elogios* de Thomas, que son los mejores dechados de este linaje de composicion académica en la literatura moderna, dejan en el ánimo de los lectores del dia la misma impresion glacial que los *panegíricos* de los sofistas griegos y romanos.

Pero, ¿ha de proscribirse el *elogio* libre, sincero, analítico, que prueba y no pondera, que siente y no declama, que reemplaza la hipérbole con la pasion? De ningun modo. Ahí están los elogios fúnebres inspirados por los héroes de la antigüedad.

Ahí están sobre todo los *panegíricos* de la Iglesia cristiana:

no tienen á veces todos los refinamientos de la elegancia filológica; pero tienen en cambio la fe, la emocion, la verdad, las prendas, en fin, que estampan un sello imperecedero en las obras del ingenio humano. ¡Cómo se trasluce al través de la vigorosa sencillez de estos panegíricos la ardiente admiracion con que abrasaba el alma de los primeros escritores cristianos la sublimidad de los mártires! ¡Con cuán noble y desinteresado afecto, con cuánta elevacion moral ensalzan las virtudes de los protectores de la Iglesia naciente! Mueve y penetra el alma lo que brota del fondo de ella, y en las letras, Señores, no hay triunfo mayor ni perfeccion más alta. Por eso el elogio es admisible; no como ley retórica, sino como consecuencia de la admiracion libre y profunda: por eso vale más el crítico que examina y aplaude, que el ciego encomiador que, sin tregua y por sistema, encarece y adula.

La Academia disculpará esta breve digresion que he juzgado necesaria para entrar con desembarazo y sin alarma alguna de conciencia en el exámen de las calidades poéticas de mi esclarecido antecesor. Si, al juzgar sus obras, advierto la falta de algunas prendas, que habrian hecho universal y completo el númen del poeta, no por eso aparecerá ménos profunda mi admiracion por las grandes dotes que adornaban su alma. Las observaciones templadas y justas de la crítica hacen resaltar la sinceridad de las alabanzas: son como el fondo de un cuadro que hace parecer más vivo el resplandor de los colores.

Larga y poco adecuada en esta ocasion sería mi tarea, si, al juzgar á Quintana, hubiese de considerarle bajo todas las formas, múltiples y variadas, con que resplandece su nombre en la república literaria. Dotóle la Providencia con larga mano de facultades intelectuales, diversas y poderosas, y abarcaba en el campo de las letras los más árduos y diferentes caminos. Crítico, historiador, publicista, autor dramático, poeta lírico.

Desplegó Quintana todas estas fases de escritor. En algunas de ellas dejó rastros de luz: en todas imprimió los destellos del fuego que abrasaba su alma impetuosa y su arrebatada fantasía.

Con la *Coleccion de Poesías selectas castellanas* y con la *Musa Épica* prestó Quintana un insigne servicio á los amantes de las letras. El cuadro histórico de la poesía castellana y los esclarecimientos críticos que acompañan las compilaciones citadas, están escritos con órden, con tino, con buen gusto. Quintana introduce en la crítica, como en todo cuanto escribe, las prendas más bellas de la elocuencia: el colorido y la emocion. Pero el sentido filosófico tenia en su mente ménos fuerza y alcance que el vuelo de la imaginacion y la vivacidad de los afectos; y su crítica, si bien elegante y animada, encierra el gusto en un círculo bastante estrecho, se paga con exceso de los echizos de la forma, desdeña la poesía popular, y no explica suficientemente las vicisitudes del gusto literario, ni toma en cuenta las íntimas relaciones que le enlazan en todo tiempo con las ideas y las costumbres de los pueblos.

Las *Vidas de españoles célebres* honran sin duda el corazon y el entendimiento de Quintana. Son uno de sus más brillantes láuros, porque demuestran la noble tendencia, ingénita en su espíritu, á vivificar la memoria de los claros varones de nuestra nacion y á regenerar el animoso temple de los españoles, que con rubor y lástima veia desfallecer y aniquilarse á impulso de las desgracias públicas. El Cid, Guzmán el Bueno, Roger de Láuria, el Gran-Capitan, Vasco Nuñez de Balboa, el Príncipe de Viana, Don Álvaro de Luna, Francisco Pizarro, Fray Bartolomé de las Casas, estos nombres hicieron resonar en el alma de Quintana los grandes ecos de las glorias pasadas, y movido por la potente palanca del entusiasmo, intentó, no sin fruto, levantar y robustecer el decaido aliento nacional, presentando, en cuadros biográficos correctos y elegantes, la

imágen fascinadora de hidalgos hechos, de hazañas peregrinas, de espléndidas virtudes.

Pero estas biografías, tan brillantes por el lenguaje, tan conmovedoras por el calor de los sentimientos y la animacion de las imágenes, tan dignas de aplauso por la noble intencion que las inspira, no llenan, sin embargo, todas las condiciones que la crítica elevada y severa requiere para las composiciones históricas. No se ve con claridad completa, ni á veces con exactitud suficiente, el campo de ideas, de costumbres, de preocupaciones, de móviles legítimos y de intereses morales en que obran, sienten y piensan los grandes hombres que retrata. Habíase educado Quintana con las máximas y principios de la filosofía francesa del siglo XVIII, y, nutrido su espíritu con las paradojas y seductoras apariencias de la escuela escéptica, solia ver los hechos de los tiempos pasados al traves del prisma engañoso de las pasiones artificiales y fugitivas que eran el alma de aquella infeliz filosofía. Así es, por ejemplo, que parando con preferencia el pensamiento en las calamidades y desmanes que son y han sido siempre tremendas é inseparables compañeras de las conquistas más gloriosas, se apiada de los indios con vehemencia deliberada, tan absoluta y exclusiva, que casi no ve en los conquistadores españoles más que sañudos y codiciosos aventureros. Bajo este punto de vista, pequeño en las esferas filosóficas de la historia, casi desaparece la grandeza de aquel impulso ferviente y dominador que, no cabiendo en el territorio de España, se difundia por los ámbitos más apartados de la tierra; casi se eclipsa el aliento magnánimo de aquellos denodados guerreros, que realizaban con maravillosa intrepidez inauditas empresas, y que, al lado de la codicia y la fiereza, llevaban en su corazon los más altos afectos del héroe cristiano: amor á su patria, lealtad á sus Reyes, fe profunda en su Dios. Quintana, alucinado con las erradas doctrinas que,

por decirlo así, habian inoculado en su ánimo los filósofos enciclopedistas, casi mira como un atentado contra la independencia de las razas y de los pueblos haber sacado á los indios, por medio de la conquista, de su estado salvaje, haber plantado en América con las armas la antorcha de la civilizacion, haber derramado en aquellas vastas regiones la luz divina y consoladora del Evangelio.

Hay otra obra de nuestro ilustre poeta, las *Cartas á Lord Holland sobre los sucesos políticos de España en la segunda época constitucional*, la cual no me cumple juzgar ahora. Es un bosquejo de los acontecimientos principales de aquel borrascoso período de nuestra historia política, escrito con pasion, y á veces con elocuencia, y no exento de miras elevadas y de móviles generosos. Fuera de las bellezas de estilo y de diccion, rebosa de tal manera en estas cartas el sentimiento de la independencia nacional, y se presenta con un carácter tan ardiente, tan agresivo, tan implacable, que no puedo dejar de hacerlo notar al hablar de ellas, aunque las cito de pasada y rehuyendo abierta y deliberadamente su exámen. «La España, »exclama Quintana en una de ellas, la España sin colonias, »sin marina, sin comercio, sin influjo, debiera ser indiferente »á la Europa. ¡Pluguiese al cielo que se realizase lo que tantas »veces se ha dicho por escarnio, y que el África empezase en »los Pirineos! Seríamos sin duda rudos, groseros, bárbaros, »feroces, pero tendríamos como nacion una voluntad propia así »en el bien como en el mal.»

Este fuego del alma, esta voluntad resuelta y un tanto irreflexiva, este arrebato del pensamiento: hé ahí el encanto principal de las producciones de Quintana. En él preponderan siempre, ofuscando las demas cualidades, la llama del poeta, y el ímpetu del ardiente patricio.

Estos impulsos nobles é imperiosos, que constituyen la glo-

ria más pura y el alma entera de Quintana, produjeron la hermosa tragedia *El Pelayo*. Esta composicion dramática no pasará á las edades venideras por la perfeccion de la estructura, ni por la diccion acrisolada, ni por la sencillez ática de la expresion, ni por el movimiento y armonioso enlace de los lances dramáticos, ni por la verdad local é histórica de las costumbres. Pero vivirá miéntras haya pechos españoles que palpiten al eco de la independencia y del heroismo. Áun resuena en el fondo de nuestra alma, con el mismo hechizo que resonaba en la aurora de nuestra juventud, aquella magnífica definicion de la patria que pone Quintana en boca de Pelayo:

«¡No hay patria, Veremundo! ¿No la lleva
Todo buen español dentro en su pecho?
Ella en el mio sin cesar respira:
La augusta religion de mis abuelos,
Sus costumbres, su hablar, sus santas leyes
Tienen aquí un altar, que en ningun tiempo
Profanado será....»

¿Cómo han de olvidarse aquella entereza indómita y airada que manifiesta Pelayo sin interrupcion ni sosiego en toda la tragedia, y la gallarda y robusta entonacion de sus palabras cuando dice para arrojar baldon y oprobio sobre el nombre del Monarca vencido:

«En ruedas de marfil, envuelto en sedas,
De oro la frente orlada, y más dispuesto
Al triunfo y al festin que á la pelea,
El sucesor indigno de Alarico
Llevó tras sí la maldicion eterna.»

Despues exclama, dirigiéndose á los caudillos:

«¿Temblareis? ¿Cedereis? No; vuestros brazos
Alcen de los escombros que nos cercan
Otro estado, otra patria y otra España
Más grande y más feliz que la primera.»

En la misma escena, para alzar al Rey que ha de conducirles á la victoria, Alfonso propone á los nobles asturianos la proclamacion de Pelayo con estas palabras:

«Pelayo nuestro Rey, caudillo nuestro
Debe ser, *ciudadanos*...»

Aquí asoman, Señores, en esta calificacion de *ciudadanos* los conatos que de tan buen grado manifiesta Quintana á confundir las tendencias de libertad política con los instintos de independencia nacional. Aquellos capitanes godos, hijos de las asperezas de Covadonga, no se llamaban, no podian llamarse á la sazon *ciudadanos*, y si lo hubieran hecho, no habria por cierto sonado esta palabra en sus oidos como sonaba en las mocedades de Quintana. Aquellos guerreros, arrollados por la opresion de los mahometanos y estrechados en los confines del territorio, vivian con el cuchillo á la garganta, y al levantarse contra los invasores, no estaban en verdad para pensar en dictados de libertad política, ni podian tener otra meta ni otras banderas que no fuesen el pendon de la patria y el lábaro del cristianismo. Un Rey en aquellos momentos, más que un organizador político, hubo de ser necesariamente para los godos un soldado, un caudillo, un héroe que les sirviese de ejemplo y de guia en los combates.

Pero olvidemos esta leve impropiedad, apénas reparable en la hermosa obra de Quintana, noble explosion del amor patrio, y pongamos fin á este somero recuerdo del *Pelayo* reproduciendo aquellos magníficos versos con que termina Alfonso la exhortacion que dirige al héroe al proclamarle Rey:

«Plegue á Dios que la nueva monarquía
Que hoy por un punto tan estrecho empieza,
Abarque toda España, y que tu espada
Cetro del mundo con el tiempo sea.»

Pasemos ya al exámen de la poesía lírica de Quintana. En

ella está cifrada su verdadera gloria; en ella estriban sus timbres incontestables de eterna fama.

El estado de las letras españolas era en verdad pobre y rastrero cuando, lleno de juventud y de ardimiento, se presentó en el campo literario D. Manuel José Quintana. El siglo XVIII habia sido para la poesía castellana una edad angustiosa de postracion y de marasmo. La vitalidad española adormecida y decadente desde el reinado de Cárlos II, no pudo levantarse completamente y sacudirse de su letargo en el brillante período de Cárlos III. Toda la luz, todo el movimiento vivificador emanaba entónces de la corte, y el benéfico influjo no fué ni bastante duradero, ni bastante nacional, ni bastante profundo para transformar la sociedad ó para hacer renacer en ella los instintos originales y nativos de su antigua grandeza. Por eso, al fenecer aquel glorioso reinado, murieron con él los destellos de provechosa reforma y las halagüeñas esperanzas de prosperidad permanente que habian hecho concebir los laudables esfuerzos de aquel bien intencionado y cuerdo Monarca. El mismo Quintana en sus cartas á Lord Holland manifiesta su opinion acerca de los tiempos de su primera edad con estas severas palabras:

«Los ministros de Cárlos III no pasaron jamás de una capacidad mediana: las formas de su gobierno eran absolutas: »hubo abusos de poder y errores de administracion; y sin embargo, el espíritu de órden y de consecuencia que tenia aquel »Monarca, y una cierta gravedad y seso que preponderaba en »sus consejos, iban subiendo el Estado á cierto grado de prosperidad y de cultura. Murió Cárlos III. Los españoles, acostumbrados á ser gobernados con moderacion y cordura, debieron escandalizarse considerando la temeridad y la insolencia con que el nuevo gobierno empezó á usar de su poder.

»Por despótica y absoluta que la autoridad suprema sea, »miéntras que en su ejercicio se conforma con el interés ge-

»neral, es obedecida con gusto, y al mismo tiempo respetada. »Pero los veinte años del reinado de Cárlos IV no fueron más »que una série continua de desaciertos en gobierno, de desa»catos contra la opinion y de usurpaciones contra la justicia.»

Tales son, pues, y conviene tenerlas muy presentes, las impresiones y las ideas que bullian en la mente de Quintana acerca del estado político del país en los años de su juventud. Como quiera que sea, y sin avalorar ahora cuál sea la exactitud de este juicio, y hasta qué punto hayan entrado en él las erradas doctrinas en que Quintana se habia imbuido en su educacion, el hecho es que la poesía genuina y elevada, la poesía digna de este nombre, no habia dado señales de vida en casi todo el siglo XVIII. Las tentativas de Luzan y de otros escritores secuaces de la escuela clásica francesa, fueron más meritorias que eficaces para vivificar la inspiracion perdida. La cultura francesa, que pugnaba por penetrar en España al amparo de los príncipes de la casa de Borbon, pudo ser móvil y fundamento de algunos progresos económicos y administrativos; pudo ayudar al desarollo de las ciencias y de las artes industriales; pudo tambien, introduciendo principios de buen gusto más ó ménos estrechos y convencionales, poner coto á los extravíos en que habian venido á caer las letras españolas; pero fué del todo impotente para restablecer las antiguas fuentes del estro castellano Las innovaciones sistemáticas, los esfuerzos de la imitacion pueden ser barreras para que las letras no caigan en los abismos del mal gusto; pero no llevan consigo los vivos afectos del alma, la sublime admiracion que inspira el sello divino grabado en las obras de la naturaleza, el eco de los heroismos de la patria, el santo recuerdo de las creencias y de las impresiones de la infancia. Sin estas influencias, ¿dónde está la emocion poética? Ellas constituyen, por decirlo así, un alma nacional, que se infunde y vive dentro del alma del poeta:

ellas solas pueden dar vida á las creaciones de inspiracion verdadera. La poesía, Señores, es una planta delicada: no echa hondas raices, ni produce fragantes flores cuando vive exclusivamente con los artificios del cultivo, y se agosta y muere cuando la alimenta sávia extranjera.

Entre los poetas líricos que habia producido la especie de conmocion literaria del reinado de Cárlos III, Quintana admiraba y veneraba por demas á Melendez-Valdés. No sólo aventajaba éste á sus ojos á los demas poetas de su tiempo, sino que le creia dotado de un estro de la más elevada y pura naturaleza. No titubea en afirmar que Melendez «ha dejado muestras de alta magnificencia en la oda sublime (son sus propias palabras), y que sabe tomar alternativamente el tono de Píndaro, de Horacio, de Thompson y de Pope.»

Bien veis, Señores, que estas exageradas palabras están dictadas por la ternura del amigo y por el alucinamiento del discípulo. Quintana era tenaz en sus convicciones y en sus afectos; no sabia sentir á medias; y sus prevenciones favorables ó adversas, se arraigaban en su alma con la fuerza de una pasion.

En el dia la crítica es más exigente, y la opinion pública ménos contentadiza. Melendez es ménos leido de lo que en realidad merece serlo: nádie con justicia puede negarle delicadeza, flexibilidad, gracia, fluidez, propiedad descriptiva; pero es preciso estar inspirado por la afectuosa parcialidad de Quintana para encontrar en sus versos emocion, entusiasmo, vuelos de fantasía, energía de expresion; una sola siquiera de aquellas dotes esenciales y características que llevan involuntariamente el pensamiento hácia las odas triunfales de Píndaro.

La verdad es, no obstante, que Melendez, sin la vehemencia de Cienfuegos, ni el brioso y natural desembarazo de D. Nicolás Fernandez de Moratin, era el mejor poeta de aque-

llos tiempos. Pero á pesar de la condescendiente admiracion que le profesaba Quintana, para éste no fué, ni pudo ser modelo de su grandilocuencia, guia de su atrevido rumbo poético, y mucho ménos despertador de su númen altivo y vigoroso.

Despues de haber adquirido con el estudio de los escritores de la antigüedad gusto severo y depurado y amor á la belleza de la forma, de que la literatura no prescinde jamás; con el continuo manejo de autores clásicos españoles, diccion abundante y sonora, si bien no siempre igualmente limpia y acendrada; y audacia y novedad de pensamiento con los escritores de la escuela escéptica francesa, Quintana no recibió el impulso de sus arrebatadas inspiraciones sino del fondo de su propia alma, donde ardian impulsos de temple subido y varonil.

La musa lírica española, despues de los antiguos romances en que los poetas populares describian y ensalzaban los combates y los triunfos de los próceres y de los reyes, rara vez escogió por tema de sus cantos los grandes ecos de la gloria y del heroismo. El gusto público, sobradamente candoroso, ó comprimido en el carril de la imitacion, se contentaba las más veces con cantos pastoriles, con sutiles é ingeniosos conceptos, con alardes de discrecion, con primores y galas de lenguaje. Los arranques bíblicos de Herrera, los éxtasis puros y celestiales de Fray Luis de Leon, las meditaciones sencillas y sublimes de Rioja, las censuras frias pero aceradas de los Argensolas, son excepciones muy contadas en el caudal copioso de la poesía lírica castellana. Quintana, á pesar de las alabanzas de que colma á los poetas contemporáneos suyos, siente y deplora el vacío inmenso que habia en las inspiraciones líricas de su época. Así lo expresaba, casi á pesar suyo, si bien con amargura y claridad, en estos versos dirigidos en 1798 á D. Antonio Moreno:

"Y no siempre su honor la poesía
Fundó en el muelle acento y blando halago,
En los objetos frívolos que ahora
Por nuestra mengua sin cesar la emplean."

La mente de Quintana, ardiente y ambiciosa, no cabia en cuadro tan mezquino. Rompió las redes que entorpecian su vuelo, y se lanzó á los espacios adonde irresistiblemente le llevaba su osado y firme aliento. Así exclama en la misma composicion dirigida á Moreno:

"¡Ay! los sagrados venerables dias
No son aún en que se torne al canto
Su generoso y sacrosanto empleo:
Pero ellos brillarán.... yo, caro amigo,
Ya entónces no seré: nunca mi acento,
Hirviendo de entusiasmo, en grandes himn
Se podrá dilatar, que grata escuche
Mi patria, y que en la pompa de sus fiestas
El eco lleve mi dichoso nombre
Y todo un pueblo con furor le aplauda.
¡Oh! tú, cualquiera que en mejores dias,
Por don del cielo, de mi patria seas
El solemne cantor! Yo te saludo,
¡Oh afortunado espíritu!"

En estos versos brilla, mal encubierto con el velo de la modestia, el reflejo de la alta y encendida ambicion del poeta. Tal vez al escribirlos, misteriosos vuelos de la fantasía, imperiosos instintos del corazon, estaban anunciando á Quintana que él sería ese solemne cantor de la patria, destinado á infundir en el alma de sus compatriotas la admiracion á las grandes acciones, el impulso de los esforzados sentimientos, el culto de las virtudes públicas.

La imágen de la libertad política, cebo natural de imaginaciones ardorosas y juveniles, perseguia á Quintana como un fantasma seductor. Una especie de apoteósis á *Juan de Padilla*

fué el primer canto de su musa patriótica. Muy censuradas han sido en esta composicion las tendencias irreflexivas, la falta de sentido histórico y las exageraciones pomposas contra tiranías en no escasa parte imaginarias. Verdad es que cuando Quintana escribia su magnífico canto, ciego y deslumbrado con la pasion que le inspiraba, ponia más alto el nombre de Padilla que la augusta fama de Cárlos V, á quien no titubea en agregar:

> «Al odioso tropel de hombres feroces,
> Colosos para el mal............»

añadiendo despues:

> «¡Y sus nombres áun viven! ¡y su frente
> Pudo orlar impudente
> La vil posteridad con láuros de oro!»

Ya veis cuán amargamente deplora que la fama haya llegado á iluminar con sus gloriosos resplandores la memoria de Cárlos V y de otros grandes hombres.

Intolerancia sería de parte de la crítica ensañarse contra estos extravíos poéticos de una imaginacion acalorada é inexperta. Trasportaos, Señores, mentalmente á los últimos años del siglo XVIII: tened en cuenta la influencia dominadora de las nuevas ideas que á la sazon estremecian y trasformaban el mundo moral; el humillante cuadro que ofrecia entónces el gobierno de España; y los arrebatos, los delirios, las quimeras de un corazon de veinticinco años, ansioso de renovacion y de libertad, y comprendereis, y disculpareis, y acaso en voz baja aplaudireis bajo el aspecto puramente poético, el generoso espíritu que dictaba á Quintana la glorificacion de Padilla, triste recuerdo y emblema de contiendas civiles.

¿Y cómo no admirar las prendas literarias que resplandecen en el canto á Padilla? Desde los tiempos dorados de nuestra literatura no habia sonado la lira castellana con majestad

tan alta, con tan noble soltura, con entonacion tan robusta. A la trivialidad de los asuntos, á la languidez de las formas, han sucedido animada elegancia, sentimientos de fuego, arrebatos de indignacion. Ved cómo habla á los castellanos la sombra de Padilla:

«Indignamente hollada
Gimió la dulce Italia, arder el Sena
En discordias se vió: la África esclava,
El bátavo industrioso
Al hierro dado y devorante fuego.
¿De vuestro orgullo, en su insolencia ciego,
Quién salvarse logró? Ni al indio pudo
Guardar un ponto inmenso, borrascoso,
De sus sencillos lares
Inútil valladar: de horror cubierto,
Nuestro genio feroz hiende los mares,
Y es la inocente América un desierto.»

¡Cuán bellos versos! ¡Cuánta seduccion sabe dar el poeta á esa inconsiderada filantropía, que está á punto de tomar por iniquidades el sobrehumano descubrimiento de Colon, y las portentosas proezas de los civilizadores de América. Bien mirada, esa inocencia de América que Quintana no cesó de proclamar despues, y que consignó especialmente en aquel tan aplaudido verso:

«Vírgen del mundo, América inocente....»

no pasa de ser una ilusion obstinada de poeta, y un deslumbramiento de filósofo. América no era aquella fantástica isla de Pancaya, de que nos habla Diodoro, prodigiosa mansion de inocencia, de paz y de ventura. Las mejores razas americanas se hallaban poco distantes del estado salvaje, y no eran en verdad dechados de inocencia los caribes antropófagos con quienes tropezó muy luego el descubridor del Nuevo Mundo.

Para calificar y comprender bien la naturaleza y alcance

del mérito de Quintana, como poeta lírico, es necesario poner ante la vista las fuentes de la verdadera poesía, y determinar claramente de cuál de esos manantiales proceden, y por cuáles rumbos se encaminan sus líricas inspiraciones.

El amor, en su sentido abstracto y absoluto, es el fuego sagrado del alma, la fuerza creadora del arte, la fuente soberana y universal de toda poesía. Pero con el objeto á que este amor se dirige, cambian su vuelo, su intensidad, su forma. Cuatro son los principales centros de atraccion para el alma: Dios, la mujer, la humanidad, la patria.

Buscando á Dios, se purifica y se levanta el ánimo en alas de la espiritualidad cristiana; se deleita en místicos arrobamientos; se engolfa en un mar de inefables y venturosas esperanzas; y si vuelve los ojos al mundo visible y material, recrea el poeta y encumbra su pensamiento, ya embebecido ó exaltado con la paz de los bosques, con el aroma y vistosos matices de las flores, con la inextinguible llama del sol, con el ímpetu de los torrentes, con el fragor de las tempestades; ya sondeando con ambiciosa mente los abismos del mar y los misterios del firmamento; ya cantando en fervorosos himnos las maravillas de la creacion, sus portentosas leyes, sus sublimes acentos y sus divinas armonías.

Adorando y ensalzando á la mujer, lleva el poeta la imaginacion al campo más puro, más bello y más halagador que presenta la vida humana. La mujer es en el mundo símbolo y cifra de todas las bellezas, de todas las ternuras, de todos los consuelos. Cuando el poeta rodea su celestial figura con las aureolas del pudor, de la paz y de la hermosura, la mujer es en la tierra un destello de la belleza eterna; lleva consigo la majestad de la virtud; hace soñar con los sueños de los ángeles; es, en una palabra, el único rayo de felicidad verdadera que ilumina en el mundo el corazon del hombre.

Cuando, rompiendo los lazos que naturalmente le ligan á las impresiones cercanas; cuando, acallando por un momento los afectos individuales del hogar, de la ciudad, de la patria, abarca el poeta con los tesoros de su amor, y con las efusiones de su caridad á toda la familia humana, entónces engrandece su alma y la remonta á las más altas esferas á que puede llegar el hombre. ¡Noble y generosa tarea, atributo casi divino. sentir y cantar las hazañas de los héroes, las grandezas del entendimiento, las glorias de las artes, los beneficios eminentes que prestan á la humanidad menesterosa la ciencia ó la voluntad; cuanto contribuye, en fin, al progreso, al alivio, al engrandecimiento comun del género humano!

La patria es asimismo grande y fecundo manantial de altas inspiraciones. Dios ata nuestra alma con eslabones de diamante al suelo donde exhalamos los primeros sollozos de la cuna, donde vimos por primera vez la luz del cielo, donde oimos los primeros acentos de ternura, donde palpitó por vez primera nuestro corazon. La patria no es sólo el terreno donde nacimos, el primer aire que respiramos, los objetos de la Naturaleza que admiramos y amamos en los más tiernos años; es, sobre todo, el recuerdo de las primeras emociones de la admiracion ó del cariño; el canto que adormeció nuestra infancia; el arrimo del hogar paterno; el habla deliciosa que oimos en el regazo de nuestra madre; las creencias religiosas que se grabaron en nuestra alma; el orgulloso contento con que oimos referir las glorias de nuestros mayores.

Hermanado con el amor á la patria, arde en el corazon de los poetas el amor á la libertad. Sin libertad no hay poesía. Si no se siente animada por la dignidad y por la justicia; si no respira el aire libre del pensamiento, la musa de la patria se consume y se ahoga. Consultad la historia del entendimiento humano: allí donde veais naciones siervas y comprimidas, podréis en-

contrar artificios de ingenio, estrategia retórica, poesía de imágenes, literatura de imitacion; pero no busqueis grandes y espontáneos sentimientos; no busqueis entusiasmo; no busqueis la austera sencillez de forma con que en épocas de libertad se revestian las pasiones y las ideas que brotaban y hervian así en el foro de Roma como en el ágora de Aténas.

Reunir en igual grado todos los manantiales de la poesía, todas las luces del entendimiento, todas las fuentes del amor, es milagroso privilegio que muy rara vez concede Dios á humanas criaturas. Quintana, y sea dicho sin mengua de su gloria, llevaba, como casi todos los grandes poetas, el raudal de su inspiracion por el cáuce genuino y privativo de su alma, más inclinada á los sentimientos enérgicos y varoniles que á las meditaciones místicas y á las blandas emociones de la melancolía y de la ternura. El amor á Dios y el amor á la mujer mueven poco el corazon de Quintana. No es esto decir, en cuanto al primero de estos amores, que, como Schelley y Leopardi, hubiese lanzado su alma en el miserable vacío del ateismo. Un espíritu apasionado no puede dejar de abrigar el instinto y sentir la necesidad del amor divino; pero achaque fué de algunos hombres que allegaban una índole sobrado independiente y rígida á las doctrinas de la escuela escéptica, afectar el olvido de la Providencia, y eclipsar las dulces verdades de la Religion con el orgullo de la razon humana. Quintana habia templado réciamente sus ideas en el torbellino de errores y verdades desencadenado por el impulso de las revoluciones, que, semejante al torbellino del mundo físico, arrasa y trastorna más que despeja y purifica. No cautivaba con predileccion su ánimo la contemplacion de los delicados hechizos de la Naturaleza; pero admiraba sus grandezas materiales; y quien así admira, siente infaliblemente en el fondo del alma la presencia de Dios. Pero, ¡quién sabe! tal vez en los abismos del pensamiento del poeta

se habia formado una imágen del Sér Supremo semejante al Dios panteístico de Spinosa, si Dios puede llamarse un Creador confundido con la creacion, sujeto á las leyes de la materia, y por consiguiente un Dios, sin personalidad, sin amor y sin voluntad, un Dios sin Providencia. Quintana era más bien hombre de sensacion y de sentimiento, que hombre de meditacion y de metafísicas abstracciones; y si estos extravíos acogia en su alma, lo hacia sin duda por arrogancia de escuela y por afectacion de independencia. Pero el hecho es que las tendencias poéticas de Quintana pertenecen en gran parte á las influencias externas y materialistas de los poetas clásicos de la antigüedad, y nádie ignora que los sistemas materialistas, fatalistas y panteistas son formas diferentes de una misma doctrina, que la razon condena y la conciencia aborrece. El Dios verdadero, el Dios del cristianismo, que concede al hombre el albedrío, y le impone con él la responsabilidad de sus acciones; que tiene júbilos para la virtud, venganzas para el crímen, misericordias para el arrepentimiento, palmas para el sacrificio, no toma parte alguna en las acciones humanas que canta la lira de Quintana. Su musa, esencialmente pagana, indiferente á los designios de la Providencia, no ve nunca la mano de Dios, ni en las glorias, ni en las angustias, ni en los progresos de los hombres. Al cantar los triunfos de la patria, no advierte, ni admira, ni aclama sino impulsos terrestres. Recordad á Herrera, ajeno á los sistemas filosóficos, y movido únicamente por las inspiraciones de la fe: ¡qué diferencia! quiere entonar himnos al memorable triunfo de Lepanto, y su imaginacion vuela al Dios de los Ejércitos, y empieza á cantar las glorias de los hombres cantando las glorias del Señor.

Quintana se conmueve ante la imágen de lo bello y lo grande, y su alma se estremece al aspecto de la opresion y de la injusticia. No hay que analizar más: Dios, me complazco en

repetirlo, estaba en el fondo de su corazon. Pero, ¡cosa extraña! ¡singular poder de las preocupaciones! una sola vez, y como por acaso, suena en la poesía lírica de Quintana el nombre de Dios; y ni una vez siquiera levanta su musa á los sublimes ámbitos del mundo invisible; ni una vez responde su alma á las voces místicas del cielo con cánticos de adoracion, que están sin cesar resonando en la lira de los poetas cristianos.

El duro sacudimiento que, por las circunstancias especiales de su época, habia recibido Quintana en sus ideas, marchitó la flor delicada de la sensibilidad, que naturalmente se desarrolla en los primeros años del poeta. Los sueños del amor primero, el canto de un pájaro, el cáliz de una flor, la calma apacible de un remanso, bastan á casi todos los poetas para despertar el eco de esas deliciosas quimeras que constituyen el tesoro de nuestras ilusiones. Pero no busqueis en los versos de Quintana esta poesía suave y virginal: no busqueis tampoco esos delirios de un corazon que se consume en el fuego escondido de sus melancólicos sueños, como una gota de agua en el abrasado arenal de un desierto. Quintana define perfectamente las tendencias poéticas de su alma en estas palabras, que dirige á Cienfuegos en la dedicatoria de sus poesías:

« Tengan en buen hora otros escritores la gloria de pintar »con más halago las gratas ilusiones de la edad primera; haga »en buen hora su mano resonar con más gracia el laud de Tibulo ó la lira de Anacreonte; pero no aquellos que sientan en »su corazon el santo amor de la virtud y la inflexible aversion »á la injusticia; los que se hallen inflamados del entusiasmo »puro y sublime hácia el bien y dignidad de la especie humana. »

Como se ve, la musa de Quintana no es la ninfa vaporosa y ligera que acaricia y deleita: es la matrona grave é inexora-

ble que sólo sabe amar sus encumbrados ídolos: el heroismo, la ciencia, la patria, la justicia, la libertad. Pedidle ardientes sentimientos, gritos de indignacion, himnos de gloria: pero no le pidais dulces engaños ni ilusiones doradas.

Despues de esto se comprende fácilmente que el amor á la mujer no sea tampoco fuente de inspiracion para Quintana. Y no es decir que no admire á la mujer y que no sienta la mágia de la hermosura. Quintana rinde tributo á todas las formas de la belleza; ¿cómo habia de ser insensible á ella en la forma más pura, más animada y más seductora que ofrece la creacion? Pero del amor espiritualista, individual, exclusivo, que encadena un alma á otra alma, que hace de una sola mujer la compañera de nuestra vida y el fin de nuestra terrestre ventura; de ese amor santo y místico se advierte apénas rastro en las obras poéticas de Quintana. En la expresion del amor, más que en la de otro cualquiera sentimiento, se acerca este escritor á los poetas de la antigüedad. En la poesía de las sociedades paganas, la mujer, esclava y mal apreciada, no era más que un objeto de admiracion y de deleite por sus cualidades externas, y no pocas veces un sér funesto que la fatalidad enviaba para trastornar la sociedad, manchar la gloria y emponzoñar el alma de los héroes: en la poesía cristiana, la mujer es una figura noble y respetada, ya vision celestial que lleva nuestro espíritu á sobrenaturales esferas, ya ángel de bendicion y de consuelo que infunde aliento y grandeza á nuestra alma, que ilumina nuestro hogar con su virtud y su alegría, que gime con nosotros en los momentos de adversidad, que cuenta por los latidos de su corazon los latidos del nuestro. Comparad, por ejemplo, la Briseida, la Elena, la Circe de Homero, la Medea y la Fedra de Eurípides, y la Electra de Sófocles, con la Beatriz del Dante, la Láura de Petrarca, la Herminia del Tasso, la Julieta de Shakspeare, la Margarita de Goëthe,

y veréis resaltar al punto la profunda trasformacion que el cristianismo ha introducido en el carácter, en el destino y en la influencia moral de la mujer. Recordad á Príamo, en el canto tercero de la *Iliada*, cuando, fascinado al presentarse Elena, exclama de consuno con sus compañeros los ancianos caudillos de Troya: «¡Cómo llevar á mal que los troyanos y los aquéos »arrostren tantos males por tan peregrina hermosura, que tiene »el porte y el semblante de una diosa inmortal!» Recordad tambien al Areopago de Aténas perdonando á la culpada Frine, cuando, al rasgarse sus vestiduras, descubre la gallarda esbelteza de sus formas. Claro es que en una sociedad idólatra y materialista que así se dejaba avasallar por las impresiones de los sentidos, la literatura habia de estar dominada por el *culto de la forma* y no por el *culto del espíritu;* habia de cifrar su principal hechizo en la majestad y en la lozanía de las imágenes, y no en los fantásticos devaneos del pensamiento ni en los misteriosos movimientos del corazon.

Quintana, en su admiracion á la mujer, quiere hermanar los sentimientos íntimos y los encantos exteriores. Pero su musa solemne y rígida no tenia acentos para los desvaríos místicos ó tiernos del amor. Algunas veces ha ensalzado en su lira los encantos de mujeres determinadas; pero nunca se traslucen en sus versos las intensas amarguras ó los ideales éxtasis de un corazon que ama de veras. Si admira conmovido á *Luisa Todi*, no la mujer, la mágia de la música arrebata su fantasía: si, con una riqueza de imágenes y una entonacion comparables á las de la poesía griega, canta á *Cintia* bailando, la gracia, la belleza exterior y el númen de las artes le inspiran: si entona delicados himnos de alabanza á la *Duquesa de Alba*, mueven su ánimo las virtudes de la beneficencia; y si llora la ausencia de *Célida* y la llama con este verso delicado:

«Ángel consolador, ¿dónde te has ido?»

la musa de Quintana sabe emplear las más halagadoras formas, y expresar la pasion aparente que se elabora y forja con la imaginacion; pero es harto analizadora y diserta para que no se columbre desde luego que aquel fuego de amor no está muy hondo ni abrasa mucho en el corazon, y que aquella ternura es la del amigo que consuela más bien que la del amante que con su dolor se martiriza el alma.

En su magnífico canto *á la hermosura* es donde campean con más amplitud y desahogo las galas de la imaginacion de Quintana en los espacios del amor. Allí no hay objeto determinado; allí no está el alma aprisionada en la cárcel de otra alma. Es un himno de admiracion al sexo entero. El poeta no tiene á quien dirigir su corazon, y al pensar en el realce que da la sensibilidad á la hermosura, su mente evoca la imágen de Eloisa, tradicion del amor sublime que se mantiene inalterable como un arca santa en los recónditos senos del alma. Este recuerdo de amor cristiano hace adivinar al poeta cuán celestial prestigio añade el sentimiento á los hechizos de la hermosura, y le inspira el bellísimo apóstrofe con que termina el canto:

«Así sus ayes lastimeros hienden
(Va hablando de Eloisa)
De siglo á siglo, y sus agudos ecos
En lástima y amor el pecho encienden.
Rosas y mirtos á su tumba, y llanto,
Llanto más bien; las lágrimas que vierto,
Al mismo tiempo que mi voz la nombra,
Son dulce ofrenda á su adorable sombra.
¿Tanto vale el sentir? ¿A tanto alcanza
Su divino poder? Ojos hermosos,
Sabed que nunca pareceis más bellos,
Sabed que nunca sois más poderosos
Que cuando en vos se mira
El vivo afan que el sentimiento inspira.
Sin él, ¿qué es la beldad? Flor inodora,
Estatua muda que la vista admira,
Y que insensible el corazon no adora.»

A pesar de este homenaje tributado al instinto del sentimiento, las emociones del corazon no toman nunca en Quintana el camino de la verdadera ternura. Siente activamente el imperio de la hermosura; pero la siente á la manera de los poetas gentiles, sin idealismo y sin melancolía. En su canto *á la hermosura*, su corazon no responde á otro corazon; no individualiza; ama al sexo entero; y, no es posible engañarse, quien amando no individualiza, no ama. Además, Señores, en ese mismo canto hay visibles rastros de que en las expansiones poéticas del amor no se apartaba del pensamiento de Quintana la poesía de la antigüedad. ¿Quién no reconoce en aquellos sabidos versos

« Dichoso aquel que junto á ti suspira,
Que el dulce néctar de tu risa bebe, etc.»

el recuerdo de la célebre oda de Safo conservada por Longino, y traducida en parte por Catulo y Boileau? Este último empieza así su traduccion, en verdad sobrado aplaudida:

«Heureux qui près de toi, pour toi seule soupire;
Qui jouït du plaisir de t'entendre parler;
Qui te voit quelquefois doucement lui sourire, etc.»

No cabe dejar de ver aquí el original de aquella imitacion. Pero en sus propias inspiraciones resalta espontáneamente, á veces, la tendencia materialista que prepondera en los cantos de Quintana dedicados á la mujer. En la composicion publicada en la *Corona fúnebre* formada con motivo de la muerte de la señora Doña María de la Piedad Roca de Togores, Duquesa de Frias, tenemos de ello un indicio harto claro. Todos los poetas que escribieron para la *Corona* lamentaron con amargos acentos la pérdida de aquella esclarecida Señora, é hicieron notar el vacío que, por sus insignes prendas de corazon y de entendimiento, habia dejado en el ánimo de su esposo y de sus ami-

gos. Quintana, arrastrado siempre por el culto de la exterior belleza, ni encuentra lágrimas para aquel infortunio, ni intenta mitigar la pena invocando los designios de la Providencia. Su fantasía le ofrece un singular medio de consuelo. La mujer pierde á sus ojos, al perder la hermosura, la esencia de su sér, y no juzga tan grave desventura que venga la muerte á preservar á la mujer hermosa de la triste decadencia de sus hechizos materiales. Ved con cuánta claridad expresa el poeta su admiracion materialista en esta lozana estrofa:

«Bella fué, bella áun es, la amásteis bella,
¿Quereis que venga la vejez odiosa,
Y en ella estampe su ominosa huella?
¡Muera más bien que envejecer la hermosa!»

No es este el amor de la poesía cristiana. Esta nos lleva irresistiblemente á la meditacion y á los afectos misteriosos del alma, y antepone á los encantos que se perciben con los sentidos aquellos que son visibles únicamente para los ojos del espíritu. No llegó en esta parte más allá que mi ilustre antecesor la civilizacion sensual de la Grecia, que divinizaba la materia y queria ver, por decirlo así, el sello de la forma artística en cuanto excitaba la admiracion.

El amor á la humanidad es uno de los más puros y nobles manantiales de la poesía de Quintana. Recorred sus obras: en todas ellas encontrareis vivo y palpitante ese sentimiento sublime, que es el camino por donde más se acerca la inspiracion de nuestro poeta á su orígen divino. ¿Cuál de vosotros no recuerda en este momento aquella magnífica oda á la expedicion española para propagar la vacuna en América? Al parecer, ¡qué prosáico y embarazoso asunto para las manos delicadas y, por decirlo así, aristocráticas de la musa lírica! Y sin embargo, no cabe más elevacion de pensamiento, más calor de alma, más nobles atavíos de lenguaje que los que emplea el poeta

para ensalzar la expedicion. ¿Quién no admira la ática delicadeza con que habla del antídoto de las viruelas?

«Las madres desde entónces
Sus hijos á su seno
Sin susto de perderlos estrecharon,
Y desde entónces la doncella hermosa
No temió que estragase este veneno
Su tez de nieve y su color de rosa.»

El entusiasmo lo ennoblece todo en las letras; y, ¿cómo no habia de sentirle quien pone en boca de Balmis estas palabras tan sencillas como fervorosas?

«Yo volaré, que un númen me lo manda;
Yo volaré: del férvido Océano
Arrostraré la furia embravecida,
Y en medio de la América infestada
Sabré plantar el árbol de la vida.»

A este linaje de emocion moral pertenece asimismo, si bien mezclada con la emocion política, la admirable oda *A la invencion de la imprenta*. ¿Qué podria deciros, Señores, en alabanza de este canto magnífico que no esté en la conciencia literaria de cuantos me escuchan? Vosotros sabeis que en casi todas las naciones civilizadas ha habido escritores que entonen himnos á la imprenta; pero ninguno, podemos decirlo sin que se nos tache de engreimiento nacional, ha sabido hallar tonos tan altos, miras tan trascendentales y acentos tan grandilocuentes. Á la luz del progreso humano, la mente de Quintana se conmueve y se inflama, y aquí se juntan en su ánimo el amor á la gloria, el amor á la ciencia y el amor á la libertad.

Presentes están sin duda á vuestra memoria aquellas estrofas elegantes y numerosas en que nos pinta cómo, sin la imprenta, se devoraban los siglos á los siglos, hasta que por medio de ella el pensamiento

Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que ántes viviera
Y hablar ya pudo con la edad futura.

¡Cuánto se anima su elocuencia al contemplar las conquistas del entendimiento humano, que abraza en su vuelo la creacion entera! Permitidme, Señores, que ceda á la tentacion de recordar aquellos versos tan sonoros, tan rápidos y tan concentrados:

«Levántase Copérnico hasta el cielo
Que un velo impenetrable ántes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da á torrentes su esplendor al dia.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar; la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuosos,
A modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; mas lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.»

¡Lástima, en verdad, que deslustren este eminente canto algunos pensamientos inspirados por el frenesí que despertaron las doctrinas escépticas en imaginaciones temerarias! Cuántas veces los hombres de sano corazon y de sosegados instintos han deplorado aquellas enconadas palabras!:

«¿Qué es del mónstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el Dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable sólio?
Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.»

El *mónstruo inmundo y feo* es la superticion, sin duda alguna; pero, ¿cómo pudo atreverse el poeta á pintar la supersticion enseñoreándose de la veneranda Iglesia católica? Señores, casi no es posible indignarse contra este sacrílego desvarío. Su acerbo tono, su agresiva violencia os están diciendo que el fanatismo político anublaba en aquellos tiempos la razon de Quintana. La época en que fermentaban sus primeras pasiones políticas, era una de aquellas en que las civilizaciones reciben rudos sacudimientos, que desnaturalizan los principios y trastornan las ideas y los sentimientos morales. En la obcecacion de aquel vértigo terrible y pasajero, no herian los ojos del fogoso poeta los resplandores de paz, de amor, de caridad y de civilizacion que ha difundido el sólio divino de San Pedro; no advertia que en él estriban, como en su natural asiento, los altos principios de la *unidad* y de la *autoridad*, que nunca han parecido más grandes que cuando el libre exámen, que no está en divorcio con ellos, ha venido á demostrar que son basa en que descansa el órden moral, y fuente de la fe, consuelo y vida del corazon. Pero olvidemos, en gracia de las inspiraciones del poeta sublime, los arrebatos del filósofo extraviado; y con tanto mejor voluntad, cuanto que la filosofía de Quintana *crímen fué de su tiempo*, y no suyo. El Padre Velez, autor de una obra en que la recta intencion supera muy visiblemente al desempeño literario, demuestra que las citadas palabras son reflejo fiel de otras palabras del Rey Federico II. Esos alardes de incredulidad desenfadada, esos declamatorios vaticinios, esos desmandados ataques á la majestad de la Religion, son achaque inevitable y casi universal de las grandes turbaciones sociales que enflaquecen y quebrantan los principios fundamentales en que descansa la conciencia humana. Pero estas crísis pasan al cabo como las tormentas de los mares: los santos instintos que Dios depositó en nuestra alma, prevalecen sobre las discordias y deleznables

creencias que en su seno atesoran las revoluciones, y tarde ó temprano triunfa del entusiasmo del error el entusiasmo de la verdad.

Preocupaciones y arrebato de índole semejante extraviaron igualmente á Quintana en su poética fantasía titulada *El Panteon del Escorial*. Su noble horror al despotismo, exagerado y desquiciado con sus fantasmas de opresion, le lleva á desatender las condiciones y las influencias históricas, á olvidar los móviles morales de los tiempos pasados, y hasta calumniar los caractéres. Su apasionada musa convierte á Felipe II en un vulgar tirano, y á Cárlos V en un conquistador arrepentido. Aquél pierde su elevacion sombría: éste su majestad y su grandeza; Felipe II, sobre todo, es el blanco de las iras poéticas de Quintana. Schiller y Alfieri no amenguan tanto su figura imponente y grave. El Felipe II de Quintana no es el Monarca adusto, rígido y tenaz, pero prudente, diestro, altivo y eminentemente español, que nos presenta la verdad histórica; es el Felipe II zaherido y calumniado, que con testimonios de orígen luterano crearon los enciclopedistas franceses. La memoria de aquel gran Monarca (el mismo Quintana lo dice)

«De ódio á un tiempo y horror *le* estremecia.»

El ódio no es nunca inspirador de la justicia, y Quintana, eco de falsas y novelescas tradiciones, pugna por amontonar sobre el nombre de Felipe II caudales de vilipendio y de indignacion, presentándole como asesino de su hijo el Príncipe Don Cárlos. Pero, Señores, la poesía inspirada por la pasion, calumnia á pesar suyo, como, por la misma causa, suele tambien calumniar la historia. Todos cuantos han consultado las fuentes históricas de aquel tiempo, conocen la índole aviesa y desmandada del Príncipe D. Cárlos, sus instintos rebeldes, sus raptos de demencia, sus conatos de hostilidad contra su padre,

el absurdo físico y moral de la dramática ficcion de sus amores con la Reina Isabel de Valois, y por último, las causas naturales y las circunstancias de su muerte. Felipe II, no asesinando á D. Cárlos con el dogal que éste le enseña en la vision del Escorial, sino llorando y bendiciendo ante el lecho de muerte del hijo que tan activamente habia contribuido á emponzoñar su vida, eso es lo que la historia nos presenta con un carácter de autenticidad incontestable. De todos modos, el Príncipe D. Cárlos llamando *hipócrita, supersticioso* y *fanático* á su padre en un diálogo lleno de rencorosas acriminaciones, es un cuadro repugnante al buen gusto y al sentido moral, que no alcanzan á hacer simpático todo el encanto y toda la fuerza poética de la imaginacion de Quintana.

Felipe II cometió graves yerros, y careció de algunas prendas, nádie lo pone en duda; pero, ¿deja de ser por eso una de las figuras más grandes, más imponentes y más gloriosas que ofrece nuestra historia? Tener á raya á Francia con la actitud de las armas españolas en Italia, y con las victorias de San Quintin y de Gravelinas; adquirir en ella preponderante influjo en favor del principio católico; poner freno en Lepanto á la prepotencia otomana; imponer á Inglaterra; evitar el rompimiento de los bandos de Alemania; sustentar con su influjo las deliberaciones y doctrinas del Concilio de Trento; conservar su autoridad y su dominacion en Italia, combinando hábilmente en sus relaciones con la Santa Sede la sumision del católico y la entereza del Monarca; mantener intacta en España la unidad católica, cuando cundia por todas partes el contagio invasor de la herejía luterana, levantar el portentoso monumento del Escorial; conquistar á Portugal, inquietar, en fin, y dirigir al mundo desde el retiro de su palacio; timbres son de gloria verdadera, que no pueden oscurecer las trascendentales faltas de Felipe. Pero muchas de estas faltas, que suelen atri-

buirse exclusivamente á su condicion altanera é intolerante, en no escasa parte pertenecen al estado de las costumbres y de las ideas de la época, una de aquellas en que con mayor violencia se han desencadenado en el mundo de las ideas los impulsos de lucha y de sacudimiento moral. La dureza y la intolerancia estaban, no sólo en el ánimo de los reyes, sino en las costumbres de los pueblos. Recordad la Inglaterra del cruel y sanguinario Enrique VIII y de la soberbia y voluntariosa Isabel: recordad tambien la Francia de la Saint-Barthelemy. Felipe II se juzgaba destinado por la Providencia á fortalecer la potestad Real, y á ser el antemural en donde se estrellasen los intentos de los heresiarcas. Su condicion dura é inflexible y su carácter desconfiado, y no pocas veces sesgo y artero, le inducian á exagerar sus deberes, y á mirar con recelo, y hasta con aversion, cuanto se inclinaba á coartar en lo más mínimo su autoridad desmesurada, á vivificar las antiguas leyes fundamentales, y á estorbar la accion inexorable de su celo religioso. Pero, forzoso es confesarlo, el espíritu de su siglo y de su país ayudaban grandemente las geniales tendencias de su ánimo. La Nacion Española, apegada á su Rey, ambiciosa, como él, de gloria y de influencia, y, como él, alarmada al ver penetrar en el reino el veneno de la herejía, fué, no lo dudeis, cómplice de su intolerancia y partícipe de su grandeza. No mueven los reyes á los pueblos á altas y costosas empresas, cuando no los liga un lazo nacional robusto y poderoso. Quitad á los españoles del siglo XVI la fuerza del principio católico y la ferviente lealtad á sus monarcas: suprimid la fórmula social de aquel tiempo *Dios y el Rey*, y suprimireis el impulso moral que daba tan perseverante y generoso aliento á los tercios españoles, y no comprendereis ni la batalla de Lepanto, ni la *Invencible Armada*, ni las guerras de Flandes, ni esa misma fiereza con que España defendia la santa unidad de su Iglesia.

Quintana, Señores, sea dicho sin lastimar su renombre de poeta, no vió á la luz de la verdadera filosofía aquella severa figura, digna de ser juzgada con más intenso estudio y con mayor imparcialidad. Así pinta á Felipe II el apasionado poeta:

«La sospecha alevosa, el negro encono,
De aquella frente pálida y odiosa
Hicieron siempre abominable trono.
La aleve hipocresía,
En sed de sangre y de dominio ardiendo,
En sus ojos de víbora lucia;
El rostro enjuto y míseras facciones
De su carácter vil eran señales,
Y blanca y pobre barba las cubria
Cual yerba ponzoñosa entre arenales.»

¡Cuánta ira, cuánta injusticia respiran estos versos! pero al mismo tiempo, ¡cuánta poesía! El retrato de Felipe II no es imparcial, no es verdadero, es un mónstruo moral; pero literariamente es bello, como es bello el Satanás de Milton.

Consentid, Señores, que como contraste de esta emocion os recuerde el juicio que forma de Felipe II otro poeta contemporáneo de Quintana, que, dotado de mayor discernimiento histórico, ó preservado de las pasiones políticas de épocas turbulentas por el sosiego de su índole, ó por la templanza de sus principios, estuvo constantemente al abrigo del filosofismo francés del siglo último, que no abria nuevos horizontes á la razon, sino para cerrarlos y oscurecerlos en seguida con las nubes del sofisma y del ódio. Todos teneis en la memoria aquellos magníficos versos del duque de Frias, que son un modelo acabado de elegancia, de convencimiento y de concision:

«Fué del prudente Rey el poderío
De moros y de herejes escarmiento,
Firme rival del Támesis umbrío,
Duro azote del Sena turbulento,

Gloria del Trono, de la Iglesia brio,
Temido en Flándes, respetado en Trento,
Y, desde el mar de Luso á la Junquera,
Hubo un cetro, un altar y una bandera.»

¡Cuán otro que en la fantasía de Quintana se presenta aquí el sombrío Monarca del Escorial! El duque de Frias, si bien poseido de acrisolados sentimientos monárquicos, no se ofuscaba hasta el punto de creer dotado á Felipe II de una perfeccion sobrehumana; pero imparcial y justo, respeta la elevacion de su alma, y comprende los móviles de las miras y acciones de aquel gran Monarca, modesto en los triunfos y magnánimo en los reveses.

¿Y quién podria reconocer en el *Panteon del Escorial* á Cárlos V, á aquella augusta sombra que Quintana evoca para hacerle declarar, á guisa de humilde palinodia, que *él comenzó los desastres de España*, y para que eche á su hijo Felipe una reprension democrática? Su ojeriza contra los reyes de la estirpe austriaca, ciega al poeta á tal punto, que casi se avergüenza del Escorial; y por cierto que lo hace en versos hermosos y rotundos:

«Artes brillantes, exclamé con ira:
¡Será que siempre esclavas
Os vendais al poder y á la mentira!
¿Qué vale ¡oh Escorial! que al mundo asombres
Con la pompa y beldad que en ti se encierra,
Si al fin eres padron sobre la tierra
De la infamia del arte y de los hombres?»

¡Infamia el arte que se emplea en realzar el esplendor del Trono y la majestad de la Religion! Esto no necesita comentarios. Quintana era mozo todavía cuando escribió su magnífica fantasía del Escorial; más adelante, aleccionado por la reflexion y la experiencia, y aquietada con los años su alma arrebatada,

habrá comprendido sin duda que en la Europa moderna no han tenido las artes fuentes más fecundas ni más nobles que la proteccion de los príncipes y las inspiraciones de la fe.

La figura verdaderamente delicada y poética de esta notable composicion, uno de los primeros fundamentos de la fama del ilustre poeta, es la de la reina Isabel de la Paz, si bien ha contribuido á popularizar las calumnias difundidas contra Felipe II. La poesía, con su seduccion poderosa, triunfa aquí del disgusto que causan siempre la inexactitud y la injusticia. Nádie ignora que puso lamentable término á la vida de aquella simpática y virtuosa princesa un aborto, lance ménos novelesco y dramático que el de la copa envenenada que Quintana coloca en sus manos: pero, ¿quién, al leer tan hermosos versos, no siente involuntariamente resonar en el fondo del alma aquella patética exclamacion

«¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»

que ha llegado á tomar el carácter y la popularidad de un proverbio?

Ya he tenido ocasion de advertir que la musa de Quintana, briosa, arrogante y severa, es poco adecuada para la expresion de los sentimientos del amor. Y, sin embargo, el monólogo de *Ariadna*, no sólo expresa con efusion los martirios de la pasion menospreciada, sino que atina con la sensibilidad delicada y verdadera de un corazon tierno y lacerado. Pero esto en Quintana es una excepcion y nada más, una tregua inesperada al ardor patriótico que abrasaba su alma. En medio de alguna reminiscencia de la forma de la poesía francesa, reminiscencia involuntaria que le impide echar de ver la impropiedad suma que hay en llamar *amable impostor* al bronco y cruel Teseo, el poeta encuentra el lenguaje y los arranques del verdadero amor.

«Le ví, le amé: mi corazon, mi vida,
Toda yo suya fuí» . . . . . .
. . . .

Mas adelante continúa Ariadna:

«Yo triste, envuelta en la inocencia mia,
Al delirio de amor me abandonaba.
Tú sabes cual mi seno palpitaba,
Tú viste cuál mi sangre se encendia,
Y cómo de su boca engañadora
Deleite, amor y perdicion bebia.»

Aquí están el vuelo, el calor y la sencillez del alma conmovida. Y lo más singular es que Quintana, tan propenso á seguir los rumbos y las tendencias de la musa antigua, se aparta aquí completamente de ella. Comparad con el monólogo de Quintana las acerbas quejas que pone Catulo en boca de Ariadna al describir los ostentosos paños del lecho nupcial de Tétis. La Ariadna de Catulo, sola, desamparada en una isla desierta, vilmente abandonada miéntras dormia, sin medio ni esperanza de salvacion,

«*Indomitos in corde gerens Ariadna furores.*»

habla de un modo más conforme á la leyenda griega. La ira acalla en su pecho los sentimientos del amor, y sus palabras, llenas de sublime verdad, son duras imprecaciones y acentos de venganza. Tomás Corneille, que desnaturaliza completamente las costumbres griegas y la tradicion mitológica, presenta tambien á Ariadna exasperada y vengativa. Quintana, arrastrado esta vez por la idea del amor cristiano, que ya en la actigüedad asomaba intuitivamente en la Medéa de Apolonio de Ródas y en la Dido de Virgilio, pinta el amor de Ariadna con tal carácter de perdon y de abnegacion, que casi desaparece el horror mismo de la desesperacion bajo el velo de su amoroso frenesí. Cercana ya al último instante de la vida, avasalla absolutamente su alma la imágen de Teseo, y cruza de súbito su

mente la fugaz y engañosa ilusion de que áun podria tal vez compadecerla el pérfido amante si llegase á ver la horrible agonía del angustioso trance en que se halla. Así exclama Ariadna:

. . . . . . "¡Ah! ¡si el ingrato
Presente ahora á mi dolor se hallára,
Quizá al verme llorar tambien llorára!."

rasgo de sensibilidad delicadísima, que pinta con más fuerza y verdad que pudieran hacerlo nutridas descripciones el amor y el martirio de la infeliz Ariadna.

Despues del análisis crítico que, sin menoscabo alguno de la admiracion que merece, he juzgado indispensable hacer de algunas de las tendencias morales del poeta, poco os diré de las poesías que se refieren á la patria, á la gloria y á la libertad. Aquí está Quintana en su esfera propia y nativa: aquí explaya libremente los tesoros de su elocuencia y el fuego de su fantasía: aquí se presenta clara y resplandeciente la individualidad del autor, sin la cual no son las artes más que pálidos reflejos de las inspiraciones ajenas. *Guzman el Bueno* y el *Combate de Trafalgar* despiertan en la imaginacion del poeta la espléndida imágen del heroismo de los españoles, y su alma se templa y se levanta al nivel de las grandes acciones que describe. No os cito aquí los destellos sublimes sembrados profusamente en aquellos magníficos cantos, porque están en la memoria de todos.

¿Y sus odas *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*, y *Á España, despues de la revolucion de Marzo?* En ellas sube la inspiracion á las regiones más altas y más encendidas del entusiasmo pátrio, y basta recordar el torrente de indignacion que en 1808 desencadenaron en todos los ámbitos de España la invasion francesa, sorda y pérfida-

mente ejecutada, y los falaces tratos de Bayona, para concebir el mágico efecto que produjeron en la nacion, estremecida de sorpresa y de ira, aquellas fulminantes palabras:

«Llega España, tu vez; al cautiverio
Con nefario artificio
Tus Príncipes arrastra.....

. . . .
Sus soldados,
Obedeciendo en torpe vasallaje
Al planeta de muerte que los guia,
Trocaron en horror el hospedaje
Y la amistad en servidumbre impía.
¿A dónde, pues, huyeron,
Pregunta el orbe estremecido, á dónde
La santa paz, la noble confianza,
La no violada fe? Vanas deidades
Que sólo ya los débiles imploran.
Europa sabe, de escarmiento llena,
Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran
Esos atroces vándalos del Sena.
. . . .
Alto y feroz rugido
La sed de guerra y la sangrienta saña
Anuncia del leon.. ..
. . . .
Sólo la sierpe vil, la sierpe ingrata,
Al descuidado seno que la abriga
Callada llega y ponzoñosa mata.»

El cuadro de la antigua grandeza nacional con que empieza la oda *A España despues de la revolucion de Marzo*, amargo contraste del esplendor pasado y de la decadencia presente, es uno de los periodos más elocuentes que se han escrito en verso castellano. Todos le teneis en la memoria, y sin embargo, cierto estoy de que me perdonareis que os recuerde esta noble poesía, música de la pátria, que tan dulcemente suena siempre en oidos españoles:

"¿Qué era, decidme, la nacion que un dia
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendia
Su cetro de oro y su blason divino?
Volábase á Occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna.
Do quiera España: en el preciado seno
De América, en el Ásia, en los confines
Del África, allí España. El soberano
Vuelo de la atrevida fantasía
Para abarcarla se cansaba en vano;
La tierra sus mineros le rendia,
Sus perlas y coral el Oceano;
Y donde quier que revolver sus olas
Él intentase, á quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.
. . . .
Ora en el cieno del oprobio hundida
Abandonada á la insolencia ajena,
Como esclava en mercado, ya aguardaba
La ruda argolla y la servil cadena.

Así vibraban en el corazon de Quintana las cuerdas de su impetuoso patriotismo al ver ruinoso y desdorado el magnífico edificio del poder y de la gloria de la nacion. Ved ahora con qué varonil entusiasmo, con qué estóica entereza exaltaba, concitando á la guerra, la fiera independencia de los españoles:

"¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
Único asilo y sacrosanto escudo
Al ímpetu sañudo
Del fiero Atila que á Occidente oprime!
¡Guerra, guerra, españoles! En el Bétis
Ved del Tercer Fernando alzarse airada
La augusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centellante espada,
Y allá sobre los altos Pirineos,
Del hijo de Jimena
Animarse los miembros giganteos.
. . . .

¡Pues qué! ¿Con faz serena
Viérais los campos devastar opimos,
Eterno objeto de ambicion ajena,
Herencia inmensa que afanando os dimos?
Despertad, raza de héroes: el momento
Llegó ya de arrojarse á la victoria:
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
. . . .
Sí, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro tambien, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza;
Y el que niegue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastacion en su carrera
Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura
No se muere una vez?........... »

¡Qué generoso ardimiento! ¡qué inspiracion de fuego! Para encontrar acentos tan altos y vigorosos, tenemos que acudir á la musa libre y denodada de la Grecia. Tirteo, templado por el espíritu espartano, no pintaba con mayor vehemencia la gloria de morir por la patria en las sangrientas guerras de Mesénia; no cantaba Simónides con estro más arrebatado el sublime desastre de las Termópilas y las hazañas de Maraton, de Salamina y de Artemisio: no ensalzaba Píndaro con más independencia ni con más entusiasmo á los héroes de Olimpia, de Nemea y de Corinto. La musa lírica latina no nos ofrece nada que en elevacion, en majestad, en brio pueda compararse con las fogosas inspiraciones de Quintana. Horacio es sin duda más correcto, más conciso, más puro, y, por decirlo así, más atildado. Pero no lo dudeis, no tiene ni su fuego, ni su espontaneidad, ni su fuerza. Horacio reflejaba la sociedad epicúrea en que vivia; seguia en sus versos la filosofía superficial y condescendiente que cuadraba á su vida alegre y regalada, y cantaba la fortaleza es-

tóica (*Justum ac tenacem*) al son de los halagos de Mecénas, como Ciceron escribia su paradoja sobre la economía en una mesa que le habia costado doscientos mil sextercios.

Todo esto dista mucho de la musa austera de Quintana, que si no tiene para volar al cielo las alas de Klopstock ó de Lamartine, ni hace brotar del alma delicadas flores de ternura al influjo de una mirada, de una lágrima ó de un suspiro, tiene afrentas para los sentimientos viles, anatemas para la opresion, palmas para las acciones nobles ó heróicas, coronas de gloria para las virtudes de la patria. Á este entusiasmo por la belleza moral, que hace subir el pensamiento á Dios, centro de dónde viene y á dónde va toda belleza, allega Quintana el culto de la forma hasta el punto de competir con los modelos más nobles de la poesía del gentilismo. Para convencerse de ello basta leer su canto á *La danza*, tan lleno de imágenes, de lozanas galas, de elegantes giros, de amor á la hermosura plástica. No os hablo de su admirable canto *Al mar*, alianza feliz de la musa antigua y de la musa moderna: en él ha hecho Quintana lo que debe hacer todo poeta que aspire á unir la pompa, la animacion y los colores del mundo de la materia, con las abstracciones, los éxtasis y los sentimientos del mundo del espíritu: hermanar el cielo con la tierra; modelar con manos cristianas el mármol de la antigüedad.

Deliberadamente me he abstenido de hablaros de las circunstancias y vicisitudes de la vida del ilustre académico.

Este escrutinio póstumo de las impresiones del poeta para buscar en ellas la razon y la medida de los vuelos de su imaginacion, es generalmente una tarea temeraria y estéril, y no pocas veces una profanacion. El poeta no llega verdaderamente á la creacion sublime sino cuando levanta el pensamiento á una esfera más alta que la vida real, y cuando, para abarcar los sentimientos y las ideas de la humanidad entera, sale del

círculo, siempre estrecho, de su propia existencia. Además, para seguir los vaivenes y los móviles de la vida de Quintana, sería forzoso entrar en el confuso laberinto de nuestras pasiones, de nuestras creencias y de nuestras preocupaciones contemporáneas. No lo consiente la majestad de este santuario de las letras; y, ¿quién podria presumir de iluminar con luz de absoluta imparcialidad y de estricta justicia los enigmas del corazon y de la mente de un poeta, sus ilusiones, sus combates, sus delirios, su desesperacion, su silencio?

Quintana dejó escritas sus memorias. Allí veremos tal vez la crónica de su alma y la relacion de sus persecuciones y de sus triunfos: entre aquellas, la época en que, cruelmente encarcelados Quintana y nuestro ilustre Director el Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa en dos calabozos contiguos, angostos é infectos, horadaban clandestinamente ambos poetas el muro medianero que los separaba, para comunicarse sus esperanzas y sus penas: entre estos, la coronacion del venerable anciano como poeta en 1855; remedo de la coronacion del Petrarca en el Capitolio, que por la diferencia de tiempos y costumbres fué considerada por la nacion, que ya habia tributado al poeta la corona de su admiracion, como una especie de anacronismo.

Nosotros no hemos llegado á ser todavía la posteridad para Quintana. ¿No es de temer que, al juzgar su vida, nos puedan cegar las sugestiones del orgullo, una de las mayores dolencias morales de la edad presente? Bástenos decir que subió, sobre el pedestal de las letras y con aplauso de todos los partidos, á los más encumbrados honores de la sociedad en que vivia. Poco importan los pormenores biográficos cuando se trata de tan eminente poeta. En sus versos es donde están su vida, su alma, su verdadera historia.

¿Y de qué serviria, para aquilatar el alcance de su inspiracion, escudriñar los movimientos de su alma y descubrir tal

vez en su vida ó en su carácter alguna exageracion ó algun extravío? Las exageraciones y los extravíos son fruto de índoles apasionadas, y no podemos olvidar que la pasion es casi siempre madre de la poesía. Si hallais un hombre sin defectos humanos, perfectamente igual y sereno, inaccesible para las emociones de la flaqueza ó de la ira, ese hombre podrá ser santo, pero de seguro no es poeta.

Quintana, si no sabe sostener siempre la unidad limpia y tersa del lenguaje, es, por su temple, su elevacion y su nobleza, digno alumno y rival de la musa antigua. No ha producido con sus obras ese rumor fugitivo que tomamos por gloria, y que á veces no es más que el eco de nuestras pasiones y de nuestros entusiasmos de un momento. Ha grabado su alma en su poesía, y ha dejado estampada en ella el sello de la inmortalidad. Su nombre vivirá miéntras viva el habla castellana, miéntras alienten corazones españoles que sepan palpitar al recuerdo de la gloria y de la grandeza de la patria.

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

Señores: Desde sus dias primeros, esta Real Academia tuvo por costumbre llamar á su seno, á la par con literatos que lo eran de profesion, y señalados ya como escritores, á personajes ó de la más ilustre cuna, ó distinguidos por sus servicios y categoría adquirida en las diversas carreras por donde se concurre al buen gobierno y asimismo al lustre del Estado. Imitaba este Cuerpo, al componerse así de miembros de diferente especie, á la Academia francesa, de la cual era en cierta manera un renuevo plantado en nuestro suelo por el primer Rey de España de la antigua y excelsa estirpe de los Borbones. De tal costumbre casi puede decirse que se ha olvidado la Academia; porque vivimos en dias en que pretendemos darlo todo al mérito personal, menospreciando cualquier otro linaje de consideraciones; de forma que el valor literario es el único título que abre estas puertas y da asiento en estos escaños. Pero quiere la fortuna que haya casos en que es posible atender á un mismo tiempo á méritos de distinta clase, adquiriendo la Academia, en la eleccion de un nuevo Académico, varios géneros de lustre, para aumentos del que ya posee, debido á la alta calidad que en sí tienen, y á ella toda comunican, muchos escla-

recidos ingenios, y hombres de vasta y profunda instruccion y de las más elevadas categorías sociales que hoy la componen, con una sola excepcion, y es la de la humilde persona que en este momento está ocupando la atencion del respetable auditorio aquí congregado. De estos casos ha habido, y no pocos: de lo cual da testimonio la lista de ilustres próceres y altos empleados que, siendo juntamente aventajadísimos escritores, han honrado estos asientos. Y uno de estos casos ocurre ahora cuando recibimos en nuestro gremio á un empleado de alta esfera, distinguido por sus merecimientos y acierto en la práctica de los negocios; que con estas circunstancias hermana la de tener conocimientos literarios nada vulgares, juicio crítico claro y agudo, y talento de escritor probado, si no en largas obras, por desgracia de nuestra España harto escasas entre nosotros, en varios breves trabajos donde, á las dotes de un buen estilo, va agregada una diccion correcta, y, en cuanto cabe en los dias presentes, asimismo castiza. Por esto no duda la Academia de que el voto unánime que ha hecho al Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, nuevo miembro de este antiguo Cuerpo, recibirá de la aprobacion pública una ratificacion, no necesaria, pero al cabo lisonjera. Y debe confirmarla en su opinion el elocuente, erudito y bien razonado discurso que acaba de oir, tan completo y satisfactorio que nada deja que decir á aquel sobre cuyos flacos hombros pesa en este momento la obligacion de contestarle.

En ocasiones como la presente es lo comun pronunciarse discursos sobre alguna cuestion de nuestra historia literaria, antigua ó moderna, siendo la mencion del académico cuya muerte ha dejado vacante el puesto que entra á ocupar el nuevamente electo una parte no más, y parte como episódica, en el todo de la composicion del que es admitido y del que le responde. Hay, sin embargo, otras, bien que raras veces, en que el sucesor toma el juicio del carácter literario de aquel á quien su-

cede por tema principal de su trabajo. Eso aconteció en el dia en que fué de nuevo ocupado el asiento dejado vacío por la temprana muerte del insigne Donoso Cortés, á quien, confío, nádie extrañará que nombre con el apellido á que dió tanto esplendor, y no por su bien merecido título de marqués de Valdegámas. Y lo mismo sucede, y es natural que suceda en este dia, cuando el académico que es recibido entra al lugar ántes ocupado por D. Manuel José Quintana; personaje por tantos diversos títulos famoso é importante, cuyo valor altísimo componian y realzaban calidades de muy vária naturaleza, y acaso más todavía que sus prendas de escritor en prosa y verso, y de atinado crítico, circunstancias particulares que habian venido á hacerle como cabeza de secta, y (para valernos de una expresion comun) patriarca, tanto de la literatura española contemporánea, cuanto de una parcialidad política cuya causa ha triunfado y sigue triunfante en nuestro suelo, áun cuando no sea enteramente completo su triunfo. En verdad, Quintana, aunque no desempeñase destinos de los superiores del Estado, y aunque en su larga vida más haya sido consejero ó maestro que actor en las terribles lides en que han contendido por la dominacion opuestas doctrinas y encontrados intereses de ellas nacidos, si debia, y con justicia, el elevado concepto de que habia llegado á gozar en sus últimos años á sus calidades de literato y autor, debia no ménos la veneracion con que era mirado, y algunas de las extrañas honras que recibió, á su situacion del más antiguo, autorizado, fervoroso y constante dogmatizador y sustentáculo de la fe religiosa y política que cuenta entre sus padres á los filósofos franceses del siglo XVIII, y entre sus triunfos la revolucion de Francia en 1789 y todas cuantas de ella han sido copias más ó ménos ajustadas y cabales. Pero ni la Academia, ni quien ahora está hablando en su nombre, deben ni intentan considerar á D. Manuel Quintana como á hombre

político. Al llegar á estas puertas dejan fuera de ellas los Académicos toda otra calidad que no sea la de cultivadores y guardadores de la lengua patria. Aquí dentro todos sólo como tales entran, y sólo como tales viven: aquí mismo y en esta hora sólo como tales deben ser juzgados. Con todo eso, hay circunstancias en que, para juzgar á un autor y sus obras, para tasarlas y para darles el merecido elogio, si no ha de dársele uno vago y trivial, es fuerza ir á averiguar en el escritor lo que influia en su mente, no para aprobarlo ó desaprobarlo, sino á fin de conocer y poner en claro cómo se formaba su complexion literaria del alimento intelectual con que se sustentaba y de las fuentes en que bebia, y de las cuales sacaba su inspiracion principal, ó, diciéndolo con más propiedad, su inspiracion verdadera. Porque si Quintana es grande, y sin duda alguna lo es, debe su grandeza á ser el poeta de la filosofía del siglo próximo pasado, su cantor, su panegirista, y (si me es permitida una voz nueva) su aplicador en gran manera á la nacion de que era hijo, y de que vino á ser ornamento.

Una consideracion viene en este momento á la mente de quien está ahora ocupando vuestra atencion, y juzga oportuno exponerla á su auditorio por cuanto puede contribuir á esclarecer el mejor modo de juzgar á Quintana. Casi al mismo tiempo en que lloraba España la pérdida de este su célebre poeta, y á poco de haber sido tributados á su persona honores de una clase insólita entre nosotros, y sólo usada alguna vez en Italia, fallecia en la vecina Francia otro poeta de no menor celebridad entre sus compatricios, y más que otro alguno favorecido y halagado por el aura popular, yendo á competencia gobierno y pueblo frances en colmar de distinciones á sus despojos y en estos á su nombre. Ya se entenderá que hablo de Beranger. Entre los dos objetos de tanto aplauso y de tanto obsequio, habia una semejanza, no obstante ser muy de-

semejantes en el tono y forma de sus composiciones; siendo el español solemne y pomposo siempre, y nunca satírico ni festivo, y el frances en la apariencia llano, y áun cuando se elevaba, sencillo y con frecuencia burlon y cáustico; y queriendo y logrando el primero mantenerse en las altas regiones por donde, segun uso y rito antiguo, volaba y debia volar el poeta lírico, miéntras el segundo, con el humilde título de coplero, no sin ambicion, se remontaba á menudo en los pensamientos, y se dejaba llevar por vivísimos afectos, si bien aparentando no elevarse del terreno donde se habia granjeado altísima y merecida fama. Y con tanta diferencia de forma entre las obras de Beranger y las de Quintana, se parecian la suerte y áun el mérito de este á los de aquel, en ser en el uno y en el otro alabados y honrados á la par el patriota y el poeta, siendo consideraciones políticas, más aún que literarias, las que movian á muchos de sus admiradores y elogiadores á extremarse tanto en la alabanza, y á dar tan expresivas muestras de aprecio á los ilustres difuntos; lo cual está probado con sólo considerar que, entre quienes concurrian al triunfo póstumo de los dos, en sus respectivas patrias, abundaban personas para quienes el mérito en las letras era, ó cosa desconocida, ó materia de todo punto indiferente. Pero como podrá haber quien diga que esta separacion de los dos caractéres no es difícil de hacer, y que, hecha ya, á nosotros toca desatender la parte política, y dedicarnos exclusivamente al exámen de la literaria, bien será dar por respuesta á esta objecion prevista que la separacion deseada es, si no imposible, poco ménos, pues en Quintana y en Beranger están tan mezcladas las materias que constituyen su valor ó su entidad intelectual y moral, que ha de trabajar mucho, y, segun es probable, en balde, quien vaya á quilatar la parte poética, pura ya de toda liga. En nuestro célebre compatricio está simbolizado lo llamado modernamente liberalismo de nuestra

España y de nuestros dias, ó de los inmediatamente anteriores en que entran gloriosos recuerdos del levantamiento de 1808 en defensa del honor é independencia de nuestra patria; de la porfiada contienda con heróico teson sustentada, contra el poder gigante de un pérfido y violento usurpador; del sesgo que tomaron los negocios de la política interior en el discurso, y particularmente en los dias últimos de aquella guerra, y por último, de los excesos de una persecucion atroz, por ningun motivo racional justificada, ni áun siquiera con pretextos de algun valor disculpada. En el coplero frances vemos el epítome y tipo ó la genuina expresion de la democracia francesa, más amante de igualdad y de gloria militar que de libertad política ó civil fundada en las leyes; ufana de grandes victorias alcanzadas, desesperada y casi rabiosa de posteriores reveses padecidos, y aspirando al fin á que una sociedad de tal clase siempre aspira, al de ser regida por caudillos populares con autoridad omnímoda, aunque transitoria, y cuyo poder pese sobre los grandes y sobre los extraños, dando á los pequeños y propios la satisfaccion de ver rebajado el orgullo que les es enojoso, y en alto y gloriosísimo lugar la representacion de sus pasiones é interés, por ellos mismos creada y sostenida, ó en cuya creacion se figuran haber tenido parte.

En cuanto á nuestro Quintana, si bien las glorias de España en 1808 son de todos los españoles en general, y de ninguno en particular, el poeta de las odas á *España libre*, el principal escritor del *Semanario Patriótico* en su primera época, el hombre por cuyo conducto hablaba al pueblo la Junta Central en las horas de grandes sucesos y gravísimos ahogos, puede reclamar, y áun hubo de conseguir, que de la suma de méritos contenidos por sus compatricios, le sea adjudicada, dando á cada cual su merecido, una parte muy considerable. Ahora, pues, este carácter patriótico y filosófico es Quintana todo, ó dicién-

dolo como se debe, Quintana cuando es ingenio de primera clase; y por eso en él, más que en otros muchos, es inseparable la naturaleza de las doctrinas que abrazó y proclamó de el precio legítimo de sus obras.

El de las de Quintana hasta 1808 no estaba tasado tan alto como lo ha estado, y con razon, posteriormente. Al revés su persona, como cabeza de secta áun no públicamente reconocida, por no consentirlo las circunstancias, pero ya existente, gozaba ya de una importancia no leve. No es propio de este lugar y tampoco juzgo conforme á vuestro deseo, hablar de la vida de Quintana; pero puedo repetir, sin temor de equivocarme ó de ser molesto, que no sólo es lícito, sino hasta conveniente, valerse de datos sacados de su situacion para el aprecio de su ingenio y de sus escritos. Por lo mismo será bueno aquí advertir que, si Quintana era estimado y declarado buen poeta y buen crítico, pero no el mejor de los poetas de su tiempo ni el crítico de gusto clásico más acrisolado, su casa, donde solian concurrir los más afamados literatos de aquellos dias, era á manera de un congreso de hombres adictos á las doctrinas favorables al mayor ensanche de la libertad política y religiosa, siendo en la concurrencia el ilustre dueño de la mansion como el presidente de los allí asociados.

Entónces, si habia ya publicado Quintana en la primera edicion de sus poesías las odas á *Guzman el Bueno* y á la *invencion de la imprenta*, bien que esta última muy mutilada; se habia dado á luz su composicion sobre el *combate de Trafalgar*; y si en el *Pelayo*, representado con medianamente feliz éxito, habia expresado pensamientos y afectos de ardiente amor de patria, y si tenia escritas, y, segun es de creer, habia enseñado á sus amigos las seis odas que con el título de *Poesías patrióticas* dió luego á la estampa y juicio público en las horas de más hervor de la guerra de la independencia, todavía el con-

junto de sus trabajos generalmente conocidos no bastaba á darle un carácter peculiarísimo, ni le habia alcanzado el altísimo concepto de que despues, con justicia ha disfrutado, de que hoy mismo goza, y de que debe seguir en posesion, sin temor de que haya quien con buenas razones le dispute sus derechos á su clara fama.

Y ésta se puso en el puesto en que hoy está, y donde debe estar y conservarse, cuando pudo Quintana descubrirse todo tal cual era verdaderamente. Quintana, para valernos de una expresion algo rancia ya, si tiene varias cuerdas buenas en su lira, sólo tiene una de mérito sobresaliente; pero cuando la pulsa, sus sónidos no sólo deleitan, sino que arrebatan, inflaman, arrastran, enternecen, moviendo los pensamientos más levantados, juntamente con los afectos más nobles y sentidos. Pulse otra cuerda, y no sonará mal: pero hará poco efecto. Y áun hay algunas en las liras de otros, que en la suya faltan. Si habla del amor, es hasta frio. De la Religion, como una de las cosas que más subliman y conmueven el alma, el poeta nada dice. Á la belleza y perfecciones de la naturaleza externa se muestra indiferente ó desatento; y de sus relaciones con nuestro interior no hallamos en sus versos mencion alguna notable. Veamos, por ejemplo, cómo consideraba Quintana al mar en la, por otra parte, bellísima composicion que lleva este título. Estaba el poeta ansioso de admirar, y sobre todo, las obras y fenómenos sublimes de la naturaleza; los volcanes en erupcion; el mar en la grandeza de su inmensidad. Madrid y sus cercanías mal podian satisfacer tal deseo. Corre, pues, Quintana á las playas de Cádiz; llega á ver el Océano; le saluda arrebatado; le contempla y empieza á describirle. Unos pocos períodos de buena, pero algo vaga, descripcion le bastan; pasa despues á las ideas que por natural asociacion se le presentan á la mente y nada ó poco piensa, nada ó poco dice del Criador ó de la

creacion; olvida las obras de Dios por las del hombre, y la *navegacion* es lo que le ocupa, y sus efectos en la civilizacion es lo que canta. Sin duda alguna, si hubiese escrito el mismo Quintana odas á los planetas, no los habria celebrado como pregoneros de la gloria de Dios, sino que se habria valido de ellos para ensalzar en hermosos versos, como hace en la oda sobre la *invencion de la imprenta*, los progresos de la astronomía y de las ciencias físicas con ella enlazadas. Áun la hermosura es á sus ojos más una perfeccion artística y exterior que un medio de conmovernos; que un objeto destinado á influir en todo el *sér* de quienes la contemplan. Pero trátese de los progresos del entendimiento humano, del amor de la pátria, de la libertad política, de la dignidad del hombre (que para él siempre es ciudadano), en fin, de todo cuanto era y todavía es costumbre llamar conquistas de los siglos últimos desde el XVI al XVIII, y el volcan del pecho de Quintana revienta, y rompe en viva luz, y en llamas abrasadoras, y despide torrentes de materias ígneas, que admiran al espectador y aterran al adversario, siendo magnífico en el concebir, y no ménos en la expresion de sus conceptos, y poeta eminente en el mejor y más lato sentido que tiene la voz de la *poesía*. Ténganse por ciertas ó por falsas, por provechosas ó por perjudiciales sus doctrinas, forzoso es admirar la elaboracion mental con que las funde en hermosísimas creaciones poéticas; y la fogosidad é intensidad con que siente y comunica lo que siente, de forma que como poeta patriótico y filosófico no es arrojo decir que no tiene rival en la lengua castellana, y que á nádie es segundo en los de otras tierras y otras edades.

Á su mérito correspondieron los efectos producidos por algunas de sus obras, favorecidas por las circunstancias. Cuando en su espléndida oda primera *A España libre*, exclamaba,

Dadme una lanza.
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza, &c.

cedia á un arrebato de entusiasmo irreflexivo, que no es de creer hubiese podido conservar, si su brazo, poco apto para las lides, ó su cuerpo, nada á propósito para llevar los duros trabajos de la guerra, hubiesen blandido la primera, ó cargado con el grave peso del segundo; pero en vez de lanza, habia ya tomado la pluma, y siguió manejándola y haciendo con ella cruda guerra á los enemigos de su patria, consiguiendo abrirles más sangrientas, profundas y enconadas heridas, que podria haber hecho con las armas mejor templadas y manejadas el más diestro é intrépido soldado. No hicieron más los cantos de Tirteo que las efusiones líricas del poeta español, pasado á ser uno de los primeros empleados, y el principal escritor de las alocuciones al público del Gobierno, al cual tocó en suerte estar al frente de la Nacion en uno de los períodos mas importantes de la, ya por mí citada, desigual y gloriosa contienda sustentada contra un coloso en lo material y en lo intelectual, por un pueblo que sólo podia oponer á la superioridad enorme de su contrario el inmenso poder que dan las fuerzas morales.

Y las reflexiones que acaba de oir mi auditorio están en su lugar hablando de Quintana como poeta, porque en sus proclamas no era otra cosa. Disimúleseme que lo repita, porque es fuerza tenerlo siempre fijo en la mente; cuando Quintana es grande, grandísimo en prosa ó en verso, lo es en su línea. Su *Pelayo*, ¿por qué no ha de decirse? como drama, es produccion de corto mérito; y no podia ser otra cosa, porque el buen poeta dramático ha de desaparecer, transformándose en los diversos personajes que crea y luego mueve; y en Quintana no hay cosa que á transformacion se parezca ó se aproxime. Por

otro lado, las proclamas de la Junta Central, como documentos políticos donde habla á una Nacion su Gobierno, tienen algo que tachar, y en algunas cosas no sin fundamento han sido tachadas. Pero considérense, segun deben ser considerados, varios trozos del *Pelayo* como proclamas encaminadas á excitar, mantener y avivar pensamientos y afectos patrióticos, y júzguense las proclamas como odas en prosa destinadas á producir los mismos efectos, y se encontrará la unidad, y con la unidad la excelencia del artífice y de sus trabajos.

En la magnificencia de sus conceptos y en la pompa y energía de su estilo cuando obedece al númen que verdaderamente le inspira, desaparecen completamente las faltas que se notan en sus obras cuando se le apaga ó amortigua el fuego que le enciende; lo cual acontece siempre que trata materias ajenas de aquellas en que encuentra, para valernos de una voz hoy ya en poco uso, su verdadero estro. Entónces no deja de merecer las censuras que de su prosa hizo con pasion violenta é injusticia notoria, el célebre Capmani, y que de sus versos hacian otros de sus contrarios. Tienen ojos de lince los enemigos para descubrir lunares en los objetos de su odio, y si bien es cierto que su mala voluntad los ve dónde no los hay, y los abulta dónde existen; y que su malignidad unas veces los supone no viéndolos y otras los pondera cuando los halla, suelen en ciertas ocasiones poner á la vista manchas que no eran visibles entre el resplandor de obras admiradas con justo motivo. Así era comun tachar en Quintana galicismos frecuentes, impropiedad en el uso de las voces y con particularidad de los epítetos, falta de flexibilidad en el estilo y algo como laborioso y premioso en la expresion, así como pobreza en la rima; censuras no siempre injustas, aunque debian confesar los censores que al lado de períodos trabajosos, y en sus poesías, entre versos no fáciles, solian aparecer otros valentísimos, rotundos y sonoros, tales que

no tenian superiores, y apénas pueden conocer iguales en toda nuestra poesía antigua ó moderna.

Pero Quintana no ha sido sólo poeta. Como poeta, sin embargo, va juzgado hasta ahora, porque en su mejor prosa hay los caractéres distintivos de su mejor poesía. Obras suyas nos quedan, sin embargo, por las cuales merece estimacion, aunque en ellas no se adviertan dotes poéticas; pero al decir estimacion va dicho todo cuanto puede decirse en su elogio. De *las vidas*, juzgando en ellas la forma y no el fondo, podria decir quien no temiese aparecer jugando con el vocablo, que carecen de vida, esto es, de la dote que más hechiza y más se echa de ménos cuando no aparece en las biografías, y que da tanto valor á los famosos paralelos de Plutarco. Más mérito se advierte en las *Cartas á Lord Holland*; pero áun en ellas, para encontrar las prendas de una buena historia, es forzoso que influya en el juicio una pasion favorable.

Como crítico está Quintana á no poca altura; y, considerando las doctrinas dominantes cuando él concebia y daba sus fallos, la alabanza debe subir de punto, hasta declararle de los mejores en nuestra lengua, en tiempo en que no era llegada la hora de una crítica de superior naturaleza, fundada en mejores y más espaciosas y altas basas, y que descubre mucho más extensos horizontes. Porque á la verdad, si nuestra época lo es de decadencia, punto controvertible y en el cual puede sustentarse lo cierto abogando las más contrarias opiniones, pues segun el aspecto por donde se miren las cosas hay justicia en dar diferentes y áun contradictorias sentencias, en la crítica parece indudable que ha hecho el mundo civilizado notabilísimos progresos. Quintana era un crítico por el estilo del frances *La Harpe* y del escoces *Blair*, examinador más de las formas de los escritos que del espíritu que los anima; creyente con firme fe en unas reglas invariables para todo lugar y tiempo, y observador del

clasicismo griego segun las interpretaciones latina y francesa moderna. Así, mirando, por ejemplo, el drama como composicion en que tiene una parte principal la mecánica, y como obra muy perfectible y perfeccionada con el curso de los siglos contraponia á la tragedia griega en sus comienzos, que apellidaba *las heces del Tespis, los grandes cuadros de la Sfigenia y del Tancredo*, como si esta última obra dramática, la mejor ciertamente de la vejez de Voltaire, pero obra ya de la decadencia de un poeta (sólo mediano en sus mejores dias y en sus mejores tragedias, segun hoy confiesan sus mismos paisanos, áun los más apasionados admiradores de Corneille y Racine, y elogiadores del mismo Voltaire como escritor en prosa, ó en poesías de las llamadas ligeras) fuese uno de los modelos más dignos de aprecio y alabanza. Tal juicio pone en claro la norma de la crítica de Quintana; pero bien será repetir que no por ello merece censura, si se atiende á cuál era su escuela. En esta su escuela tal cual es, juzga Quintana con pleno conocimiento de materia, con erudicion bien aplicada, con agudeza, con tino, y hasta con cierta dósis de sensibilidad indispensable en el buen crítico. Sus trabajos en la obra periódica titulada *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*, sus *Introducciones* á las colecciones de poesías castellanas antiguas y modernas, por él mismo ordenadas, y otros trozos sueltos de su pluma, acreditan sus superiores dotes para juzgar, ajustándose á la legislacion que él creia buena y por la cual era guiado en sus fallos. Y á veces su ingenio le impelia á adelantarse á su siglo y á su fe literaria. En la misma *Introduccion á la coleccion de poesías*, donde una mala tragedia de Voltaire está citada como prueba de la perfeccion del arte, hay un juicio sobre nuestros romances atinadísimo, agudísimo, y notable además, porque, sobreponiéndose hasta cierto punto á los preceptos de su fe antigua, divisa y empieza á sentir y á seguir las doctrinas de otra fe nueva. En el mismo discurso, al

juzgar las poesías del bachiller Francisco de la Torre, y declarar imposible que fuesen parto del ingenio de Quevedo, entra en consideraciones del espíritu más que de las formas de las composiciones que examinaba, y por principios casi de la crítica novísima, resuelve bien, sin más datos que los de la evidencia interna, una cuestion que ha sido últimamente tratada en esta Academia, con infinitamente superior erudicion, de un modo harto más comprensivo, con miras que se extendian más, y con muy superior juicio, por dos de nuestros compañeros, cuyos discursos oidos con singular placer, deben estar todavía impresos en nuestra memoria.

Bien está al terminar nuestros juicios sobre Quintana, de los cuales el primero es tan notable por lo bien pensado y expresado, cuanto inferior el segundo y digno solamente de ser mirado con indulgencia, hacer una reflexion en que se encuentra la disculpa de la temeridad con que un ingenio corto, sólo ayudado por muy escasa instruccion, se arroja á medir y tasar la estatura y valor de un varon clarísimo, justamente reputado una de las glorias modernas de nuestra patria. La crítica adelanta; y hombres de corto valer, con mejores instrumentos que sus antecesores, hacen trabajos, si no de superior mérito, de mejor especie. Así, cuando aciertan, á su época y no á ellos es debida la alabanza. Era sin duda hombre superior el autor cuya pérdida hoy lloramos; pero luces nuevamente adquiridas nos dan medio para encontrarle su valor, áun cuando á la par se le descubran sus imperfecciones; de donde resulta provecho indudable á la causa del buen gusto, con tal que al desabrimiento y rigidez de la censura, corresponda y supere el entusiasmo en la aprobacion.

Esta regla conviene no perder de vista al pronunciar sentencias sobre las obras maestras y los más altos y esclarecidos ingenios en las artes y en las letras. Si á ellas ha faltado quien

acaba de ocupar vuestra atencion, culpa habrá sido de su poca habilidad y no de su deseo; desacierto, y no malicia; pues sin dejar de creer conveniente notar las sombras á la par con las luces en los hombres grandes y en las mejores producciones del ingenio humano, hasta con la idea de hacer más perceptible los primores dándoles el debido realce, todavía se complace en confesar que con los defectos inherentes á la humana flaqueza merece inmortal renombre, y es de creer que le alcance colocado en uno de los primeros lugares entre los españoles que han honrado á su nacion, el ilustre D. Manuel José Quintana.

DISCURSO

DEL SEÑOR DON MANUEL CAÑETE.

Señores: Costumbre gallarda ha sido siempre, áun en los más claros varones á quien la Real Academia Española ha recibido en su seno, declarar en ocasion como esta no haber merecimiento que supere en importancia á la honra de sentarse entre vosotros. Yo ménos que ninguno de vuestros elegidos podria interrumpir esta loable costumbre, porque tal vez más que todos ellos soy deudor á vuestra indulgencia de inmerecidos favores. Momentos hay en los que apénas acierto á darme cuenta de cómo yo, falto de la ciencia que poseeis, logro este codiciado honor y llego á hermanar con hombres venerables por los años y la virtud, por los servicios á la patria, por el saber y la gloria.

Una sola consideracion pudo, Señores, influir en vosotros para no desairar mi noble deseo. Habeis visto la constancia con que, por espacio de algunos años, he defendido ardientemente los fueros legítimos del arte, sin que en la lucha diaria para mantener la integridad del idioma patrio y acudir en defensa de los principios del buen gusto, se torciese nunca mi pluma del lado de la injusticia voluntaria, ni rindiese tributo á la venalidad que prostituye las letras. Por ello, animados de un impulso

generoso, habeis perdonado en mí el poco caudal de inteligencia y doctrina, para recordar y recompensar el encendido entusiasmo, los bien intencionados propósitos, la sinceridad y rectitud, que avaloran, si no autorizan, la crítica, conquistándole á justo título la benevolencia de los doctos.

Completa sería hoy mi dicha, si no la enturbiase el ver compendiada en este sitio la ley por quien se rige la humanidad, que vive y se desarrolla sin que lo estorbe el limitado existir de las generaciones y razas en el curso de los siglos. Indigno fuera yo de ascender al Capitolio de las letras, si, desvanecido por el triunfo, no consagrase un recuerdo á mi predecesor el baron de Lajoyosa, á quien tres insignes Academias contaron en el número de sus más celosos individuos.

Y ahora, permitidme volver los ojos al objeto predilecto de mis amores literarios, á la casta y benéfica poesía, rayo (segun las elocuentes palabras de nuestro Cervántes) que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; instrumento acordado, que dulcemente alegra los sentisdo, y, al paso del deleite, lleva consigo la honestidad y el provecho.

Más de una vez se ha repetido que la variedad de combinaciones con que brinda la naturaleza al que goza en admirarla, es fuente siempre nueva de inspiracion y de poesía. Y como nada se expresa mejor que lo que se siente bien; como teniendo alma no es posible permanecer indiferente á la belleza de los campos, de los mares ó de los cielos; como el inmenso poderío del Criador se muestra, así en la desordenada furia cuanto en la paz de los elementos, así en el aterido invierno, que despoja á la tierra de sus galas y parece que la aproxima á la muerte, como en la risueña primavera, llena de vida, de flores y fragancia, la poesía nutrida en el amor de la soledad y acostumbrada á respirar el aire embalsamado de las montañas, ha

de ser necesariamente bella, interesante, verdadera, si no se halla viciado el ingenio por el mal gusto, ó maleado el corazon y extraviada la inteligencia por el pernicioso influjo de una bastarda filosofía.

Tiene crédito aún la opinion de que la poesía sirve sólo para deleitar embelleciendo ficciones; y de aquí deducen algunos que no existe donde no hay ficcion, ó cuando ménos, que esta es su principal elemento constitutivo. Pero yo, Señores Académicos, he tenido siempre por más exacto que la poesía es ante todo verdad, y que vive de la sinceridad de sentimiento y de expresion. Jamás será poeta el hombre que no sienta animarse la naturaleza á los latidos de su pecho, que no halle conceptos de una elocuencia infinita en el susurro de las hojas, en el murmurio de las fuentes, en el cantar de las aves.

«Para abarcar el conjunto de la naturaleza, ha dicho un gran escritor filósofo (1), es preciso no fijarse únicamente en los fenómenos externos, sino hacer siquiera por entrever algunas de las misteriosas analogías y armonías morales que ligan al hombre con el mundo exterior.»

Reflejándose en la imaginacion aquel sublime espectáculo, ha conmovido siempre el alma y empeñado á los depositarios del rayo divino de la inspiracion en revelar por medio de la fuerza pintoresca de la palabra, quién con más originalidad, quién con ménos, el sentimiento que inspira la contemplacion de la naturaleza. Y de aquí mi propósito de examinar cómo han expresado este sentimiento tres esclarecidos ingenios españoles de otras edades, en quien se reunen circunstancias cuyo estudio puede servir para mejor comprender la historia de la poesía lírica posterior al renacimiento literario, y cuyo númen se desarrolló en épocas diferentes y en muy distintas esferas: tales son

(1) Humboldt: *Cosmos*.

Garcilaso, Luis de Leon y Rioja; el guerrero, e fráile y el cortesano.

¿Cuál era, pues, el estado de la civilizacion, cuál el de la poesía española cuando aparece en nuestro Parnaso

El Títiro español, nuevo Sincero,
Cuya divina musa toledana
Dió poder á la lengua castellana?

Mejor que yo lo saben cuantos me escuchan. Al nacer con el siglo XVI el César Cárlos V, hallábase la civilizacion europea en uno de esos períodos fecundos en que se realizan acontecimientos portentosos, de los cuales uno solo hubiera bastado para llenar y caracterizar todo un siglo. En Constantinopla sucumbe el imperio bizantino; desde el Bósforo amenaza el turco á la cristiandad; y en tanto que los españoles rompen el yugo mahometano á orillas del Genil, la fe religiosa y científica de Colon arranca á los mares el secreto de un mundo desconocido, y lleva á las regiones antípodas, con el habla castellana, la enseña de la redencion del hombre.

Ni eran estos prodigios los únicos realizados al alborear el siglo XVI. Los caractéres del tipógrafo de Maguncia detienen

La palabra veloz que ántes huia;

fijan y perpetúan los tesoros de la religion cristiana, los del saber antiguo, expuestos á perecer olvidados, y extienden por todas partes las obras de la inspiracion y de la ciencia. Afánanse los sábios por limpiar, acicalar y pulir el texto de los mejores escritores de la antigüedad, copiando los fragmentos de los templos griegos y romanos, las pinturas de las termas y de los sepulcros; Rafael eclipsa la gloria de Apéles; Miguel Angel levanta el Vaticano, y Vargas, Juanes, Berruguete, Siloe, Ma-

chuca y cien otros más rinden en España fervoroso culto á las nobles artes.

La caida de Constantinopla llevó á Italia las reliquias del vasto imperio que sujetaba á su poder los territorios más florecientes de Europa y Asia. Los griegos fugitivos acaban de inflamar á los italianos; Roma revive de sus ruinas; en ellas recuerda su primitiva grandeza; en los restos que traian Lascaris y sus compañeros de emigracion reconoce la ciencia y el gusto de sus maestros; abrazada á la cruz, se consagra á emular el esplendor de los Césares: levanta la pisoteada clámide imperatoria, y con mayores atractivos que gentil resplandece cristiana.

Las guerras civiles de Bolonia y Pisa; los campos de Lombardía talados por las huestes imperiales y francesas; Gonzalo de Córdoba conquistando un reino; Cárlos V guerreando desde el estrecho de Hércules hasta las aguas del Danubio y en las arenas de la Libia, no asordan á las deidades del Pindo. Los guerreros no cantan las palmas de tan heróico siglo, sino la quietud pastoril de la Arcadia, el silencio amoroso de los bosques; y en tanto que los libros de caballería inflaman y enloquecen á los soldados, trayéndolos á sobrenaturales empresas, la lira no se aplace sino imitando á Teócrito y Virgilio.

Pasma contemplar el cúmulo de sucesos providenciales por que habia llegado nuestra nacion á hacer el primer papel en el siglo de Leon X y Cárlos V. Contra los más fundados cálculos de la prudencia humana, adquiere á deshora vastos imperios; suena reino y es provincia. Sus más ilustres hijos corren á Italia á recoger la herencia del duque de Milan; y el comercio intelectual que á consecuencia de sus relaciones y conquistas se establece entre españoles é italianos, empeña más á los ingenios de nuestra patria en torcer el curso de su inspiracion nativa, para seguir á los poetas del siglo de Augusto y á los toscanos

educados en su escuela. Cierto es que no se desdeñó Juan de Mena de imitar en sus *Trezientas* las fantásticas visiones del Dante, ni de consagrarse á estudiar los clásicos latinos, presumiendo de enriquecer nuestra lengua con atavíos de la de Horacio. Pero la imitacion de los antiguos no habia sido aún reducida á precepto para los escritores del siglo de Juan II y de los Reyes Católicos. Si bien ménos tersa, pulida y clara que la destinada á sucederle, fué sin duda alguna más espontánea y original la poesía castellana inmediata predecesora del renacimiento, porque se alimentaba de la religion y aspiraba á retratar al hombre, acomodándose á las nuevas costumbres, hábitos de gobierno, tradiciones é intereses locales. Con motivo de la reforma que Garcilaso llevó á término, se le hace á Boscan el grave cargo de que introdujo en un pueblo valiente y sóbrio el gusto afeminado y muelle de los vencidos. Razon tienen los acusadores. A la viril energía que hacia exclamar á Jorge Manrique:

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar,
Que es el morir,

comunicando á los metros cortos una robustez más real que aparente, y á la expresion de los pensamientos la concision y austeridad, anuncios de un gran carácter, sucedieron, por punto general, en el siglo XVI frias amplificaciones de sentencias recogidas en otros poetas ó imágenes reflejadas de otros entendimientos. Y como al hacerlas propias no se las fundia de nuevo para darles forma distinta de la primitiva suya, ántes bien se procuraba copiar la de los originales en que se habia buscado inspiracion, las *canciones*, *églogas* y *sonetos* de los innovadores, como todo lo que tiene algo de forzado y demasiadamente artificioso, suelen interesar ménos que la ingenua expresion de

pensamientos y afectos espontáneamente nacidos en el alma del poeta.

No se crea que al adelantar este juicio, me propongo menoscabar en lo más mínimo la importancia ni el mérito de Garcilaso. Lo que acabo de exponer, como en tésis general, respecto de la poesía con razon denominada *erudita*, más es disculpa que censura de aquel peregrino ingenio: á él solo pertenecen los aciertos que avaloran sus obras; los errores que las deslustran se han de atribuir únicamente al siglo en que vivió.

Ya lo hemos visto. Durante el XVI el mundo se ocupa en desenterrar lo que habian abatido y despedazado el tiempo y la mano asoladora del hombre; la admiracion aherroja la inventiva del ingenio; la novedad por aquellos dias consiste en gustar de lo viejo y en saber apreciarlo, de donde surge en cierto modo el imperio del buen gusto; en una palabra, el poeta, que sólo busca la originalidad en la imitacion, prefiere y rara vez lo alcanza, crear imitando. ¿Qué extraño, pues, que Garcilaso, despreciando la gótica rudeza de los vates castellanos que le precedieron, quisiese adornar su propia lengua con nuevas y lucientes galas de la latina, y con pensamientos y giros de Petrarca, Sannazaro, Fracástor y Bembo? No es esta ocasion de enumerar cuánto debieron á Garcilaso las buenas letras, que entraron en España con el imperio; bástame seguir los pasos al que, *con espíritu divino*,

Al grave Tajo en sus arenas de oro
Mezcló el licor toscano y el latino,

para sorprender el secreto de su alma cuando se apacienta en la contemplacion de las bellezas campestres.

Séame dado lamentar, no obstante, que un poeta muerto en el vigor de la juventud, que pasó la mayor parte de la vida guerreando á fuer de bueno contra los enemigos de su patria, y

que á pesar de ello tuvo tiempo y genio bastante para consumar una transformacion radical en la versificacion y el estilo, para fijar la lengua, comunicando á la diccion poética tan abundante sávia y frescura, que hoy es, y áun se conserva como entónces en toda su lozanía, —no se hubiese abandonado á sus naturales impulsos al sentir conmovida y arrebatada el alma ante las maravillas del universo. ¿Qué no habria hecho al tocar en este raudal fecundo de inspiracion un hombre como Garcilaso, abrigando la exacta idea de que para encontrar flores de verdad no hay que buscarlas en los jardines, sino en los campos? Qué, si no hubiese por sistema rechazado el arte de apasionarse de la naturaleza? Qué, á entregarse abiertamente al sencillo placer, por el cual el mundo físico se insinúa en la imaginacion del poeta sin que él mismo lo perciba?.....

Despues de la pesada fatiga de la batalla, cubierto de sangre y polvo, y ceñidos los victoriosos laureles de Túnez, cuando áun retumban en sus oidos estrépito de armas, tumulto y gritería, y agitan su espíritu escenas de muerte y desolacion, creo mirarle buscando reposo en callado y solitario bosque, junto á un fresco arroyo, á la sombra de un árbol, y allí con la lectura de sus poetas favoritos borrar, sin esfuerzo, del pensamiento lo pasado, y convertirle á imágenes dulces y risueñas. Entónces se despiertan suavemente en su alma los recuerdos del amor y de la amistad, vuelve los ojos á la hermosura que le rodea, y exclama:

¡Corrientes aguas, puras, cristalinas;
Árboles, que os estais mirando en ellas;
Verde prado, de fresca sombra lleno;
Aves, que aquí sembrais vuestras querellas;
Hiedra, que por los árboles caminas,
Torciendo el paso por su verde seno;

y entónces pondera así los hechizos de su amada:

Flérida, para mí dulce y sabrosa
Más que la fruta del cercado ajeno,
Más blanca que la leche y más hermosa
Que el prado por Abril de flores lleno!

ó se transforma en sus camaradas y amigos, recuerda sus infortunios, y teme perder la que adora, porque el amigo perdió su amada:

¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario dia
Que diese amargo fin á mis amores?

Nacido para el amor y la amistad, dechado de nobles afectos, claro y castizo en el estilo, sencillo y pintoresco en la frase, habria podido Garcilaso expresar cual muy pocos el sentimiento de la naturaleza, si se hubiese detenido más á observarla, buscando en sí mismo lo que pedia á latinos y toscanos. Él, con los metros recien traidos de Italia, juega y en todos domina, como si usarlos hubiera sido antigua y natural costumbre en la musa ibera. ¿Quién ha excedido hasta ahora la belleza de elocucion y versificacion de sus liras, que nacen en *La flor de Gnido* armadas de toda perfeccion y hermosura? Ved cómo el poeta avasallaba la forma al describir el campo, igualando y en ocasiones superando á sus modelos:

Convida á un dulce sueño
Aquel manso ruido
Del agua, que la clara fuente envia;
Y las aves sin dueño,
Con canto no aprendido,
Hinchen el aire de dulce armonia;
Háceles compañia,
A la sombra volando,

Y entre varios olores,
Gustando tiernas flores,
La solícita abeja susurrando.

¿Por qué quien expresa de este modo los encantos de la naturaleza, se empeña en fingir pastores, cuyas magníficas palabras censura él mismo cuando dice:

¿Quién te hizo filósofo elocuente,
Siendo pastor de ovejas y de cabras?

Ni se concibe que en la *Elegía al duque de Alba*, escrita en tercetos admirables, para deplorar la muerte de D. Bernardino de Toledo, imagine al viejo Tórmes despedazándose los cabellos y mal paradas barbas, y en torno suyo desmayadas y sin ornamento las ninfas, y que no encuentre para curar el dolor del Duque mejores médicos que sátiros y fáunos.

Pero Garcilaso, como todos ó casi todos los líricos del renacimiento, con ménos exageracion tal vez que otros muchos, no parece español ni cristiano en la mayor parte de sus composiciones. ¿Quereis de ello otra prueba? Cuando está padeciendo el enojo de su emperador y rey, léjos de la patria, desterrado en una frondosa isla del Danubio, apénas fija la atencion en la hermosa naturaleza que tiene delante de los ojos, y ni siquiera busca en la religion el menor consuelo; y para expresar el sentimiento de que se halla poseido, para descubrir el lugar donde se encuentra, pide imágenes á la erudicion, apela á sus recuerdos y estudios, y concluye por apostrofar á su cancion misma, sin duda porque así lo hizo Petrarca. Y eso que en estos versos hay rasgos que indudablemente revelan profunda sensibilidad y la conciencia limpia y el alma heróica del poeta:

Tengo una sola pena,
Si muero desterrado

Y en tanta desventura,
Que piensen por ventura
Que juntos tantos males me han llevado.

La amenidad del sitio, la soledad y la prision habrian arrancado sin duda acentos más graves y melancólicos, más sencillos y naturales al corazon, tan tierno cuanto varonil, del príncipe de nuestros líricos, si éste no hubiese forzado de antemano su propio espíritu á sofocar la dulce melancolía que infunde en un pecho sensible el espectáculo de la naturaleza, por rendir tributo á símbolos paganos, cuyo habitual empleo no podia ménos de ser una extravagancia. En buen hora que los poetas de la antigüedad, que convertian en dioses las inclinaciones humanas y poblaban los cielos de deidades, tan capaces de ciegas pasiones como los mortales, echasen mano, para dar mayor importancia á la descripcion de la naturaleza, de un recurso que tenia además la ventaja de proceder legítimamente de sus creencias religiosas. Enhorabuena que la ignorancia por una parte, y por otra el temor que en ciertos casos infunde la supersticion, procurasen explicar los fenómenos físicos atribuyéndolos á intervencion de séres sobrenaturales, y creyesen ver en cada uno de ellos una mitológica aparicion. Pero cuando ya más ilustrado el hombre, ha conocido las causas y móviles de aquellos fenómenos y no le sorprenden ni aterran, ántes bien los calcula y los ve anticipadamente aproximarse, buscar por tales modos la regeneracion de la poesía es más que un anacronismo. Desde el triunfo definitivo de la religion cristiana las fuentes no ocultan ya entre sus linfas séres racionales que viven y se quejan, y nos oyen y nos atienden: Eco no es una ninfa que responde á nuestros acentos; los árboles no son semidioses que nos miran, nos observan y nos protegen; las horas no ensillan y encienden los caballos del sol, ni éste apaga su hoguera en el Atlántico levantando el humo que envuelve en oscuridad

la noche y se deshace en lágrimas á la aurora. ¿A qué, pues, encadenar la inspiracion á tales ficciones los poetas del siglo XVI? ¿Á qué valerse de este aparato, ya caduco, de imágenes engañosas? ¿Á qué desoir la muda y al par sublime elocuencia de la creacion, por prestar oidos y resucitar y acariciar esta charlatanería pagana? La virtud propia del laurel en que se habia transfigurado, ¿pudo, por ventura, impedir que el rayo abrasase á Dafne?

Y, ¿por qué estos anacronismos hacen desmerecer los poemas del siglo XVI? ¿Cómo el gran poeta, el príncipe de los poetas, que tan bellamente se inspira en el seno de los campos, bastardea el sentimiento de que nace su inspiracion? Porque el libro que tiene en la mano se ha interpuesto entre su alma y la naturaleza.

Para encontrar en los ingenios españoles é italianos de entónces rasgos dictados por el sentimiento religioso ó por hazañas y sucesos contemporáneos, hay que detenerse en buscarlos, miéntras que por todas partes se escuchan los anticuados sonidos del caramillo y la zampoña, ó se ven pobladas las selvas de fabulosas deidades. Pero no está lejano el dia en que empiece á ser otro el arte de imitar. Rebélase al fin la inspiracion propia é individual contra el despotismo del modelo, y añade el estudio de la lengua hebrea y de los tesoros bíblicos nuevos elementos de vida á la lira castellana. Las ninfas del Alfeo y del Tíber, que tendian al aire la cabellera de esmeralda, convidando al placer sensual en alcázares de ópalo, huyen medio avergonzadas ante las ondas del Jordan, cuya celestial virtud purifica y regenera.

Gracias á la potencia creadora de la fe cristiana, hállase las más veces originalidad en esta segunda série de imitadores, donde en primer término brilla, aunque no sin rival tan admirable como San Juan de la Cruz, el agustino de Belmonte, el horaciano Luis de Leon.

Veinte y cinco años tendria poco más ó ménos Garcilaso cuando vino al mundo el que la Providencia divina habia destinado á ser gloria de la religion y de las letras. Pero ántes que éste llegase á la edad en que el desarrollo de las facultades mentales permite al hombre penetrar en el santuario del saber, la dulce avena del amigo y discípulo de Boscan habia enmudecido para siempre; y la nueva poesía, trasplantada á nuestro suelo jóven ya y hermosa, adquiria con extraordinaria rapidez vigor y fuerza suprema. Las obras poéticas del religioso Luis de Leon á las que se aplicó más por inclinacion de su estrella que por juicio y voluntad, se le cayeron como de entre las manos, segun él mismo asegura, en la mocedad y casi en la niñez. Pertenecen, pues, á los últimos años del reinado de Cárlos V, reinado que vió nacer en Alemania los errores de Lutero (tan influyentes despues en el rumbo de la civilizacion, costumbres y relaciones sociales) y que asordó la Europa y el mundo con el estrépito de las batallas contra turcos, franceses y berberíes, con el encarnizamiento de las guerras de religion y con las disputas teológicas.

Cuando animado de fervoroso patriotismo prorumpia nuestro agustino en los enérgicos acentos de *La profecía del Tajo*, el esplendor y bizarría de la época galante y guerrera de Cárlos V se preparaba á ceder el puesto á la política sagaz y prudente de Felipe II; y á tenor de esta imperceptible modificacion paulatina iba tambien modificándose el carácter de la inspiracion, si ya ménos risueña, fresca y graciosa que en Garcilaso, de más viriles alientos, más vehemente y filosófica.

No era Fr. Luis de Leon hombre capaz de dejarse avasallar por la tiranía de la moda, ni en materias literarias ni en otra alguna. Aficionado por carácter á vivir encubierto, y mal codicioso de aplausos, que su cristiano espíritu reputaba sólo vanidad y ruido, el virtuoso agustino era de aquellos á quien ni des-

vanece la prosperidad ni desespera la desgracia. Consagrado al estudio desde la primera juventud, no halla raudal que apague su sed de ciencia; y si anhela saber, es para explicar más atinadamente la verdadera doctrina. Natural, expansivo y concentrado al mismo tiempo, lo cual parece á primera vista una paradoja, huye el bullicio de las gentes para dar rienda suelta en la soledad á los tesoros de amor y ternura que su corazon encierra. Así se explica el ansia con que, todavía muy jóven, se apresuró á entrar en el cláustro; así la suma y variedad de conocimientos que poseía; así tambien la escasa influencia que, por la índole especial de su carácter, hábitos é inclinaciones, habian de ejercer en sus obras las convenciones de escuela. ¿Quiere esto decir que las poesías del Maestro Leon están limpias de reminiscencias de otros autores? Ni siquiera imaginarlo. Fr. Luis imita, Fr. Luis utiliza discretamente el fruto de sus lecturas. ¿De qué suerte? Haciendo propio lo ajeno; comunicando nuevo ser á lo que de otros recibe; hallando, en una palabra, el secreto de ser original en la imitacion. Por lo demas, harto es sabido que en las obras del ingenio suele haber coincidencias inevitables. El corazon es siempre el mismo, y los sentimientos del alma, esencialmente iguales en todos los hombres. ¿Cómo, pues, evitar en casos dados que la simultánea inspiracion de dos ó de más poetas, que reconoce por fuente un solo orígen, se produzca en términos semejantes entre sí, ó exprese las mismas ideas sin ser deliberadamente imitadora? El lamentar lo breve de la hermosura del rostro, el considerar cuán fácilmente se marchita la belleza, ¿no es propio de todo el que quisiera perpetuarla en el ser y estado en que la admira? Pues donde esta admiracion exista, ó se trate de lamentar aquella pérdida, allí los que expresen tal idea han de encontrarse, quieran ó no, en el fondo ó en la forma.

No creo yo que la inspiracion lírica está en decadencia hace

millares de años, aunque lo diga un maestro como Villemain. Podrá ser que en los siglos modernos le falte el estímulo, hijo de las circunstancias y de las costumbres, que comunicaba mayor brio á los cánticos de la profetisa Débora é inflamaba el espíritu de Moisés al prorumpir en alabanzas al Criador, despues de haber pasado el mar Rojo; podrá ser que le falte el aparato y concursos que servia como de marco al cuadro de las famosas odas de Píndaro. Pero si la lírica ha perdido algo en popularidad y en efecto, no ha decaido ni decaerá en esencia donde existan almas templadas para el entusiasmo. La inspiracion lírica puede ser, es de hecho, en ciertos grandes poetas de las edades modernas, tan arrebatada, tan vigorosa, tan intensa, mucho más intensa que la de los griegos, aunque más individual y circunscrita. Y no sólo compite en arrebato, en sinceridad, en jugo con la de los poetas de Grecia y Roma, sino la excede á veces en intension y ternura, sobre todo cuando recibe impulso, como en Fr. Luis de Leon, del sentimiento cristiano. No conseguirá en un momento dado triunfos tan estrepitosos, porque le falta el teatro donde solia brillar en los pueblos de la antigüedad remota; mas no por eso dejará de herir profundamente en la soledad las cuerdas del corazon á que particularmente se dirija, ni de ser oida del mundo entero, en alas del periódico y del libro.

Las poesías de Garcilaso no nos conmueven tan hondamente como las de Fr. Luis de Leon (que es no ménos conocedor é imitador que aquel de los poetas antiguos é italianos), porque el vate de Toledo no se habia sobrepuesto á la índole avasalladora de los estudios clásicos, esencialmente paganos. De aquí nace sin duda que el Maestro Leon venza en originalidad á Garcilaso. La originalidad no está en el sujeto, sino en el poeta; Ariosto se apodera de un asunto tratado ántes por Bojardo, cuyos pasos sigue muchas veces, y es, sin embargo, uno de los

ingenios más originales que han existido, y abre camino á la creacion del *Don Juan* de Byron.

Fr. Luis ve, con la superioridad de un alma que desdeña las vanidades mundanas, los triunfos de la ambicion y de la soberbia, la agitacion de una época de grandes acontecimientos, de luchas terribles; y desahoga la vena de su corazon, eminentemente poético, volviéndose á la naturaleza y á la soledad, como á puerto que le brinda con reposo, léjos del piélago en que luchan y se agitan los más activos intereses políticos y sociales. Por eso, cuando se ocupa en traducir los Salmos del Rey Profeta, en las horas que le dejan libres las penosas atenciones de su magisterio, no se propone sólo hacer bellos versos, sino rendir tributo á la ardiente fe que abriga su alma, y que necesita exhalarse por tal camino en cánticos celestiales. Por eso hermana bizarramente en sus rimas lo bello con lo sencillo, y lo original con lo natural y verdadero. Espíritu de este delicado temple debia comprender y sentir como el que más la poesía de la naturaleza.

Dejad, Señores Académicos, que recuerde en este lugar el nombre de los grandes escritores místicos, casi todos ellos grandes poetas que florecian al par de nuestro agustino, y que, amamantados en la Sagrada Escritura, procuraban acercarse á Dios en la soledad; á Dios, que ha dicho por boca del Salmista, lo cual encarece aún más la importancia de las bellezas naturales: «La hermosura del campo está en mí.» Dejad que admire los prodigios de la fe cristiana y los de la ciencia católica en una Teresa de Jesús, en un Granada, en un San Juan de la Cruz, en un Estella, en un Reyes, en un Cháide, en tantos otros como en aquella gloriosa época inundaron en pura luz los espacios del saber, y encontraron en el seno de la religion un entusiasmo, un fuego, una inspiracion á que no llegan los poetas profanos de más nombradía, aunque á veces los superen en el ar-

tificio de la forma. Dejad que busque en el alejamiento de los placeres mundanos, en la oscuridad de la vida monástica el crisol donde el alma se depura, donde el hombre, desprendido de las pasiones, de las miserias, de los vicios que infernan el mundo, sofoca los sórdidos impulsos de su propia naturaleza, enseña por qué senderos se evita el choque desastroso de los intereses terrenales, y cómo se aprende á moderar los deseos y á encontrar felicidad en los sencillos placeres con que brinda la hermosura de los campos al que no se deja arrebatar en el torbellino de la ambicion.

Ved, ved cómo el insigne Maestro de la escuela salmantina procura aliviar el trabajo de la cátedra en la amenidad de un soto, isleta en medio del rio Tórmes, apegada á la presa de una aceña. Oidle exclamar:

> Del monte en la ladera
> Por mi mano plantado tengo un huerto,
> Que con la primavera
> De bella flor cubierto,
> Ya muestra en esperanza el fruto cierto;

más ufano de disfrutar pacíficamente las delicias de este retiro, que de sus riquezas el magnate para cuya codicia fueran poco los tesoros de Creso, ó á cuya vanidad pareciera mezquina la pompa de un soberano.

Mirad cómo se aplace en describir los bellos objetos que ofrece á sus ojos la naturaleza para regalo de su espíritu, fatigado con el estudio:

> Y cómo codiciosa,
> Por ver y acrecentar su hermosura,
> Desde la cumbre airosa
> Una fontana pura
> Hasta llegar corriendo se apresura;
> Y luego sosegada,
> El paso entre los árboles torciendo,

El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.
 El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido;
Los árboles menea
Con un manso rüido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

En las claras noches de estío, ántes de entregarse á la oracion, contempladle asomado á la ventana de su celda para respirar un momento el fresco vientecillo que agita los jazmines y moradas campanillas que la festonan; poseido del sentimiento despertado en su corazon por el espectáculo que admira, dando rienda suelta á sus profundas meditaciones, oidle prorumpir en estos sublimes acentos:

 Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo,
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado;
 El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
 «Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
Al alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, escura?»

Entónces lamenta el error que apartando al hombre de la verdad, lo aleja del bien divino, y observa cómo el ciego mortal se abandona al sueño, sin reparar en que las vueltas que da el cielo le van hurtando las horas del vivir. Entónces exclama con efusion imponderable:

¡Cuándo será que pueda,
Libre, de esta mansion volar al cielo!

Y rompe en este vigoroso apóstrofe:

¡Oh! Despertad, mortales;
Mirad con atencion en vuestro daño.
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?

Hé aquí ya la originalidad verdadera. Hé aquí el puro, el íntimo sentimiento que inspiran inmediatamente las maravillas de la creacion, negado á quien le busque, no en ellas, sino en las copias y en afectos ajenos. Hé aquí, en fin, tal y como la pudiera apetecer el corazon más apasionado, el crítico más exigente, la poesía de la naturaleza.

Fr. Luis de Leon como los poetas árabes, de cuya índole á un tiempo fogosa y melancólica participa, saca sus más hermosos símiles de los objetos naturales; y sus poesías, inspiradas como las de aquellos por la constante contemplacion del cielo y de los campos, están llenas de bellezas de suma ingenuidad y frescura.

No es esta ocasion de recordar las persecuciones de que fué víctima nuestro agustino, aunque algunas de sus composiciones parezcan desahogos de su pecho contra la iniquidad que le tuvo encerrado cinco años en las cárceles del Santo Oficio. Bien que el Maestro Leon pudiese decir entónces con S. Juan de la Cruz: «Las olas de la calumnia baten hoy mi rostro, pero no le manchan ni conturban,» —no hay duda en que los rigores de la injusticia encendieron su natural inclinacion á la soledad y al *vivere parvo* de que habla Horacio. En la soledad es realmente donde estamos ménos solos; allí la verdad se infunde en nuestro ser y lo purifica del egoismo. Fr. Luis de Leon buscaba

desde la niñez inspiracion y fortaleza y consuelo en el seno de los campos, como quien sabe que este mundo visible es efecto y obra de las manos de Dios, y que, segun las elocuentes palabras del Maestro Granada, él nos da conocimiento de su Hacedor; esto es, de la grandeza de quien hizo cosas tan grandes, y de la hermosura de quien formó cosas tan hermosas, y de la omnipotencia de quien las crió de nada. Tal es, á despecho de sus estudios clásicos animados de pagano espíritu, el secreto de la originalidad del Maestro Leon. Tal la causa primaria del tierno y puro amor de la naturaleza, que resplandece en sus obras.

Nádie ignora las circunstancias que mediaron para venir España á caer desde esta plenitud de grandeza en el abatimiento en que la vemos bajo el cetro de Felipe IV; conocida es de todos la especie de transformacion á que la lírica española se siente arrastrada en el siglo XVII, merced al deletéreo influjo de la general decadencia de la nacion.

Cuando Francisco de Rioja comenzó á brillar como escritor y poeta, habian pasado ya para España los dias de triunfos y conquistas de la época gloriosa de Cárlos I en que floreció Garcilaso, y los de órden y paz interior debidos á la prudente energía de Felipe II, durante cuyo reinado ejerció imperio el Maestro Leon en las regiones de la inspiracion poética. Un rey entregado míseramente á un valido, y más dado á placeres y liviandades que á velar por el bien y conservacion del reino; un ministro ambicioso corrompiendo al Monarca para dominarle, y halagando sus caprichos para usurparle moralmente el cetro, quebrantándolo cada vez más en sus inhábiles manos; una corte corrómpida, donde apénas habia otro Dios que el oro, ni mejores títulos que la adulacion, ni mayor virtud que la bajeza; la venalidad, haciendo veces de justicia; el valor, no moviéndose ya por arranque generoso de patriotismo, sino por hidropesía de

medro; el entrometimiento, el descaro, la desvergüenza, usurpando sus fueros á la modestia, al mérito, á la honradez, y sirviendo de escalon para llegar á todo, para conseguirlo todo: hé aquí el espectáculo que ofrecia en el reinado del Cuarto Filipo nuestra desdichada patria.

Fácilmente se comprenderá que no eran tales tiempos á propósito para que el sábio modesto fuese buscado en su retiro con el fin de utilizar su saber y experiencia en beneficio del Estado, y que entónces el merecimiento se marchitaba y perecia sin el favor. Es opinion acreditada que al de D. Juan de Fonseca y Figueroa, hermano del marqués de Orellana y grande amigo y pariente del conde-duque de Olivares, debió Rioja entrar en la confianza del valido y que este le nombrase su secretario. No hay para qué decir si la eleccion fué acertada. Cuando no por lo que se debe de justicia á la bondad y á la ciencia, ni por lo que pueden esperar de una y otra aquellos á quien está encomendada la suerte de las naciones, por egoismo deberian príncipes y repúblicos rodearse de sábios y virtuosos. Desatender el mérito del amigo leal porque se le tiene seguro, porque se confia en su virtud; y buscar, y halagar y recompensar al díscolo intrigante, cuya única páuta ha de ser siempre la conveniencia; y de quien se sabe que nunca ha de prestar firme apoyo al que lo levante, miéntras columbre esperanzas de subir á mayor altura,—es torpeza insigne en los ministros, es debilidad, sólo disculpable en quien no quiere á su alrededor sino pigmeos, con el intento de parecer así de más elevada estatura.

Tal fué, sin embargo, el proceder del conde-duque de Olivares con D. Francisco de Rioja, con el hombre honrado y agradecido, que pagó con creces las atenciones de su tibio favorecedor, ya saliendo á su defensa en el *Aristarco* cuando los desastrosos movimientos de Cataluña, ya siguiéndole al des-

tierro cuando repentinamente cayó de la cumbre de su grandeza y escribiendo en su defensa el *Nicandro, ó antídoto,* á riesgo de grandes persecuciones. Cierto que, mediante la recomendacion de D. Juan de Fonseca, puso el Conde-Duque los ojos en un hombre de la ciencia, bondad y rectitud de Rioja; pero sólo atendió á beneficiar en interés propio las nobles prendas del sevillano, burlando las esperanzas que despertó en él y con que le habia entretenido por largo tiempo. Concíbese, pues, que nuestro poeta escribiese con tan desengañado acento:

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al más astuto nacen canas;
Y el que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varon ha merecido
Ni subir al honor que pretendiere (1).

Natural es que todo el que siembra injusticias, avaro del favor para con quien lo merece, no llegue á cosechar sino

(1) Ignórase aun la fecha en que Rioja escribió la *Epístola moral*. En mi opinion debió ser cuando, despues de la caida del Conde-Duque, se retiró á Sevilla, quizá en 1644. El Sr. D. Cayetano Alberto de la Barrera, que ordena actualmente con copiosa erudicion una extensa biografía de nuestro vate sevillano, conjetura que pudo escribirse la *Epístola* hácia el año 1618, despues de la primera estancia del poeta en la corte (créese con fundamento que Rioja nació de 1580 á 1586; pero todavía no se atreve á asegurarlo, tanto por la falta de datos fehacientes en que apoyarse, cuanto porque son no ménos fuertes y poderosas las razones que dan á la contraria opinion, cuando ménos, apariencias de razonable y de exacta. A mi ver, Rioja no hubiera trazado la *Epístola moral* con la verdad, filosofía y sobriedad de términos que en ella resplandecen, sin tener muy formado el gusto literario y sin haber tocado por sí mismo la vanidad de ciertas grandezas y lisonjas, la ceguedad de la ambicion cortesana; en una palabra, sin haber vivido entre la batahola de los negocios en que debió intervenir como secretario del privado. Leyendo atentamente aquellos admirables tercetos, se vendrá en conocimiento de que Rioja debió escribirlos ya muy entrado en años.

Mucho se acercan tambien á la verdad, si no son la verdad misma, las conjeturas en que se funda la indicacion de que al favor de D. Juan de Fonseca, amigo y pariente del conde-duque de Olivares, se debió tal vez el que este dispensó á nuestro poeta nombrándole su secretario.

daños y menosprecios. Algo más medrado andaria el mundo si los que rigen estados buscasen únicamente apoyo en aquellos que no vacilan en condenar el mal, hállese donde se hallare.

Ved aquí, pues, descifrada la causa de la profunda amargura y humor honradamente satírico de los versos de Rioja. Ved por qué, cuando intenta arrancar la poesía del aire nocivo de la corte, cuando la quiere llevar al campo (oportunamente lo ha dicho en este lugar un ilustre académico), *no canta más que ruinas*. Y con razon. En ruinas estaba ya la poderosa monarquía de los Reyes Católicos, del Emperador y de Felipe II. En ruinas iba convirtiéndose la inspiracion de Garcilaso, de Leon, de Herrera y los Argensolas. A ruinas, y nada más que á ruinas, habian quedado reducidos el lenguaje y el buen gusto en la universal falange de culteranos y conceptistas, churriguerescos imitadores de Góngora, Carrillo y Villamediana.

Gloriosa excepcion en su tiempo, Rioja, que vivió como hombre de bien en una corte pervertida, y resolvió en España, como Horacio en Roma, el difícil problema de ser al par lírico y razonador, supo tambien librarse del contagio que por aquellos dias mudaba la sencillez y majestad de la musa ibera en aparato vanidoso de gigantescas locuciones vacías de sentido, ó en cúmulo extraño, y las más veces ridículo, de imágenes desaforadas. Amaestrado en la desgracia, el poeta sevillano busca auxilio en la filosofía para soportar con resignacion las adversidades, y toma por asunto primordial de sus composiciones glosar esta máxima de su predilecto Séneca: *Calamitas virtutis occasio est.*

No anima á Rioja el espíritu imitador, pero galante, puro y lleno al par de frescura, que enamora en Garcilaso, y que participaba de la gallardía de aquella época de hazañas y victorias, de la marcialidad y apostura de la vida del campamento.

Tampoco hallamos en sus poesías el místico arrebato, la profunda intensidad lírica del Maestro Leon; que refugiado en el espiritualismo católico, entregado á los inefables placeres de la vida contemplativa, siente por sí, ve más á Dios en sus obras, las ama profundamente, y goza infinito en contemplarlas, aunque sin tenerlas por parte del mismo Dios, como los modernos poetas panteistas, y muy principalmente los alemanes. Alma de suyo benévola, pero herida y desengañada, Rioja ve, siente, sufre los estragos de la ambicion, de la hipocresía, de la envidia; y bien penetrado de lo instable y perecedero de las grandezas humanas, busca reposo en el seno maternal de la antigua Romúlea, espera que su clima ha de serle más humano, y vuelve al amor y contemplacion de la naturaleza la actividad de su espíritu. Aunque por genial disposicion y sana doctrina se separe, en cuanto á la forma, del gongorismo á la sazon dominante, no ha de poder abstraerse por completo de las ideas, intereses y miserias de la corrupcion cortesana, en cuyo centro ha vivido sin inficionarse con ella; y así como Virgilio al ver un cañaveral se acordará de Siringa y del rio Peneo, así el poeta sevillano en el aura que pasa gárrula y sonante por las cañas, oye á los charlatanes y aduladores que tanto le han hastiado en la corte, arrabal del infierno, segun la gráfica expresion del secretario Antonio Perez.

Miéntras Garcilaso apénas se atreve á juzgar el siglo en que vive, ni á censurar las guerras donde tanta sangre se vertia, y se limita á decir:

> ¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
> Algunos premios ó agradecimiento?
> Sabrálo quien leyere nuestra historia;

dando así muestra de moderacion, que acredita la fe que en sí misma tenia España en aquella época; en tanto que Fr. Luis

de Leon, aunque alejado del bullicio de la sociedad, dice ya que su musa,

En lugar de cantar como solia,
Tristes querellas usa,
Y á sátira la guia
Del mundo la maldad y tirania;

patentizando en esta inclinacion á la sátira (de la que sin embargo no hace empleo) que vive en dias de espíritu más positivo que los de Garcilaso,—Rioja, guiado por la pensadora melancolía, fruto de los desengaños, indignado ante el vergonzoso espectáculo de la corrupcion general, exclama:

No quiera Dios que imite estos varones
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones;
Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos;

ó bien en este trazo pinta al desnudo el lamentable estado en que entónces se encontraba la justicia:

Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Astrea fué, cuanto regía
Con su temida espada y su balanza.
El oro, la maldad, la tirania
Del inicuo procede, y pasa al bueno:
¿Qué espera la virtud ó en qué confia?

Si en los risueños jardines de Sevilla se pára á contemplar la hermosura de una rosa, observa que áun esta no ha tendido al viento las *alas abrasadas*,

Y ya vuelan al suelo desmayadas.

Si fija los ojos en un clavel, es para preguntarle:

¿Diote naturaleza sentimiento?
¡Oh yo dichoso á habérseme negado!
Hable más de tu olor y de tu fuego
Aquel á quien envidias de favores
No alteran el sosiego.

Tan grande es y tan poderoso el influjo moral en todos los actos del ser humano, que hasta en los objetos naturales ha de buscar y encontrar siempre el espíritu del hombre secretas y misteriosas analogías con lo que llena su corazon ú ocupa su entendimiento.

De todo lo dicho hasta aquí se desprende que sólo con el comercio é inmediata observacion de la naturaleza puede llegar el hombre á emularla en acentos poéticos; que el estudio de los clásicos debe servir únicamente de preparacion y advertencia, y que el imitarlos ha de conducir á la originalidad, cuando la imitacion sea medio, y no fin. He procurado indicar de qué modo se diferencian el gentil, que hace bajar el cielo á la tierra, y el cristiano, que tiende constantemente á lo infinito, procurando despojarse de la materia. Habeis visto que la naturaleza es siempre una; pero que aquél la adora obedeciendo á los sentidos, y éste, conmovida el alma, la admira como obra de Dios.

El aspecto de la naturaleza se identifica con el estado de nuestro espíritu: para el ánimo afligido se muestra revestida de una dulce melancolía; risueña y alegre para el hombre feliz, es compañera en nuestro contento, alivio en nuestras amarguras, maestra elocuente en la soledad, madre cariñosa que en su seno recoge al fin nuestros mortales despojos. Ella canta con las mil lenguas de los árboles y flores, de los arroyos y montañas, del mar y de los astros la bondad y la omnipotencia de su divino Criador.

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL SR. D. ANTONIO MARIA SEGOVIA.

Señores: Dias de luto y de gala á un tiempo mismo son estos en que la Real Academia Española abre sus puertas á un candidato. ¡La satisfaccion gozosa de recibir en nuestro seno á un nuevo compañero viene á acibararse con el doloroso recuerdo de un colega, de un amigo, de un hermano, arrebatado á nuestra confraternidad para siempre! Poco importa que no sea nueva, si es en efecto siempre oportuna y provechosa, la reflexion de que en las cosas terrenas, áun el placer más inocente y puro anda constantemente mezclado con el pesar y la tristeza; por eso, al dar hoy nuestra bienvenida y sinceros plácemes al Sr. D. Manuel Cañete, no podrémos ménos de recordar aquel adios postrero que há poco mas de un año dimos al Sr. Baron de la Joyosa, al depositar sus restos mortales en la tumba.

Siempre debe llorarse
Si como manda la razon se llora (1).

Sea, con todo, esta lágrima la única que por un solo momento venga á turbar la alegría, que en nuestros ánimos debe infundir este acto solemne; alegría, me atrevo á decir, sin hi-

(1) Fr. Luis de Leon.

perbólica afectacion ni asomo de lisonja; y para justificar mi expresion, os pediré que atendais, Señores, primero á las prendas de que se halla adornado el candidato: á su saber y discrecion, á su erudicion y laboriosidad, á su juventud y su modestia; y en segundo lugar, al gremio literario de donde nuestro neófito procede, á ese cuerpo franco de la literatura militante, no tan disciplinado como audaz y valeroso, que en la república de las letras puede hacer mucho mal ó mucho bien, segun que se convierta en falange defensora del órden ó en bandería facciosa y turbulenta. Ya se entiende que quiero hablar del *Periodismo*, de cuyas filas, con armas y bagajes se nos allega el Sr. Cañete; de esas filas, en que tanto conviene reclutar partidarios ardientes, fogosos campeones y paladines de la hoy desamparada y áun perseguida lengua castellana.

Quisieran algunos filósofos ver en las analogías del mundo físico y del mundo moral algo más que un sistema de ficcion ingeniosa; ello es innegable que las leyes generales que naturaleza impuso á todos los seres, y que rigen ordenada y constantemente el orbe material, se encuentran luego como reflejadas ó reproducidas en este otro mundo llamado *sociedad*, ménos ficticio acaso, ménos artificial y convencional de lo que los hombres comunmente se figuran. Dígolo, Señores, porque me parece que sin esfuerzo de la imaginacion pudiéramos hallar gran semejanza entre la manera en que los cuerpos morales, tales como este nuestro instituto, se conservan siempre los mismos, renovando continuamente los elementos de que se forman, y la que se observa en los séres materiales organizados, los cuales atraen y sustraen del ambiente ó *medio* en que los colocó el Creador, fijan y se asimilan para nutrirse aquellas sustancias adaptables á su naturaleza, obrando las afinidades químicas como principal agente de esta asimilacion. Así es

como la Real Academia Española, en medio de la corrupcion actual del buen gusto literario, que más particularmente se nota en materia de lenguaje, halla siempre y atrae hácia sí un número más que suficiente de hombres estudiosos, eruditos, filólogos y humanistas, que como elementos afines se le agregan, reemplazando los que la muerte separa con harta frecuencia de nuestro organismo, séame permitida la expresion. Semejante es, pues, á la transformacion de ciertos extractos vegetales, por ejemplo, en partes constitutivas de otro órden de séres, el fenómeno, muchas veces como hoy repetido, de convertirse un periodista en académico.

Los adelantamientos de la imprenta, la libertad que las modernas constituciones políticas le han concedido en varios estados, y otras mil causas de pocos ignoradas, han contribuido á que el periódico sea en nuestros dias la forma que más comunmente adoptan las obras literarias; y ni áun las científicas escapan á esta necesidad fatal de la sociedad moderna, á pesar de que por su índole más bien requeririan ser presentadas siempre al estudioso con las condiciones todas de un verdadero libro. Síguese de aquí que apénas hay escritor que no haya sido alguna vez periodista; pero es tambien consecuencia lamentable de la naturaleza del periodismo que muchos por él se llaman escritores que no pueden ni debieran arrogarse semejante título, pues que ignoran hasta los primeros rudimentos del arte de escribir, y sobre todo su propia lengua. Y como sea mucho más fácil en todas las cosas humanas el descender, degenerar y corromperse, que el elevarse por el camino de la perfeccion, cuyo sublime tipo siempre se halla fuera de nuestro corto alcance, el resultado ha sido que con la facilidad de embadurnar papel para los periódicos, ha venido á degradarse la profesion de escritor, en lugar de sublimarse y ennoblecerse como la libertad de imprenta fundadamente prometia. Además,

la lectura de ese enjambre de papeles, escritos por toda clase de gentes, ignorantes unos, que son los más, y entendidos otros, que son los ménos; la lectura habitual de esos diarios, en que la pluma del sábio, del humanista, del publicista eminente, del crítico discreto y del poeta inspirado se esgrime al lado de otras plumas ménos hábiles, como la del intruso suscritor metido á gacetillero insulso, la del gratuito folletinista impuesto á la empresa por el favor, ó la del estólido corresponsal, que refiere casos y cosas *notables* de su aldea; la cotidiana lectura, repito, de ese fárrago, por no decir torrente, de indigestas producciones, ha corrompido el gusto, ha contaminado la masa entera de los lectores, ha inficionado la conversacion familiar, el estilo epistolar y áun el oficial, introduciendo en ellos una endiablada fraseología, y ha causado, en fin, daños inmensos á la pureza, elegancia, sonoridad, donaire y expresiva gala de nuestro bellísimo romance.

Véase, pues, cuánto importa que entre los hombres especialmente dedicados al periodismo distingamos los que con justicia merecen el título de escritores (que por cierto no faltan en la corte ni en las provincias), para no confundirlos con el vulgo de los que sólo saben convertir sus desaliñados manuscritos en papel impreso, aprovechándose de la gran facilidad que para tal operacion ofrecen estos nuestros tiempos, en que, como ya lo dijo Moratin, «todo se imprime.»—Diré más: que cuando un periodista de profesion consigue mantenerse incólume en medio del general contagio; cuando, á pesar de la precipitacion con que trabaja y de la imposibilidad en que se encuentra de meditar y corregir, se conserva puro y castizo en el lenguaje, y preserva su estilo de los vicios de la moderna greguería, del remedo de la frase gálica y del desatinado neologismo que hoy andan al uso, se hace acreedor á mayores encomios y contrae mucho mayor mérito que el autor de un libro reposa-

damente escrito y sazonado en la solitaria y silenciosa tranquilidad del gabinete.

En este caso encuentro yo á nuestro D. Manuel Cañete. Gran número de volúmenes podrian formarse con lo que tiene escrito en los periódicos literarios *La Aureola* (del cual fué director á los diez y seis años de edad), *La Alhambra* y *El Genil*, en la *Revista de Europa*, en la de *Ciencias y Literatura*, en la del *Español*, y en la más reciente de *Ciencias, Literatura y Artes*, que todavía se publica en Sevilla; por último, en los periódicos políticos *El Faro*, *El País*, *El Heraldo* y *El Parlamento*. Sus artículos políticos y literarios, y más especialmente los críticos, muestran bien á las claras los profundos estudios con que formó su entendimiento desde la tierna infancia, la buena lectura de que se hallaba nutrido, y la aficion y esmero con que siempre cultivó las humanidades. Así pudo desempeñar con sin igual aceptacion en el Ateneo de Madrid, desde el 1847 al 51, una cátedra de *Literatura dramática*, ramo en que siempre ha mostrado el Sr. Cañete extensos conocimientos, no sólo como crítico, sino como autor, pues son varias las obras suyas que el público ha laureado en el teatro.

El discurso que acabamos de oir, Señores, el acertado paralelo que nuestro nuevo compañero ha hecho de tres de nuestros más insignes poetas, demuestra bien á las claras el buen gusto y sana crítica de su autor. Natural era en quien así habia estudiado y analizado nuestra poesía clásica, y sentia bullir en su pecho el estro poético, el deseo de probar tambien sus fuerzas en la lírica. Así lo hizo en efecto el Sr. Cañete, mereciendo que un juez tan competente como el ilustre D. Alberto Lista dijese de sus primeros ensayos que con ellos «se anunciaba un poeta capaz de honrar á su patria.»

Pero aquí me asalta el recelo de que tal vez, deteniéndome

á elogiar al nuevo académico, no sólo ofendo su modestia, sino que convierto en importuno panegírico lo que en mi intencion y juicio habia de reducirse á un sucinto recuerdo de sus méritos literarios. Para confirmarnos en la justicia y razon con que le hemos abierto esas puertas, y para que esta eleccion quede justificada hasta en el ánimo del concurso que honra el presente acto con su asistencia, basta y áun sobra mucho con el discurso que acabamos de oir al Sr. Cañete, demostracion irrecusable de sus profundos estudios literarios, de su sagaz criterio y delicado gusto. El comentarle yo ahora ó aducir nuevos ejemplos y reflexiones en apoyo de su doctrina, sería fatigar la atencion del auditorio, y borrar con mi desaliñada arenga la grata impresion que á todos nos ha dejado la elegante peroracion de nuestro amigo.

Además, Señores, sorprendido cuando ménos lo esperaba con el encargo de esta contestacion, que hubo ántes de ser encomendada á sujeto mas idóneo y capaz de corresponder en su respuesta á la brillantez del discurso de nuestro colega, el convencimiento de lo mucho que iba á perder la Academia en tan desgraciada sustitucion, ha sido un nuevo inconveniente para quien ya tenia el de su propia insuficiencia. Arrédrame, sobre todo, el recuerdo de las bellísimas oraciones que últimamente han resonado en este recinto, con ocasion semejante á la de hoy; y léjos de aspirar á competir con tan inimitables dechados, he creido deber limitarme á lo que meramente exige en rigor la comision honrosa que me ha sido conferida; esto es, á dar, en nombre de nuestra Real Academia, la bienvenida al nuevo compañero, felicitarle por su elocuente discurso, y alargándole, por decirlo así, la mano al atravesar esos umbrales, conducirle hasta el puesto que entre nosotros viene á ocupar tan dignamente. Reduciéndose á esto mi papel, con lo cual hay más que sobrado para que yo lo tenga á grande honra, no he pen-

sado de modo alguno en seguir paso á paso el exámen crítico del Sr. Cañete.

Séame permitido, sin embargo, lamentarme de que, por temor acaso de parecer difuso, se haya abstenido el nuevo académico de analizar las obras de los tres ilustres poetas bajo el punto de vista de su maestría en manejar la lengua en que escribieron; punto que, como otros varios, sólo ha querido indicar someramente. Hubiera sido éste uno más, y no de los de menor importancia, entre los muchos buenos documentos que su discurso crítico contiene, y una tácita impugnacion de la herética máxima que hoy, por desgracia, cunde y prevalece, de que la pureza del lenguaje es dote muy accesoria, ya que no completamente indiferente, en las obras de ingenio, con especialidad en las poéticas. Fácil es demostrar lo absurdo de semejante principio; pero la mejor refutacion, á mi entender, sería probar el hecho contrario, analizando nuestros grandes modelos. ¿No es éste el más claro argumento? No viene la historia de la literatura de todas las naciones á atestiguar que es imposible ser buen poeta sin ser buen hablista, y que para la poesía, que es la música de las ideas, es tan necesaria la buena ejecucion y destreza en el instrumento como en la música propiamente dicha? Y si no, ¿dónde están, cuáles son los poetas cuyas obras hayan llegado á la posteridad sin el adorno, digo mal, sin el requisito indispensable del buen lenguaje? No creo que pueda citársenos ninguno; y al contrario, puede afirmarse que sin gran dificultad se encontrarian en la literatura de todos los pueblos numerosísimos ejemplos de composiciones poéticas que han alcanzado eterna duracion, no por la bondad intrínseca, por la verdad, por el valor ni áun por la poesía de los pensamientos, sino por la sonoridad y gala del lenguaje poético, por la artificiosa contextura del metro, por la expresion feliz; circunstancias todas que pueden embellecer una idea

tal vez falsa ó absurda, á la manera que, dorándola, se hace agradable á los ojos una repugnante píldora.

Los españoles, ménos aún que otro pueblo alguno, entiendo yo que debiéramos dudar de esta verdad tan evidente; porque, si bien se mira, las bellas propiedades de la lengua castellana y el modo de manejarla de nuestros buenos poetas constituyen el mérito fundamental de las tres quintas partes de nuestro Parnaso. Verdad es que, en mayor ó menor proporcion eso mismo acontece á la poesía de todas las naciones. Y si así no fuera, si no consistiera la belleza de una composicion poética, como de toda obra de arte, tanto ó más en la forma que en la esencia; si el encanto de los versos no estribara más en el modo de decir y en el bien decir que en lo que se dice, ¿cómo habia de llevarse en paciencia la frecuentísima repeticion de un mismo pensamiento? ¿Cuántas serán las veces que ha dicho en verso el hombre á la mujer «Yo te amo»? Cuántas las que la ha motejado de mudable, de falsa y de perjura? Pues, ¿por qué leemos y releemos con placer millones de versos en que no hay sino esas ideas (que cada cual además ha repetido por su parte tambien algunas veces, áun cuando sólo haya sido en pedestre prosa); por qué, digo, no nos causa hastío la eterna repeticion de tan manoseados pensamientos, si no es por la extremada variedad y belleza en la manera de expresarlos? ¿Quién podria resistir á Petrarca si no hubiera acertado á dar tal variedad y gala de expresion al tema siempre igual de sus elegíacas lamentaciones?

Habríanse ya quejado, ¿cuántos millares de poetas? del severo desden de un sin cuento de lindos ojos, cuando á Gutierre de Cetina se le ocurrió preguntar á otros tales:

Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me mirais, mirais airados?

¿Por qué, pues, se nos quedó grabado á todos en la memoria este madrigal desde que en las escuelas le aprendimos? Por qué es tan generalmente sabido y repetido, sino por su graciosa versificacion y por la secreta mágia de su dulcísima armonía, y porque la feliz expresion, la atinada eleccion de las palabras le hacen muy superior á otras composiciones dedicadas al mismo asunto?

No puede darse exclamacion más vulgar para quien se duele de un no previsto y triste caso, como suelen serlo los acontecimientos todos que forman el miserable tejido de la humana existencia, que la exclamacion de «¿Quién me lo dijera?» Y sin embargo, Garcilaso acertó á darle novedad y poesía cuando prorumpe diciendo:

> ¿Quién me dijera Elisa, vida mía,
> Cuando en aqueste valle al fresco viento
> Andábamos cogiendo tiernas flores...? &c., &c.

No menos trivial era la idea que Ovidio expresaba al comenzar de su tercera elegía. A cualquiera puede ocurrírsele el decir, conmemorando un triste suceso: «Hoy es, y todavía brotan lágrimas mis ojos cuando se presenta á mi memoria la tristísima imágen de aquella noche.» Mas este modo de expresar el pensamiento no le hubiera eternizado como aquellos fluidísimos versos:

> *Cum subit illius tristissima noctis imago.....*
> *Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.*

Tal es, repito, á mi entender, la dote principal de nuestros buenos poetas: el manejar bien la lengua, y ser ésta una de las más ricas, sonoras, armoniosas y propias para la poesía

entre las conocidas. Por eso vemos que marchan á la par, prosperan ó decaen, se perfeccionan ó degeneran, el lenguaje y la poesía; por eso levantaron la nuestra á tan grande altura muchos ingenios, que en elevacion de ideas, en ternura de afectos, en profundidad filosófica y en el calor de la fantasía, no sólo tuvieron rivales, sino que acaso quedaron inferiores á los poetas de otros tiempos y de otros países.

No es ahora de mi asunto el demostrar esta proposicion, ni áun creo siquiera que me toca seguir al Sr. Cañete en el exámen de esos tres poetas, extendiéndome á considerarlos como hablistas; habré, pues, de contentarme con decir, que si Garcilaso, Fr. Luis de Leon y Rioja son universalmente reconocidos y contados entre los príncipes de nuestra poesía, lo deben muy especialmente á la manera en que cultivaron y supieron servirse de la lengua castellana. Ellos fijaron el sentido de varias voces, introdujeron locuciones y giros nuevos, tomándolas de las lenguas hebrea, griega, latina y toscana; pero entiéndase que en estas novedades procedieron con inteligencia filosófica y guiados por el buen gusto; que en materia de lenguaje las innovaciones han de servir para enriquecer y embellecer el idioma, no para empobrecerle y embrollarle; los neologismos tienen tambien sus reglas y razon de ser, como los engertos en las plantas, los cuales no pueden ni deben hacerse de un árbol cualquiera en otro árbol, ni en cualquiera sazon, ni sin arte, ni sin objeto. Sabian aquellos tres ingenios próceres, y saben todos los maestros en el arte de escribir, que las alteraciones en el habla de una nacion culta han de hacerse por determinacion sesuda, nacida del saber, y no por desaliño é incuria, hijos de una ignorancia crasa.

Cuánto hizo en favor de nuestro áun no bien atildado romance el númen poético de Garcilaso, no es posible encarecerlo. Dos son las grandes influencias que contribuyen á formar el len-

guaje de un pueblo: la del legislador discreto, que fija el valor y define el sentido de muchas palabras de tal manera, que ya no pueden tener otro (y esto hizo nuestro D. Alonso el Sábio), y la del poeta, que graba en la memoria, por no decir en el alma de todo un pueblo, la forma verdaderamente estética de la representacion del pensamiento. Bajo este concepto, los versos de mérito real son joyas de inapreciable valor, como los de los tres preclaros varones á quienes hoy ha pasado muestra el Sr. Cañete; de cuyos versos, por lo que contribuirian á enseñar el buen castellano y formar el gusto, podria decirse lo que Fr. Luis á otro diferente propósito: «Y pluguiese á Dios que reinase esta sola poesía en nuestros oidos y que sólo este cantar nos fuese dulce, y que en las calles y en las plazas, de noche, no sonasen otros cantares; y que en esto soltase la lengua el niño, y la doncella recogida se solazase con esto, y el oficial que trabaja aliviase su trabajo aquí.» (*Oficial* dice, recordándonos que esta palabra va anticuándose en el sentido de menestral, artesano, artífice; *oficial* llamaria Fr. Luis al platero, al carpintero, al tornero, al ebanista, al alarife, al tundidor, al sastre, al talabartero, al zapatero de nuevo ó remendon, con otros infinitos, que hoy ya trabajan tal vez ménos y peor, pero no son *oficiales*, porque han dado en la flor de llamarse *artistas*).

Volviendo á Garcilaso, no puedo resistir á la tentacion de repetir aquí la observacion ya hecha de que, habiendo florecido en los principios del siglo XVI, y á pesar de las alternativas de prosperidad y decadencia por que ha pasado nuestra lengua desde entónces hasta la presente calamitosa época de corrupcion y de mal gusto, de galicismos, arcaismos, neologismos y jerga insoportable, sus obras son de todos entendidas y para todos igualmente sabrosas. «Apénas hay, dice Ticknor, una palabra ó frase de las que usó Garcilaso que no sea hoy dia considerada como propia y castiza..... Su estilo y diccion viven aún,

como vive su nombre, con tanta más razon, cuanto han sido consagrados por la costumbre.» Lo mismo sustancialmente habia dicho Quintana.

Esto es en cuanto á la diccion y al estilo; pues, ¿qué dirémos del tino para elegir, segun su material estructura, las palabras; del admirable acierto con que el poeta combina los sonidos de manera que, no sólo recrea el entendimiento, sino que deleita el oído con la melodía de su canto?—Provechoso en gran manera será siempre el estudio de Garcilaso, áun bajo este solo aspecto, á los que quieran profundizar toda la capacidad musical, por decirlo así, de nuestra lengua. Su égloga primera, tan universalmente conocida, tan general y justamente celebrada, brilla no ménos por ésta que por otras circunstancias. Bien pudieran aplicarse á la melodiosa entonacion de esta dulcísima égloga aquellos versos de Fr. Luis de Leon, y decir que

> El aire se serêna
> Y viste de hermosura y luz no usada,
> . . . . cuando suena
> La música extremada,
> . . . .
> A cuyo son divino
> El alma, que en olvido está sumida,
> Torna á cobrar el tino
> Y memoria perdida
> De su orígen primera esclarecida.

Porque, en efecto, no hay alma sensible que no se sienta arrobada por el artificio melódico de esta bellísima composicion. De los cuatrocientos veinte versos de que consta, son muchos los que tienen las cinco vocales, y muy pocos en donde no se encuentren á lo ménos cuatro; advirtiendo que en esta observacion se comprenden la mayor parte de los versos cortos, es

decir, de los heptasílabos. Las letras consonantes se ven empleadas con no menor acierto y conocimiento de la armonía, y al mismo tiempo faltan ó escasean mucho las articulaciones ásperas, las sílabas duras y las combinaciones poco eufónicas que tan profusamente emplean los escritores desaliñados é ignorantes, para quienes todos los vocablos son igualmente buenos con tal de que, mal ó bien, vengan á significar su pensamiento. Como la citada égloga y las demas composiciones de Garcilaso están sin duda bien presentes á la memoria de cuantos me escuchan, tengo por excusado el acumular ejemplos, y me limitaré á aclarar lo dicho con una sola cita:

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio y Nemoroso,
He de cantar, sus quejas imitando.

Así dichos estos tres versos, hubieran sido sin tacha en cuanto al metro y al sentido; nada obligaba al poeta á ingerir en el segundo el adverbio *juntamente*, ni siquiera la precision de uniformar las estancias, pues que áun se estaba al comenzar de la primera; pero su buen gusto en el decir, y su oído delicado le sugirieron sin duda el intercalar aquel vocablo sonoro de suyo, significativo además de la union de los pastores; con él mejoró la estrofa, y logró que el verso quedara más numeroso y rotundo, completando asimismo con graciosa elegancia el pensamiento.

Salicio juntamente y Nemoroso

dijo, pues, y tan bien dicho, que á nádie le ha ocurrido tachar de superfluidad ó importuno ripio esa palabra. En resúmen, pocos poetas han sabido como Garcilaso dar tanta novedad y sabor á las palabras más comunes y áun prosáicas, em-

pleándolas unas veces donde su peculiar armonía las hace más gratas al oído, otras donde su sentido realza la idea. Esto se llama entender bien el *callida junctura* del famoso precepto de Horacio: *Dixeris egregiè.*

No quisiera, Señores, importunar á la Academia ni al discreto concurso que me atiende, prolongando demasiado este exámen; ni áun la esperanza podria alentarme de que el eco de mis desautorizadas palabras, resonando fuera de los límites de este estrecho recinto, pudiese ir á obrar allá entre la turba infiel prodigiosas conversiones. A la manera que en el pecador empedernido hace poca mella el panegírico de un santo, dechado de todas las virtudes cristianas (y ménos si el predicador es fráile de misa y olla, y el sermon algo gerundiano), los pecadores modernos, que tan en poco tienen el estudio de la lengua, no es de esperar que se enmienden por los elogios que yo aquí hiciere del ilustre vate toledano; ántes bien temo que me respondan con aquella frase de rebeldía contumaz, que ya puso en su boca un chistoso satírico moderno:

Y rabie Garcilaso enhorabuena;
Que si él habló la lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.

Achaque es este, Señores, de la edad presente. Entiéndese por independencia el sacudir todo yugo, todo freno, hasta el de la razon; pónense en tela de juicio las verdades más inconcusas, como, por ejemplo, la de que el hablar bien una lengua es mayor mérito que el hablarla mal. De esta epidemia moral, que todo lo infesta, nace asimismo la corrupcion literaria. Ya de antiguo tienen observado los médicos que cuando reina epidémicamente una enfermedad, todas las análogas toman el mismo carácter, degenerando en aquella. Por razon semejante se ve hoy la literatura acometida de dolencias que no le

son realmente propias ó constitucionales. El mismo espíritu de ciego error que induce á los hombres á sacudir todo freno político, moral y religioso, ese mismo es causa de que nieguen la obediencia á toda autoridad literaria.

De ahí procede tal vez esa invasion terrible é importuna de los neologistas, galicistas y enemigos de todo buen lenguaje; invasion semejante á la de la langosta ó á la del cólera:

> Dejémosla pasar como á la fiera
> Corriente del gran Bétis, cuando airada,
> Dilata hasta los montes su ribera (1).

Y volviendo á nuestro poeta, diré, en conclusion, que en el intento de imitar y aclimatar en nuestro suelo la métrica toscana, en que trabajó Garcilaso tan acertadamente, que excedió á Boscan y á los demas coadjutores de la empresa, siguió tambien á sus modelos en la manera y método de pulir el lenguaje y de combinar la entonacion poética con la sencillez y claridad de la diccion.

Molesto sería para los que me escuchan extender yo ahora estas observaciones á los otros dos poetas juzgados ya por el Señor Cañete; basta abrir por cualquiera página las pocas, aunque tan bellas, de Fr. Luis de Leon; las poquísimas, aunque tan valiosas, de Francisco de Rioja, para convencerse de que ante todas cosas son ambos, como Garcilaso de la Vega, maestros de la lengua en que escribieron. Véase, si no, cómo el ilustre agustino sabe amoldar, sin adulterarle, el romance castellano á la imitacion feliz de la musa hebrea; obsérvese la maestría con que saca y emplea para sus cánticos sagrados registros majestuosos y sonoros, diferentes sí, pero no ménos puros que los melodiosos y suaves que para sus versos amatorios

(1) Rioja.

sirvieron al tierno cantor de la *Flor de Gnido*. Compárese la robustéz y gravedad de tonos del uno con la dulzura de los del otro, por ejemplo, en estos dos pasajes, en que ambos apostrofan, mas á cuán diferente objeto y con cuán distintos efectos:

Divina Elisa, pues agora el cielo
Con inmortales piés pisas y mides,
Y su mudanza ves estando queda,
¿Por qué de mí te olvidas, y no pides
Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo, y libre verme pueda?

Con tan melodioso acento llora el poeta poseido de amor, puro sí, pero terreno; el fuego del amor sagrado tiene en su música notas de más grave resonancia.

¿Y dejas, Pastor Santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro,
Con soledad y llanto,
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?

Viene luego Rioja, poeta filósofo y moralista, y hace vibrar aquellas cuerdas de su lira que á su propósito convienen, notándose en la frase majestuosa, y en la armonía, más severa que dulce, de sus versos el primor con que adecuaba al asunto su lenguaje. Su celebrada *Epístola moral* basta para demostracion; composicion bellísima, cuyo tono enérgico dice tan bien con la austera severidad del pensamiento, que parece como que destila por cada uno de sus tercetos el amarguísimo licor del desengaño.

Extraño parecerá, Señores, á la mayor parte de los que me escuchan, que, hablando de Rioja, no aluda siquiera á la inmortal cancion *A las ruinas de Itálica*; mas cesará de todo punto la extrañeza cuando sepan que es ya un hecho averiguado con datos irrecusables que ese famoso y bellísimo trozo de poesía fué

compuesto primitivamente por Rodrigo Caro, y retocado despues por su mismo autor. No me es lícito aducir aquí las pruebas, porque esta gloria debe reservarse al sagaz investigador que ha logrado reunirlas. El mismo erudito y juicioso crítico que, al ocupar el puesto en que hoy vemos al Sr. Cañete, probó en su discurso de recepcion en nuestra Real Academia, la individualidad del bachiller Francisco de la Torre como persona distinta de D. Francisco de Quevedo; nuestro compañero Don Aureliano Fernandez Guerra, en fin (pues no hallo motivo para rebozar en alusiones su distinguido nombre), ha puesto en punto de evidencia la propiedad de Rodrigo Caro, cuya corona gana mucho con este nuevo floron, sin eclipsar por eso la gloria de Rioja.

Sin duda, Señores, que vuestra benévola atencion debe de hallarse ya fatigada de verme así espigar trabajosamente en el campo mismo de donde ha sabido el Sr. Cañete sacar miés tan copiosa. Y sin embargo, todavía me siento irresistiblemente impulsado á implorar vuestra indulgencia para tocar brevísimamente otro de los puntos en que más rígida ha andado la crítica del discurso.

Personalizando, sin duda, en Garcilaso de la Vega su época, ha censurado el Sr. Cañete el abuso de las alusiones mitológicas. Digo que la censura recae sobre la época, y no sobre el poeta, porque de ese defecto no se halla exento ni áun el mismo Fr. Luis de Leon, que floreció muy poco tiempo despues que Garcilaso. Siete alusiones mitológicas nada ménos contiene la *Profecía del Tajo*: en la primera estrofa leemos ya que

El rio sacó fuera
El pecho y le habló de esta manera.

Habrá quien considere esta figura como una mera prosopo-

peya; yo percibo en ella cierto tufillo pagano que trasciende, y por eso la deberemos hacer entrar en cuenta. Prosigamos:

Las armas y el bramido
De Marte, de furor y ardor teñido.

Aquí ya parece más evidente que se habla del dios de la guerra, del belicoso hijo sin padre de la iracunda Juno, del mismo que en la postrera estancia vuelve á mencionarse en estos términos:

El furibundo *Marte*
Cinco luces las haces desordena.

Volvamos otra vez atrás, y leerémos:

El *Eolo* derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el hercúleo estrecho
El gran padre *Neptuno* da á la armada.

El Eolo pudiera en rigor tomarse por el viento mismo; mas la asistencia de esotra divinidad de los mares y el conjunto de la estrofa no permiten dudar que de quien aquí se trata real y verdaderamente es de aquel mismo *rex Eolus* que en su espaciosa caverna

Luctantes ventos tempestatesque sonoras
Imperio premit: ac vinclis et carcere frænat,

Pasemos adelante, y hallaremos en la siguiente estrofa al héroe mitológico que, separados Calpe y Ávila, plantó su arro-

gante *non plus ultra*, muy ajeno de que España vendria con el tiempo á suprimirle el *non*. El verso dice:

. . . . . ¿Ocupado
No ves ya el puerto á *Hércules* sagrado?

En fin, en la penúltima estancia hay otra personificacion de rio, en el mismo estilo mitológico que la del Tajo:

Y tú, *Bétis divino*,
De sangre ajena y tuya amancillado.

¿Se me dirá, por ventura, que, imitando la profecía de Nereo, Fr. Luis quiso hablar en esta oda el lenguaje de su modelo? ¿Se dirá lo mismo de la composicion dirigida al licenciado Juan de Grial, en que el poeta dice:

Ya *Febo* inclina el paso
Al resplandor egeo.....
Ya *Eolo*, al mediodia
Soplando, espesas nubes nos envia....
Escribe lo que *Febo*
Te dicte favorable..... &c

Ó cuando, escribiendo contra un juez avaro, diga:

. . . . Ni la *Meguera*
Con llamas infernales.....?

Pero semejante explicacion no se ajusta á la invocacion aquella de la oda *A todos los Santos*:

¡Oh *Musa* poderosa
En la cristiana lira!

*

Tampoco satisface esa razon aplicada á la oda *A Santiago*, que empieza:

> Las selvas conmoviera,
> Las fieras alimañas, como *Orfeo*.

Ni cuando, en la misma, recuerda otra vez á la feroz Euménide:

> Y la infernal *Meguera*,
> La frente de ponzoña coronada.....

Ni, por último, cuando apellida *Marte* al mismo héroe cristiano:

> Que ya el Apóstol Santo,
> Un otro *Marte* hecho,
> Del cielo viene á dalle su derecho.

El ejemplo de Fr. Luis de Leon, poeta religioso, teólogo eminente, católico rancio, puro en sus creencias y ortodoxo en sus doctrinas, mal que les pesara á sus inquisitoriales enemigos, nos dispensa de buscar otros de poetas á quienes faltaron todos esos motivos de escrupulizar en punto á ideas tomadas de una religion falsa; pero sabido es que, hasta una época muy moderna, apénas se hallará un poeta exento de esa nota, y por consiguiente, no puede recaer la censura exclusivamente sobre Garcilaso.

Y ahora bien, Señores; áun conviniendo en lo justo de la crítica, ¿no podríamos hallar alguna disculpa á tal pecado?— Anatematizando solamente el abuso, el lujo, por decirlo así, de mitología, ¿no podríamos conceder alguna licencia al poeta que, dentro de los términos del buen gusto, acude á la teogo-

nía gentílica como á una rica mina de imágenes pintorescas, de personificaciones poéticas y de ingeniosas alegorías, que tienen además la ventaja de ser de todos entendidas?—¿Es muy grande, en efecto, el inconveniente de que aprovechemos con destreza y con ingenio esos restos, áun no completamente pulverizados, del tiempo antiguo y de una civilizacion precursora de la nuestra?—Vanos serán siempre é impotentes los esfuerzos del hombre para romper un solo eslabon de la cadena de los siglos, para impedir que el presente lleve marcada en sí la huella de los que ya pasaron; nuestra legislacion, nuestra filosofía, nuestras costumbres, y por consecuencia nuestra literatura, pueden y deben ser desemejantes de las del tiempo anterior al Cristianismo; pero ni áun la propagacion de éste (suceso tan grande, como de orígen nada ménos que divino) ha podido romper los lazos que unen á nuestra era con los tiempos históricos, y á éstos con los fabulosos.

Cristianos somos, Señores, y todavía llamamos á cinco dias de los de la semana con los nombres de otras tantas divinidades del paganismo (profanacion en que no incurren nuestros hermanos y vecinos los portugueses); y es lo mas extraño que tras el dia de la Vénus gentil, viene el *Sabath* israelita, y luego el *dia* cristiano *del Señor* (*Dominica*, domingo). Los ingleses y alemanes siguen dedicando estos dos últimos dias á Saturno y al Sol: *Saturday* y *Sunday*, *Samstag* y *Sontag*.

No acumularé pruebas de un hecho tan conocido: recordemos, sin embargo, pues que en Madrid estamos, que el pueblo de esta corte llama todavía *Minerva* á cierta ceremonia religiosa de nuestro culto. No nos ensañemos, pues, contra estas que un neologista, áun sin haber saludado la astronomía, llamaría *aberraciones*, y toleremos que Garcilaso deleite nuestro oido y recree nuestra fantasía pintándonos en una bella imágen y en dulcísimos versos á aquel amante galeote:

. . . . . . A aquel cautivo
De quien tener se debe más cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Vénus amarrado.

Yo bien sé tambien que en los bosques no hay sino árboles y arbustos, yerbas y otras plantas, maleza y matorrales, abrojos y espinas, sabandijas y alimañas, sapos y culebras, pero una de dos: ó he de considerar el bosque bajo este aspecto selvático y material, ó contemplar en él con ojos científicos las maravillas que allí prodigó el Autor de la naturaleza. El primer aspecto es indudablemente prosáico; el segundo no es todavía poético, ni lo será por desgracia hasta que se difundan y vulgaricen los adelantamientos de las ciencias naturales. Pues, ¿qué recurso le queda al poeta? Las descripciones de escenas campestres se nos antojan, á los descontentadizos modernos, soporíficas y sobradamente inocentonas; los pastores de la égloga, inverosímiles; las divinidades del campo y de la selva, anticuadas; con tales escrúpulos nos vamos privando de grandes resortes poéticos. Todo eso lo sabia Garcilaso: sabia que en los bosques más ó menos umbrosos no hay sino esas cosas arriba dichas; debia de saber asimismo que, sobre todo en España, país del corcho, los alcornoques parecen como incompatibles con las nereidas, adríadas, hamadríadas, oreades y napeas; pero Garcilaso y otros al nacer encuentran todavía en el mundo un recuerdo, un reflejo de aquellas antiguas creencias, tanto más poético cuanto más remoto, y tomando la pluma, le aprovechan, y nos hablan de ninfas y de sátiros, de náyades y de faunos; y esmaltan sus versos con imágenes y nombres de séres fantásticos, tan poéticos como dramáticas son las brujas no ménos imaginarias de Macbeth. Eso hizo Garcilaso, Señores, y yo tengo para mí que la crítica de nuestro nuevo académico,

justa y todo como es, quedaria completamente desarmada si viera que llegándose á él el enamorado Albanio, con dolorido semblante, voz dulcísima y patético acento le decia:

Hora, ..., escucha lo que digo;
Y vos, oh ninfas de este bosque umbroso
A dó quiera que estéis, estad conmigo.

Si hemos de acriminar en el poeta que aluda á séres en cuya existencia no cree, extendamos la severidad aún más allá de la mitología. Digamos á Fr. Luis de Leon que en los espacios celestes no existen esas *dos osas* de que le hablaba á Felipe Ruiz, y que áun concedido el nombre de esas dos constelaciones polares (mucho más absurdo que el de *Venus* dado al tipo de la hermosura y el de *Marte* al espíritu guerrero), todavía es, poética, astronómica y absolutamente falso que estén las tales

. . . . . dos osas
De bañarse en el mar siempre medrosas.

No hay remedio, Señores: el poeta (el hombre deberia yo decir) no puede ser materialista; en todas partes ve, oye y siente que allá dentro de la materia está el espíritu; y no se engaña; porque la última partícula de un cuerpo inorgánico, el postrero é indivisible átomo de materia creada, está lleno del espíritu del Creador. El poeta, pues, poseido de esta idea, todo lo anima, todo lo personifica; no quiere ver en parte alguna objetos puramente materiales; todos los supone séres vivos é inteligentes, capaces de accion y movimiento, y como á tales les dirige su voz:

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
Arboles que *os estáis mirando* en ellas.....
Hiedra que por los árboles *caminas* ....

El mar, ¿qué viene á ser realmente considerado desde la orilla? Una gran masa de aguas que, obedeciendo á ciertas leyes físicas, y cediendo á la presion mecánica de la atmósfera, se agitan en continuo bazuqueo, con la incoherencia propia de los líquidos. Pues este objeto, tan material y de tan poco efecto á los ojos de un pescador de la costa, hiere la mente del ménos espiritualista de todos nuestros poetas, é inflamando su fantasía, le mueve á apostrofarle como pudiera á un sér real y efectivo, pensador y dotado de inteligencia y voluntad, y así le dice:

Pára un instante tus soberbias ondas,
Océano inmortal, y no á mi acento
Con eco turbulento
Desde tu seno líquido respondas.

De esta personificacion y de este apóstrofe hasta la mitología no hay más que un paso, que consiste en bautizar á la persona imaginaria, como lo es el mar en este ejemplo, con el nombre de Neptuno.

Peor es, Señores, en mi juicio, y más arriesgado para un poeta cristiano, entrometerse á un espiritualismo arbitrario, que, cuando ménos, puede ser irreverente, y cuando más, heterodoxo y abominable. Para tratar de Dios y de su Santa Madre, y de los santos y de los únicos séres sobrenaturales en que nosotros creemos, es necesario: primero, que el asunto sea pura y exclusivamente sagrado; segundo, ser un poeta de la talla de los Milton, de los Klopstock y de los Fr. Luis de Leon. Hasta hombres como Chateaubriand han resbalado en estos escabrosos asuntos, y áun en los poetas que he citado podríamos, sin ser inquisidores, encontrar mucho que tachar en sus ficciones espirituales. El diablo que Milton nos pinta, por ejemplo, no puedo yo persuadirme á que sea ninguna fotografía exacta de Satanás.

Sea lo que quiera de estas y otras ficciones censuradas por el Sr. Cañete, con justicia, á mi entender, cuando se abusa de ellas, vuelvo á mi primera asercion: lo bello de la forma hace agradable en Garcilaso lo que pueda tener de repugnante en el fondo el pensamiento.

Perdon os pido, Señores, de haber así abusado de vuestra bondad. Temo haberme extraviado en pos de una idea que meramente debí indicar, sin empeñarme en demostrarla; idea que, expresada en sus términos más sencillos, se reduce á los siguientes:

En obras de imaginacion, en obras de arte, la buena ejecucion es tan importante como la esencia misma del pensamiento. En poesía la ejecucion, el desempeño del pensamiento poético están en la expresion poética, en la diccion, en el lenguaje poético, en la forma del metro y hasta en la armonía y conveniente eleccion y disposicion de las palabras. Nádie, por consiguiente, llegará á ser jamás gran poeta sin poseer y manejar magistralmente su lengua, sin tener la instruccion suficiente, el tino, el exquisito gusto y la capacidad filosófica y filológica necesarias para pulir la lengua, en vez de estropearla, para enseñorearse de ella y doblegarla á las exigencias del metro y de la entonacion poética.

En prueba de que es así, obsérvese cuán difícil es el traducir á un poeta. Y, ¿por qué? ¿Hay acaso pensamiento alguno ó idea intraducible? No; lo que nunca puede verterse de una á otra lengua exactamente no es la esencia, es la expresion, es la forma.

Desengañémonos, Señores; el estudio del idioma en que se ha de hablar ó escribir es indispensable á todos, pero más especialmente al orador y al poeta; yo creo que áun este último tiene la ventaja de estar más en aptitud que aquél para adelantar, pulir y perfeccionar la lengua en que se ejercita. Así lo

hicieron nuestros grandes poetas, así lo hizo Garcilaso de la Vega, así el religioso Fr. Luis de Leon y el filosófico Rioja.

No es, pues, extraño que las tareas de la Real Academia Española tengan un atractivo irresistible para hombres que, como el Sr. D. Manuel Cañete, sienten arder su pecho en vivo celo por los adelantamientos de nuestra literatura. Venga, pues, á compartir con nosotros la fatiga de este incesante y árido trabajo; bien venido sea á atender con nosotros á ese crisol, emblema de nuestros estudios, no para ejercer una autoridad dictatorial, que la Academia nunca ha pretendido atribuirse, ni pudiera, sino para observar y hacer análisis, como el químico á quien se encomienda el estudio de los materiales extraidos de las minas, el cual no impone á nádie la obligacion de dar á tal ó cual la preferencia, sino que se contenta con decir: «Tomad; esto es oro puro, esotro estaño, plomo, escoria.»

Mas tenga entendido nuestro nuevo compañero que ésta, al parecer, sencilla y pacífica tarea, no deja de tener sus amarguras. Los defectos, la imperfeccion inherente á toda obra humana, que aparecen en las nuestras, se exageran y se abultan. La severidad misma, la parsimonia con que la Academia procede para dar carta de naturaleza á voces, locuciones y modismos nuevos, mostrando por ese mismo hecho que ella no se cree autoridad, sino que meramente certifica de lo que es ó ha sido canonizado por el uso de los doctos; esa misma escrupulosa circunspeccion, que no es otra cosa en resúmen sino la estricta observancia de los deberes de su instituto; esa se le achaca á delito por los que quisieran introducir en una lengua de tan hondas raíces y filosófica ramificacion como la nuestra, en una lengua la más consecuente en su analogía, la de más lógica sintáxis, de tan etimológica y sencilla ortografía y de tan magnífica como armoniosa prosodia, el más espantoso desórden, la caprichosa confusion y la anarquía.

Mas este criterio que la Academia ejerce, natural es que no contente á todos, y ménos aún á los indoctos y espíritus ligeros.

No esperen, pues, gloria ni aplauso, y mucho ménos gloria y aplauso individual, los que se asocien á nuestra improba tarea. Además de que estas labores literarias, sobre todo las críticas, las filológicas, las etimológicas y gramaticales, rara vez tienen su galardon en el aprecio de los contemporáneos. Forzoso es alzar los ojos á la posteridad y aguardar su fallo; entre tanto, todo es marchar por una senda llena de espinas y de abrojos.

Bien que el Sr. D. Manuel Cañete, que tan al dedillo se sabe á Garcilaso, por él y por su propia experiencia se tenia muy sabido que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.

He dicho.

DISCURSO

DEL SEÑOR DON MANUEL TAMAYO Y BAUS.

Señores: Al presentarme ante la Real Academia Española, en ocasion que es y ha de ser de toda mi vida pública la más alta y solemne, en vano pido consejo á la fria razon, ayuda y fuerza á lo imperioso de las circunstancias. Dueños son de mi ánimo desapoderados afectos, que léjos de calmarse á merced de la voluntad, reciben mayor ímpetu del mismo afan con que me empeño en dominarlos. ¿Yo á vuestro lado en este sitio? ¿Yo al igual de sábios y beneméritos? ¿Yo compañero de hombres en dilatada carrera gloriosamente encanecidos?

Y si en el puesto que vengo á ocupar me figuro ver todavía al digno académico D. Juan Gonzalez Cabo-Reluz, un tiempo docto maestro de nuestra augusta soberana; teólogo y literato, por su ancianidad venerable, sagrado por su carácter sacerdotal, ¿cómo no retroceder con miedo? ¿Cómo dudar que no debí nunca poner la mira en cosa tan alta? Confiésolo ingénuamente. Me infundió temerarios alientos el no libre juicio de apasionados amigos que desde este recinto cariñosamente me llamaban á sí; en lo íntimo del corazon aguijoneábame tenaz deseo, nacido en mí con el amor de las letras; no fuí poderoso á resistir la influencia de un siglo en que nádie sabe esperar; y

dí aturdido un paso de que muy luego habia de arrepentirme; bien así como el que á ciegas acomete ilícita aventura, y vuelto en su acuerdo, ve con dolor y pasmo cerrado para la huida el camino por donde llegó sin tropiezo á la culpa. Pero á vosotros, que pudisteis escarmentar mi osadía, ¿qué eficaz, qué hidalgo impulso os movió á superarla con vuestra benevolencia? Os dolia, como afables y compasivos, destruir ilusiones de mozo, y en cabeza de uno que os demandaba merced, determinásteis dar insigne testimonio de amor á cuantos rinden hoy fervoroso culto á las letras. Sabiais mi buen deseo; y como ántes que acertar descreidos, quereis errar confiando, vosotros hicísteis estímulo para quien nada vale, de lo que fué á hombres ilustres apetecida recompensa. Fuerte obligacion me imponeis, si ha de ajustarse mi gratitud á la grandeza del favor recibido. Mas no son, á Dios gracias, en mí los ánimos tan escasos como los merecimientos; y si debiendo duerme el mal pagador, al contrario el hombre de bien, que vela y paga.

Conformes han estado, á fe, en cuanto acabo de deciros mis lábios y mi corazon: jamás con la palabra supe hacer traicion á mis sentimientos; ni ahora habia de faltar á la verdad, cuando cabalmente sostenerla y aclamarla en una de sus manifestaciones, ha de ser objeto de mi discurso.

Deseoso de exponerme al riesgo menor ocupándome en el exámen de cuestiones que no sean del todo nuevas para mí, voy, Señores, á tratar de la verdad, considerada como fuente de belleza en la literatura dramática.

Nádie habrá que niegue ser el hallazgo de lo verdadero, no sólo el fin más digno á que aspira nuestro entendimiento, sino tambien necesidad imperiosa á que obedece en todas sus operaciones. Ni toca más á la ciencia que inquirir y demostrar la verdad como hecho positivo, ni más que analizarla como pura abstraccion á la filosofía, ni más que representarla como reali-

dad sensible á las artes en general; bien que no todas cumplan de idéntico modo, ni con la misma amplitud, este fin. Pero áun cuando se conviniese en que de manera alguna pueden cumplirlo aquellas que, como la arquitectura y la música, no toman de lo real y verdadero sino elementos informes,—de aquí no habria de deducirse que tampoco deban imitar á la naturaleza otras que de ellas reciben formas hechas, digámoslo así, tales como la escultura, la pintura y la poesía. Y de la propia suerte que esta última se alza soberana de todas, en fuerza de ser la que valida del omnímodo instrumento de la palabra, llega á la más precisa y ámplia manifestacion del mundo moral,—por igual causa, entre sus diferentes géneros, descuella victorioso el dramático. Primero canta la poesía los afectos del alma; narra despues la vária fortuna del héroe; representa al cabo la persona íntegra y viva, pasando así de la lírica á la épica, y de la épica á la dramática, término y corona de sus afanes. Aquí bórrase y desaparece la personalidad del autor; libre aquí el ente imaginario del yugo de ajena voluntad, y en pleno goce de la suya, por sí obra, por sí habla, él solo se da á conocer; llegando en la representacion escénica á tomar carne real y efectiva, con lo cual viene á ser instrumento del arte la naturaleza. Ved pues, Señores, lo que únicamente aspiro á demostrar: que esta criatura facticia, para ser bella, ha de estar formada á imágen y semejanza de la criatura viviente.

Si no á imitarla ó reproducirla, ¿á qué otro objeto superior pudiera aspirar el ingenio? ¿Acaso á crear un nuevo mundo? Creador no hay más que Dios. Cierto que lo que especialmente distingue al hombre como sér inmortal y de celeste orígen, es su eterno aspirar á otra vida mejor, móvil íntimo y secreto de sus entrañas que sin término lo empuja hácia arriba: y de aquí su facultad innata de referir lo relativo á lo absoluto, con cuya propension jamás alcanzará en el campo de las realidades satis-

faccion completa. Pero este infinito *más allá* concebido por una esencia infinita, no es sino presentimiento y esperanza, tipo espiritual extraño á forma alguna, idea pura, en fin, incapaz de convertirse en imágen sensible. Si el humano en la tierra no encuentra puerto de descanso para su anhelo insaciable, confúndese al propio tiempo, y ante el espectáculo de la creacion se anonada, hallándose impotente para imaginar cómo ésta podria ser más bella y sublime. A vista del sol, por ejemplo, y contemplando los extremos del amor paternal, la mente se remontará en busca de una belleza superior, pero sin representarse otro sol ni otro amor de padre más excelentes y hermosos. Sentimos esta inmutable propension, justamente porque no está en lo posible realizarla, porque para concebir la idea absoluta de lo bello, verdadero y bueno, el alma no se figura una escala de séres fantásticos progresivamente más perfectos, sino que desde sí propia vuela inspirada hácia lo infinito, sin poder alcanzarlo nunca miéntras permanece ligada á la tierra. Infundiendo el poema dramático al modo que el espectáculo de la vida esta misma aspiracion, cumplirá su fin supremo; querer revestirla de formas postizas y contrahechas, será siempre sueño y delirio. ¿En qué obra inventó nunca el ingenio figura más admirable que el hombre como amigo, amante, esposo, padre, héroe ó santo, animado de la alegría ó del dolor, en cualquiera situacion de la vida moral?

Pero entiéndase bien que al hablar de realidad, considero comprendidos juntamente en ella la materia y el espíritu, lo visible y lo invisible; apreciándola, no como esos séres degenerados hasta el punto de parecer criaturas intermedias del hombre y el bruto, sino tal como se muestra á los ojos del hombre en quien el bruto no haya dominado al ángel. Y no se olvide tampoco que el mundo y la esfera de la dramática son cosas del todo diferentes. A no poder representarse en la ficcion

escénica más que sucesos positivamente acaecidos, sin alterarlos de manera ninguna; si un personaje cualquiera no hubiese de poder hacer ni decir sino lo que hubiese hecho y dicho en la vida, ni hablar más que en prosa incorrecta como habla la gente, ni siquiera usar otro idioma que el suyo natural,— el arte y la realidad serian lo mismo, ó ántes bien el primero no existiria. Nádie, al sustentar que debe ser verdadero, ha querido nunca dar á entender semejante absurdo. El arte, pues, no copia maquinalmente lo real: inventa lo verosímil, con libérrima accion.

Ni todo lo que es verdad en el mundo cabe en el teatro. La ficcion escénica dejará de ser bella y pecará además de falsa, cuando represente lo raro y no lo natural, la excepcion y no la regla; en lugar de caractéres, caricaturas; mónstruos, en lugar de hombres apasionados; cuando pinte con minuciosa exactitud, ántes que los del alma, los movimientos de la carne, ahogando, por decirlo así, el espíritu en la materia; cuando léjos de reproducir solamente lo más acendrado, esencial y poético de la naturaleza, tome de ella lo grosero, insustancial y prosáico. Ántes al contrario, el arte debe elegir con detenido exámen, de entre los elementos que juntos y mezclados aparecen en la realidad, tan sólo aquellos que sean dignos de figurar en él; elementos cuya forma sensible despojará de rasgos imperfectos é inútiles, y de cuya invisible esencia reproducirá únicamente lo íntimo y precioso, á fin de que resplandezca á través de aquella forma, como luz atizada á través de fanal sin mancha ninguna. Crisol ha de ser en que el oro quede exento de escoria, abeja que extraiga la miél de las flores, cristal en cuyo foco reconcentrados abrasen los rayos del sol. Consistirá su mayor gloria en hacer ver la naturaleza por su lado más espiritual y significativo; en ofrecer al alma un espectáculo siempre sublime de sí misma en imágenes siempre claras y vigo-

*

rosas, condensando y depurando la realidad, sin alterarla ni desfigurarla, amalgamando lo bello con lo verdadero. Pero vuelva la espalda á la madre que le dió el ser; buscando regiones soñadas en que vagar suelto y sin traba alguna, y como hijo ingrato caminará por sendas de perdicion. Imposible es que sobrepuje á la naturaleza con invenciones peregrinas; imposible que la embellezca falsificándola.

¿De qué modo habria de realizar un sér fantástico de mayor valía que el hombre? Infructuoso medio sería para conseguirlo, representar, sin otra guia que la del capricho, personificaciones abstractas en lugar de personas reales, intentando elevar (como si dijeramos la raíz al cubo) el individuo particular á tipo indeterminado.

¿Debe acaso la dramática reputar feo y despreciable lo que la individualidad humana tiene peculiar y característico? Ántes al contrario, conforme va siendo mayor el desarrollo de la vida en los distintos objetos y séres de la creacion, mayores, como prueba de su valer, la diferencia que entre ellos existe. Poco se distingue un mineral de otro; más una planta de otra; más un bruto de otro bruto. Y por efecto del libre ejercicio de las potencias morales, cada hombre en su modo de ser difiere radicalmente de los demas. Vaciarlos á todos en un molde donde pierdan los rasgos constitutivos de su peculiar carácter, es empobrecerlos y darles condicion de séres inferiores. No dejándose deslumbrar el poeta por la superficie engañosa y vana, sino entrañando en lo recóndito de las cosas, pinte en las figuras dramáticas hombres verdaderos, idénticos á fuer de tales, en el ser, y diferentes en el modo: que así, por la vária forma de que estén revestidas, se mostrará cada una de ellas como sujeto particular, existente en época y pueblo dados, hombre ó mujer anciano ó mozo, grande ó pequeño, sintiendo y expresándose conforme á su índole corresponda; y al propio tiempo en todas,

por razon de la esencia universal que las anime, se patentizará la persona humana, no determinada por tiempo, espacio, clase, condicion, índole ni circunstancia ninguna. Dos amantes ó dos avaros, por ejemplo, diferirán entre sí por los variados contornos y ricos matices que los caractericen como distintas individualidades apasionadas, manifestándose en ambos á la vez la pasion, inmutable en principio, del amor ó de la avaricia. Con esto, en el personaje dramático aparecerán á un tiempo el individuo y el hombre, una persona y la humanidad entera. Asemējase el alma á la luz, que sin dejar de ser la misma, se ofrece en cada objeto con diferente color.

Pero el tipo arbitrariamente realizado por el poeta (que no de otro modo pueden realizarse las abstracciones), adoptando por necesidad forma petrificada y única, con ella se reproduciria á cada hora sin discrepar en nada de su semejante, ni resaltar en el cuadro que lo contuviese, monótono como ejemplar por el daguerreotipo centuplicado, superficial como pintura de lienzo bizantino donde la masa de color, destituida de matices, no alcanza á mentir el bulto. Y en vano, ora rígidas é incoloras estátuas, figuras de linterna mágica á veces, cuándo aéreas visiones perdiéndose en las nubes, alternativamente grandes sin profundidad, brillantes sin expresion, sentimentales sin ternura, en vano aspirarian á competir con la persona humana, gloriándose contra todo fuero y razon en puesto á ella sola debido. Mitos de imposible existencia, darán á entender que son movidos de ajeno impulso, á la manera que los muñecos de retablo. Abstracciones por el capricho animadas, no serán expresion activa, sino pasiva definicion de sí propias; y en vez de exprimir espontáneamente los afectos, no harán sino explicarlos y analizarlos como si relataran síntomas de una dolencia; diciendo que sienten en vez de sentir, que son malas ó buenas en vez de serlo. Ideas puestas en accion, será naturaleza sim-

ple la suya, incapaz de oscilar y moverse en distintas direcciones al vário impulso de móviles diferentes. En medio de las mayores catástrofes de la vida, insensible la gracia, cumplirá su destino de hacer reir; el amor no conocerá otro afecto ninguno; el honor sólo tendrá ojos y corazon para verse y adorarse á sí propio; y de esta suerte tales ideas ni por asomo harán concebir de sí tan alto concepto como encarnadas en el hombre real y verdadero. ¡Oh, cuánto más que una fantástica personificacion del heroismo caminando sin interrupcion ni estorbo á su fin, patentizaria la grandeza y excelsitud de las acciones heróicas el individuo que las realizase contrariado en su querer y poder, símbolo vivo de la lucha perenne que es ley constante de la humanidad!

Mutilándola, Señores, despojándola de sus flaquezas y miserias, tampoco se embellece la naturaleza humana.

El cumplimiento del deber, la práctica de la virtud, el heroismo, la abnegacion, el dominio del espíritu sobre la materia, embelesan y admiran á título de costosísimas victorias alcanzadas contra adversarios poderosos. ¿Qué sería el varon ilustre, si al afirmar el imperio de la justicia ó difundir los tesoros de la civilizacion, merced á su talento, á la energía de su carácter ó al valor de su brazo, cumpliese esta obra sin vacilar ni temer, sin esfuerzo ni angustia? ¿Qué el sábio y el artífice, si las creaciones que aplaude y bendice uno y otro siglo emanasen de su ingenio al modo que la flor brota de la tierra y fluye del manantial el agua? ¿Qué el bueno, si nada le indujese al mal? ¿Qué el santo, si macerándose no padeciera, y no sintiese tentacion á qué resistir? ¿Qué el mismo Dios-Hombre, sin aquella flaqueza humana en que estriba el misterio de la redencion, sin aquellas lágrimas derramadas al contemplar cercanos los tormentos de su pasion y muerte; sin aquella sed que fatiga su cuerpo, y aquel exclamar, descaecido su ánimo, cuando ya

pende del madero divino: «Potente Helí, tu mano me desampara?» El hombre, porque lucha merece, y es doblemente grande el alma por lo mismo que obra sus maravillas encerrada en estrecha cárcel de barro. Viles instintos, implacables necesidades, pasiones terribles, hipócritas sentimientos contra ella emplean sin tregua, ya seductor halago, ya fuerza tenaz. ¿Y cómo pintar el vencimiento, sin pintar la pelea? ¿Cómo enaltecer el uno, disminuyendo y paliando los efectos de la otra? La gloria del vencedor podrá tanto mejor apreciarse, cuanto resalte más el encono y poder de sus enemigos. Por cierto, Señores, que el personaje dramático no será bello sino cuando, como el hombre, esté compuesto de cuerpo y de alma, y alternativamente vuele hácia lo alto y se incline hácia la tierra. Aquellas figuras que aspiren á ser puro espíritu, puro heroismo, pura bondad, no serán espirituales, ni heróicas ni buenas: con ínfulas de sobrenaturales valdrán mil veces ménos que la naturaleza; sorprenderán acaso, no conmoverán nunca. Y no sólo no es dado al arte despojar al sér humano de sus flaquezas y miserias sin rebajarlo y empobrecerlo; pero tampoco suprimir del espectáculo de la vida, sin menoscabar su grandeza, los vicios y los crímenes, para no representar más que acciones magnánimas y virtudes.

Lo feo y lo bello, así como en lo físico en lo moral, recíprocamente se explican, se completan, se quilatan; y cuanto en la realidad, son inseparables en el arte. Si el bien y el mal moran juntos sobre la tierra ejerciéndose uno contra otro; si la exaltacion del primero y el abatimiento del segundo son, por igual, triunfo de la justicia; si la naturaleza humana, por acto del libre albedrío y de la conciencia, en un solo punto puede transformarse de todo en todo, ¿cómo separar en el arte cosas tan íntimamente enlazadas en la vida, proscribiéndose en él con la pintura de las deformidades del alma, á un tiempo la de sus mayores excelencias y perfecciones? La representacion

de lo malo, de igual suerte que la de lo bueno, será tanto más bella artísticamente considerada, cuánto sea más verdadera, cuánto mejor alcance á producir en el ánimo del auditorio el propio efecto que la realidad misma le causaria.

Vano sería tambien el intento de embellecer al hombre sujetando sus afectos á traza fija y medida convencional. Las pasiones deben desarrollarse en el drama con toda su natural variedad y vehemencia. Proteo de innúmeras formas, bajo una distinta se manifiesta la pasion en cada individuo. Por motivo igual, éste llorará en brazos de blanda melancolía; quién será presa de horrenda desesperacion; en uno, los afectos rugirán sordamente como remolinos de aire en cavidad profunda, en otro prorumpirán atronadores como torrente despeñado. Querer ajustar las pasiones á una sola medida, es querer que todos los hombres sean idénticos, que ninguno tenga carácter propio y exclusivo; y figura sin carácter, ya hemos visto que es un ente de razon inferior en mérito y belleza á la criatura real. Cuando todos los personajes dramáticos acertaran á contenerse en un mismo límite; cuando todos fuesen capaces de idéntica circunspeccion y mesura, ¿quién, que los viese á todos tan precavidos y sesudos, habria de interesarse por ellos? ¿Quién dejaria de conocer que no eran hombres apasionados, sino máquinas por cuyo medio á sangre fria hablaba de cuenta propia el poeta? Sistema tan fuera de todo razonable discurso, daria por fruto la monotonía y amaneramiento que matan el arte.

Primero que á historiar sucesos, tiende la escena á pintar las causas morales de que se originan; ménos lo que hace el hombre, que el por qué y el cómo lo hace. Y si nádie negó nunca al ingenio el derecho de representar las mayores catástrofes, ¿con qué pretexto, con qué asomo de lógica impedirle reproducir los afectos con la intensidad y energía necesarias para producir tan tremendos resultados?

Ese, que, ciego de ambicion, queriendo siempre más, corre desatinado á perderlo todo; ese, que no logra saciar la ira sino con sangre de sus hermanos; ese, á quien los celos inducen á destruir lo que más ama; ese, que por vivir en otro sér no halla hora ninguna libre de ansiedad y sobresalto y congoja; ese, que llora con lágrimas del corazon la ingratitud de un hijo; aquellos, en fin, que destrozadas por infortunios terribles sus entrañas, caen en la desesperacion y á los golpes del dolor vienen á perder el juicio y á veces la vida,—aparezcan en la esfera del arte llegando por las mismas sendas que en la realidad á tan lastimosos extremos. No se quiera pintar al apasionado como si no lo estuviera más que á medias, patentizando un absurdo desacuerdo entre lo extremado de la accion y lo moderado del móvil que le incite á consumarla. Cierto es que la pasion en el mayor grado nos priva de nuestra ordinaria manera de ser; pero tambien es cierto que nunca se ve mejor hasta lo íntimo de nuestras entrañas, que cuando, ofuscada la razon, nos olvidamos del mundo y de nosotros mismos; fuera de que el teatro no considera sólo á la humanidad en pleno goce de sus facultades morales, sino tambien poseida de la ceguedad y la locura. ¿Serian tan hermosas las tormentas del corazon, amenguando el pavoroso fragor de sus truenos, el irresistible empuje de sus huracanes, el fuego devorador de sus rayos? ¿Quién señaló ni se atreverá nunca á señalar la páuta á que hayan de ajustarse los erráticos movimientos del alma, capaces de llevar al hombre, á manera de oleadas tumultuosas, ora á escollo de perdicion, ora á puerto de eterna salud y vida? No vale más un corazon mermado que otro cabal; ni más que un espíritu con alas, otro sin ellas. Sentir con su cuenta y razon, es no sentir.

Siempre, Señores, siempre daria el resultado contrario cualquiera medio que en literatura dramática se emplease para su-

blimar la naturaleza, falsificándola; miéntras que la verdad será siempre á la vez orígen de belleza artística y de belleza moral.

Sin ella el arte, como corrompida hermosura, léjos de cautivar, ofende: para alcanzar lauro legítimo, necesita deleitar aprovechando. Pero se equivoca si imagina tener obligacion indeclinable y constante de probar el bien como por corolario matemático, y más aún si se empeña en definirle y sustentarle teóricamente, haciéndose expositivo, analítico y razonador. Nada tan estrambótico y fuera de quicio como el poema donde para deducir á todo trance, de la accion una máxima concreta, por fuerza se la encaminara á termino diverso ó contrario del suyo lógico y natural, falseando así la representacion de la vida; donde con resultado igual se comentase y explicase la virtud, en vez de darla á conocer por sus actos, convertido el personaje escénico en declamador de oficio, para quien el público fuese único verdadero interlocutor. Sin carácter de parábola, sin demostrar silogísticamente un principio moral, es dado al arte ejercer saludable y poderoso influjo, despertando afectos nobles y generosos, puras y elevadas aspiraciones. Y yerra por extremo cuando fia á la leccion teórica lo que debiera al ejemplo vivo; cuando se dirige á la razon para convencer, y no al corazon para hacer sentir; cuando olvida que no le toca moralizar doctrinando, sino conmoviendo.

Lo que importa en la literatura dramática es ante todo proscribir de su dominio cualquier linaje de impureza, capaz de manchar el alma de los espectadores; y empleando el mal únicamente como medio, y el bien siempre como fin, dar á cada cual su verdadero colorido, con arreglo á los fallos de la conciencia, y á las eternas leyes de la Suma Justicia. Santificar el honor que asesina, la liviandad que por todo atropella; representar como odiosas cadenas los dulces lazos de la familia; condenar á la sociedad por faltas del individuo; dar al suicida la

palma de los mártires; proclamar derecho la rebeldía; someter el albedrío á la pasion; hacer camino del arrepentimiento el mismo de la culpa; negar la virtud; negar á Dios,— consecuencias son de adulterar, con el empleo de lo falso en la literatura dramática, ideas y sentimientos: crímen fecundo en daños infinitamente mayores que el de adulterar hechos en la historia. Con la verdad por guia no le acontecerá al arte confundir el mal con el bien; y si en tales ó cuales épocas á los ojos del vulgo suelen adquirir ciertos vicios y mentiras apariencia de virtudes y verdades, él, despojándolos del pérfido disfraz, los mostrará desenmascarados y al desnudo.

Y puesto que la dramática debe ser verdadera en el fondo, cúmplele parecerlo tambien en la forma; lo mismo en la idea que en el signo que la exprese; juntamente en la manera de sentir y en el modo de hablar.

Sin correccion, la lengua escrita será todo ménos literatura, aunque hoy esto, como otras muchas cosas, se ponga en tela de juicio. Pero repárese bien que la correccion en manera ninguna determina la cualidad de verdadero ó de falso en el lenguaje: con igual respeto á los fueros de la gramática, es dado hablar natural ó afectada y ridículamente en las obras de ingenio. Tampoco la versificacion implica ni supone trastorno fundamental en la índole y modos naturales de la expresion; y pruébalo el caber tanta propiedad en la poesía como en la prosa, y en ésta tanta afectacion como en aquella. En ambas formas se manifiestan al par los vicios con que en épocas distintas suele el mal gusto adulterar y corromper el lenguaje. Uno de vosotros lo ha dicho: la poesía es ante todo verdad, y vive de la sinceridad de sentimiento y de expresion.

Sometida la palabra á las leyes del número y la medida, adquiere mayor sonoridad y precision, más grande eficacia, encantos indefinibles; viniendo á ser para ella la metrificacion

como preciosísimo cerco, dentro del cual con pureza y vigor inusitados brilla y resalta; mas no por esto pierde sus condiciones primitivas, no por esto cambia de naturaleza. Querer hacer consistir la poesía en tal ó cual sistemático y arbitrario modo de expresion, téngase, no vacilo en asegurarlo, por lamentable extravío de la inteligencia.

Aquí hallaremos el habla muy preciada de gran señora, muy grave y sesuda, cautiva en rígido manto de oro, acompasada en el andar por miedo de que se le caiga la corona; verémosla allí, invencionera y refinada cortesana, adulterar con mal simuladas formas postizas las suyas propias, cubrirse toda de afeites, lazos y pedrería, hacer sin tregua ostentacion de peregrinos gestos y contorsiones; y en esotra parte parecerá visionaria dama, que lácia, pálida y quejumbrosa, quiere aparentar que es alma del otro mundo y no toca á la tierra. Aburrimiento y fatiga causa contemplarla á toda hora tan ceremoniosa y enfática; hasta lo sumo complicada y reluciente, deslumbra y marea; hastía y empalaga de puro suave, emblemática y vaporosa. Pero bajo estos y otros muchos aspectos de que suele indebidamente revestirse la falsa elocucion, uno mismo es siempre su carácter principal y distintivo: conócese en el inmoderado empleo de tropos, figuras y amplificaciones, si no bien á bien, traidos pór los cabellos para no llamar por su nombre ni expresar naturalmente las cosas; en discurrir por sendas extraviadas, en vez de seguir el camino derecho.

De esta suerte, invertido el órden de la naturaleza, quiere el arte encajar á la fuerza en preestablecida forma convencional, como en lecho de Procusto, la expresion de lás operaciones de la mente y los movimientos del corazon, haciendo así determinativa la manera de hablar de la de pensar y sentir, tomando por fin el medio, y el efecto por causa; de donde procede el culteranismo de todos tiempos y países, uno siempre

en la esencia, bien que múltiple en sus manifestaciones. Y si en cualquiera género de la poesía merece vituperio la diccion amanerada y falsa, merécelo muy particularmente en el poema dramático. Aquí dónde juntos alternan todas las edades, condiciones y sentimientos; dónde bajo todas sus fases se pinta la vida, y el hombre aparece de bulto, obrando, sintiendo y expresándose activamente como de veras, aquí, digo, cumple sólo su objeto y merece aplauso aquel lenguaje que, sencillo, claro y flexible, desnudo de artificio convencional y vana pompa, es apto para recorrer todos los tonos, para proporcionarse á todos los tamaños; y, así como con el viento la llama, ya suspira, ya truena; ora dóblase, ora de nuevo se levanta al vário impulso de los afectos, estimando siempre la fidelidad, norte de su virtud; el candor, principal orígen de su belleza.

¡Oh, cuán necio el arte que se empeña en estar siempre de manifiesto en sus producciones, para ser no por ellas, sino por sí mismo admirado! ¡Y cuán discreto y bien regido el que detras de su hechura sabe esconderse para que así parezca fácil lo difícil; lo premeditado y artificial, natural y espontáneo. Vicio es en el primer caso, y como vicio, vanidoso; en el segundo, virtud, y á ley de tal, modesto y humilde.

Fantasée tipos de belleza convencional, sujetándose á preceptos arbitrarios y caprichosos, y no logrará contentar más que al reducido círculo de eruditos de quien tales preceptos sean conocidos y sustentados. Mayor gloria alcanza el poeta dirigiéndose con sus obras á todo el mundo. El único tipo inmutable y para todos inteligible de hermosura, reside en la naturaleza. La gran poética que ha de estudiar el autor dramático, escrita se halla en el corazon del hombre por mano de Dios.

¿Ni quién negará que uno de los principales méritos de este ramo de literatura estriba en hacer que la ilusion se apodere del auditorio, en interesarle y conmoverle, como pudiera

lo cierto, con el espectáculo de lo fingido? Sin duda que en el teatro los espectadores deben tener ocasion de ejercitar la actividad del espíritu despreciando lo ridículo, tributando admiracion á lo sublime, aborreciendo lo malo, amando lo bueno, poniéndose de parte de la justicia, y padeciendo por la humanidad.

Para crear ficciones animadas del mismo jugo, espontaneidad y vida que lo verdadero, y capaces de impresionar tan hondamente al público, no basta el ejercicio de la imaginacion sola: preciso es que el poeta sienta lo que imagine, que se ponga en situacion, como vulgar y exactamente decimos, haciendo suyos todos los tiempos y países, todas las condiciones humanas, todos los dolores y alegrías que quiera pintar en su obra. No exprimirá bien afectos que no muevan su pecho; no logrará animar criaturas como las vivas, si entera no les infunde su propia alma.

Descendamos ahora al terreno de la experiencia, y observarémos cómo lo verdadero ha sido siempre cualidad determinativa de lo bello, tanto en el arte moderno como en el antiguo, juntamente en el clásico y el romántico.

¿Qué habia en el Olimpo gentílico? Deidades hechas por el hombre á su semejanza con sus mismas necesidades y pasiones. ¿Qué en la tierra? Hombres en quien el alma, como si toda se hubiese empapado en el barro de su cárcel, no alcanzaba á funcionar sin el auxilio de los sentidos, subyugada y esclavizada por ellos. Y dominando el cielo y la tierra alzábase entónces en lugar ignorado una voluntad tan ciega y tan absurda que ni siquiera se conocia á sí propia. De este modo lo humano y lo divino confundíanse en una misma identidad de sustancia, y el espíritu y la materia resultaban unidos en estrechísimo consorcio, originándose de aquí aquel reducir á su más grosera expresion todas las mociones internas del ánimo, y al par aque-

lla fanática adoracion del elemento que cae bajo el dominio de los sentidos. El dios adora hechizos de la carne; mérito es preferente en el varon la gentileza y gallardía; conquista á precio de su hermosura la vil ramera un puesto en la sociedad; el Areopago poseido de admiracion absuelve á la culpable que muestra á sus ojos en desnudez un cuerpo lleno de perfecciones. Y por otra parte, condenado estaba el hombre á carecer de libertad individual, á ser absorbido por el Estado, á no conocer la familia, á no estimar la mujer sino como instrumento de deleite, á desarrollar su actividad entre las cuatro paredes del mundo exterior, descansando á plomo sobre la tierra. Hé aquí la civilizacion que fielmente retrata el drama pagano. Si sus héroes obedecen y no resuelven, llevados de la mano por la fatalidad, natural es que uniformes caminen en línea recta; si los sentimientos en ellos no se despliegan con la mayor vehemencia y variedad, repárese en que nacen de alma encadenada y rendida. Pero esto será bello tan sólo allí donde resplandezca natural, que falso y contrahecho no lo sería. Precisamente porque recibiendo inspiraciones del original y no de artificioso maniquí, pinta libre y desembarazado la vida humana, opino yo que el poema antiguo difiere ménos del drama romántico que la moderna tragedia clásica, considerada ésta en su carácter más general y distintivo.

La situacion de ánimo de quien á deshora se encuentra matador de su padre, esposo de su madre, hermano de sus hijos, se manifestará en Edipo, ántes como anatema lanzado por la razon en vista del trastorno de un órden de cosas establecido, que como espontáneo dolor del alma, como íntimo remordimiento de la conciencia; no podrá este personaje, ciego instrumento del destino, moverse y agitarse con todo el incierto y arrebatado giro de la existencia individual, ni patentizar con sus actos la moralidad proveniente de ver el hombre germinar y

multiplicarse hasta lo infinito su culpa. Pero atentos á lo que por semejantes fatales causas no hace más que indicarse en Edipo, sin alcanzar exacto y completo desarrollo, contemplémosle rechazar con ira de inocente el horrible cargo que se le imputa; á medida que va apareciendo más claro su infortunio, empeñarse más en averiguarlo; acoger ansioso la menor esperanza; dudar de lo que no quiere creer; rendirse de pura fatiga á la evidencia, y anhelar el propio castigo; no atreverse ni á pronunciar el nombre de la infeliz en quien fué concebido y en quien él concibió; mirar con espanto á sus hijos; sublevarse impetuoso cuando se los quieren arrebatar; ser, en fin, humano y verdadero, y como tal patético y grande.

En la forma de la expresion, aquella literatura dramática nos mostrará á cada paso inmensos tesoros de verdad. Inútil sería buscar allí estilo hinchado y vanidoso, porque allí siempre se habla con ingenuidad y candor. Oid á Ifigenia:

¡Oh padre mio, apláquente mis lágrimas, única fuerza que poseo! Humildemente pongo á tus piés mi cuerpo, que para tí dió á luz esa que tienes á tu lado. No pretendas que muera ántes de sazon. ¡Es tan hermoso ver la luz! No me obligues á conocer tan pronto los senos de la tierra. Yo fui quien primero te llamó *padre*, y á quien tú primero llamaste *hija*. Yo la que por vez primera, sentada en tus rodillas, te hizo alegres caricias y recibió las tuyas. Preguntabas entónces:—«¿Si llegaré á verte, hija mia, vivir contenta y bien lograda en la mansion de un esposo, como á mi gloria cumple?»—Y respondia yo, pegada á tu rostro, que ahora acaricio con mis manos:—«¿Y á mí me será dado, ¡oh padre! verte gozar cuando seas viejo la dulce hospitalidad de mi albergue, y remunerar entónces la tierna solicitud que á mi niñez consagras?» De estas pláticas áun conservo la memoria; á tí se te olvidaron ya, y quieres matarme. ¡Ah! no hagas tal, por Pélope y por tu padre Atreo; por mi madre, que con tanto dolor me parió, y hoy pasa por mí las angustias de un nuevo alumbramiento! ¿Qué tengo que ver yo con las bodas de Páris y Elena? ¿Por qué han de ocasionar mi ruina? ¡Padre, vuelve á mí los ojos! y si al fin nada han de poder mis súplicas, muéstrame tu cara y dame un beso, para que tan siquiera lleve al sepulcro esta prenda de tu cariño. ¡Oh hermano! menguadas son tus fuerzas para defender á nádie; mas llora conmigo; suplica á tu padre que no mate á tu hermana.

Cierto que, de los tres grandes soberanos de la escena ateniense, es Eurípides el que más ahonda en el humano corazon, dando así á la palabra mayor tinte de sinceridad. Cuando Sócrates espira sosteniendo que el alma no puede morir, el poeta su amigo atrévese á los dioses; y si bien como alumbrado de indeciso fulgor, vacilando y cayendo, entraña en el mundo del espíritu más que su contemporáneo Sófocles, atento á conservar las tradiciones antiguas en toda su pureza, mucho más que su predecesor Esquilo. Y véase cómo por esto mismo es Eurípides corruptor del arte pagano.

Luego en Roma, trabada ya la lucha entre las dos civilizaciones, cristiana y gentílica, el vigoroso númen de Séneca por instinto acaba de destruir el reposado y armonioso tipo de la belleza clásica en valentísimos poemas, donde, á vuelta de grandes errores, empiezan á traslucirse la energía, la actividad y el poder del alma regenerada, y con ello algunos de los caractéres que despues habian de distinguir el drama romántico.

Forzoso era que el arte antiguo y el moderno, expresiones distintas de diversos estados del espíritu, difiriesen entre sí, como con temples desiguales difieren los sonidos de una misma cuerda.

Semejante es el antiguo á sereno lago contenido en cerco de flores, de poco profundas y al par muy cristalinas aguas; parécese el moderno al mar, nunca del todo quieto, sin valla que al parecer lo limite, negando á los ojos, no al alma que presiente y adivina, el penetrar hasta su fondo en que, de todas sus riquezas, oculta lo más precioso y admirable: como el carro de Vénus, aquel, deslizándose mansamente en region intermedia; éste, como el carro de Elías que parte del cielo, toca en la tierra, y vuelve despidiendo llamas á confundirse en las alturas: el uno es bello, el otro es sublime.

Ya de nuevo se ha dejado ver el Dios Increado, único, om-

nipotente, principio y fin de todas las cosas; ya su excelso Hijo, con el indecible sacrificio de su encarnacion y su muerte, ha hecho patente el abismo que media entre el cielo y la tierra, y entre una y otra naturaleza del hombre. Vuelve éste de su letargo, y á impulso de la voluntad y de la conciencia, muévese en opuestas direcciones; anda y deshace lo andado; lucha sin tregua consigo propio, y por una misma causa experimenta á la vez dos efectos contrarios; su espíritu valiente, sustrayéndose al yugo de los sentidos, con libertad discurre y por sí solo vive y funciona en los ilimitados ámbitos del mundo moral. Instintivamente se complace en el dolor que le purifica; la resignacion es su mayor fortaleza; la abnegacion su mayor victoria. Vínculos indisolubles ligan los corazones; ideas y sentimientos desarróllanse con intensidad imponderable; el devaneo, la ilusion y el éxtasis son cebo irresistible del alma. Conoce al fin la criatura que la tierra no es su patria, que su destino es inmortal. Con la exaltacion de la mujer al igual del hombre nace la familia, y en ella se reconcentra la actividad humana.

Esta nueva civilizacion, esta nueva existencia, animarán la escena cristiana. Para figurar en ella dignamente no ha menester el personaje dramático ser monarca, príncipe ó héroe; bástale ser hombre. En ella el honor será objeto del más fervoroso culto; el amor, tan poderoso como la muerte; cualquiera movimiento del ánimo, siempre grande y sublime: como vivos contrastes del espíritu y la materia, hallarémos aquí rostros feos ocultando corazones hermosos; él valor moral animando la flaqueza física; en cuerpo dolorido y turbado alma satisfecha y gozosa: trasformándose á cada momento aquí la persona humana, tan pronto rie como llora; alternativamente osa y teme, alienta y desmaya, desconfia y espera; del despecho pasa á la resignacion, del odio á la piedad, de la culpa al arrepentimiento: ve que la vida de los sentidos es sueño, y verdadera úni-

camente la vida del alma; y si ayer le dominaba el instinto brutal, hoy ya le alumbra y le guia divina inteligencia; cuándo, desde las elevadas regiones de la penitencia y la gracia cae precipitada por la duda en los infiernos; cuándo, desde los abismos de la corrupcion y el pecado, en alas de la contricion se levanta á la gloria.

A esta oposicion y contraste de los dos elementos constitutivos del sér racional; á esta accion combinada del libre albedrío y de la Providencia; á este arrebatado vuelo del alma hácia lo infinito, será estrecho el angosto cáuce de la tragedia antigua, y necesario el ancho y abierto campo de la escena romántica. Así el culto del verdadero Dios, no cabiendo en el reducido templo gentílico, hubo menester la espaciosa catedral con sus laberintos de naves y columnas, con las torres donde suenan misteriosas voces llamando á orar, con las agujas que se pierden entre las nubes del cielo.

Crear este nuevo teatro, empresa fué de aquellos poetas sacerdotes de nuestra España, y de aquel vehementísimo inglés Shakespeare, ingenios dotados de tan ardorosa fantasía, corazon tan sensible y tan levantado espíritu, que no parece sino que adrede para sólo ello habian nacido.

Otros insignes poetas de Francia, bien que cediendo, como no podia ménos de suceder, al influjo de lo moderno, quisieron restablecer en sus poemas la forma clásica del arte pagano, atentos á evocar fantasmas de una civilizacion muerta. ¿Y qué sucedió? Como árbol indígena, prende vigoroso el drama romántico en la madre tierra, y cada vez con mayor pompa y lozanía se desarrolla al aire libre, fecundizado por el sol y las lluvias del cielo: como planta exótica, encerrada en estufa y alimentada de riego y calor artificiales, la tragedia clásica de dia en dia se agosta y descaece. Ni en Francia mismo conseguirá prevalecer: aferrada á este sistema la Italia, con ser emporio del

saber y las artes, carece todavía de un teatro nacional: en tanto que Alemania rindió culto á la misma escuela, su númen se arrastró insípido y lánguido por el suelo, alzándose despues á las nubes vivificado con el ejemplo de Calderon y Shakespeare: salvo muy raras excepciones, la imitacion de la Melpómene francesa esteriliza y prostituye la escena española; y no necesito deciros cómo recobra su antiguo esplendor al punto que, recibiendo de rechazo el impulso que ella primero comunicó á la de otras naciones, y alentada por los consejos de un sábio que hoy tiene asiento en esta Academia, vuelve con nuevo calor y brio al sendero de donde nunca debió haberse apartado.

Pues ved, Señores, que el triunfar siempre y en todas partes de la forma clásica la romántica, está en ser la una más verdadera que la otra.

Pero si todas las obras compuestas bajo sistemas y gustos, y en épocas y pueblos distintos, se diferencian entre sí por lo que tienen de falsas y convencionales, todas llegan á identificarse en igual manera de ser cuando fielmente retratan la verdad. ¿Y quién negará que aquello en que todos los grandes poetas convienen debe ser lo bueno y lo que forma regla general, y por el contrario, lo excepcional y lo malo, aquello en que radicalmente se opongan y dividan? Clásicos y románticos, antiguos y modernos, españoles, ingleses, franceses, italianos y alemanes caminan mal avenidos, volviéndose la espalda, cuando por lados contrarios huyen de la madre naturaleza; puestos en ella los ojos, van juntos por una misma senda como buenos amigos.

Unas veces arrastrada de la pasion, otras por deliberado propósito, suele convertirse la crítica en sátira ó panegírico, y juntamente alabar ó deprimir defectos y bellezas, con lo cual se vician y confunden las más claras y universales nociones de lo bueno y lo malo en literatura, dando lugar á que el juicio

del observador se pierda en oscuro laberinto. Pero es lo cierto que no hay obra humana perfecta, y que el mérito de los escritores no se mide por la frecuencia, sino por la magnitud de los aciertos: siendo de advertir que, áun en los mismos errores, puede manifestarse con mágia seductora un ingenio peregrino, así como en acciones vituperables una gran cualidad moral: Shakespeare y Calderon, por ejemplo, bien que su vivífico númen resplandezca áun á través de las mayores imperfecciones, al modo que el sol á través de las nubes, son quizá los dos más defectuosos, y al par los dos más insignes dramáticos que han existido nunca. En ellos, y en cuantos ingenios se conocen, el sentido comun reprueba lo falso y aplaude lo verdadero.

Láuro hermoso de nuestros célebres poetas del siglo XVII es haber fundado un teatro universal en cuanto cristiano, y nacional en cuanto español; haber sabido pintar en él, de más de la índole comun á la humanidad en las sociedades modernas, el carácter peculiar del hijo de España. Templada está su sangre por el ardiente sol que le alumbra; mueve y dilata su alma el aspecto de la vária y deleitosa naturaleza que le rodea; el pelear continuo le ha dado espíritu hazañoso y aventurero; el constante vencer, arrogancia y soberbia; más y más se ha arraigado en su pecho el amor á Dios, al rey y la patria, arrostrando por ellos á cada hora la muerte durante ocho siglos; la mujer, en quien halló, tras el afan y los horrores del combate, descanso á su fatiga, sosten á su esfuerzo y dulce premio á sus hazañas, parécele ángel de paz y alegría, á cuyo servicio consagra todo el fuego de su corazon apasionado y generoso. De mostrarse este carácter en la ficcion tal como es en la realidad, dimana su mérito y el que tanto nos interese y agrade. Mas, ¿por qué, entre los poemas de Calderon, descuellan *La vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea*; *La estrella de Sevilla*, entre los de Lope, entre los de Rojas, el *García del Castañar*,

y *El desden con el desden* entre los de Moreto? Porque estas obras son de aquellas en que el poeta, abandonando la rutina arbitraria y rompiendo moldes amanerados, no sólo pintó con verdad el espíritu de una civilizacion y el carácter de un pueblo, sino tambien la índole peculiar de la individualidad humana, el modo natural de sentir el hombre y de expresar los afectos que le conmueven. ¿Cuál la razon de que los villanos de Tirso estén reputados por modelos inimitables? Lo asombroso de su parecido con la realidad. ¿Á qué debe atribuirse la mayor perfeccion, ya que no la mayor grandeza, del autor de *La verdad sospechosa* respecto de sus contemporáneos; á qué sino á la circunstancia de aparecer en el uno más á la continua que en los otros lo humano y verdadero?

Recordad el mundo animado en la esfera del arte por el númen de Shakespeare. Allí la inagotable variedad de la naturaleza, distinguiéndose cada personaje entre los demas por una fisonomía propia; allí el humano sin enmiendas ni mutilaciones, causando al par lástima y admiracion; allí los más ocultos móviles de la voluntad, las más impenetrables operaciones de la conciencia, los más hondos abismos de la mente y el corazon; allí Lady Macbeth, Julieta, Desdémona, Shylock, Ricardo III, Macbeth, Otelo, Romeo, Hamlet, Lear, haciendo creer que un alma verdadera los vivifica; allí la humanidad retratada al vivo bajo todas sus fases, en su actitud más imponente y expresiva; y ésta es la causa de que el nombre de Shakespeare llene los ámbitos de la tierra. Siendo intérprete feliz de los sentimientos heróicos y magnánimos; haciendo que la antigua Roma resucite para no volver á morir jamás, gana Corneille su gloria imperecedera. ¿Qué es lo que principalmente nos admira en Racine? El gran tesoro de verdad con que enriqueció sus gallardos poemas al representar los tormentos del amor culpable y la furia de los celos; la ternura y la abnegacion de que la mujer es sólo ca-

paz. Infunde Molière en sus personajes la espontánea viveza de la criatura realmente animada; logra que en ellos nos veamos á nosotros mismos con nuestros vicios, miserias y extravagancias; y por esto aplauden y aplaudirán siempre á Molière el sábio y el ignorante, pueblos y generaciones distintas. ¡Qué bien patentiza Schiller en Wallenstein al hombre que ama el bien y le huye, devorado de injusto anhelo insaciable, caminando á tiento en la vida por sendas mal seguras, con indecisa voluntad, mente supersticiosa y conciencia turbada! ¡Qué bien en María Estuarda la vanidad de la hermosa, la flaqueza y soberbia de la mujer, la majestad de la reina, el nuevo sér de la pecadora regenerada por el dolor, la uncion y recogimiento del alma religiosa en el trance de la muerte! ¡Cuán admirablemente en Guillermo Tell la ruda cordialidad, la sencilla ternura y el rústico heroismo! Al primer golpe de vista se conoce que este hombre no puede ser esclavo. En todos sus dramas pinta Schiller cuadros de singular perfeccion y hermosura con pinceles robados á la naturaleza, y de aquí el ser este maravilloso ingenio dueño y árbitro de los corazones. Obsérvese cómo, ciñéndose quizá en demasía á la más nimia y particular imitacion de la realidad que tiene delante de los ojos, llega Moratin (que no es clásico, sino romántico á pesar suyo), llega, digo, á crear una comedia tal y tan buena, que nunca produjo ni acaso producirá nunca otra mejor el entendimiento humano. ¡Cómo están caracterizados los personajes todos de *El sí de las niñas!* Parécele á uno que el dia ménos pensado va á encontrárselos en el mundo de manos á boca. Semejantes nuestros en todo y por todo, dándose á conocer con la mayor naturalidad en lances ordinarios y cuotidianos de la existencia, esclavizan nuestra atencion, y ya nos hacen reir con el espectáculo de sus extravagancias, ya con el de su dolor nos afligen, ya con el ejemplo de sus virtudes nos inspiran el amor del bien, halagando

dulcemente nuestras almas. El diálogo de Moratin, modelo de correccion y ternura y á la vez cópia exactísima del corriente modo de hablar, será eternamente, por esta razon, asombro de los entendidos y desesperacion de cuantos quieran imitarlo.

Y hoy, Señores, ¿qué triunfos no ha logrado el arte escénico pidiendo inspiraciones y modelos á la naturaleza? Maldecir de lo presente es comun achaque de todos los tiempos: no creo yo incurrir en el vicio contrario estimando la escena contemporánea digna de grande admiracion. Cierto que en ella se han cometido vituperables errores, haciéndola falsa á fuerza de querer hacerla verdadera, prostituyéndola y encenagándola con la representacion de verdades groseras é impúdicas, ofensivas al buen gusto y á la moral, cuando no más propias de una sala de clínica que del teatro. Pero en cambio, ¡cuántas y cuán notables bellezas no enaltecen hoy la literatura dramática, debidas al culto decidido y constante de la verdad! Y para hallar altos ejemplos que lo acrediten, ¿necesitaré, Señores, salir de nuestra patria, ni siquiera de este recinto? A cualquier lado que me incline puedo coger flores lozanas que justifiquen mi propósito. Y al hacerlo así, permitidme buscar tambien en lo moderno acendrados modelos de expresion verdadera, que siendo de cuantos me escuchan conocidos, alcancen por ello á confirmar con mayor prontitud y eficacia mi doctrina.

¡Cómo en *Don Alvaro* exaltan mi fantasía y conmueven mi corazon aquel placentero aguaducho del puente de Triana, aquella inquieta y alegre posada de Hornachuelos, aquel revuelto campamento de Italia, aquel tranquilo y majestuoso monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles! ¡Oh, cuál lamento los dolores de este generoso D. Álvaro, todo pasion y fuego, nacido á grandes cosas, y arrastrado siempre á la desdicha por la fuerza de su carácter! Cuando le veis precipitarse desde la roca al abismo, ¿no se os conturba el alma pensando si le aguardará

la condenacion eterna; y no os halaga la idea de que en un solo punto, al caer, puede haberle salvado el arrepentimiento? Así el drama cristiano lleva la mente de la criatura al Criador, sin que jamás su desenlace se verifique en la tierra, sino en el cielo. ¡Con qué acierto expresa en este monólogo sus afectos D. Cárlos de Vargas:

¿Ha de morir ¡qué rigor!
Tan bizarro militar?
Si no le puedo salvar
Será eterno mi dolor.
. . . .
Nunca vi tanta destreza
En las armas, y jamás
Otra persona de más
Arrogancia y gentileza.
. . . .
Y de Calatrava el nombre
¿Por qué así le horrorizó
Cuando pronunciarlo oyó?
¿Qué hallará en él que le asombre?
¿Sabrá que está deshonrado?
¿Será un hidalgo andaluz?
¡Cielos, qué rayo de luz
Sobre mí habeis derramado
En este momento!.... Sí.
¿Podrá ser este el traidor,
De mi sangre deshonor,
El que á buscar vine aquí?
¿Y áun respira? No: ahora mismo,
A mis manos.... ¿Dónde estoy?
¿Ciego á despeñarme voy
De la infamia en el abismo?
A quien mi vida salvó
Y que moribundo está,
¿Matar inerme podrá
Un caballero cual yo?
¿No puede falsa salir
Mi sospecha? Sí.... ¿quién sabe?....
Pero, cielos, esta llave
Todo me lo va á decir.

Salid, caja misteriosa,
Del destino urna fatal,
A quien con sudor mortal
Toca mi mano medrosa.
Me impide abrirte el temblor
Que me causa el recelar
Si en tu centro voy á hallar
Los pedazos de mi honor.
. . . .
Ya el legajo tengo aquí.
¿Qué tardo el sello en romper?
¡Oh cielos, qué voy á hacer!
¿Y la palabra que di?
. . . .
Nádie, nádie aquí lo ve.
¡Cielos, lo estoy viendo yo!
Mas si él mi vida salvó,
Tambien la suya salvé.
Y si es el infame indiano
El seductor asesino,
¿No es bueno cualquier camino
Por donde venga á mi mano?
Rompo esta cubierta, sí,
Pues nádie lo ha de saber.
Mas, ¡cielos! ¿qué voy á hacer?
¿Y la palabra que di?
A Italia vine anhelando
Mi honor manchado lavar,
¿Y mi empresa ha de empezar
El honor amancillando?
Queda, oh secreto, escondido,
Si en este legajo estás;
Que un medio infame, jamás
Lo usa el hombre bien nacido.
. . . .
.........Esta cajilla
Que algun retrato contiene,
Ni sello, ni sobre tiene;
Tiene sólo una aldabilla.
. . . .
¡Cielos! no, no me engañé,
Esta es mi hermana, Leonor.
¿Para qué prueba mayor?
Con la más clara encontré.
. . . .

¡Cuán feliz será mi suerte
Si la venganza y castigo
Sólo de un golpe consigo,
Á los dos dando la muerte!
Mas, ¡ah! no me precipite
Mi honra, cielos, ofendida:
Guardad á ese hombre la vida
Para que yo se la quite.

Ved, Señores, ved en Isabel y Marsilla dos criaturas a quien no parece sino que Dios quiso destinar al amor,

Y para hacer la igualdad
De sus afectos cumplida,
Les dió un alma en dos partida
Y dijo: vivid y amad.

Obstáculos insuperables separarán estas dos mitades de un mismo sér; pero en vano; que ellas tenderán constantemente la una hácia la otra, y ya que no en vida, se unirán en la muerte. Eres pobre, Marsilla: no importa; conquistarás riquezas: te ama otra mujer que es reina y hermosa; tú la desdeñarás: gimes cautivo; romperás al fin tu cautiverio. Ya llegas adonde mora tu Isabel. ¡Ay! llegas tarde; Isabel es ya esposa de D. Rodrigo. ¿Y qué: ni los ruegos, ni las lágrimas de tu padre alcanzan á contener el ímpetu del furor que te enloquece?

—Desgraciado, ¿qué intentas?
—Con el crímen
Aniquilar el crímen. Una vida
De Isabel me separa: que perezca.
—¡Hijo!
—Perecerá.
—No.
—Maldecido
Mi nombre sea, si la sangre odiosa
De mi rival no vierto.
—Es poderoso.

—Marsilla soy
—Mil deudos le acompañan.
—Mi furia á mí.
—Respeto te merezca
El vínculo....
—Es sacrílego, es injusto.
—En presencia de Dios formado ha sido.
—Con mi presencia queda destruido.

Y tú, desventurada Isabel, tú, cuya constancia no quebrantaron la dilatada ausencia, ni la tenaz voluntad de un padre, ni súplicas y rendimientos de un galan bizarro y poderoso, ni los celos, ni el anuncio de que es muerto el objeto adorado; tú en quien solamente pudo vencer al amor la piedad filial, ¿qué no padecerás cuando, casada ya con otro, sepas que te han engañado, que Marsilla vive, que está en Teruel? ¿Cuál no será tu asombro y despecho, cuando Adel te diga que la pérfida rival, causa de tu horrible infortunio, se esconde en tu propia casa? Llévesela Adel que de tí la reclama para darle castigo; véngate; no haya piedad.

....Sí, moro, salga
Pronto de aquí: no le valga
El fuero del hospedaje.
Como perseguida fiera
Entró en mi casa; pues bien,
Al cazador se la den,
Que la mate donde quiera.
Mostrarse de pecho blando
Con ella, fuera rayar
En loca: voy á mandar
Que la traigan arrastrando.
Sean de mi furia jueces
Cuantas pierdan lo que pierdo.
¡Jesus! ¡Cuando yo recuerdo
Que hoy pude!... ¡Jesus mil veces!
No le ha de valer el llanto,
Ni el ser mujer, ni ser bella,

Ni reina.... ¡ Si soy por ella
Tan infeliz! ¡ Tanto , tanto!
Vamos á ver: tu señor
¿Qué suplicio le impondrá ?
—Una hoguera acabará
Con su delincuente amor.
—¡ Su amor ! ¡ Amor desastrado!....
¡ Pero es amor !
—¿ Y es bastante
Esa razon ?....
—¡ Es mi amante
Tan digno de ser amado !
Le vió , le debió querer
En viéndole. Y yo que hacia
Tanto que no le veia,
¡ Y ya no le puedo ver!
Moro , la víctima niego
Que me vienes á pedir :
Quiero yo hacerle sufrir
Castigo mayor que el fuego.
Ella con feroz encono
Mi corazon desgarró:
Me asesina el alma.... yo
La defiendo, la perdono.

Hé aquí la prueba más eficaz de la doctrina que sostengo. ¡Qué energía en las palabras de Isabel, qué vida, cuánta belleza! ¡Cómo llegan al alma estos verdaderos afectos, esta natural expresion! Cuando en el teatro de una época dada, se hallen rasgos tan sublimes como el que acabo de citar, ¿quién osará decir que ese teatro está en decadencia?

Y lo mismo que en el género dramático, ha hecho en el cómico maravillas la musa contemporánea, teniendo á la verdad por amiga y compañera. Díganlo, si no, *A Madrid me vuelvo* y *El hombre de mundo*.

En la primera de estas dos excelentes producciones, logra el poeta retratar con tino y habilidad suma las costumbres lugareñas, mostrando que, así en la aldea como en la corte, el

hombre es siempre el mismo, iguales sus extravíos y ruindades. El codicioso D. Baltasar y el engreido y záfio D. Estéban, son figuras trasplantadas de la realidad al teatro, y dignas de Moratin y Molière. Uno y otro aceptarian por suyos estos rasgos de la comedia á que me refiero; tan llenos están de verdad y de gracia.

—¡Toma! ¿Y qué funcion de aldea
No se acaba á garrotazos?
Aquí ya nádie se altera
Por semejante bicoca.
El año que no hay pendencia,
Que sucede rara vez,
¡Es tan insulsa la fiesta!
Gracias que no ha habido muertes,
Como en julio por la feria.—
Estos hombres de la corte,
Tanto como cacarean,
Parece que no han vivido
Entre gentes.
. . . .
. . . . Mire usted: yo
Soy caviloso en extremo,
Y.... Vamos; si me casara
Con ella... Porque lo cierto
Y lo seguro es que Cármen
Tiene ya su quebradero
De cabeza. ¿No es así?
Y...., como dice el proverbio,
Quien bien ama tarde olvida.
No haga el demonio que luego...
Lo que es la chica es muy guapa:
Eso es otra cosa; pero....
¿Qué quiere usted que le diga?
No es tanto, tanto mi afecto
Que apechugue.... Mire usted:
Yo por otra parte...., hablemos
Claros, hacia una boda
Muy desigual. Mis inmensos
Caudales.... Bien es verdad
Que si me hallaba dispuesto
A casarme, yo soy franco,

Era con el solo objeto
De no entrar en quintas; pues;
Porque yo no tengo apego
Á la milicia; y me bastan
Los timbres de mis abuelos,
Sin exponer mi pelleja
Por adquirir otros nuevos.
En fin, cada uno se entiende.—
Buenas noches, caballeros.

En *El hombre de mundo*, donde bajo la risueña máscara de Talía se esconde el austero semblante de la moral, todo es verisímil, todo profundamente humano; los accidentes de la fábula, los caractéres, los afectos, el lenguaje. Benita, la hija del cosechero de Arganda, suele morar en nuestras casas muy á menudo y con sus razones de pié de banco apurarnos la paciencia. ¿Qué os diré del disipado D. Juan, á quien la ceguedad de la despreocupacion impide ver el bien que toca? La creacion de D. Luis nunca podrá ser con exceso alabada. No cabe pintar con más propio colorido al calavera que expia sus faltas temiendo de los demas lo que él les hizo padecer, viendo visiones en todas partes, receloso de su propia conciencia, y hallando en la experiencia del mal el mejor medio para vivir siempre engañado. ¿A quién no encanta oir al personaje escénico expresarse con esta sencilla y hermosa naturalidad:

Pues hazlo. Mira que es cosa
De que no tienes idea
Lo que cautiva y recrea
El cariño de una esposa.
Y no lo juzgues por ese
Con que te tiene embaucado
La francesa: amor comprado,
Por mucho que te interese,
Ni es tampoco aquel delirio,
Aquella fiebre de amante,
Abrasadora, incesante,
Que más que gozo es martirio.

Es fuego que da calor
Al alma sin abrasar,
Es conjunto singular
De la amistad y el amor.
Huye de tí el egoismo,
Porque hay á tu lado un ser
Que tu pena y tu placer
Los siente como tú mismo.
En vez de frivolidad
Y de desprecio del mundo,
Se despierta en tí un profundo
Instinto de dignidad.
Quieres merecer del hombre
Respeto, aprecio, interés,
Porque refleje despues
En la que lleva tu nombre.
Ese tu eterno viajar
Por Francia, Italia, Inglaterra,
Sin que haya un punto en la tierra
Que alivie tu malestar.
¿Qué es sino cansancio, di?
¿Qué es sino un vago deseo
De encontrar más digno empleo
A la vida que hay en tí?
Pues esa eterna vagancia,
Ese vivir volandero,
Que te hace tan extranjero
En España como en Francia;
La indiferencia fatal,
O el tédio más bien, que sientes
Cuando ventilan las gentes
Algun negocio formal, —
Todo eso que yo he probado
Cuando como tú vivia,
Se borra, Juan, desde el dia
En que te miras casado.
Ya por el público bien
Te afanas, y en tí rebosa
Con el amor de tu esposa
El de tu patria tambien;
Y el alma y los ojos fijos
En su porvenir tendrás;
Porque esa patria, dirás,
Es la patria de mis hijos.

En fin, Juan, el matrimonio
Es orígen, no lo dudes,
De las mayores virtudes
De la tierra.—Y, ¡qué demonio!
Mucho contra él se propala;
Pero cuando todos dan
En casarse.... vamos, Juan,
No será cosa tan mala.

Prolijo fuera citar todas las obras en que eminentes ingenios españoles de nuestros dias han dado ejemplos de que en literatura dramática es la verdad principal orígen y fundamento de lo bello. Hoy, como siempre, emularla constituye el más notable distintivo de los grandes poetas; por el contrario, lo falso es constante patrimonio de escritores pequeños y baladíes. Los primeros únicamente logran hallar esos concisos rasgos y felices expresiones que con tanta fuerza nos hieren, que nunca envejecen, y que se reputan maravillas del ingenio, sin otro mérito que el de parecer espontánea emanacion de la naturaleza viva. Cuando le pregunten á Horacio qué habia de hacer el último de sus hijos viéndose acometido de los tres Curiacios, se necesita ser Corneille para contestar por su boca: «Morir». Cuando exhorten á Macduff á vengarse de Macbeth, matador de su prole, se necesita ser Shakespeare para hacerle exclamar: «¡Ay, Macbeth no tiene hijos!» Cuando irritado Segismundo venza lo que se le pintó como imposible, arrojando á las olas á quien desafió su audacia, se necesita ser Calderon para arrancar este imponente grito á la humana soberbia:

Cayó del balcon al mar.
¡Vive Dios, que pudo ser!

Pudo ser, en efecto, que el hombre por medio del arte hiciese criaturas como él inteligentes y apasionadas, como él vi-

vas. La ciencia, descubriendo los arcanos de la tierra y el aire, no es más grande que el arte cuando penetra en los misterios del alma, y los patentiza á los ojos de todo el mundo. Pero si se limita á vanas y caprichosas combinaciones, viviendo de la mentira, debajo de sus vistosos arreos no habrá más que el vacío. Si se hace cortesano del mal y lo agasaja y victorea, á la condicion de falso unirá la de inicuo y abominable. Sólo cuando en él aparezcan hermanados, como gemelos cariñosos, lo bello, lo verdadero y lo bueno, será el arte noble deleite y eficaz motor de los corazones, enseñanza de los pueblos, compañero de la filosofía, hijo bien querido de la religion, digno empleo del espíritu que nos infundió el Hacedor Supremo, y que en su facultad creadora tiene segura prenda de inmortalidad.

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL SR. D. AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

Señores: Dia de júbilo es este para la juventud honrada, que mira en el Capitolio de las letras á un mancebo insigne recibiendo de vuestra mano el envidiado laurel, premio y corona de grandes merecimientos. Dia de indecible júbilo para mí, que desde su primera niñez le he visto crecer en aplicacion, ingenio y sabiduría, en modestia y dulzura, estimado y querido; que en largos diez y ocho años, y en lugares diversos, he tenido siempre la dicha de presenciar uno por uno todos sus triunfos literarios; y hoy por remate alcanzo el honor de significarle á nombre de la Real Academia Española, el placer con que en su seno le recibe. Esos mismos diez y ocho años hace que, en el estreno de interesante drama bien acomodado á nuestra escena, pedia el público granadino salieran á las tablas para recibir legítimos aplausos el autor del arreglo y la incomparable actriz que habia sabido realzarlo á maravilla. Ternísimo espectáculo fué, al alzarse el telon, contemplar á Joaquina Baus, raro prodigio de talento y hermosura, estrechando contra su regazo, toda conmovida, á su pequeñuelo hijo, al novel ingenio, que por lo aniñado del rostro parecia no haber salido aún de las

angelicales horas de la infancia. Tan temprana honra, léjos de malograr en flor, como no raras veces sucede, el ingenio de Tamayo, le empeñó en hacerse digno de ella por la aplicacion y el estudio, en profesar las letras, y en que solas fuesen blanco de su ambicion y colmo de sus esperanzas.

Ardia entónces aquella revolucion que, ambiciosa de devolver á la patria literatura su antiguo esplendor y brio, proclamaba la naturaleza como el único modelo digno de ser imitado; en vez de afirmar que está por cima de cualquier código literario, y que no hay otro crisol donde se quilate la bondad de los preceptos. Y cual si esa misma naturaleza, bajo sus dos aspectos, físico y moral, no tuviese leyes á que obedecer, se erigió en máxima y principio infalible la emancipacion de toda regla. De aquí el entronizarse el mayor desórden; y como providencial castigo, el no acertar los más de los ingenios á revestir sus poemas de la decantada naturalidad tan afanosa y equivocadamente buscada. En esta deshecha borrasca, á la manera que el oro al fuego, se acendraban la imaginacion y el juicio de nuestro nuevo académico, entrando en codicia de conocer, ya los autores que aplaudia, ya los que entónces condenaba la moda. Pudo con ello observar y discernir que en unos y otros lo verdadero era precisamente lo bueno y siempre encomiado; así como lo falso, constante motivo de controversia, de vituperio y censura. Y hallándose en la floreciente edad, cuando se apacienta la imaginacion en los objetos que nos rodean, y la curiosidad tiene sobre nosotros su mayor imperio, y suspenden y extasían nuestra alma los encantos de la naturaleza física,—por instinto primero, y por reflexion y convencimiento despues, la estimó incomparable raudal de inspiracion y de estudio.

Y en efecto, para hombres que, como Tamayo, aprendieron desde la cuna á referir siempre á un eterno principio todas las cosas creadas, á emplear dignamente la actividad del

espíritu, á sentirlo atraido por la misma ley de su noble orígen hácia regiones puras y excelsas,—la naturaleza material es un libro lleno de secretos desconocidos de la multitud, de donde á cada paso brotan espirituales deleites y enseñanzas. Mostrándonos el tendido cielo, morada de luz y de grandeza, nos da calladas y eficacísimas voces para que subamos á él por el seguro camino de la virtud; encorvando nuestro cuerpo hácia la tierra y quebrantándolo, nos avisa que á ella hemos de volver pronto; gastando nuestro vestido y desmoronando nuestra casa, incesantemente nos recuerda que todo lo que no es espíritu muere; con las diferentes horas del dia y el órden sucesivo de las estaciones retrata el desarrollo de nuestra vida; en los estériles arenales significa el pecho del ingrato, miéntras en los floridos valles fecundizados por la lluvia representa el corazon generoso del hombre agradecido; en el ave que anida sobre los templos nos enseña la piedad filial; el amor, en las ramas de los árboles dándose paz unas á otras, y en la hiedra estrechamente abrazada al olmo corpulento; y columbramos las inefables delicias de otro mundo superior en las embalsamadas áuras del verano refrescando los bosques, donde resuenan los dulces gorjeos de las aves y el eco de las sonorosas cascadas. ¿Qué puede hacer el arte sino dar cuerpo á estas persuasivas voces del universo, aprendiendo en las obras de Dios á engrandecer y dignificar el alma? ¿Qué más el ingenio, que infundir en sus creaciones el fuego de Prometeo, vivificándolas con el encendido rayo de los atributos de la divinidad que refleja en nuestro espíritu, y nos trae del cielo el bien y la hermosura? ¿En qué está la excelencia, así de las bellas letras como de las nobles artes, sino en que al mostrarse inspiradas en la contemplacion de los objetos sensibles descubran el mayor culto y respeto que han rendido ántes á las leyes de la naturaleza moral?

Presuman norabuena las artes plásticas de haber llegado á

maravillosa perfeccion, cuando con obras admirables consiguen sorprender y engañar nuestros sentidos. Gloria suya fué que Zéuxis atrajese á los pájaros con las uvas pintadas; y mengua que no los espantase con el niño que figuraba tenerlas en su mano. Mayor alabanza es todavia del monje Cotán que áun hoy mismo intenten posar las golondrinas sobre los brazos de la cruz que pintó en la Cartuja de Granada, y que se engañen los hombres creyendo de bulto el retablo de la inmediata capilla.

Más en error gravísimo incurriria quien imaginase haber satisfecho con triunfos de la misma especie todas las exigencias del arte dramático. El poeta nada hace dirigiéndose á nuestros sentidos, si no se apodera del alma: no la materia, el espíritu es lo que debe retratar el verdadero pintor del hombre. Visibles señales de decadencia y ruina dan siempre las musas del teatro cuando sueñan que le restauran y engrandecen con la imitacion servil, prolija, de los actos fisiológicos y patológicos de la raza humana. Cifrar el primor y la gala en que al auditorio conmueva la minuciosa reproduccion de los clamores de un hambriento, ó las acciones de un ébrio, ó las frases que el amor sensual arranca á los pechos degradados; enlobreguecer y angustiar el lenguaje con los ayes de un moribundo; complacerse en describir paso á paso los caractéres que ofrece en su nacimiento, desarrollo y terminacion una tísis ó un acceso de demencia, — todo esto, que no deja de ser real y verdadero, ofende y repugna, sin embargo, á la nobleza de la ficcion escénica, la rebaja, la prostituye, patentizando cómo se extravian los que no sabiendo leer en la naturaleza, imitan del natural lo que no deben. En copiar de la naturaleza lo que no es para copiado, está el primero de los escollos donde quebrantan y malogran sus fuerzas los ingenios; exageracion ó frialdad en la cópia son los otros vicios con que ingenios y actores suelen des-

lucir un buen asunto dramático. Permitidme, Señores, decir sobre ello algunas palabras.

No es realidad la ficcion escénica, sino artística representacion de la realidad; y por eso mismo se alimenta de la verisimilitud, que no es precisamente la verdad, sino su eficaz apariencia. ¡Cuán léjos de todo razonable discurso iria quien pensase representar á maravilla en el teatro la figura de Gonzalo Fernandez de Córdoba con sólo sacar la misma espada que blandió aquel capitan insigne! ¡Cuán errado andaria quien creyese que se acercaba más á la verdad disponiendo que en un drama los personajes del tiempo de Augusto hablaran el idioma de Ciceron; ó á lo ménos en latin corrompido, para que el auditorio no se quedase en ayunas! La mayor fineza de la dramática está en combinar la fábula de modo que por nuevos y peregrinos que sean los resortes que la compliquen y enreden, se les dé fácil crédito; en procurar que las figuras piensen, hablen y accionen á lo humano; en alucinar al espectador hasta el punto que imagine serle aquellas de antiguo tratadas y conocidas. Y siendo unos mismos siempre el interés y los deberes del poeta y de su intérprete, ¿qué vicios malograrán y destruirán la ilusion escénica? La verisimilitud perece así á manos de la exageracion, como á las de la trivialidad: hija aquella de falso celo y poco juicio, y ésta de ignorancia, de desidia, de falta de inspiracion y estro, de descreimiento y de ningun amor al arte; y el arte muere cuando tales vicios se erigen en sistema, disfrazados con el nombre de virtudes.

Estudien el actor y el poeta los casos frecuentes de la vida, y observarán cómo se anuncian, hierven despues, y revientan al fin las pasiones; con qué rapidez y vehemencia discurre el hombre irritado; qué tonos tan diferentes da á sus palabras; cuál se vale de la accion para persuadir prontamente; con qué variedad un mismo suceso afecta á las diversas personas que

intervienen en él, y qué armonioso resulta siempre el conjunto humano. Pero no se involucre esta exacta doctrina con el ejemplo de famosos poetas que han logrado complacer extremadamente en el coliseo escogiendo por asunto de sus dramas lo ajeno de verisimilitud, lo casi absurdo é imposible. Querian alcanzar así mayor triunfo, levantando sobre cimiento de cañas soberano edificio, y pactando con el público lo siguiente: *Concédeme un hecho, y te divertiré;* propuesta que jamás esquiva ningun teatral senado, y que si se le cumple se da por muy satisfecho. Llevaba adelante su compromiso haciendo interesantísimo aquel descabellado asunto, embelesando al auditorio con situaciones y caractéres cómicos, vivos y naturales diálogos llenos de sal, y echando mano de cuanto puede una brillante imaginacion y un aventajado ingenio. Mas este esfuerzo, que holgadamente cabe en las obras festivas, es impropio de las que tiran á muy distinto blanco; y en ninguna cumplirá el escritor con hilvanar á vuela pluma el primer asunto que le venga á las mientes, considerándolo desde luego en zancos para las tablas.

¿Y cumple el actor con medio aprender de memoria la comedia, no ensayándola, sino repasándola en amigable compañía? Nádie se cura entónces de ajustar su tono y ademan á los del vecino; y en la noche de la representacion cada cual echa por su lado, todos van á salir del paso, no saben lo que han de hacer, parecen asustados ó distraidos; como no sienten, no hacen sentir al público; como no se afanan por vivificar la fábula, se queda letra muerta y no interesa, y al fin el espectador ó dormita ó se aburre. Si la trivialidad y el desaliño mata, búsquese el poético realce que da vida; no se equivoque el tono de la sentencia, ahora recitando en situaciones violentas los rasgos morales tan impetuosamente como lo demas, ya expresándolos en las vivas con gesticulaciones impropias y ama-

neradas; ya, por último, en momentos de apacible sosiego con afectacion y pedantería. Recuérdese la manera de declamar de nuestros antiguos: aquel endulzar la voz; aquel apagarla y avivarla oportunamente; aquellas palabras tranquilas contrastando con el fuego de los ojos y la agitacion del pecho, rezagos de la pasada tempestad del alma; aquella movilidad del rostro; aquella acentuacion delicada y sonora con que se daban á saborear los versos, y se avaloraban las frases felices y los gallardos pensamientos del poeta. Pero, ¿á qué me separo de mi intento?

La ficcion dramática es representacion hermosa de la vida humana, espejo fiel que la duplica, discreta combinacion de elementos vulgares que forman un todo nuevo, original y deleitoso. Tiene luz y sombras, colores y armonías como la naturaleza; y además ruido y movimiento como ella, para satisfacer la más vehemente necesidad del corazon: la de imitar y verse imitado. Esto es ingénito en el hombre, quien niño, se complace en remedar todas las acciones, oficios y ejercicios; mancebo, las realza con las galas de la poesía; varon, las convierte en provecho comun; y anciano, se consuela viendo los animados cuadros de los tiempos que pasaron, llenos de juventud y esperanzas. Y si en los ordinarios sucesos de la vida busca el hombre lo ridículo en lo feo y defectuoso para regocijar y alborotar el ánimo; si de las imágenes se vale cuando quiere poner en actividad la memoria, inflamar nuestra fantasía y trasportarnos á un paraíso; si prodiga las máximas de la sabiduría y experiencia, para decidir la voluntad y aleccionar el entendimiento; y sorprendiendo misteriosas relaciones ocultas entre los objetos materiales y las ideas y cualidades morales, traza el geroglífico, inventa la metáfora y crea el símbolo, á fin de personificar soberanamente las virtudes y los vicios, — de tales y tan preciosos elementos se apodera la dramática, y los dirige á prove-

*

choso fin, embriagándonos, ya con la ordenada proporcion y consonancia del metro y la rima, ya con la armonía y tersura elegante de la buena prosa.

Valiéndose de los inagotables tesoros de la naturaleza todas las artes, música y poesía calman el pecho alborotado; excita nuestra veneracion y entusiasmo la escultura; la pintura nos pasma y suspende; suavizando las costumbres, engrandecen al hombre las ciencias y las letras; pero todo esto en un solo punto es dado conseguir á la dramática. Ni la misma religion única verdadera desdeñó la representacion de los pasos y misterios; ántes bien los hubo de estimar resortes muy oportunos para mover el corazon de las turbas, para arrancar lágrimas á sus ojos, y llevar su pensamiento á los propios sitios y tiempos en que se realizaron los grandes sucesos de la redencion humana. ¡Poder maravilloso del arte, hacer que trate el hombre sin caer en la profanacion asuntos tan altos; y que príncipes de la Iglesia hallen en las representaciones dramáticas uno de los más eficaces medios de curar la lepra que va cancerando las modernas sociedades!

Nuestro Tamayo, fino apasionado de la gloria literaria, perpetuo y sagaz estudiante de la naturaleza, é infatigable apreciador de las grandes obras del ingenio, acaba de demostrar con términos nuevos una verdad vieja, más ó ménos sinceramente reconocida por las escuelas todas; y viene á defender hoy con la doctrina lo mismo que durante largos años habia sostenido con el ejemplo. Efectivamente, el principal mérito de sus poemas consiste en la profunda naturalidad de los caractéres y de las situaciones, de los afectos y del estilo, produciéndose la mayor belleza en fuerza de la mayor verdad. ¿Quién no aplaude el tino con que ha sabido presentar en la escena el desencadenamiento de pasiones violentísimas, sin llevarlas á la exageracion y al absurdo, sin que resulte jamás esclava de ellas la

figura humana, y por lo mismo irresponsable de sus excesos y extravíos? Cuida, por el contrario, que se entrevea la culpa de traspasar los límites de lo justo y de lo recto, y de permitir que la pasion arrastre y subyugue el alma, á quien Dios hizo libre y dueño absoluto de sí misma. Y, ¡generoso intento! procura en todos sus dramas que el hombre ciegamente apasionado, viéndose ya en el borde del precipicio, se regenere y salve por la eficacia del arrepentimiento; y que resplandezca en todos la Providencia divina, llevando los sucesos prósperos ó adversos por sendas invisibles, para prueba de la humanidad ó para su escarmiento y castigo. Los encamina aquella inescrutable voluntad en *El cinco de Agosto*, al fin de que Alberta, celosa de su propia hija, olvide que es mujer y se muestre cariñosa madre. En *Ángela*, reconoce aquel soberano poder el príncipe de San Mario, cuando devora sus entrañas el mismo tósigo que habia preparado para la inocencia. En *Virginia*, siente su fuerza Apio Claudio al atar el augur la existencia del decenviro á la de la Vírgen desposada. En *Hija y madre*, confiésale en cabeza de madre aborrecida la hija despiadada é ingrata. Felipe el Hermoso, en *La locura de amor*, al abrigar ignoto vehementísimo cariño hácia su menospreciada esposa, cuando ve ya que apretadamente se le acaba sin remedio la vida. Y por último, Clara, en *La bola de nieve*, espantándose al considerar el cúmulo de infortunios que, por haberse hecho esclava de los celos, habia traido á la persona que amaba con mayor delirio; aceptando el providencial castigo, y pidiendo para su rival la dicha que ella no supo merecer. Léjos Tamayo de rendir el espíritu á un fatalismo estéril, despliega siempre las alas de su ingenio para contemplar desde regiones de luz á la divina Providencia gobernando el mundo, desconcertando á los impíos, alentando á quien pone en Dios todo su amor y confianza.

Convertida la inspiracion á tan nobles fines; la naturaleza por constante modelo, por guia los escritores más ilustres; amalgamando con la índole moderna la forma antigua, lo real con lo bello, la verdad con el arte; y apareciendo siempre el mismo y siempre diferente, ya consagre su feliz estro al regocijado alboroto de las gracias, ya á la severidad de la tragedia, ¿cómo nuestro compañero no habia de hallar á toda hora propicio el luciente coro de las musas, amigo al público, francas las puertas, y unánimes los sufragios de la Real Academia Española? Venga á robustecer sus haces en defensa de la combatida lengua castellana este nuevo adalid, cuyo entendimiento, acrisolado gusto y pocos años prometen soberanos esfuerzos, peleando al lado de esos viejos capitanes en quien se resumen nuestras más insignes glorias literarias.

Venga, hoy que tambien otro jóven apreciabilísimo, otro aventajado poeta, el Sr. D. Antonio Arnao, recibe galardon de mano de la Academia por el acierto con que en su lírico drama, que intitula *Don Rodrigo*, atiende á los fueros y leyes de la dramática, combinando con regularidad é interés grande un bello asunto popular, y salvando no pocos de los aterradores escollos que presenta nuestro idioma para satisfacer las exigencias musicales. Anhelosa esta Corporacion de ver brotar en el suelo español los laureles de Metastasio y Romani, abrió certámen igual en 1840, que no dió ningun resultado; claro testimonio de lo difícil de la empresa.

Si me une con el nuevo Académico antigua acendrada amistad, no es de ahora tampoco la que profeso al escritor laureado; y esto, y la satisfaccion de ambos, agita y enardece mi fantasía. A ella se agolpan los recuerdos de uno y otro providencial suceso. Vuelvo la vista al mérito que premiais, y se me representan las horas en que, falto yo de ciencia, de fama literaria, del aplauso que dan elevados puestos, el cuerpo enfer-

mo, quebrantado el espíritu, me ví subir hasta los escaños de las dos Reales Academias de la Historia y Española. Allí, en la eleccion primera, asisto á la aclamacion del sábio y anciano sacerdote á quien siempre tuve por amigo, director y maestro, y recibo el dulce encargo de felicitarle públicamente. Aquí tambien, en las dos primeras elecciones, cábeme el gozo de presenciar la de los dos entrañables compañeros de mi juventud; y ahora en esta solemnidad la Real Academia Española me autoriza igualmente para dar la bienvenida al uno de ellos. Breve fué la dicha de aquel dia semejante al de hoy: no existe ya el hombre que guió mi corazon y me hizo amar la virtud y el estudio. ¡Oh! quiera el cielo que este mancebo generoso, que vió como el árbol de las Hespérides, llena á un tiempo de flores y frutos la primavera de su existencia, los muestre más sazonados aún en el otoño de la vida; que triplique su larga carrera de triunfos, desoyendo los vanos y estériles miedos de que puedan deslucirse por un solo revés; y que pague, conquistando nuevos laureles, el beneficio que de vosotros hoy recibe. Así aparecerá desacreditada la comun opinion de que al hombre no mueve la gratitud, sino la esperanza.

DISCURSO

DEL ILMO. SR. D. PEDRO FELIPE MONLAU.

Señores: Embarazoso y arduo es para mí el empeño de tener que justificaros; porque escrito de justificacion, más que gratulatorio, considero el discurso que en esta solemnidad ha de presentar el candidato ántes de tomar asiento entre vosotros. Loable seguramente es esta práctica, porque el público, severo y exigente de suyo, sobre todo para con los Cuerpos literarios, desea saber quién es, y qué muestras da de sí, el que ha aspirado á contarse en el número de los custodios del más preciado tesoro de una nacion, cual es su idioma. Mas no por loable deja de imponer suma responsabilidad esa disposicion del Reglamento, dado que oscuro, aunque asiduo, cultivador de las letras, no me atrevo á esperar que acierte á justificaros del voto con que me honrásteis, convenciendo al público de que soy digno de la investidura que vais á conferirme. Una sola cosa me alienta; y es que ese mismo público, tan tolerante como ilustrado, á nádie niega su indulgencia; y en cuanto á vosotros, Señores Académicos, sé que os mostraréis tan benévolos en dejarme posesionar de este recinto, como lo fuisteis ántes abriéndome sus puertas.

Discúlpeme tambien la emocion que naturalmente he de sentir, viendo que voy á ocupar un puesto que ha dejado vacío la muerte, y que va á brillar en mi pecho el mismo distintivo académico que tan bien sentaba en el de mi predecesor y compañero vuestro, el Excmo. Sr. D. Manuel Lopez Cepero. ¡Séale ligera la tierra, y que el recuerdo de tan esclarecido varon, junto con el de sus amigos los Listas, Reinosos y demas escritores que han ilustrado la literatura patria en la primera mitad del presente siglo, me sirvan á mí, ya que no de recomendacion y alabanza, por lo ménos de estímulo y de guia!

Analizad la lengua de un pueblo y le conoceréis, ha dicho un ilustre escritor contemporáneo. Un estudio profundo de los diversos idiomas equivaldria en verdad á una historia completa y universal: y si acertado anduvo Buffon al afirmar que *el estilo es el hombre*, bien puede añadirse, con no menor fundamento, que *la lengua es la nacion*. Efectivamente, Señores, si los contemporáneos no refiriesen las guerras feroces, las emigraciones de los pueblos, el cruzamiento y confusion de las razas que dieron orígen á las modernas, los filólogos descubririan lo sustancial de esas vicisitudes en los idiomas que han conservado la huella que indeleble imprimieron aquellas inundaciones é incendios de la Historia. Bien así como los geólogos reconocen las catástrofes del globo terráqueo en las diferentes capas de terreno y bancos de rocas, el análisis del filólogo puede llegar tambien á distinguir en el idioma de un pueblo las diferentes capas de lenguas extranjeras que atestiguan las catástrofes de los imperios.

Grandes son las que ha presenciado el imperio español,

palenque un dia de la enconada saña entre Roma y Cartago, campo despues á las correrías de los rudos hijos del Setentrion, y teatro en fin de una lucha de siete siglos con el Sarraceno tenaz, pero impotente al cabo para imponernos ni su fe, ni su idioma. Añádanse á estas tres conocidas influencias la de la lengua primitiva de los iberos, la de los celtas, fenicios y demas anteriores á la dominacion púnica, y resultarán las cuatro capas principales que se encuentran en el macizo del idioma de Castilla.

Tal cual otro elemento ménos importante se encuentra tambien ingerido en el habla castellana, pero no me es dado enumerarlos detenidamente, estudiar las circunstancias históricas que los pusieron en contacto, examinar por menudo en qué, cómo y en cuáles proporciones entró cada uno de ellos en la nueva lengua, determinar las leyes que guardaron al fundirse, ni detallar las transformaciones que sufrieron para constituir el nuevo idioma: en una palabra, noespereis, de mí, Señores, un discurso magistral, ni un tratado completo, acerca de todas estas cuestiones: gran fortuna será si mi aficion, que no mi saber, logra bosquejar la idea general que he concebido del orígen y de la formacion del Castellano, materia que hace cerca de tres siglos dilucidó ya con bastante acierto nuestro ALDRETE, y que hoy ha recibido mucho más copiosa luz, merced á los adelantamientos de la lingüística, y á los profundos estudios que en toda Europa se han hecho y están haciendo sobre la transformacion del latin en los idiomas neo-latinos.

I

Respecto al *orígen* del castellano, no hay para qué mencionar la opinion de los que le atribuyen una antigüedad de 2.000 años ántes de la fundacion de Roma, ni para qué discutir si los españoles comunicaron la lengua á los latinos, ó si el latin fué un castellano corrompido. Ni tamañas exageraciones, ni siquiera el principio de la antigua escuela—*todas las lenguas son dialectos de una sola*—, son ya sostenibles ante los progresos de la filología moderna, fundados en el estudio analítico y comparativo de las lenguas. Los idiomas indo-europeos pertenecen á una familia muy distinta de la semítica, y es un candor infantil, cuando no una temeridad, ir á buscar fuera del latin el orígen de los idiomas de la Europa latina.

Cierto que se descubren en el castellano (ya lo he indicado ántes) algunas capas no latinas; pero capas superficiales, vetas someras que cunden muy poco, y que en manera alguna trascienden á la constitucion orgánica del idioma. Quitadle al castellano todo lo que posee de celta, de godo y de árabe; y apénas echareis de ver la falta. Haced otra prueba: póngase un mismo pasaje en céltico (ó neo-céltico), en godo, en árabe, en latin y en castellano, y se verá por el cotejo cuánta semejanza entre estos dos últimos idiomas, cuánta desemejanza entre ellos y los primeros. Esta prueba hizo el malogrado A. de Chevallet, respecto del frances, hermano del castellano, poniendo en celto-breton, tudesco, latin y frances, el pasaje del capítulo VII de San Lúcas, en que se cuenta la resurreccion del hijo de la viuda de Naím: ¿sabeis el resultado de tan curiosa tarea? Pues de 71 palabras diferentes que hay en el texto frances, las 65

proceden del latin, 5 del germánico, y 1 sola del celta. Esto en cuanto á la parte de vocabulario; la sintáxis, todos sabemos que es casi enteramente latina.

Algunos nombres propios de persona ó de lugar, y un centenar escaso de voces comunes, como *alondra*, *barro*, *brusco*, *burla*, *engaño*, *lagaña*, *lanza*, *legua*, *mastin*, *rango*, *sorna*, *tacon*, *trucha*, etc. (1), es todo lo que ha heredado el castellano de las lenguas conocidas en las edades ante-históricas de la Península ibérica. Empeñarse en buscar más, sería incurrir en el desvarío de los *celtómanos* del siglo pasado, ó conceder á la moderna reconstruccion del céltico por los idiomas neo-célticos (el irlandes y el escoces, que constituyen el *gaélico*; el bajo-breton y el galo, que forman el *británico*) un valor que todavía no merecen los ensayos hechos.

La capa germánica profundiza algo más, pero no tanto que nos obligue á reconocer en ella el verdadero *orígen* del castellano. Todos sabeis los pormenores de la atropellada invasion

(1) Hé aquí algunas voces más de las que los eruditos declaran procedentes del celta:

Arpende ó arapende.	Broza.	Jarrete.
Bachiller.	Cabaña.	Jigote.
Bajo.	Camino.	Muesca.
Baratero.	Canto, cantera.	Orgullo.
Barraca.	Casaca.	Pico.
Barrica.	Cepa.	Pieza.
Barril.	Cerveza.	Raya.
Bastardo.	Comba	Roca.
Baston.	Cortar.	Rua (calle).
Betónica.	Cubilete.	Ruta.
Birrete.	Danza.	Sarna.
Bota.	Duna.	Teta.
Braga.	Galante.	Tiña.
Branca.	Grosella.	Toca.
Bravo.	Guirnalda.	Torta.
Broca.	Jamba.	Tripa.
Brote.	Jamon.	Trompa.

que en el siglo V dió el golpe mortal al decadente imperio de los Césares; y no podeis haber olvidado que España salió harto bien librada de los godos, raza pacífica, bien hallada con la nueva civilizacion de los vencidos, cuya religion abrazó y cuya lengua dominante se esforzó por hablar, yendo no pocos de ellos á Roma para mejor aprenderla. El godo vencedor se doblegó ante el latin vencido, cual ántes el romano conquistador habia hecho gala de hablar el rotundo idioma de la Grecia conquistada. Sin embargo, el conflicto, aunque benévolo, del gótico, de un idioma tan áspero y tan apartado del latin como nos lo demuestra la traduccion de los Evangelios que hizo el obispo Ulfilas, y que es el monumento más antiguo que existe de las lenguas germánicas; aquel choque con el idioma romano, ó romano-rústico, habia de producir algun efecto, y lo produjo. De buen grado reconozco, v. gr., que á los godos y los francos deben las lenguas modernas la generalizacion del artículo especificativo, no tomándole directamente de ellos, sino siguiendo el uso que aquellos empezaron á hacer del *ille*, del *ipse* y del *unus*, en equivalencia de los artículos que empleaban sus respectivos idiomas para designar los sustantivos. Esta adopcion, que tan fastidiosa hace la lectura y traduccion de las cartas y diplomas en latin de los tiempos medios, era una necesidad ideológica para el latin corrompido, que se desentendia ya del ingenioso mecanismo de las declinaciones, y dejaba percibir á lo léjos el nuevo sistema de distinguir por medio de preposiciones ó partículas las relaciones ántes expresadas por las desinencias de los casos.—Algo influyó tambien el gótico en las flexiones de los verbos: á él debemos probablemente la forma del presente de indicativo del auxiliar *haber*, si ya todo este verbo no viene á ser el *haban* godo más bien que el *habere* latino; y reminiscencia goda, del verbo *aigan*, es el *haiga*, por *haya*, que todavía oimos pronunciar algunas ve-

ces.—Por último, reconocemos como materiales de procedencia germánica muchos nombres propios de persona y unos doscientos ó trescientos comunes, como *amarra*, *billete*, *boton*, *brisa*, *dardo*, *dique*, *escaramuza*, *golpe*, *norte*, *sud*, etc., etc. (1). Con

(1) Oriundos del germano son tambien:

Abandono.	Brindis.	Felon.	Mástil.
Aire (por manera).	Brasa.	Feudo.	Mate.
Alabarda.	Bruñir.	Fieltro.	Mezquino.
Albergue.	Bucle.	Flanco.	Nuca.
Alodio.	Bugada (colada).	Flecha.	Oeste.
Anca.	Cala.	Flete.	Paquete.
Anchura.	Calma.	Forro.	Piloto.
Aturdir.	Camisa.	Frambuesa.	Placa.
Averia.	Carcaj.	Frasco.	Plata.
Babor.	Carpa (pescado).	Gabela.	Polea.
Bacin.	Coche.	Galera.	Quilla.
Bahia.	Cosquillas.	Galope.	Rada.
Bailar.	Cota.	Ganso.	Rampa.
Balandra.	Chalupa.	Garantir.	Rico.
Banco.	Choque.	Gota (podagra).	Rima.
Bandera.	Chupa.	Grumete.	Rizo.
Banquete.	Daga.	Guante.	Robar.
Barca.	Desgarrar.	Guerra.	Ropa.
Baron.	Dogo.	Guisa.	Rufian.
Batel.	Draga.	Harapo.	Sala.
Bauprés.	Escarcela.	Heraldo.	Sávia.
Bedel.	Escarnio.	Hipo.	Singlar.
Belitre.	Escote.	Izar.	Sopa.
Berro.	Escotilla.	Jardin.	Talco.
Bicho.	Esgrima.	Lamprea.	Tallo.
Blanco.	Esmalte.	Lastre.	Trampa.
Blandir.	Esparaván.	Laúd.	Trapa.
Blandon.	Espia.	Lezda.	Tregua.
Blondo.	Espingarda.	Lezna.	Tren.
Bolina.	Espuela.	Listo.	Trincar.
Borde.	Esquivar.	Lote.	Tropa.
Bordo.	Este (oriente).	Mancar.	Trovar.
Borra.	Estofa.	Mala, maleta.	Truhan.
Bosque.	Estribo.	Marca.	Valiza.
Botin (despojos).	Estufa.	Marchar.	Vasallo.
Brida.	Fango.	Mariscal.	Venda.

todo, al formalizar el inventario de las palabras que debe nuestra lengua á los invasores del siglo V, será del caso no olvidar que hay muchas (como *barra, cofre, gancho, gato, lata, mayar, parque, pífano, rata, tapon*, etc.) que así pueden ser germánicas como célticas, por cuanto se encuentran á la vez en varios idiomas de dichas ramas; y que hay otras muchas voces que no son verdaderamente germánicas, sino latinas germanizadas por los francos ó los godos, y más adelante romanceadas.

A los árabes atribuyen algunos grande influencia sobre el castellano, fundados en el considerable número de voces que de ellos hemos conservado, en la adopcion de varios orientalismos, y en la parte de vocalizacion árabe que nos legaron. Larga fué, en efecto, aunque siempre mal consentida, cuando no rechazada, la dominacion de los moros: tiempo tuvieron éstos de sobra para habernos impuesto su idioma, ó elevarlo siquiera á *orígen* del nuestro, pues cabalmente por entónces se estaba elaborando; mas no lo consiguieron: el árabe no se hizo enteramente vulgar en España; del árabe no tomamos pronombres, ni verbos auxiliares, que son las bases principales de una lengua; y en cuanto á los nombres propios y comunes, si descontamos los latinos arabizados, los que se anticuaron muy pronto, y los que han pasado á la clase de voces meramente provinciales de Toledo, Extremadura ó Andalucía, quedará reducida á muy exiguas proporciones la parte de glosario, que se ha querido evaluar en una octava ó décima parte.—La crítica histórica, además, demuestra que la mudanza del antiguo sonido dental de la *j* y de la *x* en sonido gutural fuerte, así como la mudanza de la *z* rechinante greco-latina en la *z* ceceosa ó balbuciente (mudanza que no cundió en las regiones de Ultramar), no se verificaron hasta fines del siglo XVI, ó poco ántes, ni se generalizaron hasta entrado el siglo XVII, cuando ya no habia africanos en España, y no desde un principio, ni

con motivo de la invasion de éstos, como generalmente se cree. A la moda introducida por los cortesanos de Cárlos I, al aleman moderno, que tambien introdujo cierto número de voces en el castellano, debe este idioma, más bien que al árabe, el sonido gutural fuerte que tanto distingue nuestra pronunciacion de la de los restantes idiomas neo-latinos.—Conste, sin embargo, que ésta es una mera conjetura, sugerida por el deseo de levantar una punta del velo que encubre la causa de haber perdido el idioma castellano las vocales medias, en que abundaba su pronunciacion ántes del siglo XV, y las articulaciones dentales, que le eran comunes con el catalan, el portugues, el gallego, el asturiano y demas romances (1).

(1) Ántes del siglo XV abundaba, efectivamente, el idioma castellano en vocales medias, de sonido oscuro, y en consonantes ó articulaciones dentales, segun con mucho acierto lo infirió de la combinacion de rimas de los poetas de aquella época el Sr. D. Tomás Sanchez.

El *ce, ci* y aun el *za* final (antiguamente *ça*, con cedilla, como derivado de la terminacion latina *tia*, figuraba la *i* en el rabillo de la *c*, á imitacion del yota subscrito de los griegos) sonaba como la *s* inicial, ó como suenan dos *ss* entre dos vocales en catalan, frances, portugues é italiano.—El *za*, sin embargo, tenia una punta de la verdadera y legítima *zeta*, cual hoy mismo le dan los vizcainos.

La *h* sonaba siempre gutural fuerte cuando procedia de la *f* latina, pronunciándose *jabla, jarina, jeno*, &c. (de *fábula, farina, fœno, etc.*).

La *j* sonaba suave, lo mismo que en catalan ó en frances: el *jo* de *joya*, verbi gracia, sonaba como en frances el *jo* de *joli*.

La *s* sencilla, entre dos vocales, se diferenciaba de la doble: *casa, base, etc.* se pronunciaban como en catalan, ó en frances, *case, base, etc.*

La *v* se distinguia antiguamente de la *b*. Suavizáronse paulatinamente ambas articulaciones, y por último se confundieron en la pronunciacion. Fuera ya imposible restablecer el sonido propio de la *v*, á no dar á la *b* un sonido más fuerte que el que sufriria el oido castellano. Ningun idioma de Europa conserva el sonido de la *v*, si no tiene la *b* más fuerte que la castellana.

La *x* en *xabon, Xátira, madexa, quixada, quixote, relox* (y demas voces que hoy escribimos con *j*), sonaba como la *ch* del frances en *chapeau*. Así Cervantes pronunciaba el nombre *Quixote* como lo pronuncian hoy los franceses, aunque no hacia muda la *e* final.

La *z* no tenia el sonido bleso ó balbuciente que hoy le damos en la Península.

La gran capa ó, mejor dicho, el armazon del castellano, como de los demas idiomas de la Europa romana, se encuentra en el latin. Primitivamente latinos son todos los vocablos más usuales y que forman como el esqueleto de un idioma: los pronombres, los llamados adjetivos posesivos, demostrativos y numerales, el artículo, los verbos auxiliares, las principales flexiones de los verbos regulares, las preposiciones ó prefijos, las desinencias, las conjunciones y los principales adverbios, todo está tomado del latin: y un idioma deberá reconocer siempre por lengua madre á la que le haya dado esas diferentes especies de signos orales, sea cual fuere el caudal de los que accidental ó transitoriamente hayan luego aumentado su vocabulario. Pero aún este vocabulario es radicalmente latino, porque al latin debemos las cuatro quintas partes de nombres y verbos; latinas son las palabras que sirven para designar las ideas más vulgares, los séres más conocidos, los objetos más usuales y las cosas más necesarias para la vida; latinas, en fin, y casi exclusivamente latinas, son las voces que traducen las ideas referentes á las facultades superiores del alma, las que representan los sentimientos nobles y las pasiones generosas, las técnicas del arte, de la ciencia ó de la literatura, y todas cuantas sirven para expresar la cultura del espíritu, ó atañen á un órden elevado cualquiera.—La sintáxis de las lenguas

sino que sonaba á manera de *s* sencilla, ó como la *z* del frances *zele*, la *z* del catalan *zero*, etc.

Tal resulta, segun varios autores, no sólo de las gramáticas castellanas y obras gramaticales antiguas, escritas por nacionales y extranjeros, sino tambien de las obras no gramaticales.

¿Cuáles fueron las causas de haberse ido alterando la pronunciacion primitiva del castellano?—Problema es este que no se halla todavía resuelto.

¿Cuándo empezó, cuándo se generalizó la nueva pronunciacion?—El célebre gramático latino Gaspar Sciopio, que estuvo en España á mediados del siglo XVII, atestigua como reciente, en aquella época, la mudanza en el pronunciar. Otros varios datos y testimonios hay que confirman el de Sciopio.

modernas no difiere sustancialmente de la latina. Quitad al latin sus casos y suplidlos por partículas, introducid el *que* donde el latin ponia el infinitivo, y casi siempre os quedará sustituida una frase romance á la frase latina.—¡Qué más! prescindiendo de la debatida cuestion sobre si el armonioso endecasílabo del catalauno-provenzal, de la lengua de *oil*, del italiano, del portugues y del castellano, tomó orígen del hexámetro latino, como sostienen unos, ó del sáfico horaciano, cual pretenden otros, y á mi ver con más fundamento, siempre resulta que la métrica moderna, y quizás tambien la rima, es esencialmente latina.

Ya lo veis, SEÑORES: *del latin, sólo del latin* (y ésta es mi tésis) *nació el castellano.* Rebúsquese cuanto se quiera fuera del latin; de seguro no se encontrarán más que unas cuantas palabras allegadizas y caducas, ninguna de ellas de un órden importante, casi ninguna atributiva, pues rarísimos son los verbos tomados fuera del latin, como que el árabe, con toda su ponderada influencia, no logró aclimatar una veintena de ellos. Notad, además, que los nombres no latinos que han quedado en el castellano son casi todos infecundos, es decir, no tienen compuestos ni derivados, están como condenados á morir sin posteridad, y á morir tempranamente, porque el uso los rechaza por instinto, los altera y desfigura, los sustituye y arrincona, relegándolos muy pronto á la clase de las voces históricas ó anticuadas: todavía más; ni esa vida precaria se les concede, si no van resellados por el latin. Hijas cariñosas de su buena madre las lenguas neo-latinas, repugnan todo lo que de ella no procede directamente, y sólo lo admiten en caso de absoluta necesidad, y con su consentimiento. Así se crearon, y así fueron adquiriendo su carácter específico, las lenguas modernas: así habeis visto que el castellano salió triunfante del embate de los idiomas exóticos que le asaltaron en su cuna é

infancia, y que, adulto ya, se purgó con presteza de todo elemento extraño capaz de alterar su genuina índole, cuando las vicisitudes históricas le pusieron en algun conflicto. Y, ¿por qué? Porque la Providencia, SEÑORES, habia resuelto sin duda en la alteza de sus designios, que ni los primitivos pobladores de la predestinada Europa, ni los fenicios, ni sus colonos los cartagineses, ni el griego, sino despues de incorporado con el latin, ni los semisalvajes del Norte, ni el fiero musulman, ni la raza maldita por Dios, y áun hoy dia mal mirada por los hombres, pudiesen tomar parte activa en la elaboracion del magnífico lenguaje que habia de servir de intérprete á la civilizacion de la edad moderna.

II

El orígen del castellano es el latin, y creo haberlo probado:

..... *documenta damus quá simus origine nati.*

Pero el idioma del Lacio tuvo sus *edades*, sus épocas de alta pujanza y de singular decadencia; hubo un latin *noble* ó urbano, y un latin *plebeyo* ó rústico: ¿á cuál de los dos es deudor de su *formacion* el romance? Dudan algunos si se formó directamente de aquel latin majestuoso y sonoro con que CICERON tronaba contra Catilina, de aquel latin con que embelesaba, y embelesa todavía, el inmortal cantor de Eneas; ó si de aquel otro no literario, que se hablaba solamente en los arrabales de Roma y por los extranjeros incorporados en las legiones del Imperio. En manera alguna invalida nuestra tésis que fuese éste ó aquél el latin generador del romance; pero todo induce á creer que el neo-latin se formó por el intermedio de la baja latinidad.

Conviene, empero, advertir que hay dos especies de bajo latin: uno perteneciente á los primeros siglos, cuando las lenguas populares no se habian desprendido aún del regazo materno; y otro, que era el de los notarios, clérigos y monjes, correspondiente á la época en que empezaban á escribirse. El bajo latin de los primeros siglos es un tesoro para el estudio de la formacion del romance; es una mina fecunda para la exploracion etimológica, porque da formas no alteradas; miéntras que el de las cartas y diplomas extendidos por los notarios, si bien áun hoy dia interesa grandemente á las familias, á las corporaciones y al Estado, para la interpretacion de documentos, carece de importancia literaria y etimológica, porque descarría en vez de guiar, pues la curia latinizaba sin reparo, sin conocer la formacion de las palabras, sin ortografía fija siquiera. En los tiempos medios, el romance habia formado, por ejemplo, *fornaje*, *herbaje*, *homenaje*, *vinaje*, y los notarios latinizaron estas palabras por *fornagium*, *herbagium*, *hommagium*, *vinagium*, ignorando que, segun el bajo latin puro, debian ser *furnaticum*, *herbaticum*, *hominaticum*, *vinaticum*. ¡A tal punto hemos llegado, que las formas romances nos han de servir para remontarnos á la baja latinidad primitiva! De aquella latinidad decaida arranca la formacion de los romances; y por esto merece fama inmortal el gran Du Cange, cuyos admirables Glosarios son la más preciada conquista de la luz de la erudicion moderna sobre las espesas sombras de la edad media. ¡Así hubiese continuado el siglo XVIII la obra del anterior, penetrando más y más en el santuario de los caliginosos tiempos medios! Pero el siglo pasado hizo moda y gala de mirar con desden las edades feudales, y más atento á perfeccionar la metafísica del lenguaje, que á cultivar el estudio histórico del desenvolvimiento sucesivo de los idiomas, de sus relaciones y de sus diferencias, no promovió el menor adelantamiento de la filología

comparada. Por dicha el presente siglo ha acudido á remediar el descuido del XVIII; y hoy en toda Europa, inclusa nuestra España, se descifran y traducen importantísimos documentos que consumia el polvo de los archivos, se aclaran los orígenes y las formaciones lingüísticas, se descubren preciosas composiciones literarias hasta aquí ignoradas, y se explican satisfactoriamente las instituciones y costumbres de aquella misteriosa edad. Así se van disipando, una tras otra, las densas nubes que la velaban; así se va labrando piedra sobre piedra esa puente gigantesca, echada sobre el océano de los siglos, que ha de unir la época presente con los tiempos antiguos, descubriéndonos mil tesoros desconocidos, y completando la historia de la gran familia humana. Las ciencias físicas y la industria se gloriarán con razon de sus *túneles* y de sus cables eléctricos, que anulan la division hasta aquí admitida de islas y continentes, y suprimen mágicamente las distancias; pero las ciencias históricas y filológicas, Señores, obrarán por su parte un prodigio muy parecido juntando la antigüedad con la edad moderna, hoy separadas por una solucion de continuidad inmensa, y aisladas una de otra por un verdadero mar de tinieblas.

Mas dejando á un lado estas consideraciones, para tratar solamente de la formacion del romance en general, bastará observar que los romanos, á la par que el yugo de la dominacion, imponian á los pueblos vencidos el yugo no ménos eficaz de su idioma, y que las provincias conquistadas, en noble compensacion de verse humilladas, recibian, consumada ya, una civilizacion entera. ¡Gloria á Roma! ¡Gloria á la lengua latina! Vosotras disteis una sola patria á infinitos y diversos pueblos; vosotras hicisteis una sola ciudad de lo que ántes era un orbe:

Fecisti patriam diversis gentibus unam;
URBEM *fecisti quod priùs* ORBIS *erat.*

Al imponernos los romanos una lengua ennoblecida por mil obras en que compiten el buen gusto y la sana filosofía con la galanura del lenguaje y la fuerza del estilo, no sólo nos trasmitieron el arte de escribir, sino tambien el de hablar, pensar, sentir y juzgar como ellos. Acertáda anduvo España en congraciarse con Roma, pues, merced á esta simpatía, espléndidamente correspondida, español fué BALBO, primer extranjero que alcanzó la dignidad consular; español fué TRAJANO, primer extranjero que se sentó en el trono del mundo; españoles fueron los dos SÉNECAS, LUCANO, POMPONIO MELA, COLUMELA, MARCIAL, QUINTILÍANO, SILIO ITÁLICO, y otros cien varones insignes, cuyos nombres pronunciamos todavía con orgullo, y cuyas obras están en posesion de fama imperecedera.

Las clases altas, por consiguiente, hubieron de empezar á familiarizarse con el latin, por necesidad primero, y luego por interés, por ambicion, por gusto. Las clases inferiores, por razones análogas, imitaron, cual siempre tratan de imitar, á las más elevadas. Rompieron, pues, á hablar el nuevo idioma, y, sacrificando la pureza á la facilidad de la pronunciacion, maltratando sin piedad los accidentes gramaticales, é infringiendo á cada paso las reglas de la sintáxis, destrozaron horriblemente el latin gramatical y correcto, convirtiendo un idioma afiligranado y bellísimo en una lengua anárquica, áspera y grosera, arrancando, como quien dice, sonidos fuertemente desapacibles de un instrumento el más melodioso y mejor afinado. Por ese vandalismo oral, por esa especie de germania indefinible, empezó, sin embargo, la transformacion del *romano* en *romance*, y la de éste en la lengua que hoy hablamos y escribimos, en esta lengua cuya posesion nos envanece, y no sin fundamento. De este modo popular fué prevaleciendo el latin en España, á la par que en Italia y Francia, sobre los idiomas anteriores, aclimatándose perfectamente donde quiera y convir-

tiéndose de exótico en indígena. Admiremos, Señores, esa obra inmensa de combinacion íntima, ó, mejor dicho, de asimilacion cabal, superior, en mi sentir, á la implantacion del idioma de Castilla en América, superior tambien á la progresion cada dia creciente con que el castellano va desalojando las lenguas provinciales, unificándolas todas, y alcanzando con plena propiedad el dictado de lengua *española*. Admiremos sobre todo la regularidad con que se verificó aquella asimilacion en naciones tan diversas por su clima, antecedentes históricos y vicisitudes; regularidad que da á las lenguas modernas ese parecido que todos conoceis, y que era mucho mayor aún en los primeros períodos de su formacion.

Ibase oscureciendo entre tanto la estrella del Imperio: príncipes débiles y pasajeros todos, despreciables muchos, sucedieron á aquel Senado profundamente circunspecto y hábil, cuya política firme é invariable constituyera durante largos siglos la fuerza y la gloria del Estado. La traslacion de la capital del Imperio habia dejado el Occidente como á merced de las hordas invasoras; y quién sabe cuál habria sido la suerte del latin, si Roma, que habia perdido las ventajas de ser metrópoli del Imperio, no hubiese logrado las de ser ciudad metropolitana del Cristianismo. Pero estaba providencialmente dispuesto que las alcanzase, y las alcanzó: la religion naciente adoptó el latin como intérprete natural de sus doctrinas, como medio eficaz de propagarlas; y la Roma cristiana completó, por las predicaciones de la Fe, lo que la Roma gentílica habia iniciado por medio de sus leyes é instituciones, de su literatura y civilizacion. Desde entónces quedaron para siempre asegurados los destinos del latin: la lengua latina no morirá ya, no puede morir; y esa vida perdurable de la madre nos autoriza para vaticinar á los hijos, entre los cuales descuella su predilecto el castellano, una longevidad robusta é indefinida. Convengo en que las

civilizaciones, por mucho que duren, al cabo fenecen, como sucede á los individuos, y en que únicamente Dios sabe lo que ha de ser de la moderna civilizacion europea y de su intérprete el neo-latin; mas hoy por hoy los horizontes de las lenguas vivas de la Europa latina son inmensurables, y su porvenir muy halagüeño. A la lengua castellana, por lo ménos, con su literatura rica é inmarcesible, con su dilatacion por ambos hemisferios, y con su Senado académico encargado de purificarla, fijarla y darle esplendor, sin temeridad pueden augurársele períodos ilimitados de medro y bienandanza. Ni está fuera de razon creer piadosamente que cuando Dios dispuso una laboriosa obra de ocho siglos (pues más de 800 años han empleado en formarse las lenguas modernas), no fué para permitir su inmediata destruccion en el tiempo; ni cabe temer que desaparezcan en un cataclismo las lenguas que tienen por clave la de la Esposa de Jesucristo, de esa Iglesia Santa, contra la cual, escrito está, no han de prevalecer los esfuerzos insensatos del hombre, ni las potestades malignas.

¿Comprendeis ahora cuánto yerran los que niegan la utilidad, la necesidad, del conocimiento del latin? ¿Comprendeis ahora cuánta es la imprudencia de los que discuten y dudan si el estudio del latin debe ser la base de la instruccion clásica de la juventud? Tanto valdria discutir si nos conviene ó nó renegar de nuestra buena madre, hacer trizas nuestra cuna, pegar fuego á la casa paterna, perder nuestro nombre, abdicar nuestras glorias, y renunciar la herencia de la filosofía más sana, de la literatura más preciosa. Nó, no cabe discusion: lo que sí importa, y urge, para lustre de las carreras y para librar de inútiles tormentos á la pobre infancia, es variar radicalmente los métodos de enseñanza, graduar los programas, y hacer resaltar por medio de la lógica las naturales conexiones del latin con los idiomas modernos, y las no ménos marcadas que estos

guardan entre sí, como que no son más que grandes dialectos del latin, que han recibido su carácter específico de la topografía, del clima, de los antecedentes históricos respectivos, y de algunas circunstancias accidentales.

—Falta ahóra averiguar cómo se formaron el castellano y demas romances. ¿Son estos una *corrupcion* positiva del latin escrito, ó una natural *evolucion* y desarrollo del latin vulgar?

Infundada es, á mi entender, la creencia de que el lento trabajo de la transformacion del latin fué una obra tumultuosa en la cual intervinieron tan sólo el capricho y la barbarie. La palabra *corrupcion*, que suele emplearse, no es la más adecuada: dígase *descomposicion*, y habrá mayor exactitud en el lenguaje. La transformacion del latin no puede calificarse de *corrupcion* sino en el sentido en que por nuestros limitados alcances llamamos *trastornos* de la naturaleza al cumplimiento de leyes físicas indeclinables y para nosotros desconocidas. Las formaciones lingüísticas se asemejan por diversos conceptos á las formaciones geológicas; y cuando obran causas constantes de descomposicion y de recomposicion, no cabe decir que haya capricho ni barbarie, porque, bien mirado, eso que se llama bárbaro, esa acometida popular de las provincias que recibió el latin de la metrópoli, ese *romance* que hoy se lee con la risa en los labios y se califica de jerigonza, se construyó por leyes providenciales, con un instinto gramatical admirable, y siguiendo analogías que suponen mucha sagacidad.

El castellano y los demas romances se han formado sufriendo desde su orígen hasta el dia una verdadera *evolucion*; pero no me atrevo á afirmar tan rotundamente como lo hacen algunos filólogos contemporáneos, que aquella evolucion fuese sólo el desenvolvimiento natural de los gérmenes analíticos que despuntaban ya en el latin de los últimos periodos, ni que los romances sean el mismo latin con los neologismos que hacia in-

dispensables el estado de los tiempos. El latin se hubiera sin duda transformado por la reaccion de los elementos que envolvia en su seno, áun cuando no hubiese caido el Imperio Romano, áun cuando no hubiese sobrevenido la intervencion de los invasores del Norte. El principal fenómeno que aparece en la transformacion de las lenguas, en la edad histórica, es, en efecto, el movimiento progresivo que las lleva de la juventud á la edad viril, de la imaginacion á la claridad, de la síntesis al análisis, de la cantidad á la acentuacion. Contrapuesta á nuestros procedimientos lógicos, la naturaleza hace preceder el análisis por una síntesis confusa: en el período de espontaneidad, el juicio se manifiesta ántes que la idea aislada, la proposicion ántes que sus términos, la frase ántes que la palabra, la oracion ántes que sus partes. A toda lengua antigua y sintética sucede un idioma vulgar que, más bien que lengua distinta, es una edad ó fase diferente de la que la ha precedido, y que, separando lo que la primera juntaba, atropellando sus mecanismos para dar á cada idea y á cada relacion su signo aislado, corresponde á un progreso de análisis y á una necesidad cada vez más imperiosa de pronta comprehension. Indudablemente, pues, el latin clásico, que se iba extinguiendo, hubiera cedido su puesto al latin vulgar, que se iba perfeccionando; pero indudablemente tambien la transformacion habria seguido otro rumbo, si otras, y no las que mediaron y sabemos por la historia, hubiesen sido las circunstancias.

Cierto autor moderno (Müller), desentendiéndose así de la hipótesis de la *corrupcion*, como de la teoría de la *evolucion*, asienta categóricamente que las lenguas románicas son el latin mismo, pero modificado por los Germanos invasores, y no por los pueblos romanos conquistados. «Los romances (dice) son el latin recogido de la boca romana y pasado á la boca germánica en la cual adquirió su desenvolvimiento.» Este aserto me parece

aventurado: considerable fué la influencia de la invasion setentrional, pero no tanto que induzca al extremo de admitir que los romances son el latin hablado por los Germanos. Desde luego conviene notar que estos eran los ménos, pues no quedando, como no quedó, despoblada la Germania, no podia desprenderse de masas de hombres más numerosas que las que habitaban las Galias, la Italia y la España. A ser más en número, de seguro no se hubieran tomado la molestia de aprender bien ó mal el latin, sino que habrian impuesto su idioma, y la lengua indígena se hubiera extinguido, como se extinguió en las orillas del Rhin y en una parte de la Bélgica, donde la poblacion germana prevaleció en número, y como se extinguió en Inglaterra, donde los anglos y los sajones proscribieron á la vez el latin de las colonias romanas y el céltico de la mayor parte del país.—Además, la sintáxis de los romances, segun apunté al principio, es casi latina y no germana; y por último si fuese exacta la opinion de Müller, el influjo del elemento invasor descollaria principalmente en los orígenes, en la cuna de la formacion, lo cual desmienten los textos, pues cuanto más antiguos son los documentos y diplomas, revelan un carácter más latino.

Confesemos, no obstante, que la transformacion del latin se encontró en el siglo V con una influencia inesperada. Tuvo que librar batalla al idioma germánico; y si bien el campo quedó por él, recibió sin embargo no pocas heridas, cuyas cicatrices se descubren aún en los romances, aunque en ellos domine la tradicion latina. El castellano, especialmente, ya por el contacto directo de los españoles con los godos en los siglos V, VI y VII, ya por la influencia indirecta de los francos en el siglo XI, ya por la del aleman moderno en el siglo XVI, no es el que ménos se resiente de esta agresion germánica. Además de la parte de su vocabulario que, ya directamente, ya por

el intermedio del latin, introdujo el germano, á él debemos que prevaleciesen tales ó cuales voces latinas, con tal ó cual acepcion, y quedaran arrinconadas otras. ¿Por qué se romancearon *focus* y *laxus*, *batuere* y *laxare*, verbi gracia, por *fuego* y *laxo*, *batir* y *leixar*, *dejar*, etc., y no *ignis* y *segnis*, *sinere* y *pugnare*? Porque estos nombres y verbos carecian de análogos literales en germánico, y aquellos los tenian. El germánico hizo que *costa* (costilla) tomase la acepcion de costa ó ribera; igual procedencia tuvo el formar del latin *manus* el romance *manera*; de orígen tudesco es la aspiracion de *ahullar* y otras varias palabras que ya la han perdido; é inoculacion germánica, por último, es la frecuente conversion de la *v* latina en *g*, conversion que hizo *gastar* de *vastare* y *sargento* de *serviens*, lo mismo que más directamente hizo *garante* y *Guillermo* de *warrant* y *Wilhelm*.

Mas á pesar de esta lucha, el latin y los romances siguieron caminando paralelamente, el uno hácia el desuso, y los otros hácia su establecimiento y consolidacion, hasta que llegó un dia en que nádie habló el latin, y todo el mundo se expresó en romance. Este doble y trascendental acontecimiento se consumó hácia el siglo X, recorriéndose así el período más importante de la formacion del neo-latin.

Ocioso sería descender ahora á detallar el mecanismo de la formacion gradual del romance. Vosotros conoceis perfectamente la delicada y fecunda elaboracion de los sonidos producidos por la laringe humana para transformarse en *palabras*, que vale tanto como decir en *ideas expresadas*: vosotros sabeis mejor que yo las leyes y los efectos de la permutacion, transposicion, añadidura (*próstesis*, *epéntesis* y *paragoge*) y supresion (*aféresis*, *síncopa* y *apócope*) de las letras, al pasar los vocablos de un idioma á otro; y fuera desconocer lo que va de la tribuna académica á la silla profesoral, dar aquí una especie

de curso de fonética, y explicar didácticamente el cómo *auro, humilis, insula, lacte, planctu, solido* ó *vidua*, por ejemplo, se romancearon en *oro, humilde, isla, leche, llanto, sueldo* ó *viuda*. ¿Qué podria deciros de nuevo tampoco sobre los efectos del *acento tónico*, la *cantidad* y la *aspiracion*, elementos que tanto papel representaron en el mecanismo de la transformacion? ¿Quién no se ha complacido en examinar la maravillosa transicion del significado de las palabras, en todas las lenguas, por efecto de los tropos, expresion pintoresca de la natural y necesaria asociacion de las ideas en nuestra mente? ¿A quién se ocultan los ingeniosos procedimientos de la *composicion* y de la *derivacion*, para connotar mil relaciones ó modificaciones diversas, mil ideas accesorias, sin alterar el fondo radical de la palabra?.... Claro es, por lo tanto, que todas las leyes constantes de la fonética, todas las aparentes anomalías de la eufonizacion y del uso, todos los procedimientos lexicográficos y gramaticales, tuvieron su correspondiente aplicacion durante el largo y trabajoso período de la formacion material y sucesiva del romance. Así corrió el castellano desde la casi ininteligible é ingrata prosa del Fuero de Avilés, hasta la clarísima y melodiosa del Quijote; así fué pasando desde los endebles versos del *roman paladino* de Berceo, hasta el robusto endecasílabo de Fernando de Herrera, de Cienfuegos y de Quintana.

—La historia de la formacion del castellano necesita completarse tambien por el estudio de varias cuestiones accesorias. La hipótesis de Raynouard, que supone un *románico* primitivo, de transicion, un primer romance del cual se formaron los demas, es insostenible, á pesar de los ingeniosos argumentos que supo aducir su laboriosísimo autor: entre los romances no hay *filiacion*, sino *fraternidad*: su formacion fué contemporánea. Mas áun así se hace indispensable establecer una especie de cronología, un árbol de progresiva ramificacion, una escala de cultura

comparativa. ¿Qué lugar ocupa en esta escala el castellano? ¿Era éste en su cuna lo mismo que son hoy el asturiano y el gallego? ¿Cuáles fueron las causas que determinaron la estancacion de éstos y el desenvolvimiento de aquel? ¿Cuál fué la positiva influencia del idioma y literatura de los trovadores de Provenza y Cataluña en la lengua castellana? ¿Hubo verdadera lucha entre las dos lenguas que simbolizaban la nacionalidad de ISABEL DE CASTILLA y la de FERNANDO DE ARAGON? ¿Prevaleció el castellano como idioma nacional de las dos Coronas unidas, en fuerza de las circunstancias históricas y políticas, ó por virtud intrínseca de su constitucion orgánica? ¿Qué particularidades distinguen el castellano central del castellano periférico, y sobre todo, de los romances de Aragon y de Navarra? ¿De dónde provienen sus diferencias?.... Cada una de estas y cien otras cuestiones análogas, enlazadas todas con la historia y con el minucioso exámen gramatical y crítico de los pocos monumentos escritos que poseemos, demanda para su cabal dilucidacion un curso entero, y no un sucinto discurso.

Sobrado largo ha sido el mio, y harto he abusado ya de vuestra benévola atencion. Hagamos punto, pues, y terminemos diciendo, por lo que favorece á mi tésis, que en los siglos XV, XVI y XVII, restaurados los buenos estudios, recibió el castellano un fuerte barniz de latin y una ornamentacion la más propia y digna de su claro orígen. Ya le tenemos, pues, definitivamente constituido, tan sabroso y dulce como en tiempo de ALFONSO EL SÁBIO, tan majestuoso como en tiempo de CÁRLOS I, tanto y más pulido, tanto y más rico, que en el reinado de su hijo FELIPE II. Mas, ¿qué podria yo pregonar de las excelencias del castellano ante un auditorio compuesto todo de personas que tan magistralmente le manejan, ora en rotunda

prosa, ora en cadencioso metro? ¿Qué me resta decir ante la ilustre Academia que siglo y medio há tiene á su cargo componer y perfeccionar *el primer libro de la nacion*, como llama Voltaire al Diccionario de la lengua de un pueblo? Nada más que reiterar las gracias á sus individuos por haberme considerado digno de pertenecer á tan noble Cuerpo, y asegurarles de nuevo aquí, al asociarme hoy á sus tareas, que pondré cuanto de mí dependa para corresponder á tan insigne honra. ¡Así me otorgue Dios acierto en la empresa, como me ha concedido valor para acometerla, y energía de voluntad suficiente para no desmayar hasta llevarla á feliz remate!

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Señores: Acabais de oir un discurso luminoso en doctrina, limado en la frase, útil por el objeto, digno, en fin, de la privilegiada pluma que, igualmente hábil para las ciencias y las letras humanas, produjo desde 1847 á 1856 cuatro notabilísimas obras: los *Elementos de higiene privada*, los *Elementos de higiene pública*, el *Libro de los casados*, y un *Diccionario etimológico* de nuestra lengua. El Sr. D. Pedro Felipe Monlau, Doctor en Medicina y Cirugía por el Real Colegio de Barcelona, Catedrático de Psicología y Lógica muchos años en el Instituto de San Isidro, agregado á la Universidad Central del Reino, y actualmente Profesor de Latin de la media edad en la Escuela Superior de Diplomática, poco há establecida, se consagró con ardor al estudio muy desde jóven, aprendiendo solícito para enseñar despues con provecho y con fama. Celoso alumno del anciano de Cos, tambien coronó de flores los altares de Urania y Talía; la prensa política y literaria le debe muchos y preciosos artículos, y la Real Academia Española le recibe hoy con la estimacion que al sábio se debe, siguiendo la juiciosa máxima

del filósofo que, al trazar el círculo de los conocimientos humanos, colocó á las letras alrededor, y á la ciencia en medio.

El discurso del Sr. Monlau, ceñido al tiempo de que nos es lícito disponer en este acto, el cual no debe pasar de solemne á prolijo, deja lugar á citas, por lo vasto de la materia, que justifiquen los principios ciertos en que el autor se funda, los hechos importantes que expone, las deducciones ingeniosas á que nos guia. Mírense, pues, las breves páginas que tendré la honra de leer á tan respetable Concurso, como una série de observaciones sueltas, agregada por apéndice á un escrito, cuya lógica trabazon resistia dentro las digresiones, y fuera las admite.

Tres siglos, ya largamente cumplidos, há, que en un delicioso diálogo de pastores, introdujo un poeta insigne esta linda octava:

¿Ves el furor del animoso viento,
Embravecido en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento
Y los pinos altísimos atierra,
Y de tanto destrozo áun no contento,
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia, comparada
A la de Filis con Alcino airada.

Así escribia Garcilaso de la Vega, que á los 33 años de edad falleció en el de mil quinientos treinta y seis. El idioma castellano que en el siglo XVI corria, el lenguaje de Garcilaso al ménos, era en general el de hoy; ó, diciéndolo en términos más exactos, hoy todavía entendemos á Garcilaso como si hubiera vivido en la edad presente: su habla todavía luce juventud y hermosura. Felicitemos al cisne de Toledo, y subamos el escalon de un siglo, para oir los graves acentos de Iñigo Lopez de Mendoza, Marqués de Santillana:

Non te plegan altiveces
Indebidas,
Como sean abatidas
Muchas veces.
Nin digo que te arrafeces
Por tal via,
Que seas en compañia
De soeces.

Aquí voces y frases aparecen ya algo rancias para nosotros; entenderíase la copla mejor si, á costa de la expresion y la consonancia, la modernizáramos de este modo:

No te plazcan altiveces
Indebidas,
Porque se ven abatidas
Muchas veces.
Ni digo que te avillanes
En tal grado,
Que andes siempre acompañado
De truhanes.

Demos otro paso más: avancemos del siglo XV al XIV: de D. Iñigo Lopez á Juan Ruiz, Arcipreste de Hita:

Fasaña es usada, proverbio non mintroso:
«Mas val rato acucioso que dia perezoso.»
Partime de tristesa de cuidado dañoso,
Busqué et fallé dueña de cual só deseoso,
De talle muy apuesta, de gestos amorosa,
Donegil, muy lozana, plasentera et fermosa,
Cortés et mesurada, falaguera, donosa,
Graciosa et risueña, amor de toda cosa.

Á pesar de que en esta copla, comparándola con la lengua que hablamos hoy dia, aparece usada *f* por *h*, *s* por *z*, *val* y *só*, por *vale* y por *soy*, *et* por *y*, *de* por *con*, y *mintroso* por *mentiroso*, no es todavía oscuro este castellano, y sólo del adje-

tivo *donegil* hay necesidad de advertir que corresponde á *donoso* y *bizarro.* Otro paso más, y llegaremos al siglo de Alfonso X y del Santo Conquistador de Sevilla.

4.ª *Partida, título 2.º, ley 4.ª*

«Las palabras por que se fizo el casamiento son aquellas que dijo Adan cuando vió á Eva su mujer, segund dice en el título de las desposayas: que los huesos é la carne della, que fueran dél, é que serian ambos como una carne. Ca non se fizo por las palabras que algunos cuidaron, cuando bendijo Nuestro Señor á Adan é á Eva é les dijo: Creced é amuchiguadvos é henchid la tierra. Ca estas palabras non fueron sinon de bendicion; é demas, las otras por que se face el casamiento eran ya dichas primeramente.» Así escribian el romance los doctos de Castilla y muchos de Aragon en el siglo XIII, diciéndose en él *desposayas* por lo que llamamos *esponsales* hoy, *amuchiguarse* por *multiplicarse*, y *ca* en lugar de *porque:* lengua, fuera de estas palabras y otras de su especie, todavía muy comprensible en la actualidad.

Caminando hemos ido hasta aquí de lo claro á lo oscuro, y áun no nos ha faltado luz; ya nos acercamos á las tinieblas. Quédese á un lado el poema del Cid, cuya fecha no podemos averiguar con gran certidumbre, y busquemos algun rasguño del idioma castellano-aragonés en el siglo XII, recorriendo las desiguales cláusulas del célebre Fuero ó Carta-puebla de Avilés (1), que, segun todas las probabilidades, no debió ser otorgada ya en este siglo, sino á fines del anterior, poco despues del año 1084, en que Alfonso el VI hubo de dar á la villa de Sahagun unos fueros, mencionados en el de Avilés como si hubieran servido de patron para éste, diferentísimo de aquellos en el espíritu y en la letra. Poniendo la traduccion de la cita

(1) Está impresa en la *Revista de Madrid*, segunda época, tomo 7.º

ántes que el original, se entenderá seguramente mejor. Dice, pues, ó quiere decir, el Fuero: «Quien arrojare basura de su casa en las calles, pague cinco sueldos al Merino, y quítela de ellas; y el vecino que, por mala voluntad, arrojare piedra en casa de su vecino, pague cinco sueldos al dueño de la casa, á no que fuere (el arrojador) niño de 10 años abajo.» Esta disposicion se halla en el Fuero de Avilés redactada en la forma siguiente: «Qui vasura gectar de sua casa e las calles, pectet V sólidos al Merino, e tolla l'en; et vecino qui, per mal talento, iectar petra in casa de suo vecino, pectet V sólidos al don (1) de la casa, si tál nino non fur, que sédea de X annos in iuso.»

Ya aquí se nos ha oscurecido nuestro castellano de tal manera, que á relámpagos tan sólo se le vislumbra. Este documento, el más antiguo que hasta hoy conocemos de las lenguas vulgares ó dialectos de España, parece que los comprende todos en sí, el gallego como el asturiano y el portugues, el lemosin como el castellano; y no quizá sin su cuenta y razon, porque segun consta del Fuero mismo, los principales ó primeros repobladores de Avilés hubieron de ser gallegos en parte, y en parte de fuera del reino. «Los Merinos que el Rey pusiere (dice el Fuero muy al principio), sean vecinos de la villa, uno franco y uno gallego. (Et illos maiorinos que illo Rei posér, siant vecinos de illa villa, uno franco et uno gallego).» *Franco*, palabra que en algun caso queria decir frances, equivalia por lo comun á *hombre nacido fuera de Castilla y Leon*, y no sujeto á

(1) *Don* aquí significa dueño ó señor: como título, se halla en el tomo 2.° de las *Antigüedades de España*, por el P. Berganza (página 435), en una escritura latina del año 1066, en la cual se lee el nombre de *Don Conancio*. Decimos, sin embargo, refiriéndonos á personajes del octavo siglo, *Don Pelayo*, *Don Rodrigo*, *Don Julian* y *Don Oppas*; y en el tomo 7.° de la *España Sagrada*, la segunda carta de las del Rey Sisebuto y otros lleva este encabezamiento: *Domno gloriosissimo atque clementissimo Domno Sisebuto Regi*, que parece se deberia traducir: *Al gloriosísimo y clementísimo Señor Don Sisebuto Rey.*

las leyes de aquella Corona; otras veces, por extension de la última idea, significaba persona ó cosa libre. Así en el poema del Cid leemos (verso 1,010) que los combatientes que mandaba Rodrigo *vieron la fuerza de los Francos*, refiriéndose el poeta á la hueste catalana de Ramon Berenguer, Conde de Barcelona. Así más adelante (verso 1,076), al poner el Cid en libertad al Conde, prisionero suyo, para manifestarle que podia volver á sus Estados cuando quisiera, le dice: «Ides, Conde, á guisa de muy *franco;*» esto es, «idos, como quien ya queda libre.» Así en el propio Fuero de Avilés hallamos, tras la segunda cláusula, ésta: «Omne morador de Abiliés, cuanta heredat poder comparar de fora, seia *franca* de levar on quesir.» (Á hombre morador de Avilés, cuanto haber pudiere comprar de fuéra, séale franco de llevar adonde quisiere.)» *Catalan*, pues, en el primer caso, y *libre* en los otros, era lo que valia la palabra de *franco;* y aplicada á los que de fuéra venian á establecerse en Castilla, corresponderia indudablemente á *extranjero*. Muchas dicciones de la Carta-puebla de Avilés aparecen escritas con singularísimas variantes, correspondientes á los distintos dialectos ó lenguas de España neo-latinas: el romance de Castilla y Aragon antiguo asoma tambien en cláusulas ó trozos de ellas, como las siguientes: «Neguno home non pose en casa de home de Abiliés—aquel que será venzudo—non daré agora fianza—faga testigos de los vecinos, é diga: fianza quiero dar á fulano.» Á vuelta de estas frases, encontramos allí una buena porcion de vocablos latinos como *habet*, *habeat*, *habuerit* y *habuisse*, *sunt*, *fuissent*, *exeant*, *exirent*, *dedit*, *det*, *pectet*, *quesierit*, *quomodo* y *super quem*. Podrá ser el Fuero de Avilés, como creen generalmente los eruditos, una muestra del castellano, poco seguro aún y fijo en el siglo XI; pero más parece un documento redactado á propósito para gentes várias en varios idiomas, por una persona que entendia algo de todos, igno-

rando el latin y queriendo escribir en él. Á la verdad, en diferentes documentos latinos del propio siglo y de fecha anterior, se registran voces (1) más castellanas en su forma que las equivalentes en la Carta-puebla que nos ocupa. *Foro* y *foros* leemos repetidas veces en ella; *fueros* dice una escritura en latin del año 1064, y *fuero* otra de 1012. Illo *Re*, illos *maiorinos* é illa *villa* se lee en el Fuero de Avilés en lugar de el *Rey*, los *mayordomos* y la *villa;* en la confirmacion del Fuero de Sepúlveda, escrita en latin con la fecha de 1076, vemos escritos los *Cavalleros* y los *Alcaldes;* y en 1011, la *Hera* y la *Mata.* Imposible es dudar que en el siglo XI se hablaba en Castilla un romance más consecuente que esotro idioma que en el Fuero de Avilés advertimos: donde se decia *deó* (por *dió*), *sea* y *aia*, no podian acordarse ya del *dedit*, del *sit*, del *sedeat* y del *habeat*, puramente latinos. El que extendió el Fuero de Avilés no hablaba como escribia.

Pero el Sr. Monlau sostiene que el latin se habia ya vuelto castellano hácia el siglo X: faltándonos documentos extendidos en romance por aquella época, ¿de qué recurso nos valdremos para aprobar lo que el nuevo Académico da por seguro? Á falta de escritos en la lengua vulgar, á la cual, como niña entónces, no le permitian explicarse de oficio por sí, habremos de acudir

(1) Las palabras á que me refiero aquí, y las que se citan despues, se han copiado de las obras siguientes:

España Sagrada, tomos 16, 17, 18, 19, 26, 29, 34, 36, 37, 38 y 40.

Berganza, *Antigüedades de España*, tomo 2.°

Historia del Real Monasterio de Sahagun, sacada de la que dejó escrita Fray José Perez; corregida y aumentada por Fr. Romualdo Escalona.

Llorente, *Noticias históricas de las tres Provincias Vascongadas.*

Gonzalez (D. Tomás), *Coleccion de privilegios, franquezas, exenciones y fueros*, copiados del Real Archivo de Simancas.

Muñoz (D. Tomás), *Coleccion de fueros y cartas-pueblas.*

Además se han sacado algunas voces de documentos sueltos que posee la Real Academia de la Historia.

á la lengua madre, caduca ya y desmemoriada, que, pretendiendo sostener el lenguaje de su juventud gloriosa, tropezaba á cada paso con las infantiles voces de su hija indocta, pero traviesa, de quien se veia heredada en vida. Oid, Señores, una muestra de las voces pertenecientes al castellano antiguo, que se hallan en los documentos latinos del siglo X (1). Acenias (aceñas), adiusso (ayuso, abajo), adta (hasta), aldeola (aldehuela), alfoz, algoton (algodon), aliuba (aljuba), alongado, arretomas (redomas), azuli (azul), barbechar, barrio, barro, bellaco, bezerro y bezerros, caballeros, cabello, cabezas, camino, cárdena y cárdenas, cargato (cargado), castaniares (castañares), causas (con el significado de *cosas*), cerca (por cercado), cerca de, cerro, ciriales; la preposicion *con*, usada en la singular expresion *cruces tres con plata* (2); copas, coto, cubas, cuevas, cuerno; la preposicion *de* con artículo *(de la Cueca, del Quadro)*; deuesa, divisa y devesa (dehesa y dehesas), eo (yo), espinazo, espinosa, ermida (ermita), fenar (henar), foios (hoyos), fueras, forcia (fuerza), ganancia, gallegos y gallegüelos, hermana, homiciero (homicida), ieguas, incrucillata (encrucijada), infanzones, ladera, lagares, lanzada, káscaras y kascarellas, lavandeiras, linares, loveros, maiuelo (majuelo), mayordomo, mantas, malandrines, manteles, Matavellosa, matera (madera), mesa, murillos, nugares (nogales ó nogueras), olivares, olmo, páramo, perales, pinzon, portales, portillo, potros, poza y pozo, prado, presa, ravanal, rávanos, realengo, rebollo, ribera, rio, saia, sernas, silos, sirgo, spolas (espuelas), tela,

(1) Pudiéramos principiar esta lista por el sobrenombre de *Abarca* con que se distinguieron dos Reyes de Aragon: D. Sancho Garcés II, que entró á reinar en el año de 905, y el hijo de D. Garcia Sanchez I, D. Sancho Garcia, cuyo reinado principió en 970.

(2) *España Sagrada*, tomo 18, documento del año 962, que principia en la página 355.

texera, tiendas, toro, torre, troncos, vadiello (vadillo), Valderatero, vallejo, varones, Villaexcusa, Villaverde, zapata, zancos y zumake: todas estas voces constan en documentos anteriores al año 1000, y muchas son nombres de localidades, que no habrian sido tituladas en el año propio de la escritura: con que debian pertenecer, por lo ménos, al siglo anterior. Y en efecto, á pesar de que los pergaminos del siglo IX escasean mucho, todavía se pueden rebuscar en ellos vocablos de nuestro romance antiguo, como los siguientes: aceveto (arboleda de acebos), azoreras, baqueros, barrio, bragas, calabazas, calzada, coba (cueva), cortes (haciendas), cupos (cubos), defessas (dehesas), encina, era (la de trillar), faza (haza), ferrera (herrera), fidiador (fiador), ficares y figarias (higuerales é higueras), foz (hoz), fresno, fuero, junqueras, laguna, lenzo (lienzo), linares, manto, manzanares, marcos (marca), molinos, nora (nuera), paratas (paradas), penna do vado (peña del vado): nótese el genitivo del artículo gallego *o*, usado el año 886 en Orense (1); — pinedo, pozales, rubiales, sala, salcedo (arboleda de sauces), signales y signas (señales y señas), torres, Val de Avuelo, vereda, Villares y Villarozada. Poquísimos documentos nos quedan del siglo VIII; mas áun despunta en esos pocos nuestro romance en las voces abolo (abuelo), arroyo, averes, barra, canton, cavanas (cabañas), Fontecubierta, garabatos, Monteretondo (Monteredondo), negrellos (negrillos), palmar, penellas (peñuelas), rozas, soutos (sotos), Tras Deza, veigas (vegas), vereda y zerzeta. — Hemos llegado á los principios del siglo VIII, tristemente célebre por la invasion de los árabes en nuestra Península: colocados á tal altura, descansemos un poco y reflexionemos.

Ningun escritor de aquella época nos dice que se hablase

(1) *España Sagrada*, tomo 17, página 245.

ya en España el romance; ningun escrito en romance poseemos de aquella centuria, ni áun de mucho tiempo despues: verdaderamente, Señores, parece poco sesudo empeño darse á creer que existiese nuestro vulgar idioma, con más ó ménos rudo carácter, mil y cien años há. Sin embargo, como dice el Señor Monlau, y como toda la república de los doctos entiende, nuestro romance se formó con especialidad sobre el idioma latino: de manera que al hundirse en el Guadalete la dominacion de los godos y constituirse la nacionalidad española entre las asperezas de Astúrias, ó se hablaba en nuestra Península el latin aún, ó se hablaban ya uno ó varios dialectos hermanos, hijos todos, no contando el vascuence, de la lengua latina. Pues bien, en la Iglesia de Santa Cruz de Cángas, dedicada al culto por el Rey D. Favila en el año de 739, leyó y copió Ambrosio de Morales (1) una inscripcion grabada allí en piedra, donde se decia *ob crucis tropheo* en lugar de *ob crucis trophæum*, y *cum pignora* en vez de *cum pignoribus*, amén de otras locuciones sin concierto ninguno. En escritura del año 745 (2) designando los términos de una posesion, se lee que *vadit ad villam quos vocitant Cavanas et deindè ubi intrat Flamoso in Mineo* (va á la villa ó heredad que llaman Cabañas y de allí adonde el Llamoso entra en el Miño): *Flamoso* por *Flamosus* y *quos* por *quam*. En otra escritura del año 747 (3) se lee *quem* en lugar de *quas: villas quam adquisivi*. En otra de 759 (4), *mecum sororum* en lugar de *mecum sorores*; mis hermanas conmigo. Con las fechas de 772 y 775 (5), *quorum basilicas fundatæ sunt in loco qui*

(1) Morales, *Crónica*, tomo 7.°, página 44.
(2) *España Sagrada*, tomo 4.°, página 354.
(3) *España Sagrada*, tomo 4.°, página 357.
(4) Llorente, *Noticias históricas de las Provincias Vascongadas*, primer documento.
(5) Berganza, *Antigüedades de España*, tomo 2.°, página 370.

dicitur Pontecerce; quorum basilicas fundatæ sunt in loco qui dicitur Valle de Domlisle: basilicas por *basilicæ*. Con fecha de 781 (1), *venimus cum averes nostros: haberes*, palabra romance; *cum*, rigiendo acusativo. Añádanse á esto los nombres propios de *Luponi*, *Trasildi*, *Ricilone*, *Felice*, *Gemeno*, *Dulcido*, *Censerigo* y *Berosindo* usados ó como nominativos ó como indeclinables, y fuerza será convenir en que las personas que extendian tales documentos ignoraban de fijo la declinacion y el uso de las partículas latinas y hasta las oraciones de *sum es fui*. En vano se replicará que aquellos mismos hombres acertaban á poner cláusulas más difíciles en latin regular: nacía eso de que tenian formularios antiguos hechos en buen latin, de los cuales tomaban cuanto les convenia para cada instrumento que les ocurria ordenar; pero como no todo lo habian de hallar en el formulario ó modelo, donde les faltaba éste, ingerian un despropósito gramatical, porque escribian una lengua que no era la suya. No están esos documentos escritos en un idioma vivo, pero viciado, no; están en un idioma muerto que no se sabe. Otro tenian que hablar los españoles en el siglo VIII: las palabras que hemos citado ántes nos dicen cuál era, y la historia de otros países contribuye á probarlo.

Cierto religioso de un convento de Fulda, llamado Rodulfo, que falleció por los años del Señor 865, refiere en la vida de Santa Lioba (2), que acometido de convulsiones un español, por haberse bañado á mala sazon en las aguas del Ebro, peregrinó recorriendo santuarios por Francia, por Italia y por Alemania hasta Fulda, donde recobró milagrosamente la salud, haciendo una fervorosa oracion ante el sepulcro de San Bonifacio. Atónito con el prodigio un testigo ocular, el venerable Firmado,

(1) Morales, *Crónica*, tomo 7.°, página 88.

(2) D'Achery y Mabillon, *Acta Sanctorum Ordinis S. Benedicti*, siglo III, parte II, página 233 de la edicion de Venecia, hecha en 1734.

monje presbítero, entró en conversacion con el peregrino; pues «como era *italiano* el monje, tenia (dice Rodulfo) conocimiento del *español.*» Ocurrió este singular suceso hácia el año de 772, á lo que se cree: de manera que en el último tercio del octavo siglo, un italiano y un español podian entenderse. ¿Cuál sería entónces el lenguaje vulgar en Italia? En documentos otorgados en aquella península desde el año 730 al de 804, todos en latin corruptísimo (1), se ve ya usado el artículo femenino *la*, se hallan las palabras *rio*, *verde*, *suso*, *dava*, con *v* y sin *t*, *fué*, *fice*, *cambium de casas*, *corre via publica*, y hasta la vulgar expresion *calsato e vestito*, calzado y vestido. Más aún, con fecha de 740 existe un pergamino en el idioma de la isla de Cerdeña, ya completamente caracterizado, cuyas notabilísimas cláusulas nos ofrecen algunas voces, idénticas (por escrito á lo ménos) á otras que usó, y probablemente usaria ya, la que despues se llamó Castilla. Tales son *cómo fughiant* (huian), *fuido* (huido), *guerra*, *intruda* (entrada), *mandamentos* y *mandatos*, *observados*, *martirios*, *mujeres*, *padre*, *pecados*, *perlados*, persecutiones *pasadas*, *vida;* el imperativo *teníderos* tan parecido á nuestro *tenedvos* (ó teneos), y los infinitivos con pronombre *cunservarissi recordarillos*, *consolarivos* y *confundirillos* que tan poco se diferencian de *conservarse*, *recordarlos*, *consolarros* (ó consolaros) y *confundirlos.*

Á mediados del siglo VI volvió á poder de los Emperadores de Constantinopla la parte de España que llevaba el nombre de provincia cartaginense, merced al valor de Comiciolo ó Comenciolo, General bizantino. Por los años de 579 guerreaba Comiciolo en Tracia contra el Rey de los Hunnos Jagano; y ha-

(1) *Historia universal*, por César Cantu, traducida directamente del italiano (y oportunamente anotada), por D. Nemesio Fernandez Cuesta, tomo 3.°, página 875 y siguiente.

Del mismo Cantu, *Histoire des Italiens*, tomo 1.°, apéndices.

llándose poco distantes ambos ejércitos una noche, y ambos en marcha, cayósele la carga á una caballería perteneciente á los bagajes de Comiciolo, sin que el soldado cuya era lo echase de ver. Advirtiéronlo sus compañeros, y diéronle voces para que volviese; voces que, oidas y repetidas por los demas, les hicieron creer que los bárbaros los habian sorprendido; con lo cual todo el ejército bizantino se puso en fuga. Oyendo los Hunnos las voces y estrépito de los otros, tuviéronse por perdidos tambien, y echaron á correr precipitadamente por otro lado: así, dos poderosos ejércitos huyeron de nádie por haberse desatado la carga de un mulo. Ahora bien, las palabras con que llamaron al inadvertido soldado sus camaradas, trasmitidas á la posteridad por los graves escritores griegos Teófanes y Teofilacto, fueron estas, Señores: «Torna, fratre: torna, retorna.» Estas palabras pertenecian á un idioma semejante al latino; pero no eran ya verdadero latin: el verbo latino clásico *torno*, *tornas* no significa retroceder, sino tornear, trabajar al torno, ú otra accion parecida; y en cuanto á la palabra *fratre*, ablativo usado por vocativo, ningun romano que supiese su lengua la hubiera empleado. El habernos conservado los historiadores griegos esas palabras, manifiesta sin duda que á la sazon eran ó muy comunes ó muy singulares: en el primer caso, todos los soldados latinos de Comiciolo hablaban un idioma vulgar; en el segundo, lo hablaban algunos. ¿Á qué nacion pertenecerian? Mr. Raynouard (1), que cita la singular aventura en su *Coleccion de poesías originales de los trovadores*, entiende que los que gritaron «torna, retorna,» fueron probablemente francos, ó españoles de la provincia que habia sometido ántes y rigió despues Comiciolo.

(1) Raynouard, *Choix des poésies originales des Troubadours*, tomo I.°, páginas VIII, IX y X de la introduccion.

Aldrete, *Del origen y principio de la lengua castellana*, página 154.

Por los años de 527 ocupó Justiniano I el trono de los Césares en la ciudad insigne de Constantino; y moviendo guerra á uno de los reyes bárbaros que iban estrechando con sus conquistas cada vez más los límites del Imperio, venció y prendió en el campo de batalla al monarca enemigo. Sentado el prisionero bajo un majestuoso dosel al lado del César, le exigió éste que restituyera al Imperio las provincias que de ántes le tenia usurpadas. «No las daré», contestó en latin el bárbaro, segun refiere el cronista frances Aimonio: *non dabo.* Quísole replicar Justiniano, diciéndole que tendria que restituírselas; y dejando ya de usar el idioma latino en que departian, prorumpió en la misma expresion que probablemente hubo de dirigir Cortés á Guatimozin, prisionero suyo, cuando se negaba á entregar los tesoros de Méjico: *Non dabo*, «no daré tal», habia dicho el prisionero de Justiniano: el emperador no repuso *dabis*: le dijo: *Darás.* Expresion de tal extrañeza, pronunciada en tan solemne momento, dió lugar á que, fundando una ciudad en aquel paraje, recibiese el nombre de *Darás* ó de *Dáras*: la acentuacion de la sílaba no es de grande interés.

Guillermo Schlegel no presta fe á la relacion de Aimonio, pareciéndole de poca autoridad un cronista frances del siglo X, tratándose de un emperador bizantino del siglo VI. Yo acato profundamente la sabiduría de Schlegel; pero no entiendo cómo un crítico del siglo actual ha podido saber de cuántos y cuáles documentos históricos disponia el escritor franco del siglo X.

La explicacion del hecho es, á mi parecer, muy sencilla y creible. San Isidoro, metropolitano de Sevilla, que falleció por los años de 636, nos dice (1) que en tiempos anteriores se habia introducido en Roma una lengua latina mista, resultado de los solecismos y barbarismos con que desfiguraban el

(1) *Etymolog.*, libro 1.°, capítulo 32.

idioma de Ciceron los habitantes de las provincias de aquel vasto Imperio. El rey cautivo de Justiniano no sabria más latin que el del vulgo, el más fácil; hablaria, por consiguiente, mal, y el emperador le contestó por fisga en el propio lenguaje. *Darás* es un futuro provenzal y español; y la Provenza de entónces era posesion de los godos. Nuestros futuros imperfectos ó simples de indicativo se formaron del presente de infinitivo de cada verbo y del presente de indicativo del auxiliar *haber: darás* se compone de *dar* y de *has:* dar-he, dar-has, dar-ha, dar-hemos, dar-hedes ó heis, dar-han. Supone ese futuro, pues, que ya el infinitivo latino-clásico *dare* se habia convertido en el infinitivo neo-latino *dar*; supone que estaba ya completamente formado el auxiliar neo-latino *haber*, diferente del *habere* latino; supone un sistema de conjugacion completo, y distinto de la conjugacion clásico-romana; supone, en fin, un lenguaje nuevo, porque bien sabeis, Señores, que el verbo es el idioma. Por lo mismo que esa palabra supone tanto, quiero dejar por ahora el hecho en la categoría de simple suposicion. Obsérvese, empero, que Aimonio, en el siglo X, creia que la conjugacion del verbo neo-latino contaba ya 400 años de antigüedad por lo ménos: alguna habia de tener, aunque no fuese tanta. En 842, Cárlos el Calvo y Luis el Germánico juraron un tratado de alianza en romance frances; en 740 un obispo sardo se dirigia á sus compatriotas en un romance de los de Italia; no hay fundamento para negar que en tiempo de D. Pelayo no estuviesen constituidos ya los romances de España, los cuales debian tener con los itálicos y los de Francia muy estrecha hermandad. Hemos citado á San Isidoro, que vivió en el sexto y en el séptimo siglo: en los tiempos de este prelado, lumbrera de la Iglesia española, no cabe dudar que se hablaba en España latin: el Santo, en su obra acerca de los *oficios eclesiásticos*, dice terminantemente: «Los intérpretes *latinos* que tradujeron los libros

sagrados á nuestra habla *(eloquium nostrum)* son infinitos.» Pero el mismo San Isidoro, en su tratado de *Orígenes* ó *Etimologías* indica tambien que el vulgo de su época usaba otro lenguaje diferente del de los eruditos, porque en más de veinte ocasiones estampa frases parecidas á estas: El *musion* es nombrado así por ser enemigo de los mures (de los ratones): llámale el VULGO *catto*, de *captura*; otros dicen que por lo que *catta*, esto es, por lo que *ve* (1).—*Bibiones* son los que nacen en el vino, que llaman VULGARMENTE *mustiones* (mosquitos).—A éstos (á los acometidos de manías) llama el vulgo *lunáticos*.—*Sinfonia* se llama VULGARMENTE á un madero hueco con una piel tirante por un lado y otro, que golpean los músicos por ambos lados con unas varitas.» El latin del Santo ya no era el más puro; impurísimo debia ser el del pueblo (2). Busquemos ahora alguna muestra de latin español en tiempos anteriores al triunfo decisivo de la Cruz, colocada sobre la corona imperial por el afortunado hijo de Santa Elena.

A distancia de 34 millas de Roma, segun el itinerario del

(1) *Quod cattat, i. videt.*

(2) En el breve prólogo ó advertencia de San Isidoro á su *Regula Monachorum*, hallará el curioso esta cláusula: Hæc pauca vobis eligere ausi sumus; uti *sermone plebejo* vel *rustico*, ut quàm facillimè intelligatis, quo ordine professionis vestræ votum retineatis.—Las palabras *sermone rustico vel plebejo* no significan allí *lengua rústica ó vulgar*, sino estilo humilde, llano, sencillo. El latin del Santo en aquel opúsculo es el mismo que en otros escritos suyos.

De San Eugenio se lee en el tomo I de los Padres Toledanos, página 31, una epístola en dísticos, que principia así:

Sanctorum meritis claro, semperque beato
Eusicio, Eugenius vilis et exiguus.
Accipe conscriptos *plebeio carmine* versus,
Quos dat dilecti pagina mœsta tibi.

Tampoco las palabras *plebeio carmine* significan lengua vulgar en esta composicion, sino estilo ó poesía de género ínfimo. Casi todos los versos de ella están rimados á la manera de los que despues se llamaron *leoninos*: quizá sería ya la rima distintivo peculiar de los cánticos populares.

emperador Antonino, en la cuenca del lago dicho Sabatino antiguamente, y hoy de Bracciano, cerca de la reducida poblacion que lleva el nombre de Vicarello, hubo y hay unas aguas medicinales acídulo-salinas, que, miradas por la ciega gentilidad como prodigiosas, atribuyendo sus efectos, puramente naturales, á particular intervencion de las ninfas del sitio y del dios Apolo, fueron llamadas *aguas Apolinares*. Haciendo en el año 1852 una obra para mejorar el servicio de aquellos baños, encontraron los trabajadores en el fondo del agua muchos millares de monedas de cobre y otros objetos, pias ofrendas de los bañistas á los númenes tutelares de las aguas benéficas: entre estos ex-votos aparecieron tres vasos de camino, los tres de plata, los tres con el itinerario desde Cádiz á Roma, evidente señal de haber pertenecido á españoles. Comparando el itinerario, inscrito á buril en los vasos, con el itinerario del emperador Antonino, se ve que son anteriores á él, porque falta en ellos algun punto de tránsito que fué establecido despues; tambien se observa que los tres itinerarios de los vasos corresponden á diferentes épocas, porque la distribucion de las jornadas varía: sobre esto, y sobre las importantes cuestiones geográficas que se resuelven con la aparicion de antiguallas tan estimables, ha escrito una preciosísima Memoria mi constante amigo y favorecedor, el eruditísimo Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra. El vaso con trazas de más antiguo tiene en la parte superior este letrero: ITINERARIVM A GADES ROMAM; dice en el segundo: AB GADES VSQVE ROMA ITINERARE; y en el tercero: ITINERARE A GADES VSQVE ROMA. El doctísimo padre G. Marchi, que publicó en la capital del orbe cristiano, año de 1852, el curioso y bien trabajado opúsculo en que anunció el descubrimiento de las aguas Apolinares, observa con razon que, á grabar el itinerario de estos vasos en Roma, no se hubiera puesto en ellos *à Gades*, ni *ab Gades*, ni *usque Roma*: el platero romano hubiera

escrito: *à Gadibus usque Romam*, y no hubiera usado el raro sustantivo *itinerare*, sino el propio y genuino de *itinerarium*. Infiere el P. Marchi, de estos y otros barbarismos que se leen en dos de los vasos, que, siendo los tres utensilios más á propósito para viajeros gaditanos que para otro español alguno, hubieron de ser labrados en Cádiz; opinion, en nuestro concepto, más que probable. Cádiz fué siempre una ciudad muy culta; pero, á juzgar por los vasos de camino trabajados allí, los oficiales de platería de Gádes no andaban en el segundo siglo de la era cristiana muy escrupulosos en el uso del idioma latino: probablemente no tendrian absoluta necesidad de saberlo bien.

Tampoco en el siglo anterior, viviendo aún vida mortal nuestro Redentor, deja de notarse lo mismo. Posee la Biblioteca Nacional tres medallas del emperador Tiberio, de las que llaman los numismáticos grandes bronces, batidas en Emérita Augusta con esta leyenda alrededor del busto: DIVS. AVGVSTVS. PATER. PATRIA. Demos por bien escrita la palabra PATER, que se nos presenta en abreviatura con las tres primeras letras PAT; concedamos que la palabra DIVS esté en abreviatura tambien en lugar de DIVUS; para el sustantivo PATRIA, que debia estar en caso de genitivo, no se halla disculpa. Tampoco en Mérida sabian todos las declinaciones latinas poco despues de la muerte de Augusto: DIS MANES en vez de *Diis Manibus* (1) aparece escrito en una inscripcion sepulcral española; CVRANTE MACÆDONICA MATER (2), poniendo nominativo por ablativo, leemos en otra. Ciceron, en su tratado de *Divinatione*, libro 2.°, manifiesta que los españoles, lo mismo que los cartagineses, nece-

(1) RUANO, *Historia de Córdoba*, tomo 1.°, libro 1, cap. 12.

(2) *Obras de D. Francisco de Quevedo Villegas*, coleccion completa, corregida, ordenada é ilustrada por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, tomo 2.°, página 658, columna 2.ª

sitaban de intérprete para que se les entendiera cuando hablaban en el Senado. Tácito, refiriendo en el libro 4.° de sus Anales la muerte que al tiránico pretor Lucio Pison dió en el año 20 de la era cristiana un labrador de Térmes, hoy Lerma, dice que en medio de los tormentos con que castigaban al reo, aseguraba él, *en su lengua*, que áun teniendo á sus cómplices á la vista, nádie peligraria por sus declaraciones. No es de extrañar que fuesen poco elegantes en el latin aquellos que le hablaban sin haberle aprendido en el regazo materno.

Treinta y ocho años ántes del nacimiento de Jesucristo habia quedado España sometida á las pertinaces armas de los romanos, dos siglos enteros afanadas en tan trabajosa conquista. Conforme iban apoderándose de nuestra Península, iba introduciendo en ella el conquistador su lenguaje, por ley y por trato; y si creemos á Estrabon, olvidaron pronto los españoles, con el uso del pegadizo idioma, el propio y congénito de cada raza. Ello es verdad que el de los vencedores fué usado como habla comun desde las columnas de Hércules á las cumbres del Pirineo: en latin se pusieron las inscripciones de los monumentos públicos, de la moneda y lápidas tumulares; en latin escribieron españoles que ocupan distinguido lugar en la numerosa galería de la romana literatura; en latin están las leyes de los visigodos, dueños tambien de España, posteriores á los romanos; en latin los concilios de la Iglesia española y los fueros y cartas-pueblas de villas fundadas ó restauradas despues de la irrupcion sarracénica; en latin hay, por último, cartas de reyes godos, prelados y monjes. Pero esta soberana y prolongadísima dominacion oral no pudo ser completa ni uniforme en todo lugar ni en todos los tiempos: los idiomas, como el hombre y cuanto le pertenece, gozan de una duracion limitada: nacen, crecen, flaquean y acaban, trasformándose á veces en otros; y nunca pueden extenderse en una forma fija, sino á un grupo

de la familia humana poco dilatado. Muchos siglos há que existe una lengua con el nombre de idioma italiano, y jamás ha sido general en Italia: uno es el lenguaje de Roma, y otros son el de Nápoles y Venecia, parecidos y diferentes; los *patois* del reciente vecino Imperio se desvian mucho del habla de Massillon y Racine; y en nuestra España, el catalan, el valenciano, el asturiano y el gallego forman lenguas diferentes del idioma peculiar de Castilla, que se llaman dialectos por la analogía que entre sí tienen; pero son verdaderos idiomas, porque se formaron y se hablan con independencia unos de otros, y no hay habla que los abrace todos disponiendo ella sola del caudal comun como propio. Estrechando el círculo más, vemos en las Provincias Vascongadas que el euscaro varía y se subdivide tambien en dialectos distintos; y si en aquella reducida extension de terreno, habitada por un pueblo cási sin mezcla, con las mismas costumbres, la misma fe y organizacion política, no ha podido haber una lengua invariable, ¿cómo habia de ser una la del vasto Imperio romano (1), confusa agregacion de castas y lenguas, violenta Babel, ansiosa de sobrepujar á todas las eminencias del mundo? La cual, más infeliz en su suerte que la fábrica de Nembrot, no fué abandonada por sus obreros; demolida y arrasada fué por esclavos rebeldes, que no osaban un dia poner los piés donde alcanzaba la sombra de sus almenas, descansadero á la vez y estorbo para las nubes. Y si toda lengua lleva en sí el gérmen de su desorganizacion

(1) En la misma Roma, harto tiempo ántes del siglo VIII, se grabaron inscripciones que se pueden ver en la obra de Mr. Perret, titulada *Les catacombes de Rome*, donde se lee *filias* y *filies*, por *filiæ*, *filiem* por *filiam*, *vites* por *vitæ*, *mensorum* por *mensium*, *meses* y *mesis* por *menses*, *diorum* por *dierum*, *vivas* por *vivens*, *vivati* por *viventi*, *bibi* y *bibu* por *vivo*, *bigenti nobe* por *viginti novem*, *bise* por *vixit*, *da* por *ab*: y además *in orationis tuis, in paci, in pacis*, *pos morte*, *propio nomen*, *propter una filia*, *septe*, *centu*, *locu*, *idus febrarias*, *septembres*, *octobres*, *novembres*, *decembres*. En una corona se halló este letrero, notable por lo irregular de la ortografía: *Qui se coronaberin biban.*

y á la par el principio de un desarrollo nuevo, ¿cómo habia de eludir esta ley de naturaleza el latin, afectadamente articulado en tantos países, á tanta distancia unos de otros? Así los primeros que lo alteraron fueron los que más y mejor lo usaban, los romanos mismos, entre quienes, á vueltas del lenguaje usado por la clase instruida, sonaba ruda y tosca la voz de la plebe, voz desatendida al principio, tolerada despues y triunfante al cabo, como irresistible querer de una gran muchedumbre.

Las principales diferencias que hay entre el latin y nuestro castellano consisten en la supresion de las declinaciones, la introduccion de los artículos, y la diversa conjugacion del verbo, aplicando á ella un auxiliar con poco uso entre los escritores latinos en tal concepto, *habere* convertido en *haber*: innovaciones que nacerian probablemente de que en alguna de las antiguas lenguas de España serian indeclinables los nombres y se les unirian artículos, careccrian de voz pasiva los verbos y de algunos tiempos que tiene el latin. No dejarian de contribuir á la introduccion de estas novedades los propios romanos, obedeciendo á la accion del tiempo, que no permite á una lengua ni á nada ser siempre lo mismo. Plauto, Lucrecio, Julio César, Horacio y otros ya usaron el numeral *unus* como artículo indefinido; Terencio usó tambien, á la manera de artículo definido, el pronombre *ille* (1); Ciceron y Plinio se sirvieron del ver-

(1) Véase á CANTU, *Histoire des Italiens*, tomo 1.°, páginas 476, 477 y 478. Nótense además estos ejemplos:

TERENCIO, acto 3.°, escena 1.ª de la *Hecyra*.

PARMENO.

Pueri inter sese quàm pro levibus noxiis iras gerunt!

lo *habeo* en locuciones parecidas á los tiempos compuestos de nuestros verbos castellanos: si el príncipe de la elocuencia romana decia *habeo dictum* (he dicho), *audire habeo* (tengo que oir ó he de oir), *habes statutum* (has establecido ó determinado), si Plinio, *cognitum habeo insulas*, ¿hasta dónde no extenderian el uso de *habeo* un gladiador, un menestral, un labriego de Roma, un cazador de los Alpes? ¿Hasta dónde un español de la clase ínfima, cabrerizo de Sierra-Morena, donde nunca pudo llegar el latin del Senado, sino cuando más, el latin del cuerpo de guardia? Lo extraño no es que ciertos españoles hablasen incorrectamente el latin, sino que, á pesar de las escuelas con

Quapropter? Quia enim, qui eos gubernat animus, infirmum gerunt.
Itidem *illæ mulieres* sunt fermè ut pueri, levi sententia.

Andria, acto 2°, escena 3.ª

Tum *illæ turbæ* fient.

Adelphi, acto 1.° escena 2.ª

Tu *illum tuum*, si esses homo,

Sineres nunc facere.

Phormio, acto 5.°, escena 7.ª

Et inde *filiam*
Suscepit jam *unam*, dum tu dormis.

En el primer ejemplo, la traduccion que mejor corresponde á las voces impresas en carácter cursivo, es *las mujeres;* en el segundo, *los alborotos;* en el tercero, *el tuyo* ó *aquel tu hijo.*

El cuarto ejemplo es de artículo indefinido; y en castellano, como en latin, las palabras sobre que se llama allí la atencion quieren decir lo mismo, *una hija.* No se puede traducir *una hija sola*, porque seria pleonasmo ridículo.»

El idioma gótico no tiene artículos; por eso creemos que la introduccion de éstos en el castellano proviene de las lenguas primitivas de España y del uso que los romanos hacian del pronombre *ille*

tanto empeño mantenidas por los romanos, hubiese españoles que acertaran á explicarse bien en el idioma obligatorio.

Pero, obligado ó no, del latin, como ha sostenido el señor Monlau; del latin, como elemento predominante, sin excluir otros de menor influencia; del latin culto y del vulgar, militar y rústico, se formó la lengua que ilustraron tantos siglos despues Cervantes y Lope. No ha faltado quien asegure que nuestro castellano romance no viene directa é inmediatamente del latin, sino que procede de otra lengua intermedia llamada *románica*; del antiguo provenzal, en fin, que Mr. Raynouard supuso haber sido hablado despues que el latin por todas las naciones adonde llevaron los romanos la lengua de Virgilio. En tiempos en que las comunicaciones eran difíciles, y no tan general como ahora el uso de la escritura, claro es que un pueblo no podia dar á otro su lengua sino por medio de la trasmision oral: sin la conquista, sin la ocupacion constante del territorio, no podia una nacion ingertar en la vecina su idioma. No consta que los francos ni los franceses poblasen á Castilla, ni que la ocuparan como dueños ántes de 1808: la opinion, pues, de que el castellano ha nacido del provenzal ó del antiguo frances ó de ambos idiomas juntos, no es admisible. Romana provincia fueron las Galias, como España lo fué; y latin se habló entónces allende y aquende del Pirineo; parte de Francia fué parte de España en tiempo de la dominacion gótica; y no es mucho que el lenguaje occitánico y el español de entónces fueran casi idénticos, pues emanaban de una fuente comun, y se estaba todavía muy junto á la fuente; desviándose con el tiempo, cada pueblo neo-latino se formó su lengua por sí: franceses el frances, españoles el castellano. Que casado Alfonso VI con una francesa, y siendo de aquella nacion el metropolitano de Toledo, hallaran sus paisanos buen acogimiento en Castilla, no basta para que nos transmitieran su habla: por

*

muchos franceses que viniesen acá, siempre serian ménos que los castellanos que habia; y siglos ántes se usaba ya en España un idioma, que ni era el latin, ni podia ser el frances de la lengua de *oc*, ni el frances de la lengua de *oïl*. De 842 es el monumento más antiguo de la lengua francesa; en la Coleccion de fueros y cartas-pueblas, publicada por el inteligentísimo Don Tomás Muñoz, se leen cuatro documentos astúrico-latinos con las fechas de 780, 804, 824 y 857, donde encontramos el pronombre *ille* usado como artículo, las preposiciones *de* y *ad* sustituyendo á los casos de la declinacion, y várias voces del idioma romance, más ó ménos formadas. Firman allí tres condes y otras personas, un *Comes Alvaro*, un *Comes Nunno Nunnez*, un *Comes Richamundo*, un *Severo Nunnez*, un *Petro* y un *Didago*: ¿qué significarian estos nombres en *o* sino que entónces se hablaba un idioma en que habian desaparecido los nominativos en *us*? Allí se leen las palabras *rio* y *rios*, *vasos* y *pozo*; allí, como nombres de tierras ó de santuarios, *Guardia*, *Fresnedo*, *Peña sarnosa*, *Valdegoria*, *Fresno*, *Losa*, *Valleio* (Vallejo), *Coto petroso*, *Sanctus Petrus de Ferreros*, *Sancta Eulalia de Cervero*, *Paretes* (Paredes) y *Vega de Argeuza*; allí se lee *rivulus Fraile*, *carrera*, *carnicerias*, *Penna rubia* (peña rubia), *calciata* (calzada), *foz* (hoz), *in defesis* (en las dehesas), *de suo ganato* (de su ganado), *montatico et portatico* (montazgo y portazgo), *directus* (derecho en el sentido de *jus*), *omes de villa Brannia Osaria* (los hombres de la villa de Brañosera), *per illum villare et per illos planos et per illum pradum porquerum* (por el villar y por los llanos y por el prado porquero), *tempore verani* (en tiempo de verano). Ya veis, Señores, ¡qué léjos andaba del latin el que escribia esto, y además *ad tibi*, *ad villa*, *ad Comite*, *ad populando*, *de mihi*, *cum sua pecora* y *per ipsos montibus*! Ya recordaréis las voces que ántes cité, correspondientes al siglo IX; y presumo que no ha de ne-

cesitarse más para convencerse de que ya se hallaban nuestros romances constituidos, cuando el estado angustioso de Astúrias y tierras limítrofes no convidaba por cierto á los franceses para que vinieran y nos enseñaran á hablar.

Comparando el provenzal con el antiguo lenguaje nuestro, se ve más clara esta verdad certísima. En primer lugar, los provenzales conservaron cierta especie de declinacion, porque á las voces que provenian de nominativos en *us*, les mantuvieron la *s* final en el nominativo, omitiéndola en los demas casos del singular: así decian *Carlos* y *Deus* en nominativo, y *Carlo* y *Deu* cuando estos nombres recibian régimen: en los Fueros de Avilés y de Oviedo, ambos del reinado de Alfonso VI, y ambos casi iguales en todo lo sustancial de sus cláusulas, se dice *Adefonso* y *vecino* siempre; jamás *Adefonsos* ni *vecinos* en singular: la *s* quedó para distintivo de nuestros plurales. En el propio Fuero de Avilés aparece la palabra *Rey* escrita nada ménos que de cinco modos, *Rex*, *Re*, *Reu*, *Ray* y *Rey*; la de *hombre* aparece escrita de nueve, *homo*, *om* (sin *h*), *hom* (con *h*), *hómine*, *hómino*, *omne* (como el neutro de *omnis*), *omme* (con dos *mm* y sin *h*), *homme* (con *h* y dos *mm* como en frances), *ome* sin *h*, y *home* con ella. En la version castellana del Fuero Juzgo, que se supone ser de tiempo de San Fernando, se presenta la palabra *fruto* con siete formas, *fructu*, *fructo*, *fructa*, *fruito*, *fruch*, *frucho* y *frocho*. El presente de subjuntivo del verbo *ser*, en tercera persona del singular, se muestra en el Fuero de Avilés con siete variantes, *sit*, *sedeat*, *sedea*, *seia*, *siat*, *seat* y *sea*, cinco le contamos al pronombre *ninguno*: *neguno*, *negun*, *núllius* (en caso de nominativo), *nullo* y *nul*. Hemos dicho que en Roma, en el siglo de oro de su literatura, se usó tal y cual vez como artículo el pronombre *ille*; añadamos á esto que los romanos cambiaban en muchísimas voces la *i* en *e*, y á ejemplo suyo leemos en España en la losa sepul-

cral del obispo Sefronio (1), que falleció en el año de 550, y cuyo sepulcro se descubrió á principios de 1789, leemos, digo, *tegetur*, *credetur* y *meserum*, en lugar de *tegitur*, *creditur* y *miserum* como síncopa de *miserorum*: romanos y españoles, pues, pronunciaban en algun tiempo *el-le*, *el-la*, *el-lo*, *el-las*, *el-los*. De *el-le* tomaron los españoles la primera sílaba, y resultó el artículo *el*; de la segunda sílaba de *el-la* y *el-lo* formaron *la* y *lo*; de los finales de *el-los* y *el-las* formaron *los* y *las*, plurales del artículo definido. La pronunciacion de las dos *eles* fué cambiada por los españoles, y áun por otros en *ll*; y así del mismo pronombre latino *il-le* ó *el-le* vino tambien nuestro pronombre de tercera persona *él*, *ella*, *ello*, *ellas* y *ellos*; de la segunda sílaba de *il-le* y de *il-li* formamos los casos oblicuos *le* y *li*, y aplicando ál primero la letra *s*, distintivo de nuestros plurales, tuvimos el *les*. Ahora bien: nuestro artículo definido actual cuenta sólo cinco voces simples, *el*, *la*, *lo*, *los* y *las* (*del* y *al* son voces compuestas); al artículo español antiguo le hallamos, por lo pronto, sobre esas cinco voces, otras diez más, *illa*, *illo*, *illos*, *elos*, *ela*, *llo*, *lla*, *llos*, *llas*, *lu*, y aparte *o* y *a* formados de *eo* y *ea* ó de *hoc* y *hac*: total 17. Nuestro pronombre actual de tercera persona *él* consta de 10 formas simples, *él*, *le*, *lo*, *ellos*, *les*, *los*, *ella*, *la*, *ellas*, *las*: nuestros antiguos disponian de 30 lo ménos, *il*, *ille*, *illo*, *illa*, *ele*, *ela*, *elo*, *elle*, *elli*, *illi*, *lli*, *lle*, *li*, *illos*, *eles*, *elos*, *illas*, y además *o*, *zo* y *lor*, amén de las 10 formas de que hoy nos servimos. *Zo* ó *so* es la segunda sílaba de *ipso*, *lor* se formó de *illorum*. ¿Se hallan estas voces con toda esta variedad de formas en los escritos provenzales de fecha más antigua? Entónces allá y acá se hicie-

(1) Véase en el tomo 3.° de *Memorias de la Real Academia de la Historia*, la lámina correspondiente á la pág. 199, ó la obra intitulada *Noticia de las excavaciones de la Cabeza del Griego*, por D. Jácome Capistrano de Moya, página 10.

ron las mismas tentativas de reorganizacion sobre las palabras latinas correspondientes. ¿No se hallan todas? Entónces las variaciones hechas aquí fueron tantas, que despues de provistos los dialectos de casa, todavía nos quedó para regalar á nuestros vecinos.

El sistema de desinencias de nuestros verbos tambien es en general más parecido al del latin que al del provenzal. *Amo, amas, amat, amamus, amatis, amant*, decian los latinos en el presente de indicativo de su primera conjugacion; *amo, amas, ama, amamos, amades* y *aman*, dijimos nosotros; *am* y *ami, amas, ama, amam, amatz*, y *aman, amon y amen* decian los antiguos moradores de la Occitania; y á este tenor suprimieron en sus tres conjugaciones la *o* final característica de la primera persona del presente de indicativo, conservada en nuestro romance, y cambiaron en *am, em* é *im* las terminaciones en *mus* del verbo latino, que nosotros hicimos en *mos*, desviándonos ménos de nuestro modelo. La tercera persona de nuestro pretérito perfecto simple de indicativo terminada en *o* aguda, *paró, temió, sintió*, no es latino-clásica ni provenzal; en *it* acababa en latin, en *et* agudo en provenzal, y en *ì* y en *ò* la terminan los italianos: lo cual nos inclina á creer que es terminacion ó del todo nuestra, ó del latin casero, vulgar ó rústico, formada por los mismos latinos. El futuro provenzal simple de indicativo, el italiano, el portugues y el de Castilla coinciden en la singular circunstancia de haberse formado, como ya dijimos, con el presente de indicativo del auxiliar *haber* y el presente de infinitivo de cada verbo (1): *amarai* se dijo en provenzal; *amaró* en ita-

(1) Varios tiempos del verbo latino parecen formados por una combinacion semejante: *amaveram* y *amavero* parecen contracciones de *amans eram* y *amans ero* ó de *amare habueram* y *amare habuero*; *amabo*, de *amare ibo* ó *amare habeo*, &c. Parece como si al principio no hubiese habido más que una sola conjugacion, un solo verbo que expresase en general la accion, del cual se hubiesen formado los demas, anteponiéndole las radicales de cualquier sustantivo para expresar cada accion en particular

liano; *amarei* en portugues, y *amaré* en el romance nuestro: tal coincidencia descubre claramente un orígen simple comun ó varios reunidos. Creible me parece que alguno de los pueblos latinos, que fueron muy luégo sojuzgados por los romanos, tuviese en su lengua ese género de conjugacion sin voz pasiva y con tiempos simples y compuestos formados con el auxilio del verbo *habere*: de aquel pueblo se extenderia probablemente á otros, como se extendió y mantuvo entre los propios romanos el conocimiento de la lengua osca; pasaria más adelante á los ejércitos, y de ellos á España y á Francia: latinos son los elementos de la conjugacion neo-latina, y es muy natural dar á la forma procedencia del Lacio; creible es tambien (ya se ha dicho) que hubiese desde el principio, entre las lenguas de nuestro país y de Francia, verbos de esta manera constituidos, con arreglo á los cuales fuese modificado el verbo de Roma. Los godos, cuya conjugacion sólo admite presente y pretérito, debieron ir á lo más fácil al aprender el latin; y en la traduccion de los Evangelios, hecha al gótico por Ulfilas, alguna vez se halla el futuro expresado con el verbo *haber* y un infinitivo. En el capítulo 12, versículo 26 de San Juan, dice el texto gótico (1), vuelto en castellano, á la letra: «Si á mí alguno sirve, á mí siga, y donde estoy yo, allí este servidor mio estar há.» El godo que decia en su lengua *visan habaith* (estar há), diria por imitacion en latin *esse habet* ántes que *erit*.

De *habeo*, *habes*, *habet*, alterada la pronunciacion genuina,

(1) Vease la obra titulada ULFILAS, *Veteris et Novi Testamenti versionis Gothicæ Fragmenta quæ supersunt: coniunctis curis ediderunt H. C. de Gabelentz et Dr. J. Loebe.* Lipsiæ, 1843. Tomo 1.° pág. 182.

Si	*mihi*	*quis*	*ministret,*	*me*	*sequatur,*	*et*	*ubi*
Jabai	mis	was	andbahtjai.	mik	laistjai.	jah	tharei

sum ego,	*ibi*	*hic*	*minister*	*meus*	*esse*	*habet.*
ïm ïk.	tharuh	sa	andbaths	meins	visan	habaith.

desgastada con el uso la *b*, resultaria *haeo*, *haes*, *haet* en unas partes, y *haio*, *hais*, *hait* en otras, pues el diptongo latino *ae* se cambiaba por muchos en *ai*. De *haio* tomaron los italianos la sílaba *ho* para la primera persona del verbo (*io ho*, yo he ó tengo); los provenzales ó franceses tomaron el diptongo inicial. De *haeo* tomaron nuestros mayores para el mismo efecto la sílaba *he*; con *haio* y con *haeo* confundidos hicieron su *hei* los portugueses (1). De tal presente, y del pretérito imperfecto *habebam*, *habebas*, modificado de una manera análoga, se hubieron de formar las terminaciones para nuestro futuro simple de indicativo y nuestro condicional, suprimidas por sistema constante la *m* y la *t* finales del singular, y trocada en *mos* la sílaba *mus* de las desinencias plurales. De *amaverim*, que sincopado y vuelta *e* la *i* se pronunciaria *amarem*, hicieron los castellanos *amare*; de *amavissem*, convertido por el mismo procedimiento en *amassem*, hicieron *amase*; del supino *amatum* en caso de ablativo, hicieron *amado*; al gerundio *amando* y al participio de presente *amante* les conservaron la misma forma del ablativo, miéntras los provenzales dijeron *amant* por *amante*, *aman* por *amando*, *amat* por *amado*. En el pretérito perfecto de indicativo del auxiliar *haber*, y en el imperfecto de subjuntivo, los provenzales sustituyeron á la *b* radical una *g* extraña: de-

(1) La segunda y tercera persona del singular (hoy *has* y *ha*) serian al principio *hais* y *hai*, porque esta última voz subsiste aún para las locuciones impersonales. De *haemus* se vino à *hemos*, de *haetis* à *hetes* y luego à *hedes*, y, en fin, à *heis*, de *haent* se hizo *han*. El pretérito imperfecto de indicativo cambió ménos como tiempo suelto; se suprimieron la segunda *b* y las finales *m* y *t*, se puso *i* por *e*, *d* por *t*, y *mos* por *mus*: asi de *habebam*, *habebas*, *habebat*, *habebamus*, *habebatis*, *habebant*, resultó *habia*, *habias*, *habia*, *habiamos*, *habiades*, *habian*. En la combinacion *amar-habia* para formar el condicional, se eliminó la otra *b*, y quedó *amar-haia*; de esta contraccion à la de *amar-ia* el paso fué fácil. En el documento sardo, correspondiente al año 740, las voces latinas *habet* y *habemus* ya se habian convertido en *hat* y *hamus*: alli se lee *hat essiri* (ha de ser, ó será), *hat ad dari* (dará), *hat triumphadu*, *hamus iscriptu* (ha triunfado, hemos escrito).

cian los latinos *habui*, *habuisti*, *habuit*, *habuissem*, *habuisses*, *habuisset*; se dijo en Castilla *hube*, *hubiste*, *hubo* (ó *hobe*, *hobiste*, *hobo*), *hubiese*, *hubieses*, ó *hobiese* y *hobieses*; los provenzales dijeron *aic* y *agui*, *aguist* y *aguest*, *ac* y *aguet*, *agues*, *aguesses* y *aguet*: los castellanos de *habito*, pronunciando *habíto*, formaron *habido*; los provenzales dijeron *agut*. En el auxiliar *ser*, con el cual formamos la voz pasiva de los verbos, no tienen los provenzales el participio *sido*, que formaron los españoles; se compusieron con el *estat*, participio pasivo del verbo *estar*. En las segundas personas de singular y de plural, correspondientes al presente indicativo de *ser*, dijeron los provenzales *est* y *iest* y *etz*, no desviándose gran cosa de las voces latinas *es* y *estis*; el castellano, apartándose igualmente del latin y del provenzal, dijo *eres* y *sodes* ó *sois*. El presente de subjuntivo provenzal es *sia*, *sias*, *sia*, que tambien usamos antiguamente nosotros; pero en vista de que, por los escritos más antiguos de nuestra lengua, parece como si se hubiese tomado este tiempo del verbo *sedeo*, nuestro *sea*, *seas*, *sea* muestra desde luégo su inmediata derivacion del *sedeam*, *sedeas*, *sedeat* de los latinos.

Alegan en favor de la conjugacion provenzal, los que la suponen creadora de la castellana, que el futuro imperfecto ó simple de indicativo del verbo *decir* y del verbo *hacer* no son *deciré* y *haceré*, como debieran, siguiendo la regla comun, sino que decimos *diré* y *haré* á la manera de los franceses, indicio vehementísimo de haber tomado esa forma de ellos. Añadamos fuerza á la objecion que se nos hace, advirtiendo que además de los futuros contraidos ó sincopados *haré* y *diré*, tenemos hoy otros diez semejantes en formacion: *habré*, *cabré*, *sabré*, *podré*, *pondré*, *querré*, *saldré*, *tendré*, *valdré* y *vendré*: veamos si forma de futuro tal, puede ser nuestra. En primer lugar, dejaremos á un lado el futuro de *hacer*, porque habiendo tenido

antiguamente los españoles el infinitivo *far*, de él se hizo *faré* por la regla comun; y suprimida la *f*, hubo de quedar en la forma que hoy tiene. En segundo lugar, todos esos futuros se han usado en su forma regular separable, *decir*-os-*he*, *saber*-lo-*hedes*, *querer*-nos-*hemos*, *venir*-se-*han*, y áun en el Fuero Juzgo se lee *haberá* en lugar de *habrá*, *salirá* por *saldrá*. Nótese en tercer lugar que *pondré*, *saldré*, *tendré*, *valdré* y *vendré* son contracciones casi equivalentes á la forma regular de los futuros *poneré*, *veniré*, *&c.*, porque la vocal que se liquidó se halla suplida con una consonante; y lo mismo hubo de suceder con el verbo *decir*, porque Berceo en la vida de Santo Domingo de Silos usa las personas de futuro *dizré* y *dizredes*. *Haber* es verbo que sirve de norma para los de *caber* y *saber*: de modo que habiéndose dicho en Castilla *haberé*, tambien debió decirse *caberé* y *saberé*. Quédannos el futuro *podré* y algunos otros que antiguamente fueron irregulares, y ya no lo son, como *bebré*, *combré* y *consigré*, (beberé, comeré y conseguiré): demos de barato que tales irregularidades hayan sido introducidas en España imitando la conjugacion provenzal; siempre resultará que hubieron de introducirse cuando el sistema de nuestra conjugacion estaba adoptado, y por consiguiente no nos enseñaron los franceses la conjugacion regular; cuando más, nos inducirian á faltar á ella, si es que hay nacion en el mundo que necesite de otra para cometer una irregularidad de lenguaje (1). La conjugacion de nuestros verbos está, pues, en general formada so-

(1) Por otra parte, si es muy fácil de entender cómo de *amare*, *tenere* y *sentire* se formaron los infinitivos *amar*, *tener* y *sentir*, conservando la fuerza de la pronunciacion en la propia silaba, no se comprende tan fácilmente cómo los infinitivos latinos en *ere* breve pasaron á ser infinitivos castellanos en *er* con acento. Ántes, por ejemplo, que *sápere* se pronunciase largo diciendo *sapére*, naturalmente se debió contraer la diccion, reduciéndola á *sapre*, *cápere* á *capre*, *dicere* á *dizre*: añadiendo á tales terminaciones en *e* la silaba *he*, primera persona de *haber* en indicativo, resultaba *sapre-hé*, *capre-hé* y *dizre-hé*: duplicacion de vocal ingrata, que hubo de evitarse muy luégo con una contraccion opor-

bre el latin clásico y el latin rústico: tiene algunas alteraciones puramente españolas, y nada tiene de provenzal en su organizacion primitiva.

Los adverbios castellanos acabados en *mente* son más latinos que los provenzales de igual orígen acabados en *men*; otros, que tienen analogía con adverbios provenzales, la conservan tambien con el latin, y dan fe de su procedencia; y lo mismo en general acontece con las preposiciones, conjunciones é interjecciones. Del Fuero de Avilés hemos citado la expresion *tolla l' en* (quítelo de allí), donde innegablemente la partícula *en*, de tanto uso en la lengua francesa, se ve empleada en el mismo sentido y forma que en las lenguas de *oc* y de *oïl*: pero en el Fuero de Oviedo, que es el mismo de Avilés con otras palabras algunas veces, se lee en el correspondiente lugar *tuéllalo dende*. El *en* frances y el *ende* español vienen del adverbio *inde* latino, que por la frecuente mutacion de la *i* en *e* ya se pronunciaria *ende* en la misma Roma por algunos, quizá en la época de latinidad más floreciente: de modo que el uso de la palabra *ende* en España es completamente latino, y por lo mismo anterior al uso del *en*: es posterior tambien, porque lo vemos en el siglo XVI en Reales cédulas que contienen la fórmula *non fagades ende ál*; y siendo palabra anterior, coetánea y posterior al *en*, debemos inferir que en alguna parte de España fué usada siempre, y esta parte debió ser Castilla. Poco más ó ménos pudiéramos decir de los adverbios *ú é hí* for-

tuna, segun se dijo DEL *campo* y no DE EL *campo*: mudadas con el tiempo algunas consonantes en las que más analogia guardan con ellas, vinimos á obtener los futuros usados hoy, *sabré*, *cabré*, y otros de igual especie. *Habré*, *saldré*, *tendré*, *valdré* y *vendré* proceden de verbos latinos, cuyo infinitivo tenia larga la penúltima silaba cuando se pronunciaba rectamente el latin; despues, muy bien pudo pronunciarse de otra manera y colocar á estos verbos en otra clase. Desapareció la conjugacion en *re*, quedaron regulares los infinitivos, y los futuros irregulares. He aqui otra explicacion de este fenómeno gramatical.

mados sobre los latinos *ubi* é *ibi*, y otro tanto del monosílabo *e* significando *en*, como tambien lo usaron los provenzales. La preposicion *in* latina, pronunciada *en* por el vulgo, ha llegado hasta nosotros con el mismo sonido; porque en algun punto de España se dijo siempre así, aunque en otros se dijera *e*, como en el Fuero de Avilés aparece: *e* sin *n* fué generalmente la conjuncion copulativa *y*. La vulgarísima y nada caritativa interjeccion nuestra, *en hora mala* ó *noramala*, consta usada en París en el siglo VI de la era de Cristo. San Gregorio Turonense cuenta (1) que al salir del Real palacio la Princesa Ringunte, hija de Chilperico, para venir á casarse con Recaredo, Rey de los godos, el año 584, á una carroza se le rompió un eje; y al verlo la muchedumbre agolpada á la puerta, decian todos á una voz: *mala hora!* (2) Porque hallemos esta expresion escrita en una crónica extranjera mucho ántes que en nuestros libros, ¿hemos de creer que no se pudo acá decir *noramala*, si no lo aprendimos de los franceses? No, porque la expresion se compone de dos voces latinas; y cuando se hablaba latin, malo ó bueno, en España y en Francia, pudo y debió emplearse tal exclamacion en ambos países sin usurpársela unos á otros, anteponiéndose aquí y posponiéndose allá la palabra *hora*.

Deteniéndome al fin, porque esa palabra me avisa de que *es hora* ya de terminar mis observaciones, diré que si la opinion del Sr. Monlau, que es tambien la de los eruditos de nota más alta, no queda suficientemente justificada, culpa mia es, y no falta de razones con que defenderla. Desentendiéndome completamente (porque no es asunto para mí) de la parte que han tenido en la organizacion del romance nuestro la lengua hebráica, el celta, el euscaro, el fenicio, el griego y algun otro

(1) *Historiæ Francorum*, lib. VI, cap. 45.
(2) Omnes *Mala hora* dixerunt.

idioma, creo que éste que lleva hoy el nombre de castellano (castellano y aragonés en verdad) se formó principal y directamente de la lengua latina clásica y rústica, empezando á recoger caudal así que se introdujo el latin en España: conserva pocos elementos conocidos de las lenguas primitivas de la Península; recibió de los godos algo, mucho más de los árabes; y ya formado, tomó del provenzal y del frances antiguo ciertas locuciones y voces, unas que subsistieron, y otras que no pudieron arraigarse profundamente. Venidas parecen de Francia, y quizá partieron de más allá, las palabras *aliur*, *argente*, *asaz*, *glande*, *jamais* y *mayson*, usadas en nuestro lenguaje antiguo, que proceden sin duda de *aliorsum*, *argentum*, *ad satis*, *glandes*, *jam magis* y *mansio*: más propias de los franceses parecen las de *afer*, *apres*, *domage*, *encara*, *estui*, *laido*, *nombre* en la significacion de número, *orage*, *repaire*, *sire* y otras que les fueron ya restituidas, borrándolas de su diccionario Castilla al inventariar su tesoro lingüístico en el siglo XVI; pero una docena de frases y un ciento de voces no forman un idioma, que indudablemente estaba ya hecho al mediar el octavo siglo.

De uno y medio á esta parte es cuando el frances ha invadido nuestra literatura y nuestra lengua; no así mil años há: no habia entónces en cada rincon de Castilla un libro ó papel impreso por españoles, que enseñara y propagase las voces y locuciones traspirenáicas. El frances, que venia entónces á España, ora hablase la lengua de *oc*, ora la de *oïl*, no podia hacer lo que hacen hoy el periódico y el libro compuestos en no buen castellano: el advenedizo, fuese capitan ó mercader, sacerdote ú obrero, tenia que aprender nuestro idioma en lo que se apartara del suyo; y si lo aprendia bien, lo hablaria como los del país; y si lo aprendia mal, no habian de ser sus equivocaciones modelo para los castellanos y regla de castizo lenguaje; sucederia entónces aquí lo que hoy nos acontece á nosotros en

tierra extranjera, y les pasa en Madrid á esos buenos hombres que anuncian en el *Diario de Avisos* tener de venta sillerías de madera *escultada* y mirlos *cantando*. Los franceses han formado los diferentes dialectos ó idiomas de su nacion, y nosotros los nuestros; hemos tomado unos de otros porque somos vecinos, y áun á veces hermanos; pero la lengua, en general, es obra de casa. El latin oral no podia vivir siempre: tan viejo se hubo de hacer de allá como de esta parte del Pirineo. Si convertirlo en nuestro romance fué elaborar una lengua nueva, nádie podrá negar á los españoles la facultad de hablar concedida por Dios al primer hombre áun ántes que le diese una compañera; si fué corromperlo, 150 años há que en prosa y en verso estamos dando muchos españoles pruebas diarias de que no necesitamos ajeno auxilio para lastimar y desfigurar un idioma: no me lo podréis negar los que veis una prueba más en el desaliñado lenguaje de este pobre discurso—He dicho.

DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR DON CÁNDIDO NOCEDAL.

Todos vosotros, Señores Académicos, habeis dicho en igual trance á éste en que me hallo, que no propios merecimientos, sino ajena indulgencia, os facilitaban la honra que al entrar por esas puertas se recibe. Hé aquí que llega á decir hoy lo mismo el primero que con razon lo asegura. Con sinceridad hablábais entónces, pero hija de la modestia, que de la virtud y el buen ingenio es compañera inseparable. Sinceramente hablo yo, mas á impulsos del conocimiento propio y del severo grito de la conciencia. No culpen, pues, á la Academia sus émulos, ni á mí los que bien no me quieran; que á quien empieza por confesar y pregonar su pequeñez, no es generoso, ya que sea justo, echársela en cara.

Más grande es aún el favor de lo que á primera vista parece. Los que pasaron toda su vida dedicados al cultivo de las letras humanas, llegan aquí como á propio asiento, y no hacen sino continuar en union de generosos compañeros las tareas que constituian su incesante ocupacion. No así yo, que vengo de correr más árida tierra y de surcar más revueltos mares. ¡Si supiérais los frutos de amargo sabor que se cosechan en la vida pública! ¡Si conociérais los tormentos que asaltan á cada

hora á quien se engolfa en ese piélago de engañadoras sirtes, y ha de luchar á brazo partido con la ambicion, con la ingratitud y la envidia! Entónces sí que comprenderíais bien mi profundo agradecimiento por haberme abierto las puertas de este asilo, en que el ánimo reposado y sereno se deleita con frutos abundosos y verdaderos goces. Todos ó los más de vosotros habeis conservado anteriores hábitos al entrar por esas puertas, las cuales son para mí como las de ameno vergel á quien viene de inclementes arenales, como las de abrigado albergue á quien padeció larga noche de nieve y granizo en deshabitada inhospitalaria tierra. Aquí son flores los que allí eran abrojos, perfumada brisa el que ántes desatado huracan. Gracias, sí, gracias sinceras os rinde el corazon á quien dispensais tan insigne merced, favor tan inmerecido.

Ni halla en este sitio ménos apacible é ignorado descanso el hombre que se consagra á las tareas del foro. Es deleitoso el estudio del derecho: pero molesto y árido el ejercicio de la abogacía: honrada ocupacion que, á falta de bienes de fortuna, solemos deber á la tierna solicitud de nuestros padres. Mirad ahora cuán grande beneficio de vosotros alcanzo yo, que voy á endulzar con el esparcimiento y alegría de la Academia las fatigas y amarguras de la política y el foro.

¡Y en qué tiempos! En tan críticos y graves, que siendo siempre interesante y patriótico el instituto de la Real Academia Española (*Academia de la lengua* vulgar é instintivamente se la llama por todas partes), hoy sube de punto su trascendental importancia, hoy como nunca le toca desplegar su autoridad y celo, estándole encomendadas la integridad y pureza del idioma, y con ellas la fianza más segura de nuestra independencia. Tienen las naciones épocas de ventura, gloria y poderío, y otras ménos felices de abatimiento y pobreza. En aquellas, es moda estudiar su literatura, investigar y conocer su historia, ensal-

zar sus hechos y estudiar su lengua. En éstas, sucede á los pueblos lo que á las familias honradas que vienen á ménos: en el silencio y abandono de su modesto hogar, ni llaman la atencion de nádie, ni deslumbran los ojos de la multitud, ni sus esfuerzos, merecimientos y virtudes son nunca objeto de admiracion y estudio. Tal hoy nuestra España: no sólo no resuena ya por extranjeras naciones su idioma, sino que dentro de la propia casa cede el puesto al extraño, prefiriéndole para penetrar con su auxilio en las ciencias y artes, y áun para divertir los ocios y apacentar el espíritu. Durante los siglos XVI y XVII la Real Academia Española habria sido útil cuando más; en el XIX ha de estimarse providencial y necesaria. Hoy son franceses los tratados de derecho que sirven de texto en las universidades; franceses los libros de medicina y farmacia, los de matemáticas y astronomía con que se estudia en las escuelas; franceses los dramas que se representan en el teatro, las novelas que se repasan al amor de la lumbre en todas las casas; francesas las costumbres de nuestras populosas ciudades; á la francesa comemos, á la francesa vestimos; de Francia vienen los artífices y los artefactos de mayor uso; en frances piensan y á la francesa hablan los repúblicos; en frances se explican los españoles en saraos, tertulias y visitas; ¡hasta en frances rezan algunas de nuestras damas! Pues bien: conservar el idioma es hoy algo más que literaria ocupacion: es defender en su último baluarte la independencia de España, y aquella índole de su carácter que más esencialmente constituye su nacionalidad. Cuando se la reverenciaba y temia como á prepotente y fuerte; cuando sus escuadras surcaban todos los mares, y sus ejércitos todos los ámbitos del mundo, á la sombra de su pabellon, de Oriente á Occidente, resonaba majestuosa su lengua. Hoy, ceñido su poder, y no del todo, á la península, urge defendernos contra la invasion del habla extranjera. Tocó ayer á nuestros

padres pelear con gloria en defensa del suelo nativo; á nosotros corresponde hoy resistir otra inundacion, no ménos que aquella insidiosa y más temible todavía, porque tiende á borrar nuestra existencia de modo tal, que no alarma á la multitud, ni excita odios, ni inflama el corazon. Empresa de gigantes os está encomendada, Señores; y lo que todo un pueblo hizo en defensa del territorio, eso mismo habeis de hacer vosotros en defensa del habla.

Bien veo que hay gentes que se mofan de la autoridad de la Real Academia Española; pero no es esto para descorazonarse. Todos los mofadores desearian tener en ella asiento, y si llegaseis á penetrar en su morada cuando borrajean cualquier escrito, habiais de verlos registrar vuestro Diccionario para desvanecer dudas y aprender lo que ignoran; todo sin perjuicio de persistir despues en su mala intencion por plazas y corrillos.

Y hoy, en el dia de la batalla, ¿qué honra tan señalada no otorgais al aventurero, que sin blason ni escudo de armas pretende quebrar lanzas, admitiéndole en vuestras filas? Su gratitud no hallará límites. Luchemos unidos, y sea lo vigoroso de la defensa proporcionado á lo violento del ataque.

Cumplida la obligacion de expresar mi agradecimiento, réstame otra. El sitio que entre vosotros voy á ocupar, dejóle vacío la muerte. Compañero vuestro el académico D. José de la Revilla, mejor que yo le conociais, tanto como yo le estimábais; ¿qué he de decir en su elogio que suene á nuevo en vuestros oidos? ¿Qué otra cosa he de hacer sino consagrar aquí un recuerdo á sus merecimientos? Era uno de esos hombres sencillos, modestos, laboriosos y sábios, que estudian y enseñan sin afectacion ni ruido, que emplean la vida en llenar sus obligaciones, sin imaginar que por ello merecen alabanza; uno de esos que tienen aquí su natural asiento, y cuyos servicios no se olvidan jamás.

Voy á ocuparme ahora en el exámen de un asunto íntimamente enlazado con lo que acabo de indicar; permitidme dirigiros algunas observaciones sobre el género literario que se conoce con el nombre de *Novela*.

Es ésta, segun vuestro Diccionario de la lengua castellana, «Historia fingida y tejida de los casos que generalmente suceden ó son verisímiles.» Pues si la definicion parece buena, y por tal la tengo, ¿apreciarémos como novelas esos libros conocidos de todos, que narran hacinados en monton hechos inverisímiles, los cuales no sólo no suceden comunmente, sino que no hay medio de que sucedan en lo humano? Estos tales libros serán abortos literarios, fenómenos sin nombre; pero novelas, en el recto sentido de la palabra, no lo son de seguro, salvo si se toma, como la usa el vulgo, por falsedades y mentiras manifiestas.

«¿Hay mayor contento, dice el ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que dice: tú caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo de estas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas que debajo desta negrura yacen? ¿Y que apénas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y áun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á

su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa?»

Si para gloria de España y admiracion del mundo naciese hoy otro Cervántes, su D. Quijote podria decir: ¿hay mayor contento que ver un hombre encerrado por largos años en estrecha prision, horadando rocas con espinas de peces, hasta dar con un sábio allí tambien recluso, el cual le enseñase todo linaje de ciencias y artes, y le revelase el secreto de un tesoro mayor que todos los hasta ahora vistos, sepultado en una *Ínsula* y del mundo entero desconocido? ¿Y que apénas el sábio falleciese, porque al autor no plugo hacerle inmortal, el mancebo se metiese en el saco mortuorio, y dentro de él cosido y por do quier herméticamente tapado, respire lo mismo que pudiera en mitad de los campos más deleitables y amenos, y sea conducido por los ámbitos del castillo hasta que den con su cuerpo en la aguas del mar? ¿Qué es verle sacar de no sé qué escondrijo un cuchillo de nueva invencion, que bonitamente habia metido consigo el susodicho preso, y romper el saco, y darse á nadar por las encrespadas ondas en medio de la oscuridad de la noche, y nadando, nadando, guarecerse en un barco de sospechosa catadura, y en él navegar con próspero suceso hasta la *Ínsula* consabida, depositaria del enorme tesoro? ¿Qué, ver convertido al pobre diablo en opulento magnate, creando caballos de nueva raza, con pieles de nunca vistas colores, corriendo de reino en reino con mayor presteza que si el vapor le empujara, haciendo por todas partes las veces de la Providencia? Hasta que cansado de recorrer tierras, y no hallando mujer alguna en las familias altas ó bajas, ricas ó pobres, nobles ó pecheras que por el mundo se usan, fuese menester ayuntarle, no sé si en matrimonio ó de otra suerte, con alguna dolorida

princesa nacida en Trebisonda, esclava del gran Turco, y dispuesta á sepultarse con el aventurero poderoso en los antros de aquella *Ínsula* admirable?

Si este nuevo D. Quijote se entretuviera en sabrosa plática con algun rancio canónigo poco dado á creer semejantes aventuras, bien puede que hallara nueva ocasion de decir, como ya dijo otro de su misma ropa al inmortal D. Quijote verdadero: «Puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deléite que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno.»

Estímase en efecto, la verisimilitud como la primera condicion que ha de tener la novela, semejante en esto á todas las obras de ingenio, y más principalmente á las dramáticas. Sin ella no hay deléite, si en el deléite consiste el exclusivo objeto de su lectura; sin ella no hay leccion, si el autor, como debe hacerlo, tira al blanco de enseñar alguna máxima precisa ó útil para la vida. Porque, ¿cómo ha de ofrecer ejemplo lo que no es posible ó probable que suceda? ¿Cómo ha de parecer temible para la vida real, lo que en el mundo verdadero no cabe? Ni los escarmientos aterran, ni las prosperidades sirven de estímulo, cuando recaen sobre hazañas imposibles ó sobre fábulas compuestas fuera de todo razonable discurso. Píntese al hombre avasallado por feroces pasiones, extraviado por los aparentes prismas del vicio, conducido de error en error, de crímen en crímen, hasta caer en una bien ponderada desgracia, y el lector vicioso hallará posible, cuando no probable, llegar á semejante paradero si no se aparta de la errada senda que sigue Retrátese la virtud serena, con el alegre semblante que lleva,

siempre quien está en paz con su propia conciencia; píntese la santa y valerosa resignacion del bueno en las horas de tribulacion y amargura, y con ello el atento y advertido echará de ver la senda de la sola y única posible felicidad. Pero si rompe todo freno la fantasía borrajeando quiméricas aventuras, mal pergeñados incidentes, y conduce á los personajes de la novela por trances ajenos á toda verdad y verisimilitud, el lector discurrirá lógicamente concluyendo que nada de aquello le puede suceder á él, porque aquello no le puede acontecer á nádie.

Hé aquí á mi juicio el principal mérito que resplandece en las obras del insigne novelista W. Scott. Las figuras, así de hombres como de mujeres, que presenta en sus fábulas, son iguales, por regla general, á las que tratamos en el mundo: los niños proceden como niños, los ancianos como ancianos, como irreflexivos y briosos los que están en la fuerza de la juvenil edad. No se preparan y complican ni se desenlazan los acontecimientos por otras causas y resortes distintos de los comunes en la vida; los cuales, agrupándose y sucediéndose con naturalidad por feliz artificio del autor, como vulgarmente se agrupan y suceden en el mundo, abren la puerta á escenas tiernas unas veces, terribles otras, verdaderas y verisímiles siempre. Así de seguro se consiguen á un tiempo el deléite y la enseñanza: porque imaginar que de elementos absurdos se pueden sacar deducciones prácticas y consecuencias útiles, es pensar en lo excusado. Cuanto al deléite, lo mismo hay que decir de la novela, que de la comedia aseguró el príncipe de los ingenios españoles: si tiene por objeto entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad, conseguiráse mucho mejor este intento con las buenas y verisímiles, porque despues de háber leido la novela artificiosa y bien ordenada, quedaria el lector «alegre con las burlas, enseñado con las ve-

ras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud.»

Estas últimas palabras llevan el ánimo hácia otro punto importante y más digno aún que el anterior de la consideracion de los doctos.

Contra las novelas se ha levantado muchas veces la voz de sacerdotes, de padres de familia, de honradas matronas. Y, ¿por qué sus clamores? ¿Qué males denuncian? ¿Es tal su gravedad? ¿No hay remedio para ellos? ¿Ha de condenarse la novela como género de literatura esencialmente malo y pernicioso, digno de ser proscripto en las repúblicas bien ordenadas? La novela se rige en este punto por las mismas reglas que todos los demas libros; las hay buenas y malas, provechosas y funestas, inocentes y reprensibles. Las unas merecen ser puestas sobre la cabeza; las otras, condenacion y vituperio. Si porque se escriben malas novelas hubiera de proscribirse su composicion y lectura, habria que desterrar tambien por la misma causa la comedia; y contra aquel que dijera semejante despropósito, levantaríanse airadas las sombras de Lope, de Calderon, Alarcon y Moratin, cuyos nombres son honra de España: habria que proscribir la sátira; y Quevedo y Jovellanos apelarian desde su tumba de tan injusta sentencia. Pero, ¿á qué acudir á las profanas ocupaciones del ingenio? A valer semejante raciocinio, sería forzoso impedir la predicacion del Evangelio en el púlpito, porque ha habido sermones censurados severamente por los doctos; ocasionando muchos de aquellos en el siglo anterior que un sábio jesuita publicase la sangrienta invectiva del *Fray Gerundio de Campazas.* No; del abuso no debe argüirse contra el uso, miéntras el uso por sí solo no constituya un mal. A pesar de los Gerundios que haya podido haber á despecho de nuestra madre la Iglesia, siguen predicando sus ministros con

gran provecho de la grey y no menor contentamiento de las almas piadosas. A pesar de las malas y corruptoras comedias que se hayan podido representar y se representen ahora mismo, siguen mereciendo el aprecio de las personas honradas y el aplauso de los entendidos las fábulas compuestas por un Breton, un Hartzenbusch y un Vega, con evidente mérito literario y visible propósito moral, ó cuando ménos inocente. De las novelas ha de asegurarse lo mismo; y manejadas por hábiles y rectos espíritus, han de producir fecundos y benéficos resultados. Responded de ello vosotros, Hurtado de Mendoza con tu picaresco *Lazarillo*, Cervántes con todas tus *Novelas ejemplares*, Quevedo con tu *Buscon* ó *Gran Tacaño*, Walter Scott con tu *Anticuario* y tu *Astrólogo*, y tú, Manzoni, con *I promessi sposi*.

¡Que la novela es en sí misma perjudicial y abominable! Caemos en semejante error, indignados al ver las más que llegan á nuestras manos y ocultamos á la vista de nuestros hijos si para ello nos da tiempo la inagotable facundia del genio del mal, y la bárbara inundacion producida por la facilidad con que hoy se da todo á la estampa. Pero volved los ojos, Señores, á vuestra infancia; evocad los recuerdos de vuestros primeros años, nunca más agradables que al entrar, cómo hemos entrado ya, en el otoño de la vida, y hallaréis argumentos en favor de la novela. ¿Os acordais de aquellos cuentos que una tierna y adorada madre os narraba, y que vosotros escuchábais sin pestañear, llena de ansiedad el alma y de inocencia el corazon? Pues aquellos cuentos, no hay dudarlo, eran una especie de novelas. ¿No vísteis en las aldeas una anciana refiriendo junto al hogar portentosas tradiciones de la comarca, miéntras los gañanes componen sus aperos, y las mozas preparan el hato, y los chicuelos se solazan? Pues esas tradiciones son novelas. ¿No hallásteis alguna vez infinitos curiosos rodeando á un licenciado del ejército, encanecido ya, que da larga cuenta

de las aventuras que á él y á sus camaradas acontecieron cuando *servian al rey*, que así llaman los españoles al servicio de la patria? Pues hé aquí otra inagotable fuente de novelas. ¿Cómo han de ser esencialmente malas las hijas de tales padres? Ni aquel soldado, ni aquella anciana, ni vuestras madres, se habian de proponer, pervirtiéndole y dañándole, endulzar vuestro corazon. ¡Las madres sobre todo! ¿Qué hombre de estado vencerá nunca en prevision á una madre cuando de sus hijos se trata y en su educacion se ocupa?

Lo que hay es que de todas las obras literarias, ninguna exige tanto cuidado como las dramáticas y las novelescas, atento el mayor influjo que éstas ejercen en las costumbres; por lo mismo precisamente las que aspiran al bien y le logran, son más dignas de alabanza y áun de estímulo.

Hubo un tiempo en que no tenian las obras del ingenio más propósito que deleitar el ánimo con dulce esparcimiento; pero de aquellos tiempos se dice que eran ignorantes los hombres, insípidos los escritores, y bárbaros los gobiernos. Por entónces brillaban en España un Cervántes, un Hurtado de Mendoza, un Mateo Aleman, un Lope y un Tirso de Molina. Ahora es otra cosa; la literatura se ha hecho trascendental, y en las novelas sobre todo, despreciando reglas y principios, se entrega á todos los caprichos de la fantasía, y conviértese en apóstol de todos los desarreglos del entendimiento humano. Economía política, legislacion civil y criminal, sistemas penitenciarios, emancipacion de la mujer, organizacion del trabajo, historia, filosofía, religion, todo, todo se trata en las novelas y en el teatro, y todo se enseña y se predica por su medio. No hay para qué ponderar los resultados de innovacion semejante, que acabará por matar lo que hasta ahora se ha conocido con el nombre de letras humanas. Á unos cuantos hombres formales y reflexivos dirigíase ántes únicamente la discusion filosó-

fica y religiosa: hoy, en el teatro y la novela, al vulgo mal preparado é indefenso. Aquí el dogmatismo se inflama, la filosofía toma bulto, los principios teóricos viven, obran y pelean, y han convertido estas dos hijas de la bella y ántes inocente literatura, en la más formidable enseñanza que puede recibir el pueblo.

¡Y qué enseñanza, Dios mio! Para catalogar sus errores, sofismas y crímenes, no bastarian volúmenes enteros. Predica en religion un grosero materialismo, ó un misticismo extravagante y panteista: en filosofía, la irresponsabilidad de la criatura humana destinada á sufrir la ley que le impone su organizacion, la anulacion de la libertad moral del hombre por la legitimidad é incontrastable fuerza de las pasiones: en ciencia social, como hoy se dice, la felicidad en la tierra; como resúmen de toda la doctrina, ¡el suicidio!

El hombre ha nacido para ser dichoso, afirma en una novela moderna cierto personaje, á quien el autor tiene la singular audacia de llamar el verdadero sacerdote de Jesucristo. ¡Vana ilusion, engaño cruel que desmienten los siglos pasados y el ahogado grito de dolor que resuena constantemente allá en el fondo del alma! El hombre ha nacido para perder á sus padres cuando niño ó cuando jóven, á sus hijos en la edad madura, á la dulce compañera de la vida en la desolada vejez; para sufrir hambre, y sed, y frio, y desnudez, y miseria; para estar sujeto á las enfermedades y á la muerte; para presenciar las desgracias del prójimo sin alcanzar á remediarlas sino en una mínima parte. Más filosófica y más exacta la Iglesia, nos enseña desde niños á llamar valle de lágrimas á la tierra. Y asi es: gimiendo anuncia su llegada el recien nacido á los que le esperan; sobre las heladas mejillas de todo humano cadáver, hállase siempre una lágrima que da testimonio de que aquella materia inerte fué el cuerpo de un descendiente de Adan.

¿Qué os proponeis, desventurados utopistas, despertando en el corazon del candoroso mancebo y de la doncella inocente sueños irrealizables y esperanzas insensatas? Sembradores sois de engaños: la sociedad cogerá frutos de desolacion y muerte.

No, sino levantad en alto figuras de prostitucion y de infamia: convertidlas en objeto de estimacion pública, y presentadlas como modelo de virtud y grandeza moral; recoged de en medio de las calles la más perdida y repugnante hija del vicio, y ponedla frente á frente de la mujer honrada y laboriosa para que la ultraje y la venza; trazad vuestros planes de modo que el libertinaje arranque aplausos á los hombres y lágrimas á las madres de familia; combinad con diabólico artificio las cosas para que interese la muerte de las Magdalenas novelescas, que ni se arrepienten ni se enmiendan, pareciéndose á la del Evangelio únicamente en que lloran, bien que lloran tan sólo (á diferencia de aquella) porque se les acaba la salud ó el dinero; presentadlas como ángeles de generosidad y abnegacion, y habréis dado al traste, en primer lugar, con la sociedad, y en segundo, con la bella literatura.

No nos forjemos ilusiones, ni seamos cómplices en autorizar el error: desde que se han hecho dogmáticas las obras de ingenio, echándose de ellas mano para extender ideas y sistemas, hállanse condenadas al desvío de muchas personas; y si ceden en ruina y perdicion comun los sistemas que por su medio se difunden, entónces será cuando las almas virtuosas cerrarán sus puertas con piedra y lodo á las letras humanas. ¿Qué hemos de replicar á quien nos diga que renuncia á saborear los amenos frutos del entendimiento, por no oir que el matrimonio es la más imbécil entre todas las inmolaciones sociales; que las esposas deben á sus maridos hijos, pero no amor; que el matrimonio es arbitraria institucion, imaginada por el despotismo del hombre para convertir en propio bene-

ficio la debilidad de la mujer; que la vida de la casta esposa es una terrible lucha de la naturaleza contra la tiranía, y que los juramentos que se prestan ante el altar constituyen un absurdo y una infame bajeza? Pues todo esto se ha dicho en novelas que hoy corren de mano en mano, con estimacion y aplauso de las gentes. Y más se ha dicho todavía, Señores; ¡cosa que parece increible! que para que una mujer conserve su dignidad, es preciso que no se case nunca, porque el matrimonio la obliga á ser esclava ó perjura. En boca están estas palabras de una mujer á quien el poeta quiere presentar como perfecto dechado de incomparable simpática belleza, y á quien hace morir en medio de sensuales placeres, huyendo del despótico yugo del matrimonio. ¡Horrible blasfemia! ¡Insensata mentira, contra la cual claman todas las fuerzas del alma, y todos los secretos y delicados resortes del corazon! Esa que llamais esclava, es la verdadera señora: tiene claros y reconocidos derechos, y manda y ordena en dilatados dominios. Suyo, el señorío de los afectos humanos; suyo, el gobierno patriarcal y cariñoso de los corazones; suyo, y sólo para ella, el suave imperio con que la madre embelesa á sus hijuelos, y al fuerte marido la pudorosa matrona.

Los mentidos apóstoles de la emancipacion de la mujer han llegado en algunas novelas á defender el adulterio como ejercicio de un derecho imprescriptible, osando afirmar que sacudir tiránico yugo, intentar la grande y terrible lucha del derecho contra la fuerza, es dar pruebas de moral energía: que romper las obligaciones, afrontar los peligros y los remordimientos, es mostrarse atrevido y dignamente poderoso. Más disolventes máximas aún aventuró algun novelista moderno, que no quiero repetir, porque debo respeto á la Academia, al público, y á mi propia persona. ¡Pobres mujeres! En los del amor están sus más claros horizontes, y segun sus defensores, se tiene

amor como se tiene hambre, como se tiene sed, como se tiene frio. ¡Pobres mujeres! Cuánto mejor les va en la desdichada vida real, en que ofrecen descanso y alivio al trabajo y á las penas de sus padres y esposos, y de ellos reciben proteccion, tiernas y castas caricias, y hasta mal encubierta obediencia!

Los novelistas, finalmente, se afanan y desviven por poner en abierta lucha á los pobres con los ricos, no pareciendo sino que se desea lanzar á los primeros contra las personas y bienes de fortuna de los segundos.

Pues si todo esto se halla en las novelas, ¿cómo te atreves, me dirá alguno, á defender el abominable género que ese nombre recibe? Porque tales manchas no constituyen la índole esencial de la novela, contestaré yo; debiéndose ellas únicamente á la pestilencial manía de convertir en cátedra el terreno literario; porque esto, y acaso más y peor, encontraréis si lo buscais, y á poco que lo busqueis, en producciones de otro nombre y de diversa índole; porque, si fundados en estas razones quereis la proscripcion de la novela, teneis que ser lógicos y consecuentes, y solicitar de camino el destierro de todas las producciones del ingenio. ¿No veis poemas dramáticos en que verbenean las mismas iniquidades, los cuales se representan delante de una multitud congregada al efecto, ávida de emociones, y entusiasmada con las galas de ostentoso ropaje que visten y decoran el nauseabundo cuadro de corrupcion y mal gusto? ¿No asistís, en la ópera y en la comedia, á la apoteósis del libre amor, al triunfo de la inobediencia? ¿No escuchais las populares canciones de Beranger, sobre todo la intitulada *El anciano vagamundo*, en que se respira envidia, enemistad entre las distintas clases del Estado? Pues bella es no obstante la música, y sublime la poesía; pero ni una ni otra han podido librarse del contagio. ¿Por qué caer á mano airada sobre la pobre novela, que es ni más ni ménos que una de tantas hermanas, nacidas

para ser inocentes y hermosas, y corrompidas luego por la iniquidad y el vicio?

No hay que cansarse en repetirlo; las novelas, como todos los demas géneros de literatura, van hoy fuera de su carril, porque se proponen indignamente atacar la organizacion social, y tender el vuelo por los nebulosos espacios de la ciencia política para destruir el principio de autoridad. ¿Y de aquí deducirémos que ha de negarse á las bellas letras pintar los vicios de los diversos estados y personas? Muy al contrario; cúmpleles huir de toda vil lisonja, y pueden representar reyes tiranos y crueles, magnates despiadados, avarientos logreros sin piedad y sin entrañas. Ni un instante se detengan en ofrecer á la execracion de todos los siglos la memoria de los Nerones, Calígulas y Mesalinas; pero jamás den á entender que á tales mónstruos han de parecerse por fuerza cuantos príncipes ocupen el sólio. El vicio, preséntese donde quiera, se ha de manifestar siempre deforme y aborrecible: la virtud, ciñendo la merecida corona; y tal de por sí, que ella sola inspire amor, interes y universal aplauso. Húyase de establecer como regla invariable la iniquidad en los grandes y la bondad en los pequeños; no se entregue por alimento á las clases humildes la envidia, el odio, la desesperacion; no sean tiranos todos los monarcas, avaros todos los ricos, despiadados todos los poderosos. Esto, fuera de ser ajeno á la verdad, falso á toda luz, y por ello literariamente malo, es convertir las nobles fuerzas del ingenio en bárbara palanca de trastornos sociales, en tremendo ariete que derriba por el suelo destrozadas la paz, la justicia, la resignacion, y todas las cristianas virtudes.

Véase, pues, cuán fundado el empeño con que gentes doctas y sensatas condenan el teatro y la novela. Púrguense de una vez ambos ramos de literatura de sus vicios; restitúyanse al esplendor y decencia que pide el bien público (como hace se-

senta y nueve años decia un miembro ilustre de esta Real Academia), y callará la ágria censura, ó quedará cuando más reducida á unos cuantos ignorantes á quien impondrán silencio la razon y el buen gusto. Vuelvan las musas á morar en regaladas florestas, con su gracioso antiguo continente, ceñida de flores la cintura; dejen de andar á pié y descalzas, desaseadas y en cabello por esas calles, y tornarán á ser queridas y respetadas. Vuelvan, vuelvan los tiempos en que el auditorio se entregaba en brazos de la risa, ó derramaba lágrimas de ternura sin miedo ni escrúpulo en el teatro y sin peligro en la lectura de cuentos, narraciones y novelas. Vuelvan, quiéralo Dios, por más que clamoreen doctores de nuevo cuño y filósofos de primera tonsura que la intensidad y la trascendencia del sujeto no corresponden á la mision del sér humano, y que las buenas letras han de tener por madre á la filosofía, por hermana á la ciencia, y por abuelos no sé cuántas cosas resonantes y magníficas. Dejad que griten, con tal que lleguen á salvarse las letras, hoy amagadas de gravísimo peligro, porque se juntan con malas compañías.

Pero, ¿tiene el mal fácil remedio? Cervántes afirmaba que todos estos inconvenientes cesarian, y áun otros muchos más, «con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias ántes que se representasen;» con lo cual «aquellos que las componen mirarian con más cuidado y estudio lo que hacian..... Y si se diese cargo á otro, ó á éste mismo, que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen (las novelas de hoy son los libros de caballerías de entónces), sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los

ociosos, sino de los más ocupados; pues no es posible que esté contínuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion.»

Y así es la verdad, como lo asegura el inmortal autor de la ficcion más excelente que ha producido la humana fantasía; porque siendo esto hecho en aquella manera con que él compuso sus fábulas, tales novelas podrán sacarse á luz, que produzcan á un mismo tiempo la enseñanza y el deléite. Para lo cual no es menester que tome el novelista un púlpito y á cada paso lance una plática al ánimo desprevenido del curioso lector; sino ántes bien será más oportuno que de los sucesos felizmente concertados y de la fábula con peregrino arte compuesta, resulte enseñanza y doctrina. Y serán tanto más provechosas cuanto más naturalmente vayan resultando de los sucesos y no de sermones pesados é inoportunos, ajenos ciertamente á la naturaleza de estos libros. ¿Quién sufre al pedagogo en aquellas horas que da al solaz y al descanso? Mas al contrario, ¿quién opone insensible pecho al que, deleitando el ánimo, siembra sin alharacas ni presuncion bienhechoras semillas que rinden sazonados frutos sin causar fastidio ni modorra? De mayor libertad ha de gozar en este punto la novela que la comedia, no hay dudarlo; pero no ha de consistir en el abuso del dogmatismo, sino en el mayor ensanche con que puede trazar su plan la novela, en los variados y numerosos personajes de que le es permitido echar mano, en la menor sujecion á tiempos y lugares, y en otros mil resortes de que sólo ella dispone sin traba alguna.

No necesita muchos, sin embargo, para interesar y conmover; y tanto mayor es su mérito cuanto ménos exagere los afectos sacándolos de su acostumbrada corriente. Una accion natural y sencilla en que los sucesos ofrezcan las transformaciones propias de la vida, el eterno combate de las pasiones con las

legítimas exigencias de la sociedad, los trances, ya duros y terribles, ya dulces y tiernos, ya grotescos, ya ridículos, aciertan á veces á conmover más profundamente el corazon, que las desvariadas imaginaciones de extraordinarios sucesos en que salen de su quicio las virtudes y las flaquezas, las grandezas y las miserias de la humana especie. ¡Cuántas lágrimas no arranca á veces el abandono de un niño, la muerte de un anciano, la desolacion de una madre, al mismo que contempla con ojos enjutos sangrientas revoluciones, campales batallas, muertes, estrago, destruccion!

Las generaciones destinadas por la Providencia á presenciar grandes catástrofes, son cabalmente las que más se recrean con el espectáculo de escenas tiernas, apacibles y sencillas. Y esto ahora como nunca salta á los ojos del discreto observador. La generacion que ha visto subir al cadalso á un rey virtuoso y á una reina inocente, y despues uno tras otro á todos sus jueces y verdugos; quien contempló á un hombre de gigantesco entendimiento encumbrarse desde el colegio de artillería á uno de los más elevados tronos de la tierra; y luego recorrer el mundo como conquistador, y al fin venir á espirar aislado y prisionero en miserable roca del Océano, busca necesariamente en más dulces escenas la reaccion saludable que su alma necesita. Ved por qué manifiesta el público, de algun tiempo á esta parte, marcada prediletccion al género cómico: por la misma razon ni más ni ménos que el soldado Garcilaso de la Vega se entretenia en pastoriles cantares, y de la pluma del heróico inválido de Lepanto brotaba la cándida Galatea.

La historia cae tambien bajo el dominio de la novela, rompiendo en manantial clarísimo de honesto pasatiempo y deléite. Pero no lo conseguirá nunca destrozando la verdad, desfigurando los personajes y embrollando los hechos y sus causas y móviles más notorios. Si no se halla con fuerzas para huir de

tan errado camino el poeta, fantasee en buen hora de su cuenta y riesgo figuras, sucesos y regiones desconocidos, pues para hacerlo tiene ámplia licencia, siempre que de ella use con discrecion y tino: cuando quiera retratar personajes históricos, reproduzca fielmente el pincel los verdaderos rasgos del modelo, sus costumbres, su alma. Respeten los escritores y estudien concienzudamente á los personajes que yacen en el sagrado de la tumba; no caigan en el crímen de calumniarlos, ni tuerzan con falsedades y mentiras el bien dispuesto ánimo del auditorio: observen, en fin, aquello en que se diferencian de los nuestros los tiempos que pasaron, para hacerlos revivir en el teatro y la novela. ¿Qué sería oir hablar á los procuradores de las villas y ciudades en el siglo XIV, por ejemplo, como pudiera hoy un fanático propagandista? ¿Qué, en un rudo labriego de antaño, las palabras é intrincadas razones del que hoy se llama periodista de oposicion? Tan ridículo como esto nos pareceria Felipe II ó su padre el emperador vestido de frac y corbata blanca. Pues si el cuadro en que así les hubiese retratado algun infeliz pintor excitaria la risa del concurso, ¿por qué dar al olvido y conceder generoso perdon á quien comete igual ó mayor falta en fábula destinada á la representacion ó á la lectura? ¡Contraste singular y extraordinario! Preséntese en las tablas el último de los cómicos de un teatro; salga desaliñada é impropiamente vestido, confundiendo el traje de los tiempos de Alejandro Magno con el de García de Paredes, y allí será la burla y chacota de las gentes y el hacerle retirar á silbidos. ¿Por qué no la misma justa severidad contra quien viste más ridículamente aún el alma del personaje?

Fuera de que la historia tiene por sí misma respetables fueros, y bien merece, áun sólo como ciudadana de la república literaria considerada, que sus hermanas sean servidas de guardarle los debidos miramientos; que cierto no es ella ménos dig-

na de figurar entre las letras humanas con aplauso y respeto, que cualquiera de las que con más pompa se atavian.

Y no se disculpen los autores con decir que se ven en el trance de manchar apriesa la tabla, si han de ser las letras una carrera lucrativa. Esto nos hace fijar la consideracion en un punto que ciertamente la merece. ¿Ha perdido la literatura, haciéndose medio de ganar la vida? Siempre hubo malos poetas y ramplones escritores, no hay duda alguna, y pasan por la faz de la tierra sin dejar huella ni rastro, como no sean las ingeniosas zumbas que, por escarnio y como migajas de su mesa, les arrojan los afamados ingenios; pero la universal intemperancia con que ahora todo el mundo se da á coser á puntada larga para que cunda y no dure, empleándose en tarea semejante hasta aquellos varones doctos é insignes que más debian desdeñarla, consecuencia es de haber entrado las letras en el número de los oficios é industrias. Justo parece el que desee cada cual en el mundo vivir de su trabajo y tener propiedad legal en los frutos de su entendimiento: esta verdad no puede negarse. Sin embargo, desde que se sacan aquellos frutos al mercado, la dignidad de las letras se encuentra algun tanto comprometida. No porque se propongan lucrarse con ellas los ingenios, que á eso tambien con su profesion y ministerio aspiran el abogado y el sacerdote, sino porque el culto de la poesía y de todas sus hermanas exige suma detencion y esmero en el trabajo, los cuales parecen incompatibles con la necesidad de ganar horas para aumentar el jornal, y porque así tienen que atemperarse al gusto, que puede ser malo, del consumidor. Ingenios hay de fecundidad asombrosa, como Lope entre los antiguos y Breton en nuestros propios dias; pero tambien los hay perezosos y tardos, á los cuales no se pregunta por nádie cuánto tiempo emplearon en componer sus bien tejidas fábulas: Moratin con sus cinco perlas, en época, aunque reciente, ya pasada,

y D. Ventura de la Vega con su comedia *El hombre de mundo*, sirvan como ejemplo de esta notoria verdad. Si los de semejante índole hubiesen de vivir, como cualquier oficial de mecánica industria, del producto de su trabajo, habrian de entregarse del todo á rápidas traducciones, ó á mal pensados artificios de la propia fantasía. ¿Y quién sabe si, consagrados á tan fútil empresa, convirtiérase en estéril la ántes rica vena, rica por la calidad, ya que no por la cantidad de las producciones? ¿Quién sabe, si empeñados en traducir ajenos conceptos ó hilvanar sus rápidas imaginaciones, dejarian yacer largos años abandonado en el cajon de una mesa algun trabajo literario, bastante á dar gloria á su autor y á la madre patria? No hay duda: el derecho de propiedad es evidente, y pueblo ninguno que al título de culto aspire, lo puede negar, ni escatimar siquiera: la obra de ingenio que produzca montes de oro, á los piés de su autor debe rendirlos, ó no hay justicia ni idea del derecho en la tierra; pero el empeño que como consecuencia de estos inconcusos principios se ha formado de que el literato viva con el producto de sus obras, ha trocado en profesion el cultivo de las humanas letras, y descendiendo las musas desde el Parnaso, donde libres y regaladas vivian, al mostrador del negociante, editor ó empresario, ha dado al traste con lo que de noble, bello é ideal tenia en nuestra niñez el nombre de poeta.

Es desconsolador espectáculo el de la insigne pobreza en que vivió y murió tan grande ingenio como Miguel de Cervántes, *más versado en desdichas que en versos*; pero fuera de que en todo tiempo hay vicisitudes y casos anómalos que no alcanzan satisfactoria explicacion, y de que en aquellos mismos dias gozaba de justa fama y mediana comodidad Lope de Vega, todavia repugna más á los hombres de buen gusto dotados, el cuadro de excelentes escritores que atienden á la necesidad de ganar el sustento, y áun fuera de España á atesorar riquezas,

desperdiciando las dotes con que les favoreció Dios, oyendo el perpetuo *Luca, fa presto* que amenguó las facultades de un insigne pintor, y tratando de labrar palacios para sus personas, en vez de alzar monumentos para su fama.

No sin aplicacion á mi asunto he tocado en esta materia; porque hilvanándose á destajo novelas en Francia, y traduciéndose mal y pronto por españoles que las embanastan de tropel en folletines, ó las reparten de prisa y á competencia en reducidas entregas, se estraga la aficion del público, se obtiene regular ganancia en el mercado, y se imposibilita ó dificulta la composicion de buenas novelas españolas. De aquí, en el original, la incoherencia de los sucesos imaginados, la falta de plan en el total de la obra, el hacinamiento mal calculado de estupendas aventuras; en la traduccion, la pérdida completa de la rica habla castellana, de que ni ligera muestra se conserva en los escritos á que me refiero. ¿Qué buena fábula ha de combinar el autor de tres ó cuatro novelas á un mismo tiempo urdidas, impresas conforme se van escribiendo, que suelen comenzarse sin propósito fijo, continuarse sin otra idea que la de ocupar el folletin de tantos ó cuantos meses, y concluirse allí donde se completan los pliegos de impresion convenidos? ¡Pues qué diremos de la version española! Primeramente, es más barato traducir que componer, y las empresas prefieren traducciones; en segundo lugar, son más baratos los malos traductores que los buenos; júntase á esto que la novela se ha de publicar en breve plazo, so pena de que aparezca en otro diario y falle la especulacion; y unido todo al hábito de hablar y escribir un bárbaro idioma, ni frances ni castellano, y á la falta de tiempo para corregir el primer embrion, no hay manera de que el conjunto deje de ser un cáos de disparates sin término. Ved por qué necesariamente arrojan desalentados la pluma aquellos que podrian cultivar con buen éxito la novela española.

Porque no es cierto, como algunos pretenden, que el ingenio español no sea propio para sobresalir en este género, hoy tan en boga en Europa, y sobre todo en Francia; nuestra historia literaria desmiente á gritos tan desacertada opinion, y con pruebas eficaces demuestra que para la novela cabalmente parecen nacidos los españoles; como que á novelas se asemejan todas nuestras producciones; dejos de novelas, aunque en verso, tienen nuestros mejores romanceros, y mucho de novelas todas nuestras comedias del siglo de oro. Quizá no se equivoquen, á Dios gracias, los que nos niegan disposicion natural para la novela con ínfulas de *social* y *filósofica*, que hoy se usa en Francia, y traducida corre por España; pero suponer que no puede nuestra poética tierra producir autores de la buena y literaria novela, es nada ménos que renegar, no sólo de nuestras buenas producciones de este género, sino tambien del fino esmalte novelesco que avalora todo cuanto ha salido de plumas españolas desde la infancia del arte hasta nuestros propios dias. La atildada y erudita literatura sí que tiene muy contados campeones en nuestro suelo; pero la popular y entretenida narracion (poco ajustada al clásico molde) de aventuras picarescas, lances extraordinarios, hechos gloriosos ó sucesos de la vida ordinaria, apaciblemente referidos, es el campo siempre abundante, nunca espigado, donde recogen gran cosecha de sazonadas mieses y laureles inmarcesibles nuestros primeros trovadores, nuestros romanceros, nuestros dramáticos, todos nuestros escritores. Cabalmente porque más parecen novelas, desdeñan nuestras mejores comedias los dramáticos franceses del siglo de Luis XIV; precisamente por esta cualidad embelesan el romancero del Cid y de Bernardo del Carpio y el conde Fernan Gonzalez. ¡Que no es España propia madre de novelistas eminentes! ¿Pues cuándo se remonta á mayor altura nuestro duque de Rivas, que ahora mismo entre nosotros vive y entre vosotros se sienta, sino cuando

vuela su poderosa y galana fantasía por los verdaderos dominios de la novela, y escribe sus históricos romances, sus interesantes leyendas, su *Azucena milagrosa*, su *Moro expósito*, ó su incomparable *D. Alvaro*? Parece como que *la fuerza del sino* conduce á los españoles á componer novelas, no obstante que huyan de semejante denominacion: tomad cualquiera de las mejores y más afamadas comedias de Lope, ó alguna de las heróicas de Calderon; tratar de vaciarla en la turquesa de las reglas clásicas, ajustándola á las unidades que se recomiendan, ya que no se exigen, y usando de prudente parsimonia en levantar y correr telones, que necesita el espectador para no perder la ilusion y distraerse, ó procurad trocarla en novela; y veréis como este último empeño es mucho más realizable y fácil que el primero. Pues recorred el moderno teatro español, y decidme qué trabajo habria costado á sus inspirados autores componer novelas en vez de dramas, con los mismos argumentos y casi del propio modo dispuestos, de *El Trovador*, *Los amantes de Teruel*, *La espada de un caballero* ó *La locura de amor*. De aquí no ha de inferirse que estos no sean excelentes dramas, ni ménos que tenga yo en poco nuestro antiguo teatro, una de las mayores glorias con que legítimamente nos ufanamos, sino que de tal modo el ingenio español se presta á la composicion de la novela, que de la índole de esta participan todas sus composiciones.

Mas áun cuando en esto me equivoque, nádie negará que dentro de sus naturales y verdaderos límites la novela ha sido cultivada por los españoles con tal acierto y tan universal aplauso, que patentizan ser propio suelo España para su cultivo y desarrollo. Cuando Miguel de Cervántes decia en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*, publicadas en el año 1613: «yo soy el primero que he novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas

de lenguas extranjeras,» incurria en error, hijo sin duda de la significacion que daba á la palabra, importada del italiano. Nacen muchas disputas á veces entre los hombres sobre todos los ramos del saber, por no convenir préviamente en las definiciones de las cosas. La palabra *novela* tardaria, como oriunda de extraña lengua, en tener significacion determinada y exacta; mas hoy, que la tiene clara y confirmada por el uso constante en la conversacion y en la lectura, resulta que al aventurar aquella especie se engañó el más juicioso de nuestros ingenios y uno de los mayores que han ilustrado el mundo en todos los siglos. ¿Quién dejará de estimar cuadros novelescos los que ofrece la obra intitulada *El Conde Lucanor*, debidos á la erudita pluma del nieto de San Fernando? ¿Y algunos apólogos ó *enxiemplos* del Arcipreste de Hita, como el de los amores de doña Endrina, escrito en verso y con todo el interés y fisonomía de la novela? Novela sin disputa ha de apreciarse igualmente la *Cárcel de Amor*, y alguno que otro primoroso rasgo de Diego de San Pedro, y tambien *Celestina*, libro impreso en 1499, por más que á su jurisdiccion y dominio le quiera traer el teatro, á causa de estar dialogada la composicion y rotularse *Tragicomedia de Calisto y Melibea*. Ántes que novelase el manco de Lepanto, habia ya en el género picaño echado á volar su *Lazarillo de Tormes* D. Diego Hurtado de Mendoza; eran muy populares las encantadoras narraciones de la vária fortuna de Abindarraez y la hermosa Jarifa; y ántes que viniese al mundo *Don Quijote* corrian de molde por villas y lugares infinitas deleitosas fábulas, ahora con rótulo de *historias*, ahora con el de *amores*, *aventuras*, ú otros parecidos. Imposible es hoy reducirlas á número, y grato ver muchas dignamente conservadas y prontas á complacer al estudioso en la biblioteca de algun bizarro magnate ó de algun erudito de mérito verdadero.

Relatar discretamente una accion fingida, aunque verisímil

entre personas particulares, ó si parece mejor entre cualesquiera de las que componen la inmensa escala social desde las ínfimas clases hasta las mas distinguidas y encumbradas (lo cual hoy tiene por objeto principal la novela, y constituye su esencia y definicion), fué sazonado empleo de algunos entendimientos españoles anteriores á Cervántes. Y no podia ménos de suceder así; donde quiera que hay hombres reunidos, hay cuentos y narraciones de bien aderezadas historias, ó casos imaginados para adornar la aridez de las verdaderas; donde quiera que hay un rayo de literaria cultura, por sí brotan y ricamente se engalanan esas narraciones á que ponemos el nombre de novelas.

Era pues natural y necesario que las hubiese en España ántes de la época en que floreció el insigne autor de *La Gitanilla de Madrid*, porque contaba ya algunos siglos de aplicacion la lengua castellana á literarios usos. Dícese por los eruditos que la novela empezó en Oriente: así lo creo, porque allí estuvo la cuna del linaje humano. No concibo yo sociedad á quien sea desconocido aquel placer honesto, como que vivamente cautiva la aficion de la niñez, y es el más sabroso goce de la ancianidad. Primero fué la narracion y el cuentecillo; luego se fió á la escritura; vistióse despues con preciosos arreos; y acaso con versos deleitables, entrando por fin en los dominios del arte y empeñando á felicísimos y próceres ingenios en componer é inmortalizar la novela. No sobresalió en Grecia ni en Roma, es verdad, porque ni griegos ni romanos gozaron de la vida íntima y doméstica, viviendo en público todos; y porque la constitucion de la familia con la mujer y los hijos reducidos al estado de cosas, y esclavos para el servicio, los apartaban de esparcimientos naturales en todos los demas pueblos. Los cuales dulces y amenos pasatiempos aparecieron de nuevo cuando el cristianismo transformó la tierra, elevó la dignidad de la mujer desde la humilde esfera de sierva, ó poco ménos, á la de com-

pañera del hombre, y ensanchó la influencia moral del padre disminuyendo su poder material, y poniendo entre él y sus hijos la tierna mediacion de una amorosa y autorizada madre.

No puede ménos la novela de pagar tributo á las costumbres actuales, reflejando al propio tiempo la especial fisonomía de aquella sociedad á quien sirve de recreacion y deléite. Véase por qué, entre nosotros, siendo verdaderas novelas los libros de caballerías, participan de la índole de rudas é informes epopeyas, como alimento de un pueblo que estaba realizando la mayor que registran los anales del mundo, no en el espacio de diez años, sino durante más de veinte generaciones. Pero considerando si no el espíritu, la forma, ¿tanto distan de algunas novelas modernas los libros de caballerías? Si en ellas no hay membrudos y torvos gigantes, nos ofrecen Cuasimodos; si no se pintan descomunales batallas, preséntanse ejércitos de hampones; si faltan caballeros andantes con sus adjuntos escuderos, los suplen holgadamente bravos mosqueteros con sendos criados que hacen poco ménos que volar por los aires, y llevan á cabo tan estupendas aventuras como las que derritieron el cerebro del asendereado caballero de la Mancha.

Mil veces venturoso el peregrino Miguel de Cervántes Saavedra, gloria de España y orgullo de cuantos nos llamamos sus compatriotas, que sin caer en reprension, y con verdad en cierta manera, pudo llamarse á sí propio el primero que habia novelado en lengua castellana; esto es, el primero que supo llevar á su mayor perfeccion la novela, acertando con la novedad en la invencion, con la grandeza en el pensamiento, y con el arte de hacer provechosa la enseñanza y doctrina, deleitable la fábula, é interesante la pintura de las costumbres en todas las clases y estados de los hombres. Tanta es su elegancia en las *Novelas ejemplares*, tanta su discrecion y dulce modo. Bastarian ellas solas á conquistarle la estimacion general, si no hu-

biese asombrado al mundo con la inmortal historia de *D. Quijote*, obra la más bella *que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.*

¿Y á cuál de los géneros conocidos en lo antiguo ó en lo moderno hemos de adjudicar este precioso monumento del ingenio humano, si no pertenece á la novela? Bien sé que es mezquino todo marco para cuadro tan admirable; que no hay género á que no pertenezca, porque participa de la comedia por la fuerza, viveza y animacion de sus diálogos; de la sátira, por sus graciosísimas invectivas contra los libros de caballerías; de la elegía, por el tierno adios con que saluda, arrancado alguna vez del corazon, á los tiempos de ilusiones que van de pasada, y por la sonrisa que muestra á los de realidad que ve avanzar á toda prisa aquel entendimiento gigante. Pero cabalmente por esto mismo de participar de todos los géneros, no hay más remedio que bautizarle con el nombre de novela; en la cual cabe (segun Cervántes oportunamente dice) «que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria.»

Pero si se duda en calificar de novela el *D. Quijote*, es porque, llamado historia en son de burlas por su autor, como viva historia se representa en la fantasía de los lectores, que imaginan estar presenciando los sucesos, viendo los sitios y contemplando las facciones, vestido y apostura de los personajes todos. No existió D. Quijote; pero le hizo existir Cervántes, y desde entónces vive y le conoce el mundo, y conversamos con él, y le seguimos, y le encontramos retratado ó esculpido en ventas y posadas, en la desalhajada vivienda del infeliz jornalero, en el taller del laborioso artesano, en los magníficos salones del magnate, y en los venerandos alcázares de nuestros reyes. Era en efecto un grande encantador el que escribió sus ha-

zañas y recogió sus agudísimos dichos, como que al conjuro de su mágia han nacido dos personajes que no han de morir en tanto que voltee sobre sus ejes la tierra, y no se acaben las generaciones humanas.

¡Oh! no morirá la lengua de Castilla, ni perecerá jamás la nacionalidad de España: cuenta ésta con inmortal seguro por el idioma castellano, y el idioma es imperecedero desde que se intitula la *lengua de Cervántes*. Cuando por otra cosa no, si á tanto llega nuestra desgracia, se estudiará todavía en Europa la lengua de Cervántes para escuchar en su nativo idioma los sazonados coloquios del caballero de la Triste Figura, y de su malicioso escudero. ¿Y áun se dirá que no son á propósito los españoles para la composicion de la novela? Tanto valdria asegurar que la patria de Ovidio, Horacio y Virgilio no era capaz de producir poetas, ni poemas épicos el suelo natal de Homero.

Pero si en el mundo no aparecen todos los dias capitanes como Alejandro y César, tampoco de las naciones puede exigirse que produzcan á todas horas poemas de la grandeza de la *Iliada* y *El ingenioso hidalgo*. Estrellas hay de primera magnitud en el cielo, y tambien otros más pequeños orbes, todos lucientes y hermosos, pregoneros todos de la omnipotencia y de la gloria divina. Lo mismo en el cielo de las letras humanas, mostrando de vez en cuando brillantísimas lumbreras. ¿Qué no debe en el siglo XVII la novela española á Doña María de Zayas y Sotomayor, á Vicente Espinel y Luis Velez de Guevara, á Salas Barbadillo y Quevedo, á Gracian y á los diferentes ingenios de quien se tomaron los frescos, lozanos y vigorosos lizos con que fué urdida la trama de tan gentil y bien aprovechado libro como el de las *Aventuras de Gil Blas de Santillana*? Y por lo que toca al siglo actual, ¿podrémos, sin ser notoriamente injustos, desconocer el mérito de nove-

las tan apreciables como *El golpe en vago*, *El doncel de D. Enrique el Doliente* y *Doña Blanca de Navarra*, con otras várias que sería prolijo enumerar, leidas con interés por la multitud y aplaudidas por los doctos? Pues en esta misma sábia corporacion, á quien rindo humilde ofrenda, tienen asiento escritores juiciosos que trazaron una y otra vez prólogos justamente laudatorios para los poemas del insigne y modesto novelista que se encubre con el nombre de *Fernan Caballero*, el cual puede asegurarse que ha de pasar respetado y brillante á la imparcial posteridad. ¿Quién no se deleita leyendo la primera parte de *La gaviota?* ¿Quién leerá sin interés y contentamiento la intitulada *Elia*, ó *España treinta años há*? Aquellas frescas escenas de la vida del campo, con mano maestra dibujadas; aquellos diálogos tan naturales y sabrosos; aquellos caractéres trazados con tan seguro pincel, y aquel sentimiento de acendrado patriotismo que guia la siempre cristiana y española pluma, arrancarian el aplauso de los doctos, si de él necesitase quien ha obtenido ya la aprobacion y gratitud de las almas honradas y generosas.

No debo ya, Señores, abusar por más tiempo de la benévola atencion con que favoreceis á quien, no teniendo mejor ofrenda que rendiros, se engrie de ser intérprete en instante solemne de los bien nacidos sentimientos que os animan. Vosotros, que desde esta cumbre velais por la integridad y pureza del patrio idioma, que á fecundos y útiles fines encaminais los estudios por quien se aviva el entendimiento, disponiéndole á ceñir inmarcesibles lauros; vosotros, que os adelantásteis á honrar las musas pregoneras de las hazañas que nos regeneran en África; vosotros (ya me lo están diciendo esos semblantes en que el alma rebosa) abriréis concursos públicos, señalaréis eficaces recompensas, y adjudicaréis honrosos premios á los ingenios hidalgos que se ejerciten en la novela verdaderamente

española, ansiosa de retratar fiel nuestras creencias, costumbres y tradiciones, y aquel honor castellano inmaculado que nos valió en todos los siglos el respeto y la estimacion de las gentes. Á vosotros está reservado que la novela vuelva á ser inofensivo deléite del ánimo, y dulce medicina que le incline á todo lo bueno y grande, á todo lo cristiano y hazañoso. La siempre verde guirnalda de encinas y seculares pinos que engalana montes y sierras, no sólo purifica el aire enviando salutíferos soplos á los llanos, sino que atrae las bienhechoras lluvias del cielo, y entrega á sus líquidas corrientes vivificadores despojos vegetales, por quien se cubren los valles de flores y de frutos. Hace más esa preciada corona; sirve de suave cárcel á la estéril arena que los montes encierran en sus entrañas, y que pugna por entregarse en brazos del huracan, y convertir la tierra en un horrible desierto. Luego que por el sórdido interés de unas cuantas cosechas de grano desaparecieron los árboles de las vecinas montañas, ¿qué fué de las deliciosas y fertilísimas llanuras del Egipto? ¿Qué será del pueblo donde los mal regidos ingenios lleven al alma aquellos espantosos arenales?

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE RIVAS.

Señores: Afligido hace cinco meses por una penosísima enfermedad nerviosa, que últimamente se complicó, no sin peligro de mi vida, con otra de más cuidado y trascendencia, me presento con suma desventaja á esta ilustre Corporacion para contestar, como previene nuestro reglamento, al bello y elocuente discurso que acabais de oir en boca del señor Nocedal, que hoy toma asiento en la Real Academia Española.

Atrevimiento y grande parecerá sin duda el que en tal estado de salud me encargase de tan difícil tarea; pero al saber que el recipiendario me honraba deseando que fuese yo el Académico que contestara á su discurso de recepcion, no debia ni podia excusarme con ningun pretexto, por grande que fuese; pues era para mí una sagrada obligacion de la amistad y cariño que desde casi su niñez profeso al señor Nocedal, el manifestárselos en ocasion tan solemne, complaciéndole en un deseo que tanto me lisonjeaba. Y recomendándome á la benevolencia de mis compañeros, y esperando no me sea tampoco negada por el escogido público que me escucha, voy á cumplir con mi compromiso, desconfiando en extremo de mis fuerzas; porque cuando el cuerpo está doliente y falto de energía, doliente y

falto de energía está el espíritu; y ni puede dar lucidez á sus ideas, ni feliz coordinacion á las palabras, ni color y vida á sus pensamientos. Y estoy bien seguro de que este discurso, que por cierto será brevísimo, sabrá á *réuma*, como las últimas homilías del arzobispo de Granada sabian á *apoplejía*.

Mucho honra al señor Nocedal la modestia suma con que empieza su discurso, aunque la lleva al extremo; porque no fué tan gratuita ó inmerecida, como dice, la unánime votacion con que le nombró individuo suyo esta Real Academia, que no recompensara con ella méritos relevantes en el cultivo de la lengua castellana. Pues si bien el nuevo dignísimo Académico no ha publicado hasta ahora obras de larga extension en que lucir sus conocimientos del idioma patrio, ha hecho cumplido alarde de conocerlo á fondo en sus notables improvisaciones parlamentarias, donde abundan los giros más castizos, las frases más correctas y la propiedad más exquisita. Y en el lenguaje hablado é improvisado es donde resaltan más claramente los conocimientos del idioma y el aprovechado manejo y estudio de los autores que en él han sobresalido. Pero no era necesario ir tan léjos para reconocer en el señor Nocedal un lucido cultivador de nuestra hermosa habla castellana; basta para ello el leer su prólogo como colector de las obras de Jovellanos y la vida de tan importante personaje. Ni viene aquí tan desprovisto como dice de blason y de escudo, habiendo traido el correctísimo y elocuente discurso que acabamos todos de oir con tan cumplida satisfaccion. No, no estará el señor Nocedal tan fuera de su sitio en la Real Academia Española, ni sin méritos suficientes viene hoy á tomar asiento en tan ilustre Corporacion.

Acertadísima me parece la eleccion que ha hecho el nuevo Académico de argumento para su discurso, pues ciertamente la novela, tal como la conocemos hoy, y aunque poco cultivada todavía en España, es sin disputa el ramo de literatura más im-

portante y trascendental que reconoce la sociedad moderna; el ramo de literatura que ha desbancado y oscurecido á todos los demas. Pues cuando casi nádie lee un poema ó una coleccion de poesías, por buenas que sean, todo el mundo devora con avidez la novela más insípida, más cuajada de inverisimilitudes y más inmoral, en que se cuentan sucesos imposibles, en que se sacan los tipos más perfectos de pulcra virtud y de cándida inocencia, ó de la *Cour des Miracles* de los tiempos de Luis XI, ó de las encrucijadas de la *Hàlle*, de París, y de las casas de prostitucion de la más inmunda canalla, y en donde una vida de torpezas y crímenes se lava y santifica con un afecto vehemente y desinteresado, no por un padre ó por un hijo infortunado, ni por un benéfico protector, sino por un ente inmundo y despreciable, sacado con este objeto de la hez del pueblo, ó de alguna cuadrilla de malhechores. De esta prodigiosa lectura que encuentran las novelas se han apoderado, como de un eficaz y seguro medio de propaganda, las tendencias todas de este siglo de novedades, de movimiento y de discordia. Y en novelas predican su doctrina los partidos encontrados, y en novelas inculcan las más erróneas ideas, y en novelas las esparcen por la redondez de la tierra, haciendo de lo que debiera ser un entretenimiento inocente del género humano, la lectura más peligrosa y envenenada y el más seguro medio de corrupcion y de trastornos.

Aterrado sin duda el nuevo Académico con este espectáculo desconsolador, parece que desearia que la novela acortase su vuelo y no tomase tanta parte en el movimiento social. Yo creo que si la tomara para combatir las pasiones aviesas del siglo, para contrarestar sus tendencias desorganizadoras, y para oponerse al torrente de desmoralizacion que arrastra la sociedad á insondables precipicios, la novela haria un gran servicio al género humano. El mal no está en que se apodere el novelista

de los conocimientos modernos, ni de este espíritu de disension que nos devora; sino en que lo haga para predicar lo malo, para empujar los instintos depravados de la época, y para esparcir doctrinas disolventes, impías y corruptoras, y en que, aprovechando el interés de una fábula artísticamente combinada y diestramente vestida con las seductoras galas del ingenio, ataque la familia, disculpe, si no enaltezca el adulterio, y se empeñe en probar que en la humanidad no hay más que materia é instintos, que la verdadera religion está en el corazon del hombre sin necesidad de la revelacion, é inspire á las clases menesterosas donde coloca todas las virtudes, odio mortal contra las acomodadas, en donde establece todos los vicios, preparando abundante cosecha de frutos de maldicion.

Si posible fuera seguir eslabon tras eslabon la misteriosa cadena de las impresiones, de los sentimientos y de las ideas que van poco á poco pervirtiendo el espíritu hasta hacer al hombre capaz de cometer grandes delitos, que al fin y al cabo concibe y perpetra, ¡de cuántas iniquidades no podria hacerse responsables á los novelistas franceses! ¡Cuántos infelices no han precipitado á la corriente del Sena con el mayor de todos los crímenes, con el único acaso en que naufraga el espíritu, sin encontrar la salvadora tabla del arrepentimiento! ¿Quién infiltró en las masas los deletéreos principios del socialismo y de la democracia, que estallaron, como la lava de los volcanes, en medio de la revolucion del 48, conmoviendo todos los tronos de Europa? No diré ciertamente que los novelistas fuesen sólo los autores de esos males; pero, ¿quién duda que la novela penetra allá donde no llegan las discusiones de partido ni las polémicas de periódico? Las mujeres, estos ángeles de la tierra que tan poderoso ascendiente ejercen en el corazon del hombre, en su mayor número no leen periódicos políticos, ni asisten á lides parlamentarias; pero la novela es otra cosa; es su lectura favo-

rita, es el encanto de su imaginacion, es el embeleso de sus potencias. ¿Qué costurera de Paris no odia á los Jesuitas porque ha leido el *Judio errante*? ¿Qué cortesano no admira á Ninnon de Lanclos como tipo perfecto de hermosura física y moral, y las orgías de la Regencia como el más vivo y deleitoso entretenimiento á que puede dedicarse la vida? ¡Ah! los propagadores de la mala semilla han calculado bien: las mujeres tienen la razon más flaca y el corazon más impresionable; pero sus medios de persuasion son poderosos. Eva convenció á Adan de que debia comer la fruta vedada; hagamos nosotros, dijeron, de las Evas actuales, misioneros indirectos de nuestras satánicas doctrinas. Sirvámosles, pues, la hiél de nuestras almas en tallada copa de cristal y de oro. Las mujeres gustan de relumbron, y la belleza de la forma hechiza sus ojos; al fin beberán; el gérmen del mal se desarrollará en sus desprevenidos corazones, y los hombres comerán del fruto prohibido.

Pero la novela en absoluto no es buena ni mala. Es una poderosa palanca, que segun las manos que la empleen, puede empujar á la sociedad al cielo de la dicha ó al abismo de la desgracia. El mal no está en que el novelista haga suyas las ciencias políticas y morales en el progreso del espíritu humano, sino en que se valga de todos estos auxiliares para engañar, pervertir, perder á los que ciegamente se entregan á su lectura: crímen que la sociedad debiera castigar severamente. Estos mismos conocimientos, estos mismos adelantos del siglo, manejados por autores de buena fe, de verdadero amor á la humanidad, de intenciones juiciosas, ¡cuánto avaloran los escritos de Bernardino de Saint Pierre, del cardenal Wisseman, de nuestro Fernan Caballero, de Chateaubriand, del humorístico Bulwer, y de tantos insignes novelistas que, en lugar de pervertir con sus escritos á los hombres y de preparar espantosas revoluciones, se han aprovechado de los conocimientos de su si-

glo para inculcar la verdad y proporcionar saludable instruccion y provechoso pasatiempo á sus semejantes! Y así lo hizo el inmortal Cervántes, en cuya obra imperecedera hace alarde de saber cuanto se sabia en su tiempo; impugnando, aunque de pasada, los errores que entónces corrian, é inculcando las máximas más sanas de honra, de piedad, de respeto á la autoridad pública, y de moral cristiana la más acendrada y pura. No, no puede el novelista ménos de ser el reflejo de la sociedad en que vive y para quien escribe.

¡Ah! Yo quisiera tambien que volviesen aquellos tiempos inocentes en que los altos problemas filosóficos, económicos, políticos y sociales eran exclusivamente patrimonio de las personas graves y sesudas, que á ellos despues de largas meditaciones y estudios se dedicaban. Pero este afan de los modernos escritores de dar importancia á sus tareas, convirtiendo la amena literatura que cultivan, con éxito ó sin él, en trascendental y dogmática, tiene su explicacion en los tiempos que corremos, y responden perfectamente á la fatal necesidad; necesidad febril, de pasto filosófico y social que acosa á los pueblos con la tribuna, el club y el periodismo. La ignorancia de las masas se encuentra á cada paso sorprendida por cuestiones que sólo deben estar al alcance de personas muy ilustradas; y esas cuestiones, vulgarizadas hasta envilecerlas, manoseadas hasta ensuciarlas, y debatidas en las plazas, en los cafés y hasta en las tabernas, caen de suyo en la pluma de los escritores que pintan las costumbres sin discrecion y que buscan la popularidad en la moda.

Este desbordamiento literario, como todos los acontecimientos humanos, tiene su aplicacion y su genealogía. Nació el siglo pasado al calor de una filosofía frívola, apasionada é impía, en novelas obscenas, en invectivas encarnizadas contra el clero y el Pontificado, y en calumniosas disertaciones que ataca-

ban las domésticas costumbres de nuestros padres; y creciendo el encono á lo pasado con las tormentas revolucionarias, y con los escritos filosóficos de los incrédulos, y con las doctrinas demoledoras de los políticos, se convirtió la novela en un formidable ariete que combate la sociedad en su organizacion, en su forma, en su conjunto, y propagó rápidamente todas las infernales semillas que están fructificando en el inmundo cieno de todas las naciones de la tierra, y que tienen en dolorosa convulsion al universo.

Si de estos abortos de la filosofía y de la literatura que llaman novelas socialistas, volvemos los ojos á las históricas, no podremos ménos de conocer que requieren particulares condiciones, sin las cuales tambien son dañinas, si no porque pervierten el corazon, porque desfiguran la historia y esparcen ideas completamente falsas sobre los hombres que describen y sobre los países de que tratan. ¿Hay, en verdad, nada más ridículo que las novelas de la Calprenede, en que da á los griegos del tiempo de la guerra de Troya las pasiones, las costumbres, los trajes de los tiempos de la caballería; y en que hay damas y galanes que discretean, y pajes, y citas, y desafíos, y divisas, y dueñas, con todo lo demas que se lee en los catorce tomos de la *Casandra*? ¿Hay nada más falso, más de convencion, que la *Clelia* de Mad. Scudery? Pues ambas obras presumen de romances históricos, como cuantos disparates se han escrito de Carlo Magno, de su corte y de sus doce pares. Si no tan léjos de la verdad y sin engolfarse en lo puramente ideal y muy á menudo en lo extravagante, como acontece á la Calprenede y Mad. Scudery, de los modernos autores franceses que han cultivado el romance histórico puede decirse que se apoderan de los personajes para achicarlos las más veces, y para falsearlos siempre; evocándolos sólo para hacerles representar aventuras galantes, sin cuidarse de las costumbres del siglo en que vi-

vieron, ni del estado social de la época en que figuraron; prestándoles nuestra fisonomía, nuestras pasiones, nuestras ideas, son un verdadero anacronismo; y desfigurando la historia é induciendo errores gravísimos á los lectores incautos, la novela histórica se hace tan mala como la socialista, y es una verdadera calumnia; dando, verbi gracia, á Margarita de Navarra amantes que nunca tuvo, y asegurando que Luis XIV fué hijo de Mazarino, ó que el cardenal de Rohan atesoraba barras de oro elaboradas por el alquimista Bálsamo. El romance histórico que debe ser una explanacion de la historia, es en tales plumas una falsificacion completa de ella.

No quiere esto decir que la novela histórica deba tener la veracidad de la crónica, no; ni que sea la exacta representacion de los sucesos; pero sí que al fingirlos el novelista se amolde estrictamente al carácter, posicion y tendencias del personaje histórico que evoca y que reproduce, y que á uno del siglo X no le haga pensar, hablar ni obrar como se pensaba, hablaba y obraba en el siglo XVIII, ó como se piensa, obra y habla en nuestros dias. Y áun cuando los protagonistas de la novela sean fantásticos é inventados por el poeta, debe observarse esta regla, y cuidar esmeradamente de pintar tal cual fué la época en que se les coloca.

Walter Scott, el inmortal Walter Scott, padre verdadero del romance histórico, es tan eminente en conservar la índole de sus personajes y en pintar la escena y el tiempo en que los coloca, que he oido decir várias veces al ilustradísimo inglés Mr. H. Frére que no habia nunca comprendido bastante la historia de Escocia hasta que leyó las novelas de Walter Scott. Este gran escritor, modelo único en el importante género de los romances históricos, muy á menudo presenta como protagonistas personajes de su invencion, y hasta personas oscuras y de ninguna importancia; pero les da una vida tan verdadera,

los rodea de figuras tan conocidas, y los hace moverse en una escena tan exactamente ajustada á la verdad histórica, que el lector se encuentra trasportado á los lugares en que ocurren los sucesos, y ve, y oye, y trata á las personas, y vive con ellas como su contempóraneo.

Raro es en verdad, como observa juiciosamente el señor Nocedal, que en España, donde tanta disposicion hay para la novela, no se haya cultivado ni se cultive este género de literatura. Nuestro antiguo teatro es todo él un semillero inagotable de novelas, y las obras de Lope, Calderon y demas poetas dramáticos, prez, honra y gloria de nuestra patria literatura, encierran los más preciosos é interesantes argumentos de excelentísimas novelas. Es verdad que el drama, no el drama clásico compaseado y frio, seco y estirado, sino el drama producto del ingenio y no de las reglas arbitrarias de los preceptistas, es hermano mellizo de la novela. Esta se encuentra siempre donde hay caractéres, pasiones, intriga y diálogo. Es verdad que varía la forma, que las obras representables caminan con mas rapidez, faltando en ellas las descripciones; pero el fondo es siempre el mismo, y el ingenio que fragua un buen drama, fraguada tiene en él una buena novela.

Y la novela se ha cultivado en España por grandes ingenios, aunque no sé por qué casi todos se dedicaron desde muy antiguo al género picaresco: y acaso esto le ha cortado el vuelo, envileciéndola desde su orígen. En nuestros dias es cierto que se han hecho felices tentativas en este género; pero no se ha conseguido darle impulso, ni empujar á su cultivo á los ingeniosos escritores, que no faltan entre nosotros. Lo mismo que en España sucede en Italia, donde el admirable romance del ilustre Manzoni, que no teme el cotejo con los de Walter Scott, no ha encontrado imitadores. Los tiempos de griegos y romanos eran tiempos épicos, y el poema suple á la novela. Y

sin embargo, la *Odisea* es una verdadera novela, y la *Ciropedia* de Jenofonte es un verdadero romance histórico. Despues, en tiempos más modernos, novelas pueden llamarse los diálogos de Luciano y las obras de Apuleyo.

Áun para estos ligerísimos apuntes, que así deben llamarse más bien que discurso, he tenido que hacer un esfuerzo sobre mi quebrantada naturaleza. Mano que embarga el dolor, no puede manejar la pluma. Tales como son, sirvan ellos de prueba de estimacion y amistad al señor Nocedal, si no de contestacion al excelente discurso en que tan lucida muestra nos ha dado de su saber y de su elocuencia. Mís fuerzas desfallecen, y me veo en la necesidad de concluir, no sin felicitar ántes á la Academia Española por la importante adquisicion que hoy hace dando entrada en su seno á un individuo tan apto para coadyuvar á los trabajos literarios que continuamente ocupan á esta ilustre corporacion.

DISCURSO

DEL ILMO. SR. D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

Señores: Áun no hace un año que desde este sitio, y en ocasion idéntica á la que hoy en él congrega á la Real Academia Española, consideraba uno de vosotros como *embarazoso y arduo el empeño de justificaros*, por haberle permitido penetrar en el santuario donde se custodia y acrecienta el riquísimo tesoro de la lengua patria. Si en tan modesta actitud compareció por la vez primera ante este elevado Cuerpo el hombre docto, infatigable, que, despues de haber henchido sus luminosos tratados de Higiene con la mejor doctrina para la conservacion de la salud del individuo, en sus varios estados; de los pueblos, en su complicada existencia colectiva; y del alma, en sus misteriosos vuelos y afecciones, ha conducido desde la grave y elocuente cátedra la razon de la juventud estudiosa por las sendas de la antropología psicológica á las profundidades del *Nosce te ipsum*, ¿cuál deberia yo tomar al presentarme ante vosotros sin más títulos que los de unas cuantas docenas de obras fugitivas, poco meditadas unas, escritas sin el consejo de la experiencia otras, todas desaliñadas, todas incorrectas?

Comprendo que deberán hallarse fatigados ya vuestros oidos de escuchar el poco variable tema con que los académicos elec-

tos se esfuerzan en oscurecer sus propios merecimientos, impulsados por el laudable propósito, sin duda, de que brille en toda su plenitud la benevolencia del voto con que los habeis favorecido: conozco lo mucho que de estéril tiene una fórmula tan admitida como exhausta de originalidad, pero si bien, en mi opinion, pudieron prescindir de su uso cuantos me han precedido en el goce de la señalada honra que hoy se me dispensa, apoyados en la notoriedad del derecho con que la conseguian, yo, si me desentendiera de ella, podria justamente ser notado de abrigar una presuncion jactanciosa, que se hallan muy distantes de acoger ni mi corazon ni mi pobre entendimiento.

Considerad, Señores, y encontrareis ampliamente justificado cuanto acabo de indicar, que siendo niño, muy niño todavía, cuando aspiraba el perfumado ambiente del *Sacro-Monte* y de los *Cármenes de la Alhambra*, recibí la primera impresion escénica asistiendo á las representaciones de esa obra de todos los siglos, porque ella es el fiél trasunto de los dolores de la humanidad; de esa obra gigantesca, elaborada en la mente de *Sóphocles*, prohijada por tantos hombres notables de la Europa occidental, y por último, enriquecida y con superior habilidad engastada en nuestra literatura, por el ilustre prócer que dió vida á *Rugiero* y á *Láura Morosini*: observad que cuando, más adelante, saludaba los albores de la adolescencia, provocaron mi admiracion las ejemplares producciones del príncipe de nuestros poetas cómicos modernos: que he contemplado por primera vez al genio en las fatales desventuras del *P. Rafael*: que me han encaminado á las fuentes del sentimiento y de lo bello los intensos, purísimos amores de *Isabel de Segura* y el sin par *Diego Marsilla*: notad que, decidida ya mi vocacion, me han fortalecido y acompañado en mi larga peregrinacion dramática, entre otros imperecederos personajes, el severo *defensor de Tarifa* y el receloso *ex-amante de Rosita*, y comprenderéis sin es-

fuerzo lo grandes que serán hoy mi embarazo y confusion al encontrar aquí reunidos á los claros autores de *Edipo* y de *Á Madrid me vuelvo*, de *D. Alvaro* y *Los Amantes de Teruel*, de *Guzman el Bueno* y *El Hombre de mundo* (modelos unos que han evocado mi inspiracion en la niñez, joyas literarias otros que en noble emulacion han despertado mi entusiasmo), y que finalmente va á serme lícito llamar compañeros, por más que siempre me honraran como maestros, ya al esclarecido poeta, ya al hombre encanecido en el cultivo y enseñanza de las ciencias, ora al historiador concienzudo, ora al crítico eminente, y hasta al erudito, al donoso afluente orador gaditano que, en su procelosa vida pública, ha recorrido con igual fortuna y brillantez las más seductoras fases de la elocuencia castellana.

Si apreciais en todo su valor el religioso respeto que infunden las primeras impresiones de aquello que habla vivamente al corazon y á la razon del hombre; de aquello que éste, en su conciencia, considera como superior á sus fuerzas intelectuales, no os admirará la turbacion que experimento al acercarme á vosotros, ni tampoco la timidez con que fijo mi planta sobre la huella del hombre que tan honda la ha dejado en el amplísimo campo de las letras, y en los anales del infortunio, del sufrimiento y de la cristiana resignacion.—Ya habréis comprendido que aludo á vuestro malogrado compañero, y respetable antecesor mio, D. Rafael María Baralt. Y al pronunciar este nombre inclino mi cabeza ante la sombra del que rayó tan alto por su saber como por sus desgracias, para rendir, como sinceramente rindo, á su buena memoria el homenaje de mi reverente admiracion, y acompañar en su duelo á la poesía, á la historia, al derecho público y á la ciencia filológica, que en él lamentan con justicia la prematura desaparicion de uno de sus más ilustres hijos. ¡Pasmosa brevedad la del camino que recorre el sér inteligente! Aquel hombre, que en su modesta vida pre-

sentó numerosas pruebas de que poseia la instruccion, la flexibilidad de estilo y perseverancia bastantes para haber llegado á ser un gran filósofo, apénas tuvo tiempo para dejar consignada su aptitud en el registro de los hombres eminentes. Por eso, y con ser muy notable cuanto dió á luz su entendimiento, es, en mi opinion, la memoria del Sr. Baralt dignísima del aprecio público, más que por lo que demostró, por lo que pudo haber demostrado; más que por los sazonados frutos que nos permitió saborear, por los que quedaron en su imaginacion en un estado embrionario, y, sobre todo, por haber acometido, con la ayuda de hombres doctos, la obra magistral que, en el seno de esta Corporacion hace más de sesenta años, tuvo por precursor al insigne humanista, al tierno amigo del gran *Quintana*, al inolvidable autor de *Idomeneo* y *La Condesa de Castilla.*

¡Cienfuegos! Quintana! Estos gloriosos nombres, que indeliberadamente he citado, vuelven á traer á mi memoria lo insignificante del mio; á recordarme la imponente solemnidad de este acto, y el deber en que estoy de legitimar de alguna manera la inscripcion de mi nombre en el catálogo donde brillan tantos nombres inmortales. Empresa es que acometeria, siempre con la tíbia fe que acompaña las empresas de éxito negativo, si no tuviera tan presente, como he dicho al empezar, las palabras pronunciadas hace un año en este sitio por el Señor Dr. Monlau. No os maraville que con tanta fijeza las conserve en mi memoria. Las escuché en la recepcion académica que precedió al voto con que me habeis honrado, y ellas me hicieron comprender la excelsitud jerárquica de esta Corporacion, ante la cual los hombres más distinguidos dudan de su propia valía para pertenecer á ella dignamente. Así os ha sucedido á todos, y así lo consideró tambien aquel aventajado hijo de las ciencias. Por tanto, la justificacion que para unos ha sido *difícil*, y para otros *embarazosa y ardua*, para mí debo

tenerla por imposible; y convencido de esta verdad, desisto de llevar adelante un empeño, que quedaria siempre ilusorio, fiándolo todo á vuestra indulgencia y á la del ilustrado concurso que orna este recinto.

Sin embargo, no como escrito de justificacion, sino como un recuerdo cariñoso, como un testimonio de respetuosa gratitud, voy á permitirme decir algunas palabras acerca de las excelencias, importancia y estado presente de una institucion tan antigua como fecunda, en cuyo servicio se ha gastado mi juventud, y á la què, durante ésta, he debido grandes satisfacciones, y abundante cosecha de pesares. Me refiero á la institucion del teatro; á esa institucion cuyo orígen se esconde en la noche de los siglos, combatida por la preocupacion hasta el fanatismo, ensalzada por la pasion hasta la apoteósis; modesta, pura, espiritual y civilizadora con frecuencia: no, felizmente, con tanta, procaz, desenfrenada y disolvente; pero siempre dispensadora de glorias, agitadora del ánimo, rico venero de emociones, inagotable raudal de pensamientos, fuente de sentencias, y la mejor conservadora de los tonos, giros y modismos del lenguaje, carácter, usos y costumbres de los pueblos.

Esa institucion, bien lo sabeis, porque en su dilatada esfera casi todos habeis ceñido honrosísimos laureles, puede asegurarse que no participa de la naturaleza mortal que prepondera en las humanas instituciones. Desde que el pensamiento dió impulso á la mano del hombre para que dejara consignados, en la historia escrita y en la historia monumental, los hechos de las edades que fueron, se ve arrancar la existencia del teatro, unida á la existencia universal, y caminar, uno en su esencia, múltiple en su forma, delante de la civilizacion de todas las naciones. Se le ve asomar en los primitivos poemas de la India: recorrer las opulentas ciudades del Asia: acompañar en su peregrinacion

al *pueblo escogido*: concurrir con el hijo de David á la ereccion del monumento que inmortaliza su memoria: vigorizarse en la Grecia gentílica: trasladarse á la patria de los Césares: extenderse más adelante por Europa, y crecer en ella á la sombra de los templos levantados por el poderoso aliento del cristianismo.

Esta majestuosa marcha; este veloz desarrollo de una institucion secular, acogida hasta con delirio en todas las épocas; engranada entre los afectos de las nacionalidades que ha recorrido, patentizan que el teatro lleva en sí el gérmen de algo más que el recreo y el pasatiempo; que su objeto no es simplemente el de distraer los espíritus perezosos ó preocupados. Si su existencia no se apoyara en una base de mayor solidez, el teatro habria sucumbido como tantas instituciones que ha visto sucumbir: instituciones que parecian dotadas de gran robustez y larga vida: se habria hundido como tantos imperios, como tantas sociedades, cuyas lindes, cuyos nombres, ó han quedado oscurecidos, ó la mano del tiempo los ha borrado para siempre. Pero no ha sucedido así. El teatro, en medio del estrago que la accion de los siglos y el tumulto de las pasiones han llevado por el mundo, se ha mantenido apoyado en las fuerzas que le presta su propia vitalidad: ha luchado contra el torrente de las preocupaciones: ha soportado impasible los tormentos á que llegó á sujetarlo el fanatismo, y ha seguido, y sigue y seguirá su marcha triunfante á través de todos los obstáculos, porque el teatro es uno de los grandes elementos que determinan é impulsan la continuidad de siglo en siglo de la humana inteligencia.

Reconocida, porque no puede ménos de reconocerse, la excelencia del teatro como institucion primitiva, como institucion fuerte y poseedora de uno de los más preciosos talismanes que aseguran la inmortalidad en la tierra, la demostracion de su

importancia es consecuencia legítima de las altas dotes que se reconocen á su orígen. ¿Cómo no ha de ser importante una institucion á la que nutre la poesía y sirven las bellas artes unidas por un lazo fraternal ¡la poesía y las bellas artes! ó lo que es lo mismo, la esencia del pensamiento en su manifestacion más pura y más bella? ¿Cómo no ha de ser importante una institucion que asimila los séres más inteligentes del universo, de tal manera que le han tributado culto lo mismo el patricio que el esclavo, el príncipe que el súbdito, el sacerdote que el seglar, ó, lo que es idéntico, las organizaciones superiores y extraordinarias, que no solamente ven donde ven pocos, que leen y sienten con aquello de que los demas no se dan cuenta, sino que poseen los afectos, la abnegacion, la sávia intelectual bastantes para hacer ver, leer y sentir á sus conciudadanos?

Para acabar de persuadirse de la alta importancia del teatro, hay suficiente con entrar por un momento en el exámen de las consecuencias que se deducen de esta sencillísima tésis. — «¿Qué habrá permanecido sin alteracion, de cuanto hoy existe, dentro de dos siglos?» — Las generaciones se habrán ido sucediendo: las instituciones humanas, al impulso de las nuevas costumbres, de las nuevas necesidades, acaso habrán cambiado de ser: nuevas leyes administrativas considerarán como caducas las que hoy rigen al Estado: el árido despoblado, tal vez se habrá convertido en residencia amena y bulliciosa: la villa, en suntuosa ciudad, la ciudad, en aldea, la ermita, en fábrica, el cementerio, en circo; y allí donde hoy rompe el arado trabajosamente la tierra seca y calcinada, es posible que cruce la veloz locomotora ó el fecundo canal cubierto de bajeles. Todo, verisímilmente para entónces, habrá experimentado cambios radicales, hasta las líneas del mapa en que se extienden ambos hemisferios: todo habrá sido objeto de trasformaciones, más ó ménos sensi-

bles, á excepcion de *El Sí de las niñas*, *Indulgencia para todos*, *Los Celos infundados*, *Marcela*, *Coquetismo y Presuncion*, *La Jura en Santa Gadea*, *La Espada de un caballero*, *Don Trifon*, *Simon Bocanegra*, *El Desengaño en un sueño*, *Cada cual con su razon*, *Don Fernando el de Antequera*, *Las Travesuras de Juana*, *El Amante universal*, *Antonio de Leyva*, *El Tejado de vidrio*, *La Locura de amor*, *Achaques de la vejez*, *El Patriarca del Turia*, *Don Tomás*, *Flor de un dia*, *La Senda de espinas*, *La Oracion de la tarde*, *El Cura de aldea* y otras muchas, que permanecerán como las vemos para servir de claros fanales que señalen en la cadena de los siglos el eslabon que representa al agitado siglo XIX. Todo lo puramente humano habrá sufrido para entónces alteraciones en la esencia ó en la forma, ménos estos monumentos erigidos á las letras por la fuerza creadora de nuestros ingenios, y á ellos será preciso que acudan los eruditos del siglo XXI, cuando deseen conocer y avalorar la manera de sentir en nuestros dias: nuestra conciencia, cuando hacemos uso de la historia: nuestra cultura, nuestro lenguaje, ora escogido, ora apasionado, ora vulgar, y hasta los grados de la moral pública en la severidad ó benevolencia con que se censuren, toleren ó disculpen los vicios, las deformidades y la corrupcion de la sociedad en que vivimos. Ante estos monumentos se detendrán, como hoy nos detenemos y descubrimos en presencia de los que se levantaron en los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, desde las *Eglogas* de Juan de la Encina hasta *El Delincuente honrado* de Jovellanos, como ellos á su vez, y nosotros en pos de ellos, nos hemos acercado á los que áun se conservan pertenecientes á la antigüedad latina y griega, para estudiar con profunda atencion la clásica, elegante sencillez de la frase y del asunto, en las obras maestras de *Séneca* y de *Pollion*, de *Pláuto* y de *Terencio*; la magnificencia del *coturno*, en las sublimes creaciones de *Eschilo*, *Sóphocles* y

Eurípides; y la libre mordacidad, la cáustica intencion política y social de la *carátula*, en las farsas de *Eupolis*, *Cratino* y *Aristófanes*.

Este singularísimo privilegio de longevidad que disfruta el teatro, con relacion á lo que existe, no es un don pegadizo abortado por la mente febril de los poetas; no es una exageracion del entusiasmo y gratitud de sus adeptos; es un privilegio verdadero fundado en hechos incontestables, en numerosas pruebas tangibles, que, al paso que demuestran la respetable autoridad de su abolengo, llaman la atencion de los hombres pensadores hácia los colosales recursos que posee, tanto en el órden moral como en el órden económico.

En el órden moral es, al descubrir su portentosa escena ante la espectacion pública, no sólo, como la historia, el espejo de las edades que pasaron, sino tambien el espejo de la edad que va pasando. Patrimonio del teatro son la sociedad y el individuo en todas sus clases, en todos sus estados, con todas sus virtudes, sus sentimientos, sus pasiones y flaquezas. En su limpio cristal, proyectados por la musa dramática, se reflejan los errores del hombre, los extravíos del entendimiento, la relajacion de las costumbres, los caractéres sencillos, afectuosos, duros é incorruptibles, ensalzados ó combatidos con las armas que suministra la ciencia de los deberes; y evocados del fondo de los sepulcros, tornan á la vida y comparecen en él los héroes, los patriarcas, los hombres ejemplares, dignos de ser reverenciados é imitados; porque la inspiracion dramática, como destello de la divina inteligencia, se acerca tambien á las tumbas y dice al que en ellas duerme el sueño de la eternidad..... ¡LEVÁNTATE Y ANDA! La no interrumpida magnética corriente que existe entre la escena y el espectador, nacida de la comunidad de intereses que en la última se ventilan, atrae, conmueve y enseña al auditorio, sin que éste lo advierta, sin que lo pue-

da evitar, sin abrumar su entendimiento; y aunque el teatro no dispensara en el órden moral más beneficios que los de congregar al público alejándolo de otros espectáculos que enervan su fuerza y le embrutecen: brindarle con un lícito solaz que le indemniza de sus diarias tareas: instruirle con ejemplos prácticos de fácil y agradable percepcion, siempre sería un agente civilizador eficacísimo, tanto más poderoso, cuanto ménos, en el concepto de muchos, lo parece.

He dicho que en el órden económico revela tambien el teatro la extension de su importancia, y, en efecto, es portentosa la suma de capitales que en el trascurso de los siglos ha puesto el teatro en movimiento. Imposible sería, ni áun al cálculo aproximado, la averiguacion de la cifra de lo que los pueblos y los gobiernos de todas las épocas han destinado al sostenimiento y decoroso brillo de los espectáculos teatrales. Jamás contribucion ninguna ha sido satisfecha con mayor largueza y espontaneidad, ni su inversion ha comprendido un número de objetos más interesantes ni más dignos de apoyo y proteccion. Ella ha subvenido, aunque no siempre con igual esplendidez, á las necesidades del escritor y á las de su intérprete en la escena: ha conllevado en las cargas generales del Estado la parte que le ha correspondido: ha dado abrigo á las bellas artes, que tan noblemente contribuyen al ornato y atractivo del coliseo: ha mantenido las artes liberales y pequeñas industrias que viven á su sombra, y finalmente, ella, para exaltacion de la fe y caridad españolas, ha consagrado su porcion más crecida y saneada á nuestros asilos benéficos, á las casas de correccion y al fomento de las misiones encargadas de acercar á las fuentes de eterna bienandanza, con que brinda la espiritual doctrina del Crucificado, á los errantes hijos de Jacob y á los bárbaros sectarios de Mahoma.

Se ve, pues, que el teatro, además del respeto que merece,

como todo aquello que resiste sin gastarse á la rueda voladora de los años, lleva tambien en su fecundo seno un manantial inagotable de ideas para solaz del espíritu, y de bienes positivos para el sustento y atenciones de la vida material.

Y aquí, aunque de pasada, creo que no sería enteramente fuera de ocasion el apuntar algunas breves observaciones acerca de una cuestion harto debatida, en la que escritores muy competentes no han logrado todavía ponerse de acuerdo, y respecto de la cual tampoco abrigo la loca pretension de pronunciar, como ahora se dice, *la última palabra.*

Autoridades literarias sostienen que es el teatro *escuela de costumbres*, y autoridades literarias tambien, afirman que el teatro es solamente *reflejo* de aquellas. Ambas opiniones son, en la mia, demasiado absolutas para que puedan admitirse como exactas, si bien relativamente las dos pueden componer una verdad muy lisonjera en honor de los atributos del teatro. En mi concepto, éste no es una cosa ú otra, sino las dos á la vez; y de tal manera, que tanto más dignamente cumple con su elevado ministerio, cuanto con mayor intensidad brilla su luz, y más vivos son los resplandores que de esta luz irradian. Es el teatro *escuela de costumbres*, cuando dogmatiza: es el *reflejo* de éstas, siempre que retrata; y como no existe entre ambas facultades incompatibilidad ni antagonismo, ni hay obra de autor (que merezca y lleve con honra este nombre) que no tenga por objeto alguna enseñanza útil, para cuya demostracion no sea necesario valerse de los usos, formas y lenguaje de la época en que se escribe, resulta que el teatro, bien entendido, es, y forzosamente debe serlo, *escuela*, por las lecciones que se dan en él, y *reflejo* de costumbres, por el retrato que de ellas hace: ó, lo que es igual, un maravilloso compuesto de verdad y ficcion, de luz y sombra, de idealismo y realismo, que viene á formar un todo simpático por lo natural, cumplido y armonioso.

Hé aquí lo que debe ser el teatro, y lo que el teatro es en efecto. Recordad si no *La Vida es sueño*, *El Condenado por desconfiado*, *Escarmientos para el cuerdo*, *El Rico-hombre de Alcalá*, *El Viejo y la Niña*, *Muérete y verás*..... Estas obras dramáticas, citadas al acaso, como en copioso número podrian citarse otras, pertenecen á distintos géneros literarios, no han sido escritas en una misma época, son distintos sus autores, todos incluso el que vive aún para honor de las letras y alegría de sus amigos, han ocupado diversas posiciones en la sociedad, en la que tambien se distinguieron por la variedad de sus hábitos y gustos; y, sin embargo, todas concurren y coinciden en un objeto comun: el de *enseñar* y *retratar*. En todas hay *leccion*, y leccion de profunda filosofía: en todas hay *reflejo*, porque hay *dibujo* de costumbres. Una, al paso que descubre el insondable abismo adonde en su desenfreno se precipitan las pasiones humanas, demuestra lo deleznable, pasajero y fútil de la vida, cuando en ella se desconocen los eternos principios de la equidad y la justicia: otra, avisa á las almas débiles, á los séres egoistas, que no bastan para alcanzar el perdon de sus culpas las oraciones superficiales, el cilicio, la maceracion ni el ejercicio material de todas las prácticas del dogma, si el pensamiento no se eleva á las regiones de lo inmortal, si el corazon no está dispuesto á consolar al afligido, la mano pronta á socorrer al menesteroso, y rebosando el ánimo de fe, de inmensa confianza en las misericordias del Altísimo: ésta, persuade del misterioso poder de la Providencia, que no deja impunes en la tierra el abuso ni los crímenes, interin llega el tremendo dia del juicio universal: aquella reprende la soberbia en el poderoso, á quien castiga y humilla, arrojándolo á los piés de un poderoso de mayor alteza: ¡leccion elocuente para el engreido mortal que se atreve á ofender á su hermano cuando le ve debil y humilde, y á menospreciar las leyes cuando en su desvaneci-

miento se figura que no fueron hechas para él! Esotra, advierte los riesgos que se corren, los peligros á que expone, los tormentos que se sufren, cuando en la edad de los cónyuges no existe el equilibrio de una prudente paridad; y la postrera presenta en ingenioso contraste la inconstancia y la firmeza, la lealtad y la falsía, el egoismo y la abnegacion del amor y la amistad, puestos á prueba de la ausencia y de la muerte: ¡el amor y la amistad! dulcísimos y desgarradores afectos que iluminan y anublan los mejores dias de nuestra agitadísima existencia.

De todas estas obras se desprende una leccion trascendental, basada en los más sanos principios, trasmitida al público, no con la monótona frase del pedagogo, ni con la austera severidad de la cátedra, sino revestida con formas animadas é insinuantes, que hacen perceptible el ejemplo á todas las clases, á todos los entendimientos de que se compone el auditorio. Y lo mismo que sucede con el teatro nacional (á quien he dado en la cita el lugar preferente de que se halla en posesion desde el renacimiento de las letras y las bellas artes) acontece con los demas teatros en Europa. No se fijará la vista en ninguna produccion de esos autores que han logrado cabalgar en hombros de la fama, sin encontrar escenas, situaciones, rasgos felicísimos que conmueven el ánimo, que obligan á entrar en cuentas con la conciencia para aborrecer, condolerse, huir de la imitacion ó tomar por modelo á la série de personajes, ora históricos, ora de invencion, que intervienen en la fábula. ¿Quién hay que envidie las grandezas del trono danés en los momentos de angustia, de terror, de contínuo sobresalto que asedian al asesino del augusto padre de *Hamlet?* ¿Á quién no admira la prontitud con que se desbaratan las tramas, se ahuyentan las insidias más hábilmente combinadas y dispuestas, al ver ahogarse á *Fiesco* bajo el peso de la armadura que le vistió una

ambicion reprobable y desmedida? ¿Á quién no estremece el castigo que por esta misma vana pasion recibe *Ricardo D'Arlingthon* de las manos de su padre? ¿Quién hay que no califique de monstruosa, de contraria á las leyes naturales la nefanda pasion que arrastra á *Mirra?* ¿Quién aspira á la detestable semejanza de *Tartufe* y de *Harpagon?* Y, ¿quién no ve en el castigo de *Lucrecia Borjia* descender el rayo de las iras celestes, sorprenderla en medio de sus desórdenes, herir su tempestuoso corazon y obligarla á que expíe en breves momentos ante el cadáver de su hijo, asesinado por ella, toda una vida de criminales y repugnantes desafueros?

Llegaria á ser enojosa, por lo extensa, la enumeracion de obras que prueban que el teatro no sólo es *escuela* de buena doctrina, de avisos elocuentes, de plausibles ejemplos de costumbres, sino tambien el *reflejo* de éstas; porque sabido es que, áun cuando aquellas se refieran á épocas remotas y á países extraños, sus interlocutores generalmente se mueven y hablan como hablan y se mueven los personajes análogos en la época y sociedad en que el poeta las ha escrito. En mi concepto, no existe una obra dramática, que haya merecido ó merezca los honores de la posteridad, sin que enseñe algo provechoso, y sin que á la vez describa ó refleje con mayor ó menor intencion y fidelidad los rasgos más característicos de la nacion á que pertenece. Lo difícil es encontrar una sola obra buena que no se halle adornada de ambas dotes, tan estrechamente unidas, tan perfectamente confundidas y mezcladas, que considero imposible, de toda imposibilidad, el señalamiento del sitio que en exclusivo á cada una corresponde, como sería imposible determinar el punto donde concluye el agua y principia su evaporacion, ó marcar en el *batiente difuminado* de una obra de pintura el lugar geométrico donde parten límites las sombras y la luz.

Es, pues, el teatro, segun mi leal entender, y de estos

ejemplos se desprende, *escuela*, porque advierte, enseña, ilustra; y *reflejo de costumbres*, porque las modela, dibuja ó retrata: una institucion que, aunque de naturaleza compleja, es, en el mejor ejercicio de sus funciones, uniforme, concreta, indivisible.

Parecerá, acaso, exagerada la narracion que llevo hecha acerca de las excelencias é importancia del teatro, y es posible que haya alguno que pregunte: «Esa institucion, ¿es tan impecable, tan perfecta, que se halle libre, fuera del alcance de las debilidades y miserias de que participan las humanas instituciones?»—No, ciertamente, se podrá contestar: no se halla el teatro exento de pecado, como no lo está nada de aquello á que la pecadora mano del hombre da vida y movimiento. El teatro tambien se extravía, comete desmanes, y hasta puede llegar á convertirse en una verdadera calamidad. Pero cuando el teatro cae en ese funesto paroxismo, no es el teatro ya, sino su excepcion la que funciona: no es ya la luz del genio, ni su reflejo siquiera; sino el tizon que mancha, que todo lo ennegrece, como no es la prensa, que ilustra y civiliza, la gárrula gritería que calumnia y que difama. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que ni áun en estos momentos de triste decepcion, puede con justicia considerarse al teatro como solidario en la responsabilidad que haya de exigirse. El teatro, segun llevo dicho, enseña, es cierto; pero no impone á nádie su enseñanza; no obliga á que la acepten; deja á la conciencia de cada cual que extraiga de aquella el fruto que le parezca más lozano y provechoso. La que se impone con frecuencia al teatro, es la sociedad; y cuando la corrupcion se hospeda en ella, ó más bien en parte de ella, no por el influjo del teatro, sino por la fuerza superior é invisible que agita y arrastra á las sociedades en períodos determinados; cuando llegan épocas en que se permite hablar de todo y discutir acerca de todo; cuando el cinismo

pasa de las costumbres á infiltrarse en la medula del cuerpo social, y todo se adultera, y se disfraza, y se disimula, hasta el punto de oir la muchedumbre, sin alterarse, palabras que debieran herir todos los oidos y quemar la boca del que las pronuncia; cuando la indiferencia del público es tanta, que ve impasible la procacidad con que ora aparece como panegirista de la virtud el que más la escarnece y pisotea, ora como defensor de la dignidad de la mujer el que más la deshonra y envilece; ya como apologista de la santidad de los lazos de la familia el que los rompe con mayor escándalo y violencia; y oye hablar de generosidad al avaro, de franqueza al hipócrita, de lealtad al felon, de probidad al usurero, ¿qué ha de hacer el teatro al desempeñar su papel de *retratista*, si no usar de los colores que la sociedad misma le sirve en la paleta? Dibujará móustruos, presentará la deformidad de los originales que ha copiado, y contribuirá, no tan directamente como otros elementos corruptores, á la propagacion de la pestilencia. Pero, áun dada esta situacion excepcional en el teatro, repetidas pruebas han demostrado siempre que no es, ni puede ser, de larga duracion. ¡No! Porque apénas el teatro se aleja del buen camino, tropieza y se encenaga, se levantan en son de protesta la voz de la indignada virtud, la de las costumbres ultrajadas, la de los hombres de ciencia y autoridad, como en alas de su propia inspiracion y con atildado estilo recientemente lo ha hecho uno de vosotros al apostrofar los extravíos y tendencias de la novela; y como, con estas, ó sin estas respetables voces, se insinúan y rebelan el instinto público, que es más sábio que todos los filósofos, la conciencia universal, que es más recta que todos los códigos y preceptos humanos, los cuales, al observar que el teatro no les enseña nada útil, no les solaza ni entretiene, lo juzgan en primera y única instancia, y lo condenan sin apelacion al abandono, á la soledad, el mayor de los castigos, más

que castigo, el mayor más doloroso y cruel de los tormentos.

Y véase cómo, por medio de este natural, espontáneo y saludable correctivo, vuelve el teatro á la via de que pudo separarse por un momento, para continuar su marcha á través de los siglos, demostrando sus excelencias é importancia, atributos que no podemos negarle sin negar lo que están viendo nuestros ojos y tocando á cada instante nuestras manos.

Examinadas sumariamente las cualidades internas y externas del teatro en los tiempos que pasaron, permitidme ahora que haga una rápida incursion al de nuestros dias en general, y que me detenga breves instantes en presencia de las causas que pueden haber ocasionado la situacion en que yace hoy el de España.

¿Qué es lo que ha sucedido en el mundo teatral que adonde quiera que se aplican la vista y el oido no se ven más que desastres y lágrimas, no se oyen más que lúgubres quejas y sollozos? Ni un solo punto se descubre, entre tan varias y apartadas regiones, adonde el espíritu de la Dramática pueda refugiarse y aspirar, libre del contagio, el delicado aroma del arte y del buen gusto.

La patria de *Eurípides*, el semidios de la escena en la Edad de Oro, cuyos versos tenian, como sabeis, el grato privilegio de endulzar la amarga suerte de los prisioneros de *Leónidas* y *Temístocles*, yace aletargada en su tradicional lecho de laureles, y enredados los piés entre las algas del Tirreno. El poderoso genio que inspiró *La Tempestad*, *Otelo* y *El Mercader de Venecia*, hoy sólo respira por la tobera de sus locomotoras, y no presenta al mundo otro símbolo de su actividad y sus creencias que el caducéo del mensajero de las olímpicas deidades. Del fecundo suelo que sembraron de lauros inmarcesibles *Alfieri* y *Goldoni*, *Metastasio* y *Giraud*, no brotan hoy más que guerreros; no se oye en él más voz que la que llama á sus hijos al

combate, ni existe más entusiasmo que para el sufragio universal. La pensadora nacion, cuna de *Schiller*, consagra sus fuerzas dramáticas á meditar y rastrear el verdadero sentido de los intrincados conceptos de nuestro D. Pedro Calderon. Allí, donde la pudorosa ninfa del teatro volaba un tiempo dignamente engalanada con la veste de plumas que le ciñeron *Corneille*, *Racine* y *Moliere*, hoy corre desatentada por los *bulevares*, ébria y deshonesta, derramando chistes inspirados por la fiebre del sensualismo. Y aquí, donde desatadas las fuentes del teatro, llevaron hasta los confines más recónditos de Europa la frescura y sonoro murmullo de sus aguas, hoy se han escondido tanto sus veneros, que, para calmar nuestra sed, no ya la ajena, sólo poseemos un exiguo raudal que va fluyendo gota á gota.

¡Sombrío y por demas desconsolador es el cuadro en que se hallan representadas las desdichas que agobian al teatro de nuestros dias! No hay escena en ningun país que en esta parte sea más que otra venturosa: en todas partes gime el arte recordando sus antiguas y hoy perdidas glorias, y la agitacion á que se entrega para renovarlas, más que á las palpitaciones de la vida, se parece á los sacudimientos de un cadáver galvanizado. No es un accidente parcial el que aqueja al mundo artístico; es constitucional el padecimiento, aguda la dolencia, comun la infeccion, universales el conflicto y las angustias. Y consiste en que las conquistas que logra la materia sobre el espíritu de los pueblos, no se realizan jamás sino á expensas de la virginal pureza, símbolo del arte. Consiste en que la vieja Europa, cansada de la sobriedad del tasajo, del peso de las ferradas armas, del duro lecho de los campamentos, del ordenado trabajo del dia, del tranquilo reposo de la noche, hondamente dividida en sus creencias, debilitada su fe en todas, casi en brazos de una nueva idolatría, ávida de goces materiales, rinde culto al oro, á la gula y á la pereza: quiere vivir mucho y bien en po-

cos dias: no escrupuliza los medios con tal de conseguirlo, y, como cuerpo caduco, necesita de estímulos extraordinarios para animar sus ateridos nervios y desatar el hielo de su sangre. Este movimiento general, que recuerda el *Urbem Romam* de TÁCITO, es el que ha producido en Europa *el bajo imperio* del teatro, y con él lo ficticio de su vida, lo visible de su decadencia, lo innegable de su postracion. No aspiro, al hablar de este modo, á presentar como exclusivamente mejores las edades pretéritas; ni mucho ménos á proclamar lo ventajoso que sería el volver atrás la planta, con el único objeto de que el teatro reconquistase su primitiva esplendidez. Esto sería lo mismo que condenar las inmutables leyes del progreso humano, cuya marcha sólo al poder de Dios es dado alterar ó reprimir. ¡No! Mi inofensivo propósito se dirige á dejar consignado el hecho de que cuando las sociedades evolucionan, cuando entran en el período de su renovacion, se resienten las costumbres y cuanto en aquellas se cobija, muy especialmente las instituciones que se nutren mejor con los delicados halagos del espíritu que con los impuros goces de la materia. No es para mí dudoso el que, una vez calmados los huracanes que conmueven hoy el mundo, renacerá el teatro jóven y fuerte, con las nuevas ideas, con las nuevas costumbres, con todas las reformas que oculta el velo de lo futuro; pero es lo cierto que entre tanto el teatro desfallece en Europa, si bien, en honor del de España puede asegurarse que no debe á causas enteramente iguales á las que llevo apuntadas la penosa y aflictiva situacion en que se encuentra. Examinémoslas sin tardanza: apreciemos la gravedad de su estado; indiquemos el remedio, si lo hay; pero examinémoslas con esmerado interés, sin pasion por cosas ni por personas, que mal se aplican los específicos cuando no precede un diagnóstico severo y concienzudo.

Unos dicen, que el teatro español decae visiblemente;

otros, que es tal la agudeza de sus dolores, que se encuentra en la agonía; y tambien hay quien con amargas quejas ha dado al público la noticia de su fallecimiento. Y adviértase que esta nueva no ha salido de los labios de los veteranos del arte, á quienes podria perdonarse el *pesimismo*, atendiendo á que nada hay para los ancianos más simpático y perfecto que aquello de que trataron en la mocedad; esta infausta nueva ha salido de las filas de la juventud militante, nueva que hubiera llenado de pavor á los numerosos apasionados de la institucion, si no la hubieran oido como una hipérbole necrólogica. El teatro español se halla enfermo, es verdad; le trabaja una intermitente perniciosa; se encuentra en una de esas crísis que en otras ocasiones ha soportado y vencido heróicamente; pero el teatro español no ha muerto, ¡porque no puede morir!..... en tanto que no se extinga el último destello del ingenio en la mente de los españoles. Y nada hay que pruebe de una manera más concluyente las fuerzas vitales de aquel, que el estado en que se encuentra: si pudiera morir, ya no existiria: ¡tan letal y abundante ha sido y es el tósigo que tiempo há se le administra! No me propongo dirigir cargos á nádie: me lo veda el respeto que debo á este sitio; me lo veda mi carácter; pero creo aplicable al caso presente, y salva la santidad del objeto que lo inspiró, aquel magnífico apóstrofe del sabio *Anfriso*:

. . . . ¡Llorad humanos!
¡Todos en ÉL *pusisteis vuestras manos!*

Muchos, en efecto, son los que, no para bien, han puesto las manos en el teatro, y no pocos los que, para mal, dejaron de ponerlas.

Entre las causas que pueden citarse como originarias de su abatimiento, las hay fortuitas, inevitables, así como tambien

hay otras que son espontáneas é intencionales, pero susceptibles de fácil y pronta correccion. Pertenecen á las primeras, las producidas por las convulsiones que de antiguo abruman é interrumpen la marcha progresiva y ordenada del cuerpo del Estado. A la sombra de la paz, con el grato reposo que produce la confianza pública, es como se desarrollan y prosperan las letras y bellas artes; y ciertamente que el siglo en que hemos nacido no será propuesto á los demas por la historia como ejemplo de siglos pacíficos y morigerados. En lo que de él va corrido se ha consumado una gloriosa revolucion nacional; ha ocurrido un conato de cambio de dinastía, y una completa restauracion seguida de alteraciones radicales en el órden político, de una guerra civil, de una lucha constante de partidos, que maldice la Providencia, y de otra guerra en extranjero suelo, que Dios ha bendecido en los campos de batalla. Y, sin embargo, Señores, para que se vea la pujanza del genio dramático de España, en ese largo y tormentoso período, entre el fragor de las armas, sobre la sangre derramada en los cadalsos y á la siniestra luz de la discordia, ha poseido nuestra escena á Isidoro Máiquez, Felipe Blanco, Pinto, Rafael Perez, Carretero, Cristiani, Caprara, Latorre, Mate, Guzman, Fabiani y Campos: á Rita Luna, Antonia Prado, María García, Antera y Joaquina Baus, Concepcion Rodriguez, Jerónima Llorente y los demas á quienes todavía colma el público de aplausos, presididos por las brillantes pléyadas de escritores que legarán á la posteridad un considerable número de obras ajustadas en su mayoría á los preceptos del arte y de la moral más exigente. Pero áun cuando, por la exuberancia del genio español, nos sea dable añadir éstas á nuestras antiguas glorias literarias y artísticas, preciso es convenir en que las circunstancias que han rodeado á los poetas y actores en la época citada, no han sido las más favorables, bonancibles y protectoras.

Y puesto que hablo de proteccion, no ya como causa fortuita inevitable, sino como espontánea y corregible, debo declarar que no ha sido positivamente muy directa ni eficaz la que al teatro han dispensado nuestras leyes. Con brevedad suma puede recopilarse nuestra legislacion teatral. Unas cuantas consultas de teólogos que desde el siglo XVI hasta el último tercio del siglo XVIII, dieron por resultado cinco prohibiciones absolutas del teatro: varias gestiones del *conde de Aranda* para el arreglo interior y exterior de la policía de aquel, é introduccion en nuestro caudal cómico de algunas obras escogidas de los teatros extranjeros: una junta para entender en la reforma del teatro, creada por el *duque de la Alcudia*, despues *príncipe de la Paz*, á cuyo frente hubo el tino de colocar á un general, muy entendido en el arte de la guerra, y que principió por tratar á los vocales (entre los que se hallaba el inmortal *Inarco Celenio*) como si fueran cadetes ó soldados: una ley de propiedad literaria en la que se concede á los autores durante su vida el derecho de ser dueños de las obras de su entendimiento y veinticinco años despues á sus herederos: algunas reales disposiciones, referentes unas, á jubilaciones de actores, y encaminadas otras á evitar el merodeo, que en el campo de la propiedad literaria se permitian, y siguen permitiéndose las compañías ambulantes y sociedades dramáticas, y el Real decreto orgánico de teatros de 7 de febrero de 1849 (ampliacion del de 30 de agosto de 1847, que no llegó á plantearse), alterado sensiblemente despues por el de 28 de julio de 1852. Nada digo de la ley de teatros que en 1856 principió á discutirse en la Asamblea Nacional, porque esta ley no salió del estado de proyecto.

Hé aquí en resúmen lo más importante de nuestra legislacion teatral; con la que, si bien varios gobiernos han demostrado que no les era indiferente la suerte del teatro, no han tenido la fortuna de asegurarla de un modo permanente, reali-

zando sus benévolos deseos. Es, no obstante, de estricta justicia hacer una excepcion en favor de los Reales decretos de agosto de 1847 y febrero de 1849. Ambos acuerdos son los que entre las disposiciones de su clase revelan mayor elevacion de miras y un profundo conocimiento práctico del arte y su complicado mecanismo; acuerdos que nunca agradecerán bastante cuantos directa ó indirectamente se interesan por la prosperidad y apogeo de nuestro teatro. En ellos se ordena la fundacion de *uno español* en la capital de la monarquía: se crean arbitrios para subvenir á su decoro y esplendor: se regulariza y mejora la condicion de los actores; se clasifican los teatros del reino: se pone coto al abuso de abrirlos sin la conveniente garantía: se les destina al desempeño de géneros dramáticos especiales: se establecen premios de estímulo para los autores; y por último, se arranca al poeta del nauseabundo terreno de la contratacion, se le pone á cubierto de la especuladora avaricia de las empresas, fijando un equitativo tanto por ciento como remuneracion de sus obras, que son el primer elemento del teatro. Y estas notabilísimas reformas no quedaron en proyecto: se llevaron á ejecucion, venciendo dificultades, allanando penosísimos obstáculos, y se vió que el pensamiento era bueno, era realizable. Si despues no ha producido los frutos que prometia, no ha sido por culpa de él, sino por causas que, las unas no son de este lugar, y las otras, ni de éste ni de ninguno.

Abandonado nuevamente el teatro á los azares de la suerte; obligado á caminar, sin el impulso de una direccion legal, uniforme y protectora, á través de una época analítica, que se prosterna ante lo positivo, que desdeña lo ilusorio, naturalmente ha caido de los brazos del arte en los de la industria; y de los de ésta, en el pantano donde se revuelven la hipocresía y el charlatanismo. Jamás se ha invocado el arte tanto como ahora, ni, en nombre del arte, se han cometido tantos desacier-

tos. Se nota entre los que le cultivan (salvas siempre honrosísimas excepciones) un devorante afan de atravesar pronto el camino, una prisa por saltarlo desde el principio hasta sus postreros límites, que no parece sino que la nacion se dispone para emprender un gran viaje, ó que ya se escuchan á lo léjos los sonidos de la fatídica trompeta. Nunca, ni áun en los tiempos de las *comedias famosas,* ha poseido España, como ahora, mayor suma de *primeros* escritores, de escritores *distinguidos*, de *siempre y extraordinariamente aplaudidos* escritores; ni la falange cómica ha contado, como hoy, entre sus filas mayor número de actores *eminentes*, de actores *inspirados*, de *primeros* actores y *directores de escena*; y, no obstante estas lisonjeras calificaciones y aditamentos *de cartel,* el público, el verdadero público que juzga, que premia y que condena, no asiste á sus espectáculos. ¿Cómo podrá explicarse este desvío? De una manera muy sencilla, con la simple exposicion de la verdad. Se explica con la demostracion práctica de que el teatro (y sea dicho con perdon de los economistas que profesan en absoluto la teoría del libre cambio) no puede regirse por las leyes comunes á la industria; no puede regirse, porque el teatro es más artístico que industrial, y desde el momento en que la industria prepondera sobre el arte, se convierte aquel en agiotista: el ágio lleva consigo el exagerado encomio de la cosa cambiada; el encomio exagerado produce el desencanto en el público, y el desencanto de éste, su ausencia del mercado. Esta es la verdad. Que se den al público obras de arte, interpretadas artísticamente; haya originalidad y verisimilitud en el pensamiento de las comedias; ingenio en su estructura; conjunto, exactitud histórica y vida en su representacion, y el público, sin el forzado estímulo de pomposos anuncios, sin la intemperancia de esas sociedades de seguros mutuos de aplausos, de seguros de elogios mutuos, asistirá espontáneamente á nuestros coliseos. Pero si, en vez de ver cumplida

esta racional exigencia, observa que el escritor *mancha la tabla aprisa*, y al lado de un actor que le entusiasma encuentra otro y otro que le desesperan; si continuamente se ofende su vista y su ilustracion con anacronismos que podrian perdonarse en los tiempos de *Lope de Rueda*, resultando de aquí una representacion desigual, anómala y desmayada, no debe sorprender á nádie que deje solo al *extraordinariamente aplaudido* escritor y al cómico *eminente*, y que vaya á favorecer otros espectáculos que, si bien no ofrecen á su entendimiento el nutritivo pasto del arte, en cambio son para él más divertidos, porque tambien son ménos pretenciosos.

Ahora bien, y para concluir: demostradas algunas de las principales causas que, á mi juicio, han colocado el teatro en la aflictiva situacion en que se halla, no creo que bastarán á sacarle de tan duro trance los conatos aislados del esfuerzo particular. Necesita el teatro para vigorizarse, para producir los opimos frutos que ha dado en mejores dias, y que debe de dar siempre, del poderoso auxilio de la ley; y las bases de esa ley, ningun cuerpo literario más autorizado ni más competente para determinarlas que el que hoy me honra, tendiéndome su mano y admitiéndome en su seno. Aquí, donde el saber y la experiencia tienen su natural asiento: donde jamás penetra el emponzoñado ambiente de las pasiones, ni los baladros del egoismo, la vanidad y la codicia tienen eco, es donde con mayor fortuna podrá iniciarse la gloriosa regeneracion del teatro nacional.

Si poseyera mi voz la autoridad suficiente para dirigiros invitaciones, lo haria con el objeto de que con preferencia á todo os dignárais fijar la atencion en tan grave asunto, convencido de que sabríais resolverlo con la prudente discrecion en vosotros vinculada; pero no osaré, en mi pequeñez, estimularos á ello, sino en la forma de la más reverente de las súplicas. ¡Qué glo-

ria para la Real Academia Española si, á las muchas que ya tiene conquistadas, añadiera la de comunicar el *esplendor* de su timbre á nuestro abatido teatro, y brindara con un porvenir más lisonjero á los ingenios españoles y á las numerosas familias que con la suerte del teatro tienen ligada su existencia! Abrigo la consoladora esperanza de que un proyecto de reforma teatral, tan completo como puede salir de esta docta Corporacion, será aceptado y apoyado por el Gobierno supremo, propicio siempre á coadyuvar al engrandecimiento de las instituciones públicas, y con especialidad al de una que, como la del teatro, es el termómetro que señala los grados de civilizacion y cultura de las naciones.

Entónces, y sólo entónces, asegurada ya la decorosa subsistencia del teatro español; obligados los elementos que lo constituyen á moverse dentro de la cuadrícula trazada por la ley; subordinadas á ella las aspiraciones no justificadas, las ambiciones personales; centralizados los intereses hoy dispersos, es cuando, si se observa que el teatro permanece inmóvil, insensible á la accion de remedios tan heróicos, podrá afirmarse con fundamento que ha dejado de existir. Pero entre tanto no hay motivo para acoger tan fúnebres pensamientos: es demasiado rica la herencia que posee para que tema los horrores de la pobreza, y harto fecundo el ingenio español para que caiga en el abismo de la esterilidad. Lo que hoy se puede asegurar, es que nuestro teatro, como el águila real, cansado de volar por las alturas, ha plegado sus alas y descendido hácia el centro comun de gravedad, para tomar nuevo aliento, desplegarlas despues, remontarse y perderse entre las nubes.

Perdonad, Señores, que haya abusado tanto de vuestra benevolencia. Hombre de accion más que de palabra; acostumbrado á traducir en hechos mis pobres ideas, he considerado como un deber imprescindible el abogar por una institucion á la cual

debo, entre otras mercedes, la muy señalada de tomar hoy asiento á vuestro lado. Por eso he creido cumplir con una obligacion al consagrar los momentos en que por la primera vez de mi vida suena ante el público mi voz, para pagar á aquella, con la desaliñada efusion de un alma agradecida, el tributo de mi profundo reconocimiento, y contribuir con cuanto sea dable á mis fuerzas á remover los obstáculos que interrumpen su marcha y le imposibilitan para que corresponda hoy, como ayer, á sus gloriosas tradiciones.

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL SR. D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

Señores: Sólo me ocurre una manera de no debilitar el interés que os ha congregado en este recinto. Deseosos vinísteis de oir el discurso del Sr. Rodriguez Rubí, en la bien fundada creencia de que, siendo suyo, no podia ménos de lucir por la amenidad y la sustancia; y tambien de ver ornado á su autor con la medalla, que esta Corporacion le ha de entregar, segun voto emitido, no por efecto de benevolencia, sino por espíritu de justicia: se os ha cumplido el primer deseo, y no tardareis en satisfacer el segundo, sin que hayais de templar vuestra natural impaciencia más que los breves instantes que necesite para dar al nuevo Académico la bienvenida; honroso y agradabilísimo encargo, que por la prioridad del entrañable afecto que nos profesamos ya hace mucho, me toca desempeñar á nombre de la Real Academia Española. Nuestra amistad data de los dias de la juventud más florida, que coincidieron por fortuna con el restablecimiento de las instituciones liberales en nuestra patria, dias de efervescencia y de entusiasmo, de fe ardorosa y de nobilísimas aspiraciones, de inexperiencia y de esperanza, en que mutuamente nos animábamos al trabajo, y nos

guiábamos en los estudios, y nos corregíamos los versos, con ánsia de ganar laureles. Un cuarto de siglo va pasado, y las impresiones de entónces, vivas se mantienen, cual si fueran de ayer, en el alma. Juntos nos hallamos con los obstáculos desalentadores que se atraviesan á los principios de toda carrera; juntos los dejamos atrás, porque la perseverancia obra maravillas; juntos hicimos nuestras primeras armas en las lides pacíficas y deleitosas del Liceo artístico y literario.

Al nombrar este instituto, que, erigido por los esfuerzos particulares de una persona de recomendabilísimas circunstancias, se mantuvo en el mayor apogeo no pocos años, de pronto hago memoria de una de sus funciones más solemnes. Ya estaba el Liceo en el palacio de Villahermosa, cuando tuvo lugar por Marzo ó Abril de 1840, para aliviar la infausta suerte de un pintor de nota, ciego entónces y hoy ya finado. Aquella noche de consuelo para el artista, y más especialmente por el público testimonio que sus muchos amigos le dieron de cordialidad y ternura, fué para el Sr. Rodriguez Rubí de feliz augurio. Ya tenia acabada una comedia, sin saber á dónde acudir para verla representada, y aquella noche y dentro del mismo Liceo se le proporcionó la coyuntura de entablar relaciones con quien la podia someter al fallo del público en el teatro, y de buena voluntad contrajo el empeño de apadrinarla sin demora.

De cierto varios de los que me escuchan indulgentes asistieron al estreno de la comedia á que aludo, y por la cual se enlaza de algun modo con la ceguera de Esquivel la fama de poeta dramático de Rubí, como con la muerte de Larra la fama de poeta lírico de Zorrilla. Sin duda estais recordando que se titula *Del mal el menos* la comedia con que alcanzó el nuevo alumno de Lope de Vega su primer triunfo, apénas cumplidos los veinte años; triunfo precursor de otros muy numerosos y bien merecidos, puesto que pasan de sesenta las producciones

originales dadas á la escena desde entónces por ingenio tan privilegiado, sin sufrir jamás el menor desaire. Y aparece más lisonjero este favor constante del público, harto veleidoso en ocasiones, si se considera que no se ha limitado á cultivar el género para el cual acreditó dotes no comunes desde su lucido aprendizaje; ántes bien con igual buena estrella ha hecho gala de que las musas del teatro le prodigan las inspiraciones todas. Su ligereza y su donaire para la comedia de costumbres están patentes en *El Rigor de las desdichas*, *Detras de la cruz el diablo*, *Mejor es creer*, *La Entrada en el gran mundo*, y otras cuya enumeracion fuera prolija: de la galantería, del discreteo y de los empeñados lances de la comedia de capa y espada, son fiel imágen *Ribera ó la fortuna en la prision*, *Quien más pone pierde más*, y *Las Indias en la corte*: de la urbanidad é intencion de la alta comedia son modelo acabado las dos partes de *La Rueda de la fortuna*: verdad en los caractéres, colorido de época, interés siempre vivo, á pesar de la fidelidad de la pintura, segun el drama histórico lo exige, se hallan de relieve en *Isabel la Católica*, *El Fénix de los ingenios*, y *Dos Validos ó Castillos en el aire*: muy originalmente ha puesto en juego con *La Bruja de Lanjaron* la tramoya de la mágia, y con *La Hija de la Providencia* ha pagado tributo á la zarzuela, ya muy de moda: la naturalidad con que hiere siempre que es de su agrado los mas hondos sentimientos del alma, se nota especialmente en *Borrascas del corazon*, *La Trenza de sus cabellos* y *La Estrella de las montañas*, donde á menudo se eleva al tono de la tragedia, á la par que en *La Féria de Mairena* y en *Las Ventas de Cárdenas* baja hasta el gracejo del sainete sin menoscabo del buen gusto. Tras de cultivar todos los géneros de poesía que entran bajo la jurisdiccion del teatro, y de caminar con planta segura durante no ménos de cuatro lustros por senda tan espinosa, y siempre á la sombra de laureles, ¿qué mucho que le

abra de par en par sus puertas la Real Academia Española? Para llamar á ellas con razon fundada, bastárale traer en la mano su tomo de poesías andaluzas, verdadera joya literaria, y única por el gran mérito en su especie.

Mas advierto que abuso de vuestra atencion, pórque nada sale de mis labios que no tengais sabido de sobra. Estos justos encomios tuvieran mayor oportunidad si asistiérais á la recepcion académica de una persona, cuyo nombre sonara por vez primera en vuestros oidos como asociado á la literatura, por cultivarla á sólas, sin trascender la noticia fuera del círculo de sus muy allegados, y de cuyos merecimientos recónditos se necesitara hacer una minuciosa reseña para justificacion de la Academia Española. Notorios son los del Sr. Rodriguez Rubí hasta donde no se habla el majestuoso, rico y eufónico idioma de Cervántes y de Calderon de la Barca, pues no pertenece al número de los que recatan avaros los frutos más ó ménos sazonados de su inteligencia, quizá por razones de egoismo, sino que figura entre los que se aventuran á todo, á tal de ser útiles á sus conciudadanos; entre los que piensan que es una obligacion moral, de aquellos á quienes Dios quiso dotar de suficiencia no comun, dejar despues de su muerte algo más que el epitafio de su sepulcro; y por fin, entre los que, uniendo su gloria á la de la patria, no reposan de sus afanes, ni se intimidan ante los tiros de que le han de hacer blanco forzoso cuantos se entristecen del bien ajeno; tiros que son los más envenenados de todos.

Aunque el Sr. Rubí ha dado muestras de su grande idoneidad para justar con buenas armas en el palenque del periodismo, y para cojer variadas flores en el fértil campo de la novela, como lo acreditan *El Hermano de la mar* y *Trampas legales*; y ahora pone de manifiesto su ilustracion vasta, y su caridad y rectitud en las tareas administrativas dedicadas al amparo de

los menesterosos, su principal y más sólida nombradía, hoy por hoy, radicada está en el Teatro. Así le habeis oido expresar la gratitud propia de toda noble alma, no dejando correr la ocasion propicia de emitir en público sus ideas sin apresurarse á rendir homenaje á esa institucion veneranda, de la cual es hijo en literatura. De su remotísimo orígen os ha hablado, de sus excelencias sin cuento, y de sus actuales congojas. ¿Qué puedo ya decir que no adolezca de lánguido y descolorido? Nada, y por consiguiente escojo el medio no inoportuno de citar algunos pensamientos de personas entendidas en corroboracion de la tésis más importante que el Sr. Rubí ha desenvuelto en su bellísimo discurso; á saber, que el Teatro es á la par escuela y reflejo de costumbres.

No erudicion bien digerida, sino ignorancia suma y con asomos de fanatismo, acreditara quien trajera hoy á cuento la respetable autoridad de los Santos Padres para condenar el Teatro, y lo calificara de escuela de lascivia, de magisterio de torpeza, de universidad de todos los vicios y de fuente de todos los males. Estas severas censuras, estas execraciones, justísimas á todas luces cuando fueron pronunciadas, como dirigidas contra los espectáculos teatrales de la gentilidad, ya muy degenerados en aquella época del Cristianismo, no sonarian sino muy destempladamente despues de haber dado por lícitas las representaciones escénicas el Angélico doctor de la Iglesia; despues de ejecutarse por espacio de cinco siglos en nuestros templos y en nuestras procesiones para solemnizar las festividades cristianas; despues de la edad de oro de nuestro teatro, en la cual es muy digno de nota que vestian hábito sacerdotal los que le dieron mayor lustre; despues de salir siempre á vida más robusta de los ataques impetuosos de la piedad mal entendida, gracias á las elocuentes consultas de las universidades españolas, mucho ántes de la secularizacion de la enseñanza.

Muy destempladamente sonaran esas censuras y esas execraciones, cuando nuestro Teatro corresponde mejor que ha correspondido nunca al objeto esencial de unir la utilidad al deleite, de recomendar la verdad y la virtud, y de condenar el error y el vicio. No creo que me ciega la pasion que tengo por el siglo XIX al aseverar que el Teatro español contemporáneo lleva inmensa ventaja al de todas las épocas en la moralidad y en la aspiracion al bien y á la justicia; siquiera al expresarme de este modo, sin espacio para corroborar las afirmaciones con las pruebas á centenares, me caiga encima el anatema profano, é inofensivo y nada temible por consiguiente, de aquellos á quienes parece mejor cualquiera tiempo ya pasado.

Aunque les pese, y lo divulguen con aspavientos y gemidos, el Teatro, escuela de sabiduría práctica, guia en el camino de la vida civil, llave segura para descubrir los más profundos secretos del corazon, enseña al hombre á conformarse con su destino, y contribuye á formar el espíritu nacional. En el Teatro deben aprender los hombres á ser libres, fuertes, generosos, exaltados por la verdadera virtud, impacientes de toda violencia, amantes de su patria, verdaderos conocedores de sus derechos propios, y vehementes, rectos, magnánimos en todas sus pasiones. Para el logro de tan altos fines se deben revestir los autores dramáticos de una autoridad pública á fin de instruir á sus conciudadanos, persuadiéndose de que la nacion les confia tácitamente el cargo de censores de la multitud ignorante. No conmueven los preceptos de filosofía puestos en los libros lo que en espectáculos animados; porque el filósofo austero se desdeña de ganar los corazones, y ofende ó cansa con el tono dominante de sus doctrinas, á la par que el dramático excita alternativamente mil pasiones en el alma, y las hace servir de conducto á las ideas y á los sentimientos más nobles y sublimes, como que sus lecciones, siempre agradables, están muy aparta-

das del sobrecejo magistral que hace aborrecible la enseñanza y aumenta la natural indocilidad de los hombres.

A estas máximas, que tendrian escasa autoridad si fueran de cosecha propia, y que la tienen de gran peso por ser de madama Staël, de Alfieri y de Nasarre, ha ajustado el Sr. Rubí sus procederes en su carrera gloriosa para utilidad comun y honor de la patria, y de buen grado lo demostraria con un sucinto resúmen de la enseñanza moral de sus obras; pero vuela el tiempo, y voy á terminar con muy contadas frases relativas á la urgencia de sacar al Teatro nacional de la postracion de que se lastiman todos sus amadores.

Ya lo dijo el muy insigne Jovellanos al promover la reforma de los espectáculos teatrales. «Creer que los pueblos pueden ser »felices sin diversiones, es un absurdo. Creer que las necesitan »y negárselas, es una inconsecuencia tan absurda como peli»grosa. Darles diversiones y prescindir de la influencia que »pueden tener en sus ideas y costumbres, seria una indolencia »harto más absurda, cruel y peligrosa que aquella inconsecuen»cia.» Así al primer golpe de vista ocurre que la intervencion eficaz del Gobierno es el primer requisito para la inmediata restauracion de nuestro nacional Teatro: ¡qué gloria para el Señor Rubí la de coronar su carrera dramática formulando su pensamiento para el logro de tal empresa, y de modo que, apoyado por la Academia Española, lo prohije el Gobierno, y merezca el voto de las Córtes y la sancion de la Corona! Dos ideas apuntaré no más para que el nuevo académico se lance confiadamente á realizar el gran designio; una es suya, y la habeis oido de sus labios, otra acaba de ser emitida en la prensa por un escritor de buen ingenio, vária instruccion y elegante pluma; se reducen á que el Teatro figure como templo, donde sólo al arte se rinda culto, sin ser objeto de granjería para nádie, al paso que proporcione á cuantos prosperan con su fortuna y se

arruinan con su decaimiento una existencia cómoda y una ancianidad descansada; y á que al Teatro español se le privilegie y subvencione, aunque las reglas de la Economía política se infrinjan todas.

Por fin ceso ya de cansar vuestra atencion con mis pobres ideas y la modestia del Sr. Rubí con mis sinceras alabanzas: de vuestra indulgencia por lo que os he fatigado no abrigo la más leve duda; de la del Sr. Rubí por hablar en su elogio siempre desconfiaré con razon fundada; pero me conoce de antiguo, no le puede coger de nuevas que, á pesar de que le amo fraternalmente, áun soy más amigo de la verdad que suyo.

ÍNDICE

DE LOS DISCURSOS CONTENIDOS EN EL PRESENTE TOMO.

Páginas.

Páginas.

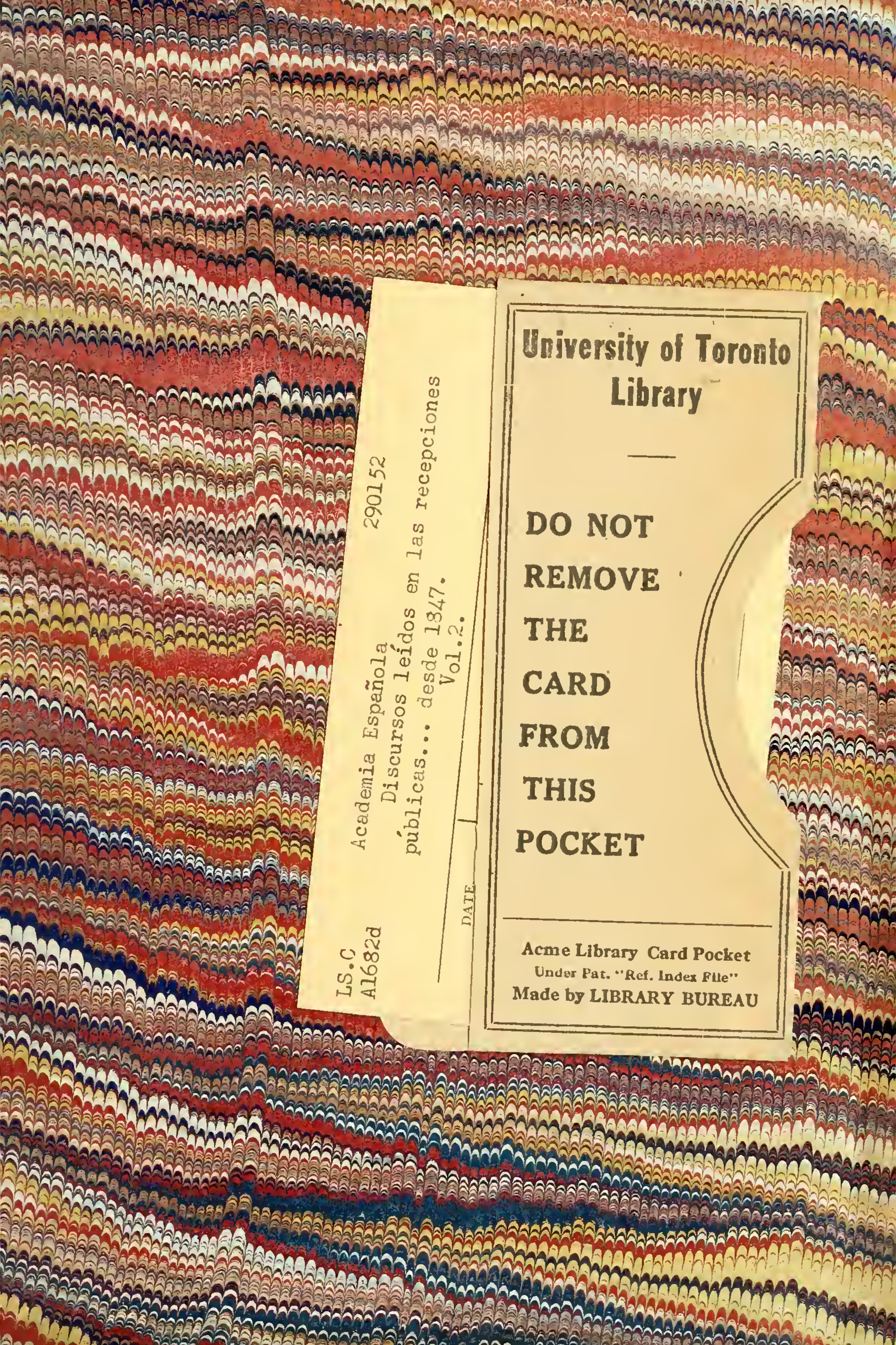
Obras publicadas por la Real Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, núm. 26; en el de la Imprenta Nacional, calle de Carretas, y en la librería de Gonzalez, calle del Príncipe, num. 12.

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. *Rs. vn.*	En rústica. *Rs. vn.*	En papel. *Rs. vn.*
Gramática de la lengua castellana............		15	
Compendio de la misma destinado á la segunda enseñanza................		4	
Epítome de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental....		2	
Diccionario de la lengua castellana, décima edicion................................	88		76
Prontuario de Ortografía de la lengua castellana.		3	
Obras poéticas del *Duque de Frias*, un tomo en 4.° mayor, edicion de todo lujo.........		40	
Obras poéticas de *D. Juan Nicasio Gallego*, un tomo en 8.° prolongado..................		20	
El *Fuero Juzgo* en latin y en castellano, un tomo en fólio............................	32		
D. Quijote con la vida de Cervantes, cinco tomos.	80	50	
Vida de Cervantes, un tomo..................	30	25	
El siglo de Oro de Bernardo de Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*, un tomo....	16		
Discursos de recepcion de la Real Academia Española, cada tomo en 8.° mayor...		20	

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática*, y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su porte, y el 10 por 100, de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía* tomando una vez 200 ó más ejemplares.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS.C
A1682d
290152
Academia Española
Discursos leídos en las recepciones
públicas... desde 1847.
Vol.2.
DATE

